

# ARQUEOLOGÍA

## 29

♦ *Sonora precerámica:  
del Arcaico y del surgimiento  
de aldeas agrícolas*

♦ *El pasado del pasado. Artefacto  
prehistórico en una tumba de El  
Opeño, Michoacán*

♦ *Salvamento arqueológico  
en dos carreteras de Michoacán*

♦ *Comercio durante el Posclásico  
de la cerámica decorada:  
Malinalco, Toluca,  
Guerrero y Morelos*

♦ *Cerro de los Magueyes:  
un centro funerario para  
matlatzincas y mexicas  
durante el Posclásico tardío*

♦ *Entierro en decúbito ventral  
flexionado en Balcón de  
Montezuma, Victoria,  
Tamaulipas*

♦ *Algunas consideraciones  
sobre la cerámica Huasteca  
Negro sobre Blanco*

♦ *Cartografía antigua y sitios  
arqueológicos en la región  
de Reyes Metzontla,  
sureste de Puebla*



# ARQUEOLOGÍA



## í n d i c e

### EDITORES:

Ana María Álvarez

Ángel García Cook

### COMITÉ EDITORIAL:

Jürgen Brüggemann

Margarita Carballal

Robert H. Cobean

Joaquín García-Bárcena

Dan M. Healan

L. Alberto López Wario

Rubén Maldonado

Alba Guadalupe Mastache

Dominique Michelet

Carlos Navarrete

Jeffrey R. Parsons

Otto Schöndube

Barbara L. Stark

Elisa Villalpando

### PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Benigno Casas

### CUIDADO DE LA EDICIÓN:

Zazil Sandoval Aguilar

Gustavo F. Guzmán

Impresa en los Talleres Gráficos

del INAH, av. Tláhuac 3428,

col. Los Reyes Culhuacán,

México, D. F.

Distribuida por la Coordinación

Nacional de Control y Promoción

de Bienes y Servicios del INAH,

Frontera 53, San Ángel, CP 01000,

México, D.F.

Número de certificado de reserva

otorgado por Derechos de autor:

04-2001-021910574600-102.

Número de certificado de

licitud de título y contenido

en trámite.

ISSN 0187 - 6074

Diseño de cubierta: Efraín Herrera

Ilustración: Entierro femenino, su posición

corresponde al despliegue de un textil a

manera de huipil (entre 2430 a.C. y 2290

a.C.); procede del sitio La Playa, Sonora.

Fotografía proporcionada por Elisa

Villalpando.

### 3 *Presentación*

- 5 John P. Carpenter, M. Guadalupe Sánchez y María Elisa Villalpando  
***Sonora precerámica: del Arcaico y del surgimiento de aldeas agrícolas***

- 31 Arturo Oliveros y Gianfranco Cassiano  
***El pasado del pasado. Artefacto prehistórico en una tumba de El Opeño, Michoacán***

- 45 Salvador Pulido Méndez  
***Salvamento arqueológico en dos carreteras de Michoacán. Resultados de las investigaciones***

- 63 Michael E. Smith  
***Comercio durante el Posclásico de la cerámica decorada: Malinalco, Toluca, Guerrero y Morelos***

- 85 María del Carmen Carbajal C. y Luis Alfonso González M.  
***Cerro de los Magueyes: un centro funerario para matlatzincas y mexicas durante el Posclásico tardío***

- 115 Víctor H. Valdovinos P.  
***Entierro en decúbito ventral flexionado en Balcón de Montezuma, Victoria, Tamaulipas***

- 125 Diana Zaragoza Ocaña  
***Algunas consideraciones sobre la cerámica Huasteca Negro sobre Blanco***

- 141 Francisco Rivas Castro  
***Cartografía antigua y sitios arqueológicos en la región de Reyes Metzontla, sureste de Puebla***

### Noticias

- ***Avance del estudio contextual de los sistemas de canales prehispánicos “fossilizados” del Valle de Tehuacán, Puebla***

- ***Cuatro vasos policromos de Lagartero, Chiapas***

- ***La cueva de Las serpientes. Una representación prehispánica de la bóveda celeste***

- ***Análisis del isótopo de oxígeno del Entierro 2.A, Pirámide de la Luna, Teotihuacan***

### Informes del Archivo Técnico

- Ana María Crespo  
***Con el arqueólogo Héctor Gálvez. Un rescate en Chimalhuacán***
- Héctor V. Gálvez  
***Informes arqueológicos de Chimalhuacán, Estado de México y Culiacán, Sinaloa, sitio del Ejido de Los Mezcales***

### Noticias de reuniones

- ***Conferencias sobre la vida, muerte y resurrección maya en Londres***

- ***Proyecto de investigación sobre El urbanismo en Mesoamérica***

### Reseñas

- Simon Martin y Nikolai Grube  
***Crónica de los reyes y reinas mayas.***  
*por Emiliano Melgar Tizoc*

## Invitación a los colaboradores

**ARQUEOLOGÍA** recibirá artículos originales, noticias y reseñas bibliográficas referidas a temas teóricos, metodológicos y técnicos sobre el patrimonio arqueológico. Las colaboraciones se dirigirán a los editores, la revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo al Comité Dictaminador. Si los dictaminadores consideran necesario modificar o corregir algún texto, se proporcionará copia al autor de éste para que realice los cambios pertinentes. Aceptada la contribución, se informará al autor y se enviará un formato de cesión de derechos, que deberá regresar debidamente firmado a la Dirección de Publicaciones en un plazo no mayor de 30 días, anexando copia de identificación oficial vigente con fotografía. El autor recibirá diez ejemplares del número de la revista que incluye su trabajo, y cinco cuando se trate de más de tres autores. Los dictámenes son inapelables, y los trabajos no aceptados podrán ser devueltos, a solicitud expresa del autor o autores.

### Requisitos para la presentación de originales:

1. La presentación de los textos propuestos deberá ser impecable. Se proporcionarán tres copias impresas en papel, acompañadas de su archivo electrónico en disquete o disco compacto (CD), en programa word (versión 6 en adelante). Las gráficas e ilustraciones incluidas serán entregadas en archivos separados al de los textos.

2. Los artículos tendrán una extensión mínima de 15 cuartillas y máxima de 40, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones; las noticias no excederán las 15 cuartillas y su contenido reflejará sobre todo hallazgos recientes y resultados técnicos; las reseñas no excederán las 10 cuartillas. Los textos deberán entregarse en cuartillas de 1 700 caracteres aproximadamente, a doble espacio y escritas por una sola cara.

Artículos y noticias deberán acompañarse de un resumen de media cuartilla (850 caracteres), y de la traducción de éste al inglés.

3. Los originales se presentarán en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, doctor.

4. En caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto con sangría en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).

5. Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guión.

6. Los números del cero al quince deberán escribirse con letra.

7. Las referencias bibliográficas deberán ir intercaladas en el texto y citadas entre paréntesis. Contendrán sólo el primer apellido del autor, seguido de *et al.*, en caso de que hubiera más autores, año de publicación; dos puntos y página inicial y final de la fuente, separadas por un guión corto, ejemplo: (Raab *et al.*, 1995: 293-294). La referencia deberá aparecer completa en la bibliografía. El uso de abreviaturas deberá ser homogéneo a lo largo del texto.

8. Los símbolos de asterisco ( \* ) se usarán únicamente para indicar la dependencia o institución de adscripción de los autores, así como agradecimientos, aclaraciones u observaciones generales sobre el artículo. Notas de otro carácter deberán ir a pie de página con numeración corrida.

9. Para elaborar la Bibliografía deberá seguirse el siguiente modelo:

MacNeish, R.S., A. Nelken-Terner e I.W. Johnson  
1967 *The Prehistory of Tehuacan Valley*, vol. II. *The non-ceramic artifacts*, Austin, The University of Texas Press.

Lorenzo, J. L. y L. Mirambell (coords.)  
1986 *Tlapacoya: 35 000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, 155).

Limbrey, Susana  
1986 "Análisis de suelos y sedimentos", en J. L. Lorenzo y L. Mirambell (coords.), *Tlapacoya: 35 000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, 155), pp. 67-76.

Oliveros, J. Arturo y Magdalena de los Ríos  
1993 "La cronología de El Opeño, Michoacán:

nuevos fechamientos por radio-carbono", *Arqueología*, núms. 9-10, México, INAH, pp. 45-48.

Lechuga Solís, Martha Graciela  
1977 "Análisis de un elemento de la estructura económica azteca: la Chinampa", tesis de licenciatura en Arqueología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

González, Carlos Javier  
1988 "Proyecto Arqueológico 'El Japón' ", México, Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH, mecanoscrito.

10. La foliación deberá ser continua y completa, incluyendo índices, bibliografía y apéndices.

11. Las gráficas e ilustraciones deberán ser originales. No se incluirán fotocopias, copias en acetatos ni archivos en disquetes de 3.5 pulgadas. Deberán ser numeradas consecutivamente y con referencia o llamada en el texto, descritas todas como figuras. Todas deberán ir acompañadas de su pie de ilustración.

Los mapas y dibujos se entregarán en papel *bond*, con líneas en negro. En el caso de fotografías, diapositivas u otro material gráfico, se sugiere entregar los originales o bien archivos digitalizados en escáner, con las imágenes amplificadas en tamaño carta y digitalizarlas con una resolución de 300 dpi. Sólo se aceptarán archivos con formato TIF o BMP.

12. Los autores proporcionarán lugar de adscripción, número telefónico y dirección de correo electrónico de al menos uno de ellos.

13. Editados los textos en pruebas de imprenta, los autores serán convocados para dar su visto bueno, mediante la lectura de los mismos, en un plazo no mayor de los cinco días hábiles.

### Correspondencia:

Revista Arqueología  
Coordinación Nacional de Arqueología del INAH  
Lic. Verdad núm. 3, col. Centro  
06060, México, D.F.  
Tels. 5522 4108 / 5522 7404  
Fax 5522 7303  
Correo electrónico:  
agarcia.dea.cnar@inah.gob.mx

# p r e s e n t a c i ó n

Estimados colegas:

En el presente número, hemos intentado reunir propuestas que reflejen una variabilidad geográfica, cronológica y de enfoques teórico-metodológicos, donde prevalezcan las tipologías y la historia regional. Nuestra intención es que las colaboraciones se vayan enriqueciendo, diversificando y que, sobre todo, se mantenga y se eleve cada vez más la calidad académica.

Las dos primeras contribuciones recuperan la investigación y la discusión sobre la Prehistoria de México, que sigue viva y ofrece un estimulante campo de debate. El artículo sobre “Sonora precerámica”, nos muestra que los territorios de las sociedades prehistóricas intersectan las fronteras actuales y requieren de un conocimiento compartido para tratar de entender las evidencias mexicanas. Los datos que se proporcionan revierten las reconstrucciones anteriores, básicamente tipológicas y permiten replantear algunos procesos tempranos sociales y ambientales, referentes a cazadores-recolectores y agricultores incipientes.

El segundo trabajo, “El pasado del pasado”, se inicia con el hallazgo de un bifacial de tipología temprana ofrendado en una tumba de El Opeño, en Michoacán, hace una recopilación crítica de los elementos de tipología análoga encontrados en México y reflexiona sobre su presencia eventual en contextos más tardíos, que evidencian una reinterpretación no circunstancial en el ámbito ideológico.

Continuando con Michoacán, les ofrecemos la aportación de una cantidad considerable de información obtenida en un “Salvamento arqueológico de dos carreteras”, en las zonas de Maravatío-Zapotlanejo y Morelia-Lázaro Cárdenas. Los datos, de por sí novedosos, en lo inmediato contienen información básica para una propuesta de secuencia cultural y abren la posibilidad de plantear investigaciones a largo plazo.

El análisis tipológico tradicional es el tema del trabajo sobre “Comercio durante el Posclásico de la cerámica decorada”. A partir de la distribución espacial en grandes áreas, sobre todo del altiplano, de ciertos estilos cerámicos del Posclásico, el autor reinterpreta su génesis y significado cultural. Además plantea mecanismos de circulación y consumo, en una recopilación bibliográfica acuciosa.

Para continuar con el altiplano en el Posclásico, el artículo sobre el “Cerro de los Magueyes: un centro funerario”, además de enriquecer nuestro conocimiento sobre tratamientos funerarios y características poblacionales de matlatzincas y nahuas, nos permite reconocer la importancia que tuvieron las unidades multiétnicas y sus complejos sistemas de interacción.

Quedando en el tema de los contextos funerarios, muy socorrido en este número, les presentamos un hallazgo mortuario en “Balcón de Montezuma”, sitio aún poco conocido, a pesar de ser uno de los más interesantes del estado de Tamaulipas y fronterizo entre los territorios de grupos agricultores y cazadores-recolectores.

Para seguir con la “esfera” huasteca en esta misma porción del noreste de México, el trabajo sobre la “Cerámica Huasteca Negro sobre Blanco”, arrancando de consideraciones iconográficas en tres regiones clave, Pánuco, Oxitipa y Tuxpan, realiza correlaciones con estilos escultóricos y soluciones arquitectónicas y propone que esta cerámica es una manifestación tardía y de influencia foránea.

El último artículo es una síntesis geográfico-histórica y arqueológica sobre la región de “Los Reyes Metzontla en el sureste de Puebla”. Por medio de la revisión documental y arqueológica, se discuten algunos rasgos de los señoríos del Posclásico y de sus transformaciones durante la colonia temprana.

El número contiene las acostumbradas noticias y reseñas. Además, en reconocimiento a la labor de colegas y colaboradores, se incluye la sección de Archivo Técnico en donde se recuperan dos informes emblemáticos de la poco conocida labor del arqueólogo Héctor Gálvez, resultados de sus investigaciones en Chimalhuacán, Estado de México y en Culiacán, Sinaloa.

Por último, insistiendo en nuestro propósito de impulsar la discusión académica, los invitamos a apoyar el mejoramiento de la revista a través de contribuciones originales, comentarios y críticas fundamentadas de los artículos.

Los editores

*John P. Carpenter, \* M. Guadalupe Sánchez\*\* y María Elisa Villalpando\*\*\**

## **Sonora precerámica: del Arcaico y del surgimiento de aldeas agrícolas\*\*\*\***

El Noroeste de México ocupa una posición prominente entre el Suroeste de Estados Unidos y Mesoamérica, indiscutiblemente dos de las regiones más estudiadas en el mundo. Sin embargo, la arqueología en el Noroeste de México ha sido poco estudiada y en consecuencia pobremente entendida; como podría esperarse, este problema se agudiza más cuando se trata del estudio de la ocupación precerámica. No obstante, los arqueólogos del Suroeste de Estados Unidos reconocen la artificialidad de la frontera internacional y consideran la existencia de componentes Arcaicos en el Norte de México con similitudes a las tradiciones del propio Suroeste. Además, el Noroeste de México cada día adquiere un lugar más importante en los modelos que pretenden explicar la difusión del maíz y el surgimiento del periodo de Agricultura temprana.

### **Ubicación**

El territorio del estado de Sonora comprende alrededor de 184 934 km<sup>2</sup> y representa aproximadamente el nueve por ciento del territorio de la República Mexicana; cuenta con cuatro provincias fisiográficas (Escárcega, 1996:31-32): 1) el Desierto de Sonora, 2) la Franja costera sureña del Golfo de California, 3) la provincia de sierras y valles, y 4) la Sierra Madre Occidental (fig. 1). La provincia del desierto de Sonora se extiende a lo largo de la frontera con Arizona desde el río Colorado hacia el este hasta Nogales y hacia el sur hasta aproxima-

\* Departamento de Antropología, Universidad de las Américas-Puebla. chichimecatl@hotmail.com

\*\* Department of Anthropology, University of Arizona. mgsanche@u.arizona.edu

\*\*\* Centro INAH Sonora. laelisa@rtn.uson.mx

\*\*\*\* Nuestras investigaciones han sido posibles gracias al financiamiento del Instituto Nacional de Antropología e Historia, del Consejo Nacional de la Ciencia y Tecnología, la Universidad de las Américas-Puebla y la Arizona Archaeological and Historical Society. Sin embargo, los avances que hemos logrado en La Playa deben ser atribuidos a muchos amigos, colegas y estudiantes que han donado al proyecto una gran parte de su tiempo y conocimiento. Estamos especialmente agradecidos con Ethne Barnes, Mike Brack, Jim Holmlund, Bob Jedinak, Austin Lenhart, Lorrie Lincoln-Babb, Júpiter Martínez, Penny Minturn, Mayela Pastrana, Art Rohn y James Watson.



● Fig. 1. Provincias fisiográficas de Sonora: 1) Desierto de Sonora, 2) Franja costera sureña del Golfo de California, 3) Provincia de Sierras y Valles, 4) Sierra Madre Occidental.

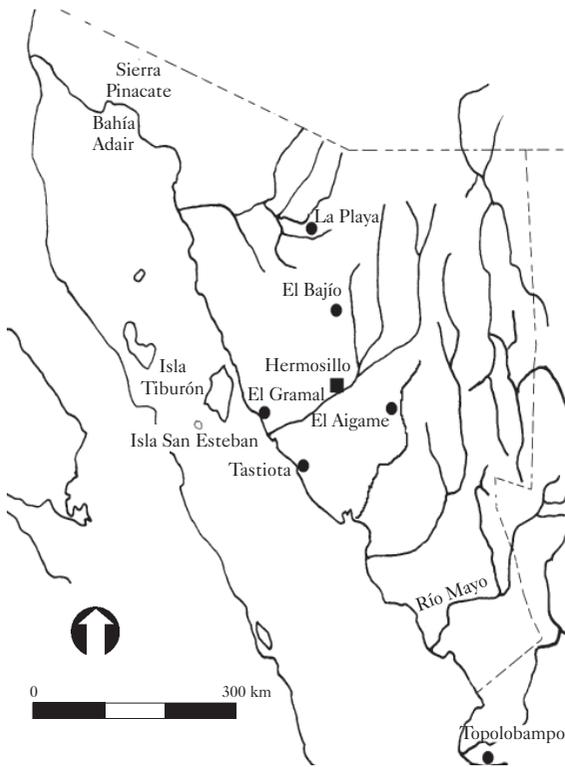
damente la distancia media entre Guaymas y el río Yaqui. Esta región incluye tanto la costa del Golfo de California, como la extensa planicie costera y se caracteriza por presentar una vegetación y clima típico del desierto de Sonora. La provincia de la Franja costera sureña, comprende el extremo sur de la planicie costera, que se transforma en una delgada banda que se prolonga hacia el sur dentro del estado de Sinaloa, constituida primordialmente por los enormes depósitos aluviales de los ríos Yaqui, Mayo y Fuerte. Aquí, la vegetación del desierto de Sonora se entrelaza sutilmente con el matorral espinoso sinaloense. La frontera este de ambas provincias está delimitada por la provincia de Sierras y Valles que se extiende por todo Sonora y se caracteriza por sucesiones de serranías con valles interiores en dirección norte-sur, predomina la vegetación de los altos de Sonora entremezclados con algunos arbustos espinosos sinaloenses. El límite oriental del estado está definido por la Sierra Madre Occidental, con sus colosales bloques riolíticos ornamentados con encinos y pinos.

## Investigaciones previas

Aunque muy escasas, las investigaciones en la zona de los últimos 70 años han documentado la presencia de conjuntos de materiales arqueológicos Arcaicos en casi todo Sonora. A finales de los años treinta, Gordon Ekholm (s.f., 1940) describió en el sur del estado —a lo largo de dos tributarios del río Mayo— varias localidades con complejos arqueológicos compuestos por metates en cuenco, manos en cantos rodados, puntas de proyectil y herramientas de lítica tallada, además de un sitio formado por un enorme conchero en la playa de Agiabampo ubicada en el Golfo de California, cerca de la frontera con Sinaloa. Ekholm (1940: 326-327) comparó estos complejos arqueológicos con la tradición Cochise del Arcaico arizonense recientemente definida por Sayles y Antevs (1941) y que para entonces no estaba publicada.

Malcom Rogers tenía la corazonada de que la costa de Sonora probablemente había sido corredor del “hombre temprano” (Hayden, 1956: 19), por lo que a principios de la década de los años cuarenta persuadió a Julian Hayden para que explorara más a fondo esta región. Hayden (1956, 1965, 1967, 1969, 1974) registró un conchero Arcaico localizado en un antiguo estero junto al actual estero Tastiota, y varios sitios Arcaicos en la Sierra de El Pinacate (fig. 2). En 1949, Donald Lehmer y Bryant Bannister efectuaron un extenso reconocimiento del norte de Sonora en *jeep* con el propósito de definir el límite sureño de la cultura Cochise (Lehmer, 1949: 4). Reportaron la presencia de sitios acerbámicos en las inmediaciones de los ríos Sonora y Zanjón, del estero Tastiota y en el arroyo Cuchujaqui, comparables a sitios de “horizontes tardíos de filiación Cochise” (Lehmer, 1949: 5).

Durante los años cincuenta George Fay (1955, 1967) definió el “Complejo Peralta” apoyándose en el conjunto de artefactos de 17 sitios localizados al oeste de Hermosillo, en la localidad donde se encuentra el aeropuerto internacional de esta ciudad. Paul Ezell (1954), en el reconocimiento que hizo para delimitar la frontera sur



● Fig. 2. Sitios mencionados en el texto.

de la Papagueería —el extremo noroeste de Sonora—, recolectó varias puntas de proyectil Arcaicas, incluyendo algunas del tipo Pinto. Sin embargo, notó que estos materiales Arcaicos aparecían solamente en zonas adyacentes a las montañas y que virtualmente todos habían sido encontrados en sitios con componentes cerámicos, lo que confundía su posición cronológica (Ezell, 1954: 15). Thomas Hinton (1955) reportó tres puntas San Pedro como los únicos componentes Arcaicos observados durante su recorrido del Valle de Altar, en el noroeste de Sonora. Frank Holzkamper (1956) recolectó varias puntas de proyectil en el estero Tastiota identificadas subsecuentemente por Rogers como tipos pertenecientes a los periodos San Dieguito II y Amargosa I (Hayden, 1956: 22). La cronología del complejo San Dieguito continúa siendo bastante ambigua; Malcom Rogers (1958) dató de manera tentativa la fase San Dieguito II alrededor del 4 000 a.p. y la fase Amargosa I como posterior al año 3 000 a.p. Por otro lado, Julian Hayden (1974, 1987) utilizando datos de la Sierra de El Pinacate y de las excavaciones de

*Ventana Cave* modificó la cronología de Rogers y colocó a la fase San Dieguito I y II antes del Altitermal (8 000 al 6 500 a.p.), y a las fases Amargosa I y II alrededor del 4 000 antes del presente. El arqueólogo mexicano Eduardo Noguera (1958), realizó un reconocimiento corto pero extenso en Sonora —en las inmediaciones de Guaymas y Bahía Kino—, y ubicó sus registros en el periodo Arcaico Cochise.

A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, William Wasley localizó varios sitios acerámicos; los informes de este trabajo se encuentran en la oficina de registro de sitios del Arizona State Museum de la University of Arizona en Tucson y aparecen en el Catálogo de Sitios del Centro INAH Sonora (Braniff y Quijada, 1997). Ronald Ives (1963) recorrió el área entre el estero Tastiota y la Bahía Adair, reportando la presencia de concheros con artefactos asociados a una playa fósil compuesta principalmente por el molusco de la especie *Chione*, mientras que en otra playa fósil constituida por el molusco *Turritella* —tentativamente fechado en el Pleistoceno tardío—, no había presencia de materiales culturales.

Durante los años setenta Thomas Bowen (1974, 1976) registró muchos sitios sin cerámica a lo largo de la costa central de Sonora; sin embargo, con excepción de un probable sitio de filiación San Dieguito localizado en la desembocadura del río Concepción, concluyó que se trataba de sitios pequeños de actividades limitadas pertenecientes a grupos comca'ac (seri) tardíos. Bowen (1976: 90) señaló la posibilidad de que existieran contextos Arcaicos en la localidad de El Tecomate en la Isla Tiburón; en un conchero de grandes dimensiones observó depósitos culturales sin cerámica, dos metros por debajo del último horizonte cerámico y sugirió que unas estructuras ovales de piedras —conocidas como círculos para dormir—, tenían una gran similitud con elementos semejantes definidos en el complejo San Dieguito-Malpais. Tierra adentro, a lo largo de la cuenca del río Concepción, Bowen (1976) definió la Fase I de su cronología como esencialmente análoga a la fase San

Pedro de la tradición Cochise, la cual consideró como antecesora de la tradición Trincheras.

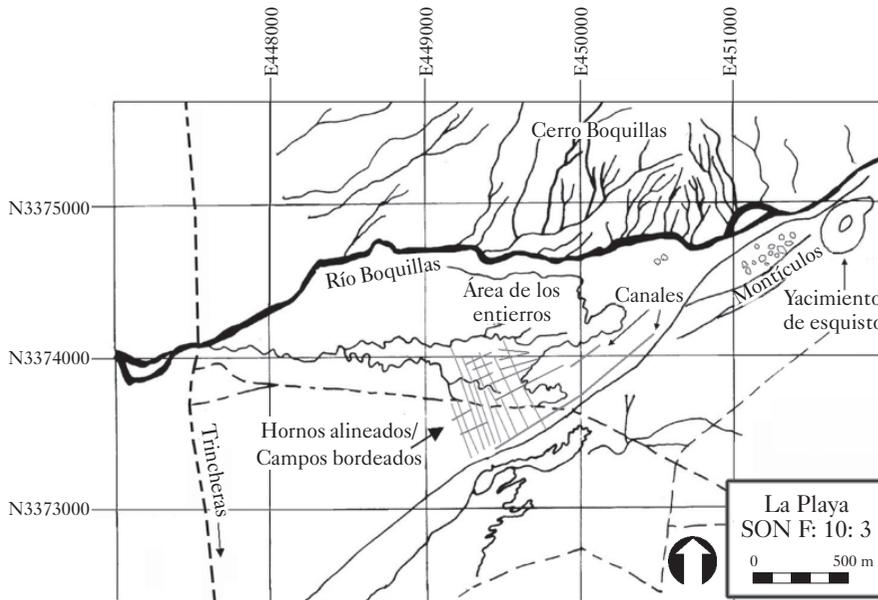
Utilizando la información relacionada con el Arcaico sonorense, Julio Montané (1985[1996]) identificó varios geoglifos y veredas junto con algunos petroglifos en diferentes localidades, como pertenecientes a la tradición precerámica. Randal McGuire y Elisa Villalpando (1993) registraron tres sitios con posible afiliación a la fase San Pedro durante su recorrido en el Valle de Altar. A partir de 1995, hemos documentado componentes Arcaicos por lo menos en cuatro localidades: La Playa, extendiéndose en el ambiente aluvial del Boquillas al suroeste de Santa Ana; El Bajío, situado en el pie de monte oeste de la Sierra San Jerónimo entre los ríos Zanjón y Sonora, aproximadamente 20 kilómetros al suroeste de Opodepe; El Gramal, localizado en los alrededores de una pequeña playa cercana a la costa central entre San Carlos y Bahía Kino, y El Aígame, situado en la planicie aluvial del río Mátape, 60 kilómetros al sureste de Hermosillo. Resulta interesante que estos cuatro sitios también tengan componentes Paleoindios, incluyendo las tradiciones de puntas de proyectil Clovis, y posiblemente Folsom, Plainview y Dalton/Meserve.

Aunque las investigaciones arqueológicas hasta ahora son muy escasas y de alguna manera desarticuladas, existen evidencias significativas de que Sonora fue un lugar de actividad humana importante desde el Pleistoceno tardío. Julian Hayden (1967, 1976, 1987) defendió siempre la existencia del complejo lítico Malpais, compuesto por unifaciales y bifaciales burdos y masivos cubiertos de una gruesa pátina, que representan una industria lítica de pre-puntas de proyectil con fechas de 37 000 y 7 000 años antes del presente. Esta propuesta, al igual que otras proposiciones similares que suponen la existencia de tradiciones líticas pre-puntas de proyectil del Pleistoceno tardío en el occidente de Norteamérica, no es enteramente aceptada.

En términos generales, a los componentes Arcaicos de Sonora se les asigna una filiación con

tradiciones definidas en el Suroeste de Estados Unidos (Phillips, 1989: 378-379). El extremo noroeste de Sonora —desde la cuenca del río Colorado Bajo y a lo largo de una delgada franja del Golfo de California hacia el sur, hasta la altura de Guaymas—, ha sido considerado de filiación con la tradición San Dieguito/Amar-gosa, definida por Rogers (1929, 1939) en el sur de California y posteriormente extendida hacia el este, hasta la cuenca de Tucson (Rogers, 1958). No obstante que estas dos tradiciones se consideran generalmente como una unidad, los conjuntos arqueológicos San Dieguito y Amargosa reflejan dos componentes distintos separados temporalmente por el periodo Alti-termal, el cual se caracteriza por una gran sequía y altas temperaturas (alrededor del 7 500 al 4 500 antes del presente) (Hayden, 1976; Mabry y Faught, 1998; Mabry, 1998d, 1998e). Hayden (1974, 1976) consideró que el Complejo San Dieguito evolucionó del complejo Malpais más temprano, mientras que los Amargosa arribaron a la zona posteriormente y fueron los posibles ancestros de los pinacateños que hablaban una lengua pima (*Hiaced O'odham*).

Los complejos Arcaicos del resto del estado de Sonora, han sido comparados o directamente atribuidos a la tradición Arcaica Cochise. Fay (1955, 1958, 1967) consideró el “Complejo Peralta” como una variante de la tradición cultural Cochise por la presencia de una sola punta de proyectil del estilo Pinto, la cual interpretó como evidencia de la influencia del complejo Amargosa. Sin embargo, ahora sabemos que en una gran cantidad de localidades el conjunto de materiales arqueológicos de filiación Peralta es análogo a los artefactos representativos de la fase San Pedro. Estos conjuntos comprenden metates de cuenco poco profundos, manos en cantos, puntas de proyectil San Pedro, raspadores terminales y laterales similares a los conjuntos de artefactos afiliados a la cultura Cochise. Lo más probable es que la punta de proyectil Pinto, mucho más temprana, represente una intrusión en el complejo de la fase San Pedro, de ser así, el concepto complejo Peralta debería eliminarse.



● Fig. 3. El sitio La Playa.

Se conoce la existencia de conjuntos de materiales arqueológicos representativos de la fase San Pedro en la región Franja costera sur, en tierra adentro en el desierto de Sonora y en las Sierras y Valles paralelos. También existe una sobreposición considerable de los conjuntos de la fase San Pedro con los pertenecientes a la fase San Dieguito/Amargosa, a lo largo de la costa central entre Guaymas y Bahía Kino. A la fecha, no se han registrado componentes del Arcaico en la Sierra Madre en Sonora, aunque Lister (1958) reportó maíz de un contexto acerámico en una cueva poco profunda en la sierra alta, en el noroeste de Chihuahua, en los límites con Sonora.

### La Playa

La Playa (SON F: 10: 3) es uno de los sitios arqueológicos de mayor extensión y uno de los más espectaculares en el Norte de México y el Suroeste de Estados Unidos. Se localiza cerca del pueblo de Trincheras, Sonora, a 515 msnm (fig. 3). Se extiende sobre un área de aproximadamente 12 km<sup>2</sup>, en un ambiente compuesto por la cuenca del río Boquillas y un abanico aluvial que se forma en el pie de monte bajo la Sierra Boquillas, que se extiende por lo menos dos kilómetros hacia el oeste. El río Boquillas

comienza en la Sierra Cibuta, cerca de Nogales y corre hacia el oeste hasta unirse con el río Magdalena a unos kilómetros de Estación Trincheras. Aunque ahora el cauce se encuentra muy excavado, mantenía un ancho afluente semipermanente hasta principios de 1960. Desde el Pleistoceno temprano esta zona se ha caracterizado por la formación de abanicos aluviales, observándose en la actualidad algunos remanentes de depósitos aluviales pleistocénicos; el cauce actual del río Boquillas es mucho más reciente y disecta los sedimentos del abanico aluvial (Michael Waters, comunicación personal 2002).

La mayor parte de los restos culturales del sitio se encuentran en los sedimentos del abanico aluvial que comprende aproximadamente cuatro kilómetros de largo (este-oeste) por dos de ancho (norte-sur). Las partículas principales en su matriz son limos, aunque también se observan concentraciones de arena y grava, con procesos de formación de suelos. Los restos culturales del sitio comienzan a verse desde el este, donde el río Boquillas fluye de su captación en la parte media de la Sierra Boquillas, configurándose como un río ancho una vez que entra a la planicie. Los materiales arqueológicos son más abundantes en la ancha y bien desarrollada planicie

aluvial. Aunque la mayoría de los restos se observan en el aluvión —expuestos por la disecación y erosión superficial extensiva—, el sitio continúa algunos kilómetros hacia el oeste y hacia el norte en el pie de monte de la Sierra Boquillas.

A primera vista, lo más sorprendente del sitio La Playa es el pavimento de piedras fracturadas por fuego, que se extiende indiscriminadamente por varios kilómetros. Este pavimento de artefactos es resultado de la intensa erosión fluvial laminar y en cárcavas de los aluviones, erosión que constantemente desintegra los elementos térmicos para cocción, en los que se usaron piedras incandescentes como fuentes de calor (hornos). Además de miles de hornos, la erosión ha exhumado cientos de entierros humanos (inhumaciones y cremaciones) y de perros, y varias estaciones de lasqueo y de trabajo de concha, observándose en la superficie miles de artefactos de piedra pulida, piedra tallada, concha, hueso y cerámica. En el sector este del sitio se observan varios montículos con relleno artificial.

Durante los últimos seis años el Proyecto Arqueológico La Playa ha tenido como misión prioritaria rescatar los elementos y artefactos en inminente estado de destrucción, y responder a las cuestiones básicas de cronología, estructura del sitio, subsistencia e interacción regional e interregional. Aunque Johnson (1960, 1963) consideró que La Playa reflejaba una ocupación Trincheras fechada aproximadamente entre los años 700 y 1100 d.C., nuestras investigaciones han identificado fauna pleistocénica y cabe la posibilidad de que exista un componente Clovis, uno de la tradición Malpais-San Dieguito, una ocupación Arcaica y evidencias de que el sitio estuvo continuamente ocupado desde el periodo del Arcaico tardío/Agricultura temprana (ca. 1 500/1 200 a.C. al 200 d.C.) hasta la primera mitad del siglo XX. Una gran parte de los artefactos y elementos pertenecen al periodo de Agricultura temprana, incluyendo lo que probablemente es la población de entierros más grande hasta ahora conocida en todo el Noroeste.

Esta larguísima historia ocupacional de La Playa nos ha permitido utilizar la terminología de los periodos ambientales mayores y caracterizar un esquema cronológico para éstos, basado en la reciente revisión y sistematización de la información paleoclimática elaborada por Mabry (1998b, 1998c).

Pleistoceno terminal (ca. 14 500-10 500 a.p.) y Holoceno temprano (10 500-7 500 a.p.)

El ambiente aluvial del río Boquillas ofreció un verdadero oasis durante el Pleistoceno tardío/Holoceno temprano atrayendo un gran número de animales. Numerosos restos animales —mamut, bisonte, camello, caballo, antílope, venado, jabalí y tortugas terrestres—, se observan asociados a un paleosuelo del Pleistoceno, del que quedan algunos vestigios en el sector oeste del sitio.

Los materiales arqueológicos paleoindios incluyen una punta de proyectil Clovis reportada por Robles (1974) —actualmente resguardada en una colección privada—, una punta estilo Clovis cuya base se fracturó antes de acanalarla y dos percutores de asta fosilizados recolectados por miembros del proyecto. Una punta de proyectil del tipo *Tapering stem* o *Western stem* (puntas de pedúnculo estrecho) está en la colección del sitio depositada en el Arizona State Museum. Es pertinente señalar que algunos tipos de puntas similares (e.g. Jay, Lake Mojave, Silver Lake, San Dieguito) se encuentran dispersos en todo el oeste de Estados Unidos, su fecha de elaboración es alrededor de los años 10 700 y 7 000 a.p. (Lorentzen, 1998: 142).

En el sitio también se concentran artefactos pertenecientes al componente Malpais/San Dieguito I. Los artefactos se observan asociados a un paleopaisaje formado por depósitos de cantos y gravas remanentes de un canal fluvial invertido probablemente del Pleistoceno terminal/Holoceno temprano. El complejo lítico se caracteriza por presentar una gruesa forma-

ción de pátina y entre las herramientas observadas se encuentran grandes tajadores sobre cantos (fig. 4), retocados unifacial y bifacialmente, herramientas con retoque unifacial (e.g. raspadores de varios tipos, lascas con muescas para descortezar y denticulados), buriles, perforadores y percutores, junto con un sinnúmero de desechos de talla que comprenden lascas de preparación de plataforma de núcleo y núcleos formales. Las materias primas mejor representadas son el basalto y la diorita, seguidas en mucho menor cantidad por riolita, latita y esquisto.

El fechamiento del complejo Malpais/San Dieguito continúa siendo problemático, con edades estimadas que van desde aproximadamente 37 000 a.p. (Hayden 1974, 1976) a 4 000 a.p. (Rogers, 1939, 1958). La asociación del complejo lítico con el canal pleistocénico en La Playa, sugiere que la deposición de los artefactos líticos es posterior a los depósitos del Pleistoceno terminal. El barniz del desierto presente en las herramientas líticas y las gravas posiblemente indican una fecha anterior al Altitermal del Holoceno medio, aunque estudios recientes sobre su formación señalan que existen diferentes agentes involucrados (Huckell 1998: 170).

El Holoceno medio (7 500 - 4 500 a.p.)

Antevs (1948, 1955) definió al Holoceno medio como un periodo Altitermal en el que la temperatura se elevó y las lluvias disminuyeron



● Fig. 4. Ejemplos de la industria lítica Malpais/San Dieguito.

provocando condiciones ambientales adversas. Aunque a la fecha se sigue debatiendo la severidad del clima que prevaleció durante el periodo Altitermal (Betancourt, 1990; Martin, 1963; Van Devender, 1990), la ausencia de componentes arqueológicos fechados durante este periodo parece corroborar los modelos que plantean la existencia de condiciones ambientales inhóspitas (Berry y Berry, 1986; Mabry, 1998c, 1998d).

Es posible que el sitio La Playa haya estado ocupado, por lo menos de manera intermitente durante el periodo Altitermal. Hemos excavado un entierro de una mujer adulta con un peculiar tratamiento funerario: se encontró extendida sobre su espalda con las piernas dobladas y los brazos abiertos de tal forma que simulan las alas de un pájaro en vuelo, cubierta por una tela fibrosa a manera de huipil y con dos conchas marinas sobre su cuello, tiene deformación craneal y presenta rasgos genéticos similares a las poblaciones prehispánicas del Suroeste de Estados Unidos (Barnes, 1999). Obtuvimos una fecha de radiocarbono de 5480 +/- 50 AP (B-169393, fecha directa de AMS en colágeno), calibrada a 4 380-4 240 a.C.

Aunado a esto, 15 de las 183 puntas de proyectil de la colección de La Playa pertenecen al tipo Pinto/San José (fig. 5). Éstas son puntas gruesas, pequeñas, con una longitud de entre 2 y 4 cm, y con pedúnculo expandido de lados cóncavos; hombros estrechos y base convexa, el cuerpo frecuentemente se presenta aserrado. Se han encontrado distribuidas en todo el Suroeste de Estados Unidos, la Gran Cuenca y la Meseta del Colorado (Lorentzen, 1998: 145; Sliva, 1997: 50). La asignación cronológica de las puntas Pinto y San José es bastante vaga y generalmente con fechas variables entre 9 500 y 2 800 a.p. (Irwin-Williams, 1973; Ambler, 1996; Lorentzen, 1998, Wormington, 1957); sin embargo, Berry y Berry (1986: 315) basándose en un grupo de fechas procedentes de la región este de la Gran Cuenca y la Meseta del Colorado, razonablemente colocan a la tradición Pinto en el periodo Holoceno medio.



● Fig. 5. Puntas del tipo Pinto/San José.

El Holoceno tardío  
(2 500 a.C. - 200 d.C.)

La utilización del valle del río Boquillas se incrementó considerablemente en este periodo y parece coincidir con el regreso a condiciones climáticas más favorables que prevalecen hacia el 3 500 antes de nuestra era. Trece por ciento de las puntas de proyectil son tipos asociados a la primera parte del Holoceno tardío (antes del periodo de Agricultura temprana), incluyendo

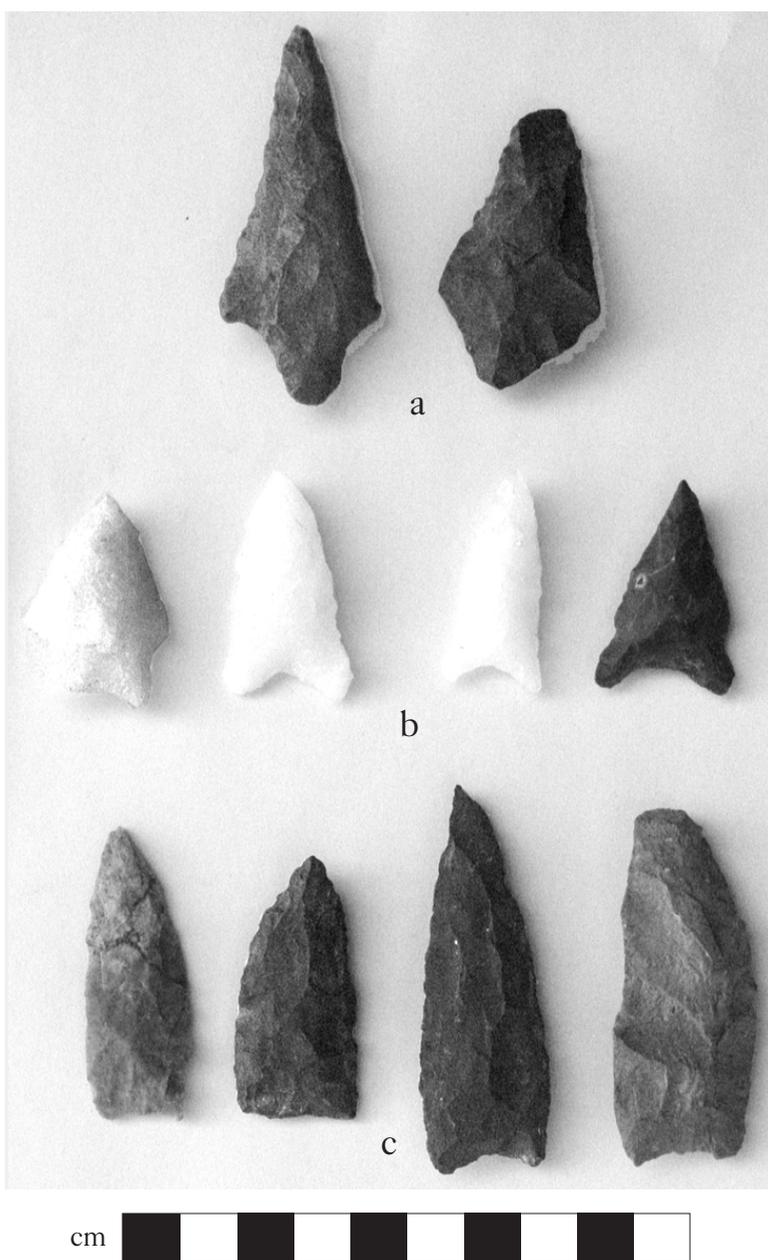
cuatro puntas Chiricahua (4 800-2 500 a.p.), 27 puntas Cortaro (4 300-2 300 a.p.) y dos puntas Gypsum (4 500-1 500 a.p.) (Lorentzen 1998: 144-147) (fig. 6). Aunque posiblemente existen varios elementos asociados a este periodo anterior al de Agricultura temprana, hasta ahora en el sitio no hemos fechado ningún elemento de este periodo.

Las puntas Chiricahua miden entre 2.5 y 4.0 cm de largo, tienen muescas laterales cerca de la base, cuerpo triangular generalmente más delgado que el pedúnculo y base profundamente cóncava; su distribución está limitada por el sur de Arizona y sur de Nuevo México (Sayles, 1983; Sayles, y Antevs, 1941).

Las puntas Cortaro tienen cuerpos triangulares en forma de hoja, carecen de pedúnculo o muescas y su base va de ligera a profundamente cóncava con pulido lateral presente en muchos especímenes; la distribución de estas puntas está limitada a la zona sur de Arizona y Nuevo México (Jonathan Mabry, comunicación personal 2002; Lorentzen, 1998: 147; Roth y Huckell, 1992). Es muy probable que Cortaro sea un tipo de punta de naturaleza Sonoren-

se ya que se observa en todo el norte de la entidad y al sur en Huatabampo.

Las puntas Gypsum miden entre 3.0 y 5.0 cm de longitud, presentan cuerpos triangulares con hombros anchos, pedúnculos cortos muy contraídos en su base; estilos de punta de dardo de pedúnculo corto y contraído, conocidas en el Suroeste de Estados Unidos como Gypsum Cave, Agustín y Pelona, y Gatecliff Contracting Stem en la Gran Cuenca. Aparecen desde el año 4 000



● Fig. 6. Puntas Gypsum (a), Chiricahua (b), Cortaro (c).

antes del presente en el sureste de la Gran Cuenca (Holmer, 1986), hasta el Valle inferior del río Grande (Marmaduke, 1978), incluyendo todo el Suroeste de Estados Unidos y el Noroeste de México (Holmer, 1986). Puntas de morfología similar aparecieron anteriormente en el centro de México en la fase Coxcatlán en el Valle de Tehuacán (Mac Neish, *et al.*, 1967), asociadas a maíz fechado por radiocarbono alrede-

dor de 4 700 antes del presente (Long *et al.*, 1989).

Aparentemente la ocupación del valle del Boquillas siguió incrementándose durante el periodo de Agricultura temprana, el cual comenzó alrededor del año 1500 a.C. con dos fases: San Pedro *ca.* 1 500/1 200 al 800 a.C., y Ciénega del 800 a.C. a *ca.* 200 d.C. Las características más representativas de este periodo son: la presencia de maíz, conjuntos de casas en foso, canales de riego, manufactura de ornamentos de concha y puntas de proyectil conocidas como San Pedro y Ciénega (Mabry, 2002). Catorce de las 16 fechas de radiocarbono del sitio se ubican dentro de este lapso; los datos cronológicos fueron obtenidos de entierros (colágeno), hornos (carbón y semillas) y un hoyo de poste en una superficie de ocupación. Para este periodo, la fecha de radiocarbono más temprana es de 3250 +/-40: se trata de un entierro masculino flexionado, recostado sobre su espalda y cubierto de hematita; la fecha más tardía es de un grano de maíz que se encontraba dentro de un hoyo de poste con una edad de radiocarbono de 1885 +/-50 (tabla 1).

Ciento seis puntas de proyectil (58 por ciento de las puntas identificables) pueden ser asignadas a ambas fases del periodo de Agricultura temprana. Recientemente Stevens y Sliva (2002) han reconocido que las puntas San Pedro comprenden realmente dos puntas diferentes tanto en términos tecnológicos como cronológicos. Estas puntas (fig. 7) tienen cuerpo triangular alargado y bordes de rectos a irregulares, cuello ancho, pedúnculo expandido

<i>Núm. de muestra</i>	<i>Tipo de elemento</i>	<i>Fecha de radiocarbono</i>	<i>Material fechado</i>
A8747 (convencional)	horno 6	2000 +/-80	carbón
A8744 (convencional)	horno 9	1960 +/-85	carbón
A8745 (convencional)	horno 7	1960 +/-50	carbón
A8741 (convencional)	horno 18	1940 +/-55	carbón
A8742 (convencional)	horno 18	1885 +/-55	carbón
AA33185 (AMS)	horno 32	1825 +/-50	maíz
AA33184 (AMS)	poste 59	1885 +/-50	maíz
AA33182 (AMS)	entierro 52	2960 +/-50	semilla de mesquite
B169394 (AMS)	entierro 52	2850 +/-40	colágeno
B169398 (AMS)	entierro 313	1700 +/-40	colágeno
B169397 (AMS)	entierro 111	2010 +/-40	colágeno
B169396 (AMS)	entierro 93	2280 +/-40	colágeno
B169395 (AMS)	entierro 118	3250 +/-40	colágeno
B169392 (AMS)	entierro 11	2490 +/-40	colágeno

● Tabla 1. Fechas de radiocarbono del periodo de Agricultura temprana.

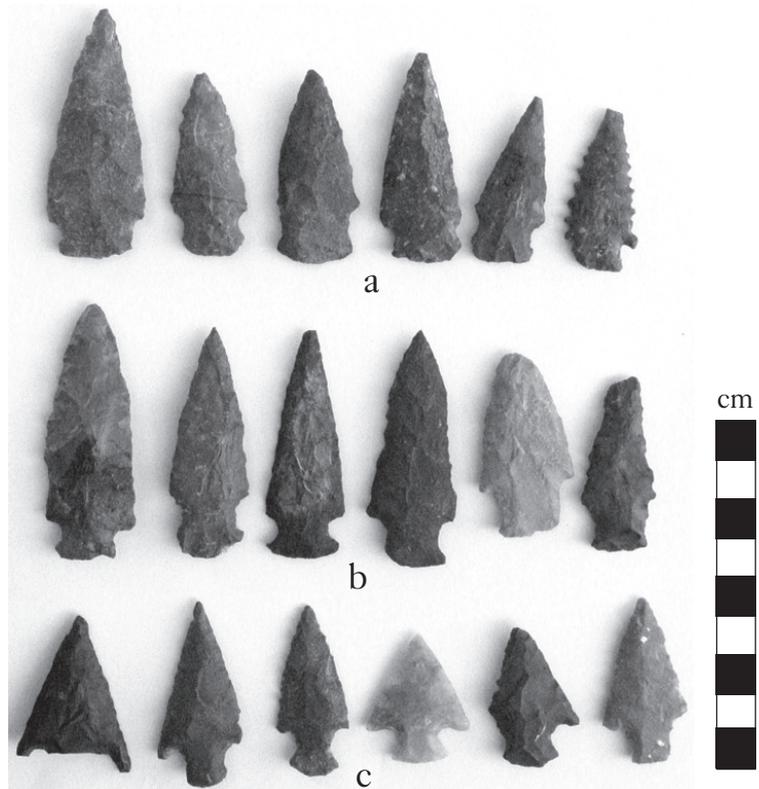
y base de recta a convexa. Una de sus características distintivas son muescas laterales en forma de “c” o en forma de oreja, localizadas muy abajo o en la esquina de la punta (Stevens y Sliva, 2002: 301).

La punta recientemente reconocida como Imperio es similar en apariencia a la punta San Pedro, pero presenta cuerpo triangular relativamente largo y estrecho, con pedúnculo recto ligeramente más estrecho que el cuerpo; tiene un pedúnculo formal en vez de muescas laterales, y la base y los bordes laterales del pedúnculo algunas veces se presentan pulidos (Stevens y Sliva, 2002: 304). La separación en dos puntas de proyectil diferentes tiene un mayor significado cuando se considera el contexto arqueológico. En el sitio Las Capas en el valle del río Santa Cruz en Arizona, se recuperaron 40 puntas de proyectil del estrato 6A pertenecientes a la fase San Pedro temprana (datada en 2 897 a.p., promedio de siete fechas no calibradas), mientras que la mayoría de las puntas

(21 por ciento), de las cuales todas con excepción de una (asociada a una superficie de ocupación que se encuentra a un metro de profundidad, fechada a 1885 +/-50 con una cúpula de maíz), provienen de contextos alterados. Las

San Pedro se recuperaron de la fase San Pedro tardía (fecha da en 2 692 a.p., promedio de 18 fechas no calibradas) (Stevens y Sliva, 2002; Hesse y Sliva, 2002).

En la colección de La Playa tenemos un total de 29 puntas Imperio (16 por ciento de la muestra total) (fig. 7), todas provienen de superficie o rellenos alterados, y 38 puntas San Pedro



● Fig. 7. Serie de puntas del periodo de Agricultura temprana: Imperio (a), San Pedro (b), y Ciénega (c).

puntas de proyectil más comunes de este periodo son las estilo Ciénega con 45 ejemplares (24 por ciento del total de puntas) (fig. 7); dos puntas del tipo Ciénega se encontraron asociadas a entierros humanos: uno de ellos se encontró extendido y tiene una fecha de radiocarbono de 2280+/-40 (B-169396 en colágeno), calibrada a 400-350 a.C.

Otros artefactos que pertenecen al periodo de Agricultura temprana son charolas de piedra con asas, protocharolas de piedra pulida, metates planos y de cuenco, manos en cantos y percutores de diorita. Asimismo una gran variedad de herramientas sobre lasca y núcleo, cruciformes de piedra y ornamentos de concha, junto con desechos de manufactura, pulidores de esquisto y todo tipo de punzones de hueso y astas utilizadas en la producción de objetos de concha. Los implementos que muy probablemente complementan el complejo del periodo de Agricultura temprana son unas piedras de molienda alargadas y pesadas que miden entre 20 y 50 cm de largo, azuelas tabulares talladas y discos de piedra pulidos y tallados.

Entre los elementos que acompañan el complejo de artefactos de este periodo se observan numerosos hornos, varios cientos de entierros humanos, entierros de perros, áreas de actividad donde se produjeron ornamentos de concha y se tallaron herramientas líticas, agrupaciones de manos y cuchillos tabulares y un yacimiento de esquisto.

En La Playa se observan campos de agricultura que cubren un área de 35 hectáreas. Estos campos están relacionados con el periodo de Agricultura temprana y están constituidos por canales orientados noreste-suroeste, bordes de piedras delineando cuadrículas de 15 a 20 metros y varios alineamientos continuos de hornos, por una longitud de 50 a 150 metros, paralelos a los canales. Los elementos descritos se encuentran asociados con un paleosuelo sepultado, son evidentes en la fotografía aérea y hemos comenzado a elaborar los mapas correspondientes en el campo. Las fechas de radiocarbono

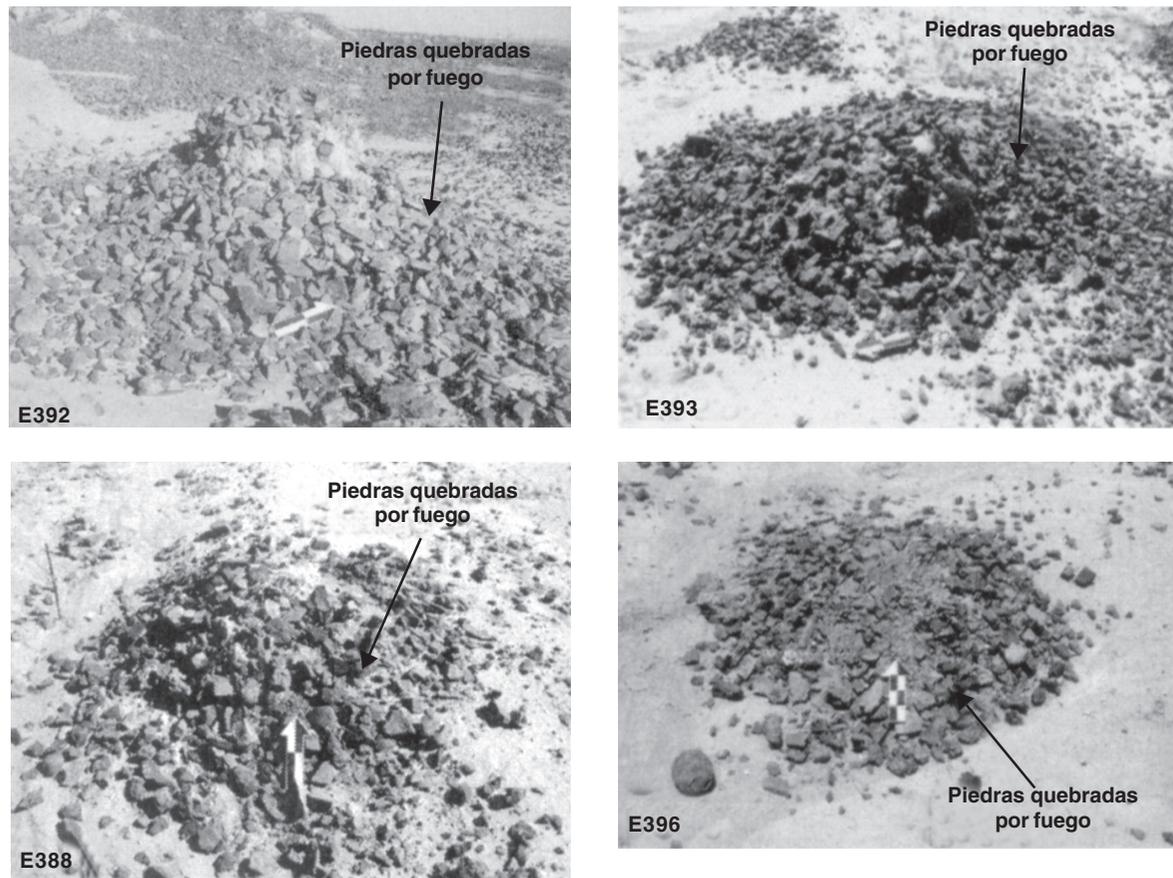
obtenidas de algunos hornos excavados que forman parte de los alineamientos, sugieren su asociación a la fase Ciénega (del 800 a.C. a ca. 200 d.C.). Además, las rocas fracturadas por el fuego asociadas a los hornos se encuentran muy quebradas, lo que parece sugerir que el agua fue un elemento importante durante el procesamiento térmico y su ordenamiento lineal puede reflejar su distribución a lo largo del canal.

### Hornos

En el sitio La Playa existe una gran variabilidad de elementos utilizados para cocinar. La única característica que tienen en común es que la fuente de calor utilizada fueron las piedras incandescentes. Los 104 hornos excavados hasta la fecha, tienen un diámetro de entre 0.45 y 4.02 m, y una profundidad que varía de 0.50 a 1.18 m (fig. 8). Aunque la mayoría son hornos en hoyo de perfil globular, algunos de los elementos térmicos se presentan como montículos de piedras y cenizas en los que la cocción se realizó en la superficie.

El análisis del contenido de los hornos refleja abundancia de restos de animales y plantas. En nueve de los trece hornos analizados hasta la fecha, están presentes cúpulas y granos de maíz junto con semillas de mesquite, quenopodio y amaranto (Sánchez, 1998). La abundancia de maíz —determinada por partes por litro (ppl) (Gasser, 1987)—, es relativamente alta, con un promedio de 5.2 ppl por cada elemento. Los quenopodios y amarantos también están bien representados, con una abundancia promedio de 4.08 ppl.

Como punto de comparación, Gasser (1987: 311) reportó que la abundancia de maíz en elementos arqueológicos Hohokam —reconocidos como agricultores intensivos—, tienen un promedio de menos de 1.0, lo que sugiere que elementos arqueológicos con abundancias de 5.0 ppl de una sola especie, pueden usarse como indicadores de la función primaria de un elemento. En contraste, la ubicuidad del maíz, determinado por la presencia/ausencia de maíz en elementos excavados, es un poco más baja



● Fig. 8. Ejemplos de hornos en el sitio La Playa.

de 63 por ciento. Esta cantidad es comparable al sitio Clearwater (Diehl y Waters, 1996), pero mucho más baja que el resto de los sitios del periodo de Agricultura temprana donde los estudios presentan una ubicuidad de maíz cuyo rango varía de 83 al 100 por ciento (Sánchez, 1998).

Los restos de fauna consisten principalmente en conejo/liebre, venado y tortuga. En un solo horno se recuperaron los restos de más de 20 conejos: esto posiblemente sea un indicador de la práctica de cacería con redes comunales. Otro horno contiene los restos que probablemente pertenecieron a varios guajolotes.

#### Entierros

Varias centenas de entierros humanos se observan expuestos en la superficie en diferentes

sectores del sitio. Hasta la fecha hemos excavado 188 inhumaciones y 33 cremaciones. Es muy probable que los entierros representen diversas etapas de ocupación del sitio ya que se observan en diferentes situaciones estratigráficas. Sin embargo, hemos determinado que por lo menos un conjunto de 165 entierros que se encuentran en el sector central del sitio (“área de los entierros” en fig. 3) con similares tratamientos mortuorios e iguales características paleopatológicas congénitas, pertenecen al periodo de Agricultura temprana. En este sector del sitio hemos fechado varios hornos que pertenecen a este periodo; en general el conjunto de artefactos tiene filiación con esta época. Esta muestra es la más grande de una sola población precerámica que se conoce hasta ahora en la región del Noroeste de México y el Suroeste de Estados Unidos.

Los entierros de La Playa están en su mayoría flexionados (54% , n=81), aunque también hay

inhumaciones semiflexionadas (13%, n=18), extendidas sobre la espalda (12% , n=17) y cremaciones (22%, n=33) (fig. 9). La posición y orientación del cuerpo es bastante variable, pero el 30 por ciento de las inhumaciones tienen el cráneo orientado al oeste. Una práctica generalizada parece haber sido el atar a los difuntos en bultos hechos de textiles y/o pieles y depositarlos en fosas de dimensiones reducidas, que muchas veces resultaban demasiado pequeñas.

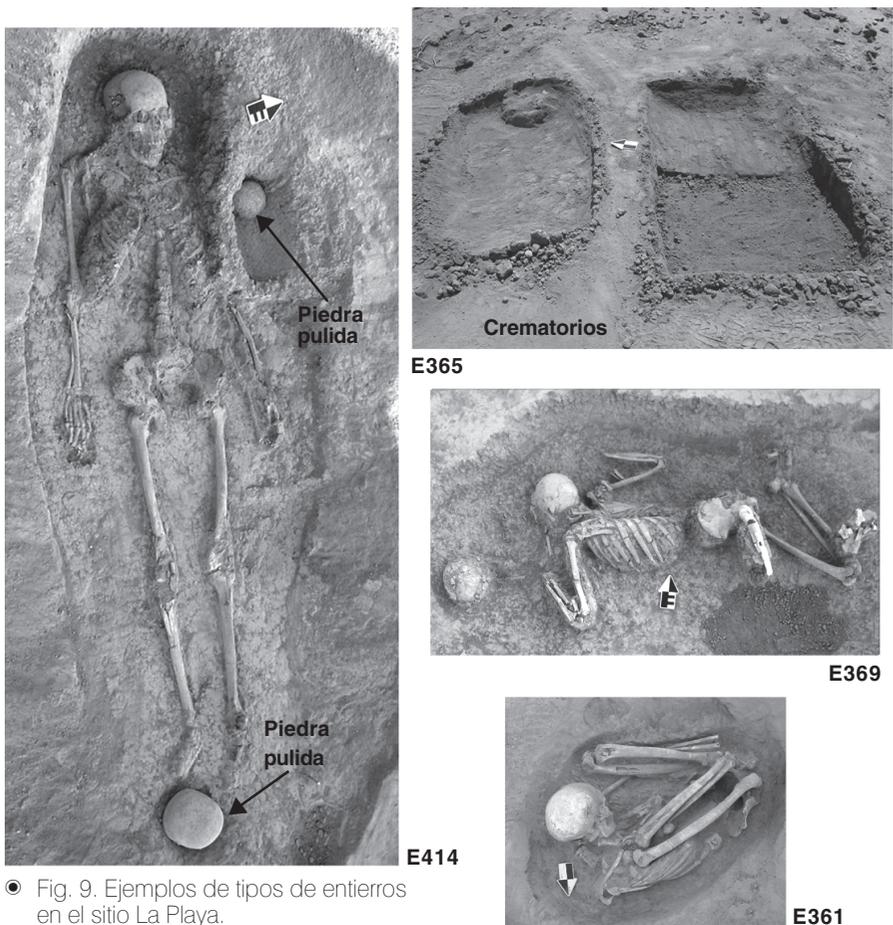
Sólo 27 entierros presentan ofrendas mortuorias, se trata de nueve hombres, once mujeres, cuatro cremaciones y un niño de cuatro años. Tres hombres y una cremación tuvieron puntas de proyectil asociadas, tres de las puntas como objetos mortuorios y un fragmento distal de punta de proyectil enterrado en las costillas del individuo, que debió ser la herida mortal. Los dos entierros más elaborados son el de una

mujer adulta en posición flexionada y enterrada con un caparazón de tortuga del desierto colocado boca arriba en el brazo; en el interior del caparazón había una charola pequeña y una mano de mortero con pigmento de color rojo (elemento 111). El otro entierro es el de un hombre adulto en posición extendida sobre su espalda, debajo de la barbilla tenía una pipa cilíndrica de basalto con una boquilla de concha tubular de vermético en un extremo, y cuatro cuentas nacaradas en el pecho (elemento 324) (fig. 10). Curiosamente, los esqueletos de estos dos personajes presentan un estrés de trabajo mínimo en sus huesos en comparación al resto de la población del sitio (Barnes, 2002).

Seis mujeres, tres hombres y un niño presentan ornamentos de concha; dos individuos —uno de sexo masculino y otro femenino— fueron enterrados con cristales de cuarzo empuñados en

la mano; una mujer adulta fue enterrada con dos manos y una herramienta de hueso; un entierro doble, secundario y primario, contenía un asta de venado como objeto mortuorio. Trece individuos de ambos sexos fueron cubiertos con un pigmento de hematita roja y una mujer fue enterrada con una manta o cuero decorado con bandas de líneas, triángulos y puntos en colores rojo y amarillo, usando pigmentos minerales.

Es muy probable que algunas de las cremaciones pertenezcan a la fase Ciénega (Haury 1957, Mabry 1998a). Una punta de esta misma fase muy fina y



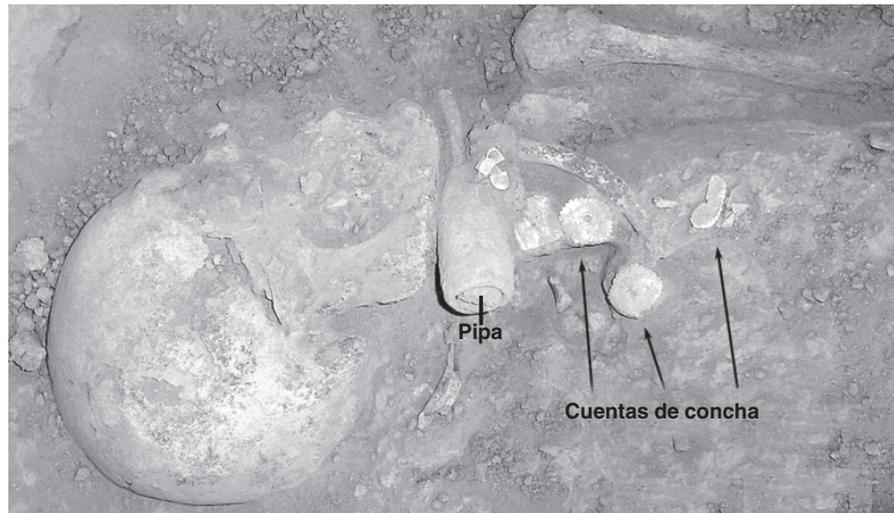
● Fig. 9. Ejemplos de tipos de entierros en el sitio La Playa.

bien terminada fue encontrada con una cremación. Contamos con una fecha de radiocarbono para una cremación de  $1675 \pm 60$  a.p. (A8746, fecha convencional en carbón de madera calibrada a 262-427 d.C.), indicando una filiación a la fase Trincheras I. Otra cremación fue colocada dentro de un cuenco cerámico del tipo Santa Cruz Policromo (*ca.*

1 200-1 400 d.C.), lo que sugiere que las prácticas mortuorias en La Playa son muy similares a las observadas en el sur de Arizona.

Los análisis paleopatológicos preliminares indican que la población de La Playa gozaba de buena salud y se observa muy poca evidencia de enfermedades congénitas e infecciosas (Barnes, 1999; Lincoln-Babb y Minturn, 1998); sin embargo muchos individuos presentan un desgaste extremo de los huesos largos por estrés físico de trabajo pesado y un desgaste extremo de sus dientes (Barnes, 2002). La presencia de exostosis auditiva en algunos de los individuos sugiere un posible rasgo genético compartido con las poblaciones de Matty Canyon del sureste de Arizona (Lincoln-Babb, 1997; Minturn y Lincoln-Babb, 1995). La protuberancia occipital, presente por lo menos en tres individuos, también parece ser un rasgo común en las poblaciones del periodo de Agricultura temprana de varios sitios de Arizona (Lincoln-Babb y Minturn, 1998).

El análisis dental preliminar reveló patrones de uso y frecuencia de caries característicos de las poblaciones del periodo de Agricultura temprana. La frecuencia de caries para la población de La Playa es de 9.7 por ciento, cifra semejante a la de los sitios Matty Canyon (9.9 por ciento) y Wetlands Site (7.1 por ciento) (Lincoln-Babb



● Fig. 10. Objetos funerarios del entierro 324.

y Minturn, 1998). Siguiendo los cálculos de Turner (1979), este valor cae dentro del límite superior para cazadores-recolectores (0.44-10.3 por ciento) y del límite inferior de los agricultores (2.3-26.0 por ciento); sin embargo solamente los dientes de seis individuos han sido analizados.

#### Entierros de perros

Los entierros de perros constituyen uno de los elementos más abundantes del sitio. De los 25 entierros excavados, 20 se encuentran en la agrupación principal de entierros humanos, aunque ninguno se encuentra asociado directamente con sus análogos humanos. Generalmente los perros fueron colocados sobre su lado izquierdo, encorvados en posición semiflexionada, sin objetos mortuorios. Un entierro singular es el de dos perros machos, uno al lado del otro, con sus hocicos y cuatro patas apuntando hacia el norte. Siguiendo a Saxe (1970), la colocación de los perros dentro del cementerio formal parece indicar que los canes eran miembros del grupo.

#### Producción de los ornamentos de concha

Una gran cantidad de conchas marinas ha sido encontrada en todo el sitio. Han sido identificados 52 géneros con 59 especies, aunque no se

puede determinar qué cantidad refleja el complejo de Agricultura temprana. Sin embargo, la gran cantidad de especies utilizadas parece estar asociada a los componentes precerámicos y algunos ejemplares de concha quemada están presentes en los hornos que datan de la fase Ciénega. Al comparar la colección de conchas de La Playa con la de Cerro de Trincheras (ca. 1 300-1 450 d.C.) ha quedado de manifiesto que existen diferencias considerables entre los dos conjuntos, con pocas especies en común y porcentajes drásticamente diferentes de ornamentos y especies representadas. Por ejemplo, *Conus* sp. es la especie dominante en el Cerro de Trincheras, con una representatividad de 58.35 por ciento (Vargas, 1995) y sólo ocupa el 0.13 por ciento del total de La Playa, donde la especie más abundante es *Glycymeris gigantea* representando un 68.3 por ciento de toda la concha recuperada.

Desde 1936 Woodward describió al sitio La Playa como una “fábrica de brazaletes de concha”, debido a que diferentes tipos de pulidores, buriles, punzones de mitades longitudinales de metapodio de venado y picotas de asta de venado se observan comúnmente asociadas con áreas de trabajo de concha (fig. 11). Otras especies de concha muy comunes son las nacaradas (8.4%), *Modiolus* (7.6%), *Laevicardium elatum* (1.6%), los verméticos (0.87%), *Chione* (0.70%), *Olivella dama* (0.30%) y *Arene* (0.26%).

#### Industria lítica

Los análisis cuantitativos del conjunto de piedra tallada y pulida continúan en proceso, por lo que la exposición en este texto se limita a observaciones preliminares. La colección de piedra tallada, en general, es consistente con los complejos líticos de los sitios Donaldson y Los Ojitos del periodo de Agricultura temprana en el sureste de Arizona (Huckell 1994); incluye una gran variedad de bifaciales, taladros, cuchillos, raspadores,

cepillos, denticulados y lascas con muescas, retocadas y utilizadas. También están presentes cuchillos de agave tabulares, pero no podemos determinar si pueden incluirse dentro del complejo de Agricultura temprana.

Aproximadamente 90 por ciento de la industria lítica de La Playa fue elaborada usando materias primas locales: cuarzo, basalto, riolita, andesita y diorita. Los materiales de grano fino cripto-cristalinos representan solamente el 9 por ciento de la colección, aunque el 35 por ciento de las puntas de proyectil son de sílex. Una estación de lasqueo compuesta de dos clases de sílex, contenía dos puntas Ciénega, reconstruibles que se rompieron y fueron desechadas durante la manufactura. La obsidiana está presente en el sitio, aunque tiene una representatividad mínima de 0.01 por ciento. Aunque en general el uso de materias primas en puntas de proyectil del tipo Imperio, San Pedro y Ciénega es bastante similar, en las puntas Ciénega se observa una mayor utilización de materias primas foráneas ya que 49 por ciento de las mismas están hechas en sílex, mientras que sólo el 25 por ciento de las puntas Imperio y San Pedro son de este material. El cuarzo representa una materia prima de mala calidad, sin embargo, junto con la diorita y el esquisto es la roca de más fácil acceso en la Sierra Boquillas; el 40 por ciento de las puntas Imperio y San Pedro son de este cuarzo local.

El conjunto de lítica pulida incluye un número exorbitante de manos sobre canto y manos largas que se usan con ambas extremidades,



● Fig. 11. Proceso de trabajo de brazaletes de *Glycymeris gigantea*.

metates planos y en cuenco, charolas de basalto, morteros, protopaletas, manos de morteros, pulidores y una gran cantidad de percutores. La materia prima utilizada para su manufactura primordialmente es granodiorita seguida por esquisto, riolita y varios basaltos. Sin embargo, virtualmente todos los percutores están elaborados en una diorita de grano grueso de color verde oscuro.

En la cumbre de un cerro pequeño localizado en el punto donde el río Boquillas emerge a la planicie aluvial, se encuentra un yacimiento de esquisto. Los escarpes de roca presentan varias marcas e incisiones profundas y muchos fragmentos tabulares fueron removidos usando pijas de cuarzo. Aunque es muy probable que el uso del yacimiento continuó hasta el periodo Trincheras, muchos implementos para pulir utilizados en la producción de ornamentos de concha son del esquisto local y son muy comunes en los componentes característicos del periodo de Agricultura temprana.

### Cerámica

Varios tiestos de un tipo cerámico previamente desconocido se han encontrado asociados a componentes de la fase Ciénega. El tipo La Playa Lisa es una cerámica elaborada por enrollado y raspado, bien terminada, pulida y con desgrasante de arena fina, bastante diferente a la cerámica de la tradición Trincheras. Un horno que contenía cerámica La Playa Lisa registró una fecha de radiocarbono de  $1940 \pm 55$  (4 al 129 d.C.). En un foso de almacenamiento en forma de campana, todavía no fechado, se encontró un tiesto de este tipo.

La cerámica La Playa Lisa comprende aproximadamente el 2.5 por ciento de la muestra recolectada del sitio; sin embargo cabe señalar que ésta no es representativa, ya que nos hemos enfocado en el estudio de áreas reconocidas como pertenecientes al periodo de Agricultura temprana. Sí podemos decir que su presencia es significativa y que aparece en diversos contextos, lo que sugiere que pudo haberse elaborado

en La Playa, sin descartar la posibilidad de que se trate de una cerámica intrusiva.

### Interacción regional e interregional

El recurso foráneo más significativo del sitio es la gran cantidad de concha marina procedente del Golfo de California, localizado a 100 kilómetros hacia el oeste. No hemos podido determinar si la concha fue adquirida directamente por los ocupantes del sitio viajando a la costa o por medio del intercambio con grupos costeros (ancestros de los comca'ac). De cualquier forma, sitios del periodo Trincheras cercanos a Bahía Kino, como Playa Noriega o Gignac, con cerámica Trincheras Púrpura-sobre-rojo, sugieren una interacción significativa entre las poblaciones de la tradición Trincheras y los comca'ac prehispánicos. Existen elementos suficientes para considerar que esta relación pudo haberse establecido desde el periodo precerámico.

El sitio La Playa obtuvo recursos minerales de varias regiones ubicadas a diferentes distancias. La obsidiana de La Playa posiblemente proviene en su totalidad de la fuente de Antelope Wells en la frontera de Nuevo México y Chihuahua, 350 km hacia el este (Steve Shackley, comunicación personal 1999). Según los análisis realizados con espectrómetro, la argilita roja de alta calidad que hemos observado en el sitio, proviene de la cuenca Tonto en Arizona, localizada aproximadamente a 400 km hacia el norte (James Gundersen, comunicación personal 1999).

La turquesa está presente tanto en forma de ornamentos como de manera natural, pero no se ha determinado su procedencia. Tampoco se conoce la procedencia de la materia prima cripto-cristalina (sílex y calcedonia), muy utilizada en la elaboración de puntas de proyectil. Se han observado dos o tres nódulos pequeños de sílex entre los cantos rodados en el canal del río Boquillas, esto sugiere la existencia de una fuente de sílex cercana, aunque todavía no localizada.

## Discusión

Aunque sólo hemos comenzado a levantar el velo, nos atrevemos a sugerir algunas propuestas interpretativas. Nuestras investigaciones parecen sostener la importancia de los cambios ambientales para la reconstrucción de modelos explicativos sobre los complejos del Arcaico medio y la difusión de la agricultura de maíz. Si bien el 11 por ciento de la colección de puntas de proyectil pertenece al Arcaico medio, sólo algunos datan del periodo Altitermal. Por otro lado, parecen estar bien representados tanto el complejo del Holoceno temprano San Dieguito/Malpais como el periodo Arcaico tardío que sigue al Altitermal. Consideramos que La Playa, al igual que una gran parte de los desiertos bajos de la actual frontera, fueron abandonados casi en su totalidad durante el periodo Altitermal. Esta interpretación concuerda con los modelos propuestos anteriormente por Berry y Berry (1986), Hayden (1976), Mabry (1998d) y otros. Las puntas de proyectil pertenecientes al periodo Altitermal —como son los tipos Pinto y San José—, probablemente reflejan incursiones de grupos norteros procedentes de la Gran Cuenca y/o la Gran Planicie de Colorado hacia el desierto de Sonora.

Al final del Altitermal, el desierto de Sonora era un nicho vacío que fue repoblado subsecuentemente por grupos asociados a nuevas tecnologías. Las puntas Gypsum, junto con varias otras puntas de pedúnculos contraídos, reflejan una nueva tecnología en la que se utilizaba una resina adhesiva para fijar la punta al dardo. Como Berry y Berry (1986), Mabry (1998e) y Marmaduke (1978) han discutido el estilo de punta Gypsum; aparece por primera vez en el Centro de México, asociado con maíz en el Valle de Tehuacán durante la fase Coxcatlán. Ésta fue fechada por MacNeish entre el 4 800-3 600 a.C. y posteriormente revisada al 3 600 a.C. (Long *et al.* 1989); planteamos la posibilidad de que esta nueva tecnología de enmangado se haya difundido hacia el norte junto con el cultivo del maíz.

Recientemente las puntas de proyectil de estilo Cortaro han sido fechadas con más precisión: cronológicamente se han ubicado en el milenio anterior al periodo de Agricultura temprana (Lorentzen, 1998:147; Mabry, 1998e; Roth y Huckell, 1992), reflejando tal vez un desarrollo local originado en el sur de Arizona, suroeste de Nuevo México y norte de Sonora. Se encuentran con mayor frecuencia en asentamientos aluviales asociados a las fases tardías de la ocupación San Pedro o cerca de la planicie aluvial. Estas puntas también han sido asociadas a la presencia de maíz extremadamente temprano con fechas de alrededor de 3 650 a.p. en el sitio Clearwater (Mabry, 2002) y en McEuen Cave, Arizona (Huckell, 1999).

La existencia de una discontinuidad en el registro arqueológico, observada hacia finales del Altitermal, ha sido citada por varios autores para sustentar la idea de que la introducción del maíz fue el resultado de una migración de grupos del norte de México (Berry y Berry, 1986; Huckell, 1995; Mabry, 2002). Aunque los modelos anteriores asociaron la migración con las poblaciones de la fase San Pedro, tentativamente sugerimos que el complejo Cortaro puede estar vinculado con el arribo inicial de grupos hablantes del tronco yutoazteca (Carpenter, Sánchez y Villalpando, 2000).

La evidencia lingüística sitúa el territorio original de los Proto Yutoaztecas (PYA) en algún lugar entre el Mogollon Rim y la mitad norte de la Sierra Madre Occidental (Fowler 1983; Hill 1996). Los datos glotocronológicos sugieren que la comunidad PYA se separó en las ramas nortera (California y La Gran Cuenca) y sureña (Sonora) alrededor del año 6000 a.C. (Miller 1983: 118). Hill (1996, 1999, 2000) ha postulado que la bifurcación ocurrió después de la adopción de la agricultura de maíz, basándose en la existencia de cognados compartidos para términos relacionados con prácticas agrícolas, incluyendo el vocablo para maíz.

Dada la correlación cronológica, estamos tentados a sugerir que el Altitermal fue el posible motivo de la separación inicial del grupo. Al despoblarse la región del desierto de Sonora, algunos grupos se refugiaron en la Gran Cuenca, mientras que otros se desplazaron hacia el sur adentrándose en la Sierra Madre Occidental y/o en la planicie costera del sur de Sonora y Sinaloa. Miller (1983) identificó la región serrana entre los ríos Mayo y Sinaloa como la cuna de los protoyutoaztecas Sonorenses (PSYA), basándose en la existencia de una gran diversidad de idiomas yutoaztecas en un espacio reducido.

Estos grupos PSYA seguramente fueron los primeros norteños en adoptar la agricultura de maíz. Benz (1999: 32-33) postula que la familia de maíz relevante en el norte de México, se originó entre poblaciones pequeñas muy tempranas, esparcidas desde el río Balsas hasta la región de Colima-Jalisco en el occidente de México —donde se desarrolló la raza Reventador—, y después hacia la planicie costera de Nayarit donde surgió la raza Jala; posteriormente se difundió hacia las costas de Sinaloa y Sonora donde al parecer se gestó el Chapalote. El momento preciso de la difusión del maíz y su desarrollo evolutivo solamente puede ser delimitado usando las fechas más tempranas de maíz para el centro de México y para el Suroeste de Estados Unidos. Así tenemos un lapso entre los años 3 600 y 2 000 a.C., lo que significa que los grupos protoyutoaztecas sureños probablemente recibieron el maíz a finales del periodo Altitermal o en el Holoceno temprano y estuvieron involucrados en el desarrollo de la raza Chapalote.

Los lingüistas ubican la ramificación original del PSYA en los grupos históricos alrededor de los años 2 500 y 1 500 a.C. (Hill, 1996, 2000, Miller, 1983). Hill (2000) ha demostrado que el maíz se dispersó entre los hablantes de protoyutoazteca Sonorense. Lo cierto es que sospechamos que la diversificación de la rama Sureña de los yutoaztecas está relacionada con la reocupación del desierto de Sonora y de otras

regiones óptimas para el desarrollo de la agricultura de maíz. Curiosamente, la distribución de los complejos arqueológicos pertenecientes al periodo de Agricultura temprana o semejantes a la fase San Pedro hasta ahora conocidos, coinciden con la extensión territorial de los hablantes del tronco yutoazteca en el Noroeste de México (Carpenter *et al.*, 1996; Carpenter, Mabry y Sánchez, 2000).

La subsistencia de los habitantes de La Playa está relacionada con una estrategia económica de tipo mixto de forrajeo y agricultura, con un intenso cultivo de maíz combinado con una extensa utilización de plantas silvestres y animales. A este tipo de estrategia la hemos definido como el Complejo de Agricultura Sonorense (Carpenter, Sánchez y Villalpando, 2002). Indudablemente el maíz fue la fuente fundamental de alimento almacenable para el invierno y los primeros meses de la primavera. Aunque no se puede negar la existencia de estrategias de intensificación agrícola junto con un patrón de asentamiento radicalmente alterado en el sitio, es posible que la agricultura contribuyera sólo de manera moderada al porcentaje total de calorías consumidas. Estas deducciones están sustentadas por la baja incidencia de caries en la población, la gran cantidad de plantas silvestres contenidas en los hornos y el estilo de piedras de molienda utilizadas para triturar semillas silvestres.

La práctica de la agricultura de maíz, las especies vegetales que representan todas las estaciones del año, la identificación de una localidad funeraria donde enterraban a sus muertos, junto con las evidencias de una gran diversidad de actividades, la gran cantidad de hornos para procesar alimentos, el conjunto de herramientas líticas, manos y metates y la distribución y densidad de elementos arqueológicos y artefactos, son indicativos de que durante el periodo de Agricultura temprana la población de La Playa fue totalmente sedentaria.

La transición de la fase Ciénega a la tradición Trincheras refleja la continuidad de ocupación

de la población del periodo de Agricultura temprana. La diferencia más significativa es la transformación del tratamiento de entierros, de inhumaciones a cremaciones, y el surgimiento de la tradición cerámica Trincheras. La construcción de geoglifos en La Playa también pueden ser atribuidos al periodo Trincheras.

En nuestra opinión, la tradición Trincheras, no representa el componente más sureño de la rama Desértica de los hohokam como se había propuesto anteriormente (e.g., Johnson, 1960, 1963); pensamos que sus semejanzas, probablemente se deban más a que comparten una tradición lingüística de agricultores de maíz. El surgimiento de horizontes cerámicos tempranos caracterizados por vajillas lisas de color café pulido —a las que les siguen cerámicas con engobe rojo, algunas veces con una predilección de superficies texturizadas—, se puede observar en un área que se extiende desde el Mogollon Rim hasta el estado de Durango. El posterior desarrollo de diferentes tradiciones cerámicas que incluyen a los hohokam, Mogollon, Trincheras, río Sonora, Huatabampo, Loma San Gabriel, e inclusive los ancestros de los grupos Pueblos muy posiblemente puede remontarse en origen hasta los hablantes de Yutoazteca Sonorense del periodo de Agricultura temprana (Carpenter, Mabry y Sánchez, 2000).

## Conclusiones

Las investigaciones realizadas indican que el valle del río Boquillas fue habitado periódicamente desde el Pleistoceno terminal hasta el Holoceno medio, y de manera continua desde el final del periodo Altitermal hasta mediados del siglo XX. Hemos identificado a La Playa como la comunidad de Agricultura temprana más extensa hasta la fecha conocida en el Noroeste de México y el Suroeste de Estados Unidos. El conjunto es consistente con los componentes de las fases San Pedro y Ciénega del suroeste de Arizona. La información bioarqueológica sugiere la existencia de una población compartida genéticamente y sostiene también su correlación. La distribución de conjuntos de artefactos similares a lo largo de una gran parte del Noroeste de México, sugiere que el complejo arqueológico de Agricultura temprana en el actual Suroeste de Estados Unidos refleja el extremo más septentrional de una tradición del Norte de México. Finalmente, si estamos en lo correcto, la evidencia más temprana de la aparición de la agricultura en esta área debe datar de finales del periodo Altitermal o de principios del Holoceno tardío y sus evidencias deben encontrarse en las bien irrigadas planicies aluviales del extremo sur de Sonora y norte de Sinaloa.

# b i b l i o g r a f í a

- Ambler, J. Richard  
1996. "Dust Devil Cave and Archaic Complexes of the Glen Canyon Area", en *Glen Canyon Revisited*, P. R. Geib (ed.), Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 40-52 (Anthropological Papers, 119).
- Antevs, Ernst  
1948. "The Great Basin, with Amphasis on Glacial and Postglacial Times: Climatic Changes and Pre-White Man", *University of Utah Bulletin*, vol. 38, núm. 20, Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 168-191.
- 1955. "Geologic Climatic Dating in the West", *American Antiquity*, vol. 20, núm. 4, pp. 317-355.
- Barnes, Ethne  
1999. "Lab Analysis, La Playa Burials", México, Centro INAH Sonora, mecanoescrito.  
2002. "Lab Analysis, La Playa Burials", México, Centro INAH Sonora, mecanoescrito.
- Benz, Bruce F.  
1999. "On the Origin, Evolution, and Dispersal of Maize", en M. M. Blake (ed.), *Pacific Latin America in Prehistory: The Evolution of Archaic and Formative Cultures*, Pullman, Washington State University Press, pp. 25-38.
- Berry, C. F. y M. S. Berry  
1986. "Chronological and Conceptual Models of the Southwestern Archaic", en C. J. Condie y D. D. Fowler (eds.), *Anthropology of the Desert West: Essays in Honor of Jesse D. Jennings*, Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 253-327 (Anthropological Papers, 110).
- Betancourt, Julio  
1990. "Late Quaternary Biogeography of the Colorado Plateau", en J. L. Betancourt, T. R. VanDevender y P. S. Martin (eds.), *Packrat Middens: The Last 40,000 Years of Biotic Change*, Tucson, University of Arizona Press, pp. 259-292.
- Bowen, Thomas  
1974. "Esquema de la historia de la cultura Trincheras", en B. Braniff y R. S. Felger (eds.), *Sonora: Antropología del Desierto*, México, INAH/SEP, pp. 347-363.  
1976. *Seri Prehistory: The Archaeology of the Central Coast of Sonora*, Tucson, University of Arizona Press (Anthropological Papers of The University of Arizona, 27).
- Carpenter, John P., Guadalupe Sánchez y Elisa Villalpando  
2002. "Of Maize and Migration: Mode and Tempo in the Diffusion of *Zea mays* in Northwest Mexico and the American Southwest", en Sarah Schlander, Boulder (ed.), *Traditions, Transitions, and Technologies: Themes in Southwestern Archaeology*, Colorado, University Press of Colorado, pp. 245-258.  
1996. "Of Language, Lithics and Lunch: New Perspectives on the San Pedro Phase from La Playa, Sonora, Mexico", ponencia presentada en Conference on Archaic Prehistory of the Southwest, Albuquerque.
- Carpenter, John P., Jonathan Mabry y Guadalupe Sánchez  
2000. "Arqueología de los Yuto-Aztecas Tempranos", en J. L. Moctezuma Zamarrón y J. H. Hill (eds.), *Avances y Balances de Lenguas Yutoaztecas, Homenaje a Wick R. Miller*, Hermosillo, Centro INAH Sonora (edición especial de *Noroeste de México* en CD ROM).
- Diehl, M. W. y J. A. Waters  
1996. "Archaeobotanical and Osteofaunal Assessments of Diet Composition and Diversity", en *Archaeological Investigations of the Early Agricultural Period Settlement at the Base of A-Mountain, Tucson, Arizona*, Tucson, Center for Desert Archaeology (Technical Report, 96-71).

- Ekholm, Gordon  
1940. "The Archaeology of Northern and Western Mexico", en C. L. Hay (ed.), *The Mayas and Their Neighbors*, New York, Appleton-Century Company, Inc., pp. 307-320.
- s.f. "Fieldnotes", New York, American Museum of Natural History, mecanoescrito.
- Escárcega, José Antonio  
1996. "Geología de Sonora", en *Historia General de Sonora, Vol. I: Periodo Prehistórico y Prehispánico*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, pp. 27-96.
- Ezell, Paul H.  
1954. "An Archaeological Survey of Northwestern Papaguería", *The Kiva*, vol. 19, núms. 2-4, pp.1-26.
- Fay, George E.  
1955. "Prepottery Lithic Complex from Sonora, Mexico", *Science*, vol. 121, núm. 3152, pp. 777-778.
- 1958. "A Hematite Ore Deposit in Sonora, Mexico", *Southwestern Lore*, vol. 24, núm. 1, pp.5-6.
- 1967. "An Archaeological Study of the Peralta Complex", en *Occasional Publications in Anthropology, Archaeology Series*, núm. 1, Greeley, Colorado State University.
- Fowler, Catherine S.  
1983. "Some Lexical Clues to Uto-Aztec Prehistory", *International Journal of Linguistics*, vol. 49, pp. 224-257.
- Gasser, Robert  
1987. "Macrofloral Analysis", en J. C. Ravesloot (ed.), *The Archaeology of the San Xavier Bridge Site (AS BB:13:14) Tucson Basin, Southern Arizona (Part 3)*, Tucson, University of Arizona Press, pp. 303-318 (Arizona State Museum Archaeological Series, 171).
- Haury, Emil W.  
1957. "An Alluvial Site on the San Carlos Indian Reservation, Arizona", *American Antiquity*, núm. 23, pp. 2-27.
- Hayden, Julian D.  
1955. "Notes on the Archaeology of the Central Coast of Sonora, Mexico", *The Kiva*, vol. 21, núms. 3-4, pp. 19-23.
- 1965. "Fragile-Pattern Areas", *American Antiquity*, vol. 32, núm. 3, pp. 335-344.
- 1967. "A Summary Prehistory and History of the Sierra Pinacate, Sonora", *American Antiquity*, vol. 32, núm. 3, pp. 335-344.
- 1969. "Giratory Crushers of the Sierra Pinacate, Sonora", *American Antiquity*, vol. 34, núm. 2, pp. 214-235.
- 1974. "La arqueología en la Sierra del Pinacate, Sonora, México", en B. Braniff y R. S. Felger (eds.), *Sonora: Antropología del Desierto*, México, INAH/SEP (Científica, 27), pp. 261-265.
- 1976. "Pre-Altithermal Archaeology in the Sierra Pinacate, Sonora, Mexico", *American Antiquity*, vol. 41, pp. 274-289.
- 1987. "Early Man in the Far Southwestern United States and Adjacent Sonora, Mexico", ponencia presentada en International Union for Pre- and Proto-Historic Sciences, Commission for the Peopling of the Americas, XI Congress, Mainz, Alemania.
- Hesse, India y Jane Sliva  
2002. "The Organization of Lithic Technology at an Early Agricultural Village: The View from Las Capas", ponencia presentada en la 67 reunión anual de Society for American Archaeology, Denver.
- Hill, Jane H.  
1996. "The Prehistoric Differentiation

of Uto-Aztecan Languages and the Lexicon of Early Southwestern Agriculture”, ponencia presentada en la 61 Reunión Anual de Society for American Archaeology, New Orleans.

1999. “Linguistics”, *Archaeology Southwest*, vol. 13, núm. 1, p. 8.

2000. “Dating the Break-Up of Southern Uto-Aztecan”, en J. L. Moctezuma Zamarron y J. H. Hill (eds.), *Avances y Balances de Lenguas Yutoaztecas, Homenaje a Wick R. Miller*, Hermosillo, Centro INAH Sonora (edición especial de *Noroeste de México en CD-ROM*).

• Hinton, Thomas

1955. “A Survey of Archaeological Sites in the Altar Valley, Sonora”, *The Kiva*, vol. 21, núms. 1-2, pp. 1-12.

• Holmer, Richard N.

1986. “Common Projectile Points of the Intermountain West”, en C. J. Condie y D. D. Fowler (eds.), *Anthropology of the Desert West: Essays in Honor of Jesse D. Jennings*, Anthropological Papers núm. 110, University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 89-115.

• Holzkamper, Franz M.

1956. “Artifacts from Estero Tastiota, Sonora, Mexico”, *The Kiva*, vol. 21, núms. 3-4, pp. 12-19.

• Huckell, Bruce

1995. *Of Marshes and Maize: Pre-ceramic Agricultural Settlements in the Cienega Valley, Southeastern Arizona*, Tucson, University of Arizona Press (Anthropological Papers of the University of Arizona, 59).

1998. “A San Dieguito Site on the Lower Gila River, Southwestern Arizona”, *The Kiva*, vol. 62, núm. 2, pp. 145-174.

1999. “McKuen Cave”, *Archaeology Southwest*, vol. 13, núm. 1, p. 12.

• Irwin Williams, Cynthia

1973. *The Oshara Tradition: Origins of*

*Anasazi Culture*, Portales, Eastern New Mexico University (Contributions in Anthropology 5, 1).

• Ives, Ronald

1963. “The Problem of the Sonoran Littoral Cultures”, *The Kiva*, vol. 28, núms. 3-4, pp. 28-32.

• Johnson, Alfred

1960. “The Place of the Trincheras Culture of Northern Sonora in Southwestern Archaeology”, tesis de maestría, Department of Anthropology, University of Arizona.

1963. “The Trincheras Culture of Northern Sonora”, *American Antiquity*, vol. 29, núm. 2, pp. 174-186.

• Lehmer, Donald J.

1949. “Archaeological Survey of Sonora, Mexico”, *Chicago Natural History Museum Bulletin*, pp. 4-5.

• Lincoln-Babb, Lorrie

1997. “Apéndice I: Dental Analysis of the La Playa Burials”, en J. P. Carpenter, G. Sánchez y E. Villalpando (eds.), *Rescate Arqueológico La Playa (SON F:10:3) Municipio de Trincheras, Sonora, México*, México, Archivo Consejo de Arqueología INAH.

• Lincoln-Babb, Lorrie y Peggy D. Minturn

1998. “Análisis de los restos óseos humanos”, en E. Villalpando, J. P. Carpenter, G. Sánchez y M. Pastrana (eds.), *Salvamento Arqueológico La Playa, Informe de la Temporada 1997-1998 y análisis de los materiales arqueológicos*, México, Archivo Consejo de Arqueología INAH, pp. 123-129.

• Lister, Robert

1958. “Archaeological Excavations in the Northern Sierra Madre Occidental, Chihuahua and Sonora, Mexico”, en *University of Colorado Studies*, Boulder, University of Colorado Press (Series in Anthropology, 7).

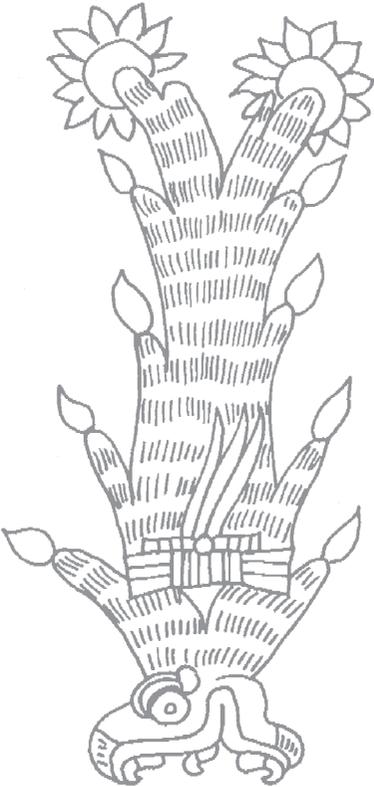
- Long, Austin, Bruce F. Benz, D. J. Donahue, A. J. Jull y L. J. Toolin  
1989. "First Direct AMS Dates on Early Maize from Tehuacán, Mexico", *Radiocarbon*, vol. 31, núm. 3, pp. 1035-1040.
- Lorentzen, Leon H.  
1998. "Appendix: Common Paleoindian and Archaic Projectile Points in Arizona", en J. B. Mabry (ed.), *Paleoindian and Archaic Sites of Arizona*, Tucson, Center for Desert Archaeology, pp. 138-151 (Technical Report, 97-7).
- Mabry, Jonathan B.  
1998a. "Mortuary Patterns", en J.B. Mabry (ed.), *Archaeological Investigations of Early Village Sites in the Middle Santa Cruz Valley: Analyses and Synthesis*, Tucson, Center for Desert Archaeology, pp. 697-738 (Anthropological Papers, 19).
- 1998b. "Frameworks for Arizona's Early Prehistory", en J. B. Mabry (ed.), *Paleoindian and Archaic Sites of Arizona*, Tucson, Center for Desert Archaeology, pp. 1-18 (Technical Report, 97-7).
- 1998c. "Late Quaternary Environmental Periods", en J. B. Mabry (ed.), *Paleoindian and Archaic Sites of Arizona*, Tucson, Center for Desert Archaeology, pp. 19-32 (Technical Report, 97-7).
- 1998d. "Archaic Complexes of the Middle Holocene", en J. B. Mabry (ed.), *Paleoindian and Archaic Sites of Arizona*, Tucson, Center for Desert Archaeology, pp. 65-72 (Technical Report, 97-7).
- 1998e. "Archaic Complexes of the Late Holocene", en J. B. Mabry (ed.), *Paleoindian and Archaic Sites of Arizona*, Tucson, Center for Desert Archaeology, pp. 73-88 (Technical Report, 97-7).
- 2002. "A Model of Early Agricultural Systems in Southwestern North America", en Michael Diehl (ed.), *Early Agricultural Period Environment and Subsistence*, Tucson, Center for Desert Archaeology, pp. 31-57 (Anthropological Papers, 34).
- Mabry, Jonathan B. y M. Faught  
1998. "Archaic Complexes of the Early Holocene", en J. B. Mabry (ed.), *Paleoindian and Archaic Sites of Arizona*, Tucson, Center for Desert Archaeology, pp. 55-64 (Technical Report, 97-7).
- Marmaduke, William S.  
1978. "Prehistoric Culture in Trans-Pecos Texas: An Ecological Explanation", tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of Texas at Austin, University Microfilms.
- Martin, Paul S.  
1963. *The Last 10 000 Years*, Tucson, University of Arizona Press.
- MacNeish, Richard S., Antoinette Nelken-Terner e Irmgard W. Johnson  
1967. *The Prehistory of the Tehuacan Valley, Vol. 2. Nonceramic Artifacts*, Austin, University of Texas Press.
- McGuire, Randal y María Elisa Villalpando  
1993. *An Archaeological Survey of the Altar Valley, Sonora, Mexico*, Tucson, Arizona State Museum, University of Arizona (Arizona State Museum Archaeological Series, 184).
- Miller, Wick R.  
1983. "Uto-Aztecan Languages", en A. Ortiz (ed.), *Handbook of North American Indians*, vol. 10, Washington, D. C., Smithsonian Institution, pp. 113-124.
- Minturn, Peggy y Lorrie Lincoln-Babb  
1995. "Bioarchaeology of the Donaldson Site and Los Ojitos", en B. Huckell (ed.), *Of Marshes and Maize*, Tucson, University of Arizona Press, pp. 106-116 (Anthropological Papers of the University of Arizona, 59).

- Montané, Julio César  
1996. "Desde los orígenes hasta 3000 años antes del presente", en *Historia General de Sonora, Tomo I: Periodo Prehistórico y Prehispánico*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, pp. 151-195.
- Noguera, Eduardo  
1958. *Reconocimiento arqueológico en Sonora*, México, Dirección de Monumentos Prehispánicos INAH (Informe, 10).
- Phillips, David A.  
1989. "Prehistory of Chihuahua and Sonora, Mexico", *Journal of World Prehistory*, vol. 3, núm. 4, pp. 373-401.
- Robles Ortiz, Manuel  
1974. "Distribución de artefactos Clovis en Sonora", *Boletín*, núm. 2, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 25-32.
- Rogers, Malcom  
1929. *Report on an Archaeological Reconnaissance in the Mojave Sink Region*, San Diego, San Diego Museum of Man (Archaeological Papers, 1).  
  
1939. *Early Lithic Industries of the Lower Basin of the Colorado River and Adjacent Desert Areas*, San Diego, San Diego Museum of Man (Archaeological Papers 3).  
  
1958. "San Dieguito Implements from the Terraces on the Rincon Pantano and Rillito Drainage System", *The Kiva*, vol. 24, núm. 1, pp. 1-23.
- Roth, Barbara y Bruce Huckell  
1992. "Cortaro Points and the Archaic of Southern Arizona", *The Kiva*, vol. 57, núm. 4, pp. 353-370.
- Sánchez, M. Guadalupe  
1999. "Of Roasting Pits and Plant Remains: Preliminary Analyses of Archaeobotanical Remains from La Playa, Sonora, Mexico", tesis de maestría, Department of Anthropology, University of Arizona.
- Saxe, Arthur A.  
1970. "Social Dimensions of Mortuary Practices", tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor University Microfilms.
- Sayles, Edwin B.  
1983. *The Cochise Cultural Sequence in Southeastern Arizona*, Tucson, University of Arizona (Anthropological Papers, 42).
- Sayles, Edwin B. y Ernest Antevs  
1941. *The Cochise Culture*, Globe, Gila Pueblo (Medallion Papers, 29).
- Sliva, R. Jane  
1997. *Introduction to the Study and Analysis of Flaked Stone Artifacts and Lithic Technology*, Tucson, Center for Desert Archaeology.
- Stevens, Michelle N. y R. Jane Sliva  
2002. "Empire Points: An Addition to the San Pedro Phase Lithic Assemblage", *The Kiva*, vol. 67, núm. 3, pp. 297-326.
- Turner, Christy G. II  
1979. "Dental Anthropological Indications of Agriculture Among the Jomon People of Central Japan", *American Journal of Physical Anthropology*, núm. 51, pp. 619-636.
- VanDevender, T. R.  
1990. "Late Quaternary Vegetation and Climate of the Sonoran Desert, United States and Mexico", en J.L. Betancourt, T. R. VanDevender y P.S. Martin (eds.), *Packrat Middens: The Last 40 000 Years of Biotic Change*, Tucson, University of Arizona Press, pp. 134-165.
- Vargas, Victoria  
1993. "Concha", en R. H. McGuire y E. Villalpando (ed.), "Excavación

Arqueológica de Cerro de Trincheras”, Informe Preliminar de la Temporada de Campo 1995, México, Archivo Consejo de Arqueología INAH, pp. 53-72.

- Woodward, Arthur  
1936. “A Shell Bracelet Manufactory”, *American Antiquity*, vol. 2, núm. 2, pp. 117-125.

- Wormington, H. Marie  
1964. *Ancient Man in North America*, Denver, Denver Museum of Natural History.





## **El pasado del pasado. Artefacto prehistórico en una tumba de El Opeño, Michoacán**

En Michoacán son pocas las regiones culturales y naturales que se han estudiado de manera sistemática. Lo mismo puede decirse de los materiales arqueológicos obtenidos en ellas. Sobresalen los sitios en la depresión del río Lerma (Región de los Valles) y que circundan cuencas lacustres o palustres, como los de las Lomas de Zacapu (Arnauld, *et al.* 1988; Michelet, *et al.* 1988; 1989; Carot, 1990; 1992), además de aquellos otros lugares cercanos o ubicados en torno a la laguna de Cuitzeo (Macías, 1988; 1990; Moedano, 1946; Florance, 1985). Otra área con varios estudios es la Meseta Tarasca, donde por igual los asentamientos se encuentran alrededor de distintas cuencas, en este caso la del lago de Pátzcuaro (Pollard, 1977 y 1980). De hecho, en esas porciones se localizan cinco de las siete zonas arqueológicas abiertas al turismo, entre ellas Tingambato, que está en las estribaciones de dicha meseta y San Felipe los Alzati, aislada de las demás, entre Michoacán y el Estado de México. Fuera de aquí quedan las regiones mayores y menos exploradas, ubicadas hacia la Sierra Madre, y la Tierra Caliente (Brand, 1942; Goggin, 1943; Kelly, 1947; Lister, 1947; Grave y Pulido, 2000), y también a la Costa (Novela, R. 1999).

Cabe señalar que los sitios más estudiados pertenecen al Posclásico tardío o a fechas próximas al arribo de los europeos. Por supuesto se trata del momento que cuenta con mayor información, inclusive documental y etnográfica, de donde puede afirmarse que Michoacán es conocido básicamente por el llamado “imperio tarasco” (p’urhépecha), considerado como el elemento más relevante en el estado. Sin embargo, se trata de una situación equívoca, ya que este grupo no fue el único que aquí habitó ni el más trascendental ni mucho menos el más antiguo. Los pocos estudios realizados en lugares con otras características geográficas o culturales proponen una imagen bien diferente

\*Centro INAH Michoacán. oliver@mail.mt.com.mx

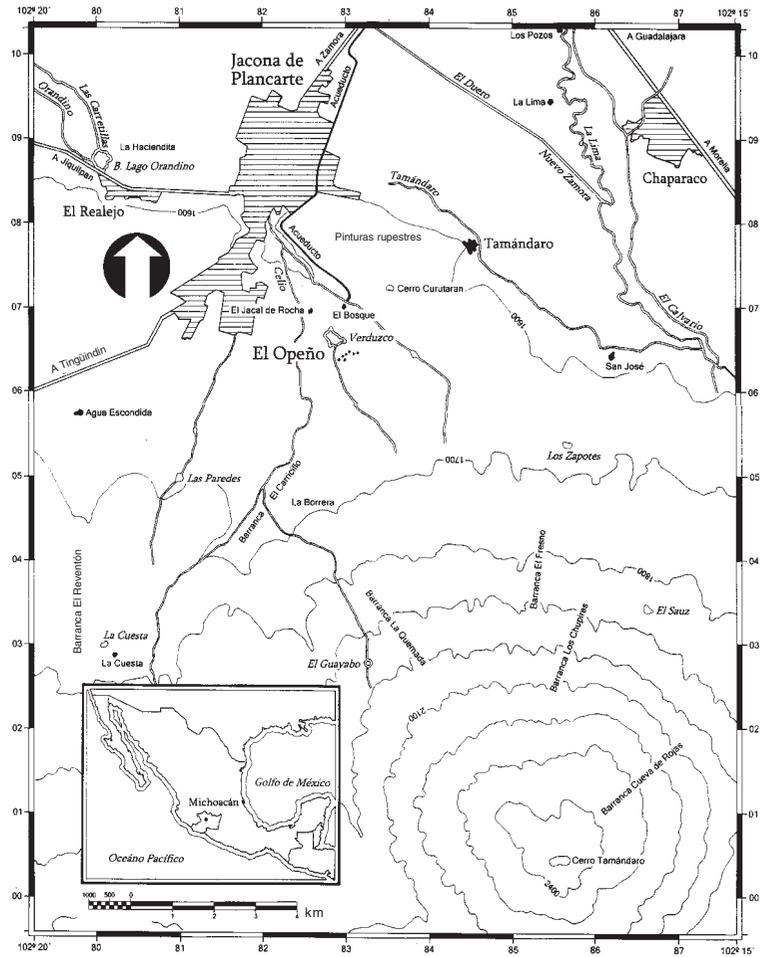
\*\*Licenciatura de Arqueología, ENAH-INAH, gicassiano@aol.com

de esta porción occidental, además de hacer evidente el desconocimiento general de la región.

### El área de El Opeño

En la misma porción de los Valles, aunque con una cifra menor de investigaciones, se han hecho excavaciones en Zamora-Jacona, igual en torno a lo que fueron lagos o pantanos y con base en un número menor de sitios (Noguera, 1931). Uno de ellos es El Opeño (fig. 1), notorio por las prácticas funerarias presentes en tumbas ahuecadas en toba volcánica y en los objetos de ofrenda. Su antigüedad se remonta al Formativo medio, o quizá temprano (Noguera, 1942, Oliveros, 1974, 1992a y 2000). Sin embargo, a la fecha no han sido identificadas las zonas habitacionales correspondientes a este lugar. Además, la realidad local ofrece poca información para establecer comparaciones y propuestas de zonificación o distribución espacial y temporal, aunque tal carencia se manifiesta en el ámbito estatal, y también en la magna región llamada Occidente. Pese a todo y aun como cementerio, su contexto ofrece múltiples sugerencias susceptibles de ser interpretadas y contrastadas culturalmente.

De cualquier manera, la escasez de información se amplifica en relación con El Opeño, debido a su cronología temprana. Al compararlo con el sitio colimota llamado La Capacha (Kelly, 1980)<sup>1</sup> —para el cual se ha propuesto cierta contemporaneidad a propósito de elementos cerámicos similares—, la asociación no es sencilla. Por ejemplo, la alfarería no es semejante



● Fig. 1 Mapa de ubicación del sitio El Opeño.

y en Colima no se han localizado tumbas del mismo nivel cronológico que las michoacanas.<sup>2</sup> Por lo tanto resulta difícil hablar de relaciones sociales a partir sólo de la cerámica, cuando en La Capacha tampoco está representada la técnica decorativa llamada “al negativo”, ya presente en El Opeño. Hacia la costa de Jalisco, lo mismo se infiere similitud entre la alfarería local, la de La Capacha y la cerámica pintada Rojo y Guinda Incisa rescatada en El Opeño (Mountjoy, 1982; 1994). Pero en Jalisco tampoco se ha encontrado ese tipo de sepulturas y las que existen son más tardías y no tan bien acabadas: tal es el caso de Citalas, municipio de Teocuitatlán,

<sup>1</sup> Otro sitio en el Occidente puede ser Moret en Puerto Marqués, excepto que éste es de mayor antigüedad que El Opeño.

<sup>2</sup> Otros elementos ausentes en Colima son la mutilación dental y los tipos de figurillas.

dentro de la tradición Teuchitlán, de Jalisco (Weigand, 1996).

En busca de otros posibles lugares de contacto, que seguramente pudieron existir a lo largo del río Lerma, sucede algo semejante. Rumbo al Altiplano Central, en el Estado de México y en lugares como Tlatilco, Zohapilco o Tlapacoya también hay elementos comunes con El Opeño, como por ejemplo los “yuguitos” y las puntas de proyectil tipo “Tlatilco”,<sup>3</sup> además de la alfarería pintada y decorada al negativo. Sin embargo, de nueva cuenta, a la fecha no se han registrado tumbas (Niederberger, 1976 y 1987) y otros casos similares han sido reportados para Morelos (Grove, 1970a y 1974b). De esta manera, es evidente el vacío de información utilizable para establecer correlaciones con El Opeño.

### Los contextos funerarios

Entre los materiales de ofrenda de El Opeño destaca la cerámica en forma de vasijas y figurillas, pero, no son menos interesantes los instrumentos fabricados en hueso, concha o piedra. Un reto importante consiste en llegar a entender qué tipos de necesidades tenían los usuarios de las tumbas y cómo la producción de artefactos estaba dirigida a satisfacer las creencias, las exigencias o las obligaciones que tenían aquellas sociedades. Lo anterior se manifestaba en las prácticas asociadas a los rituales luctuosos, agrupando los requisitos destinados a complacer a sus difuntos y diferenciándolos de los enterrados a venerar a la muerte.

De la industria lítica, hasta ahora se han rescatado objetos de piedra tallada, entre los que destacan las puntas. Igual hay utensilios de piedra pulida, en especial aquellos aplicados a la molienda y los relacionados con el adorno personal, la contemplación, la dádiva, el obsequio y

el intercambio: las piezas llamadas de manera un tanto exagerada “suntuarias”. También hay objetos que muestran tecnologías precursoras de la escultura y de la talla mayor en piedra; para ello se utilizaron diferentes tipos de rocas —como el basalto—, el tezontle, la jadeita de diferentes tonalidades y algunos cristales. En un nivel general se observa que las producciones artesanales tempranas expresan la búsqueda de materias primas novedosas y una mayor libertad en los diseños y tecnologías, sobre todo en comparación con épocas posteriores, cuando ya es clara la aceptación de técnicas que satisfacen necesidades de un alta demanda comercial estandarizada.

Durante la última temporada de excavación en El Opeño (1991), se recuperaron 88 artefactos líticos los cuales, aunados a los 16 encontrados en 1970, más los ocho reportados por Noguera, suman ahora 112. Entre ellos predominan las puntas bifaciales, una categoría de herramientas donde se pueden contrastar argumentos sobre técnicas, estilos de manufactura y funciones. La materia prima más abundante es la obsidiana negra, seguida por la gris y la café con vetas negras. En color verde sólo hay un par de ejemplares. Al parecer la mayoría procede de fuentes locales como Zinapécuaro, Ucareo o Zinápáparo, (Cárdenas, 1990: 99-122), mientras que la obsidiana verde posiblemente es de la Sierra de las Navajas, en Hidalgo (Pastrana, 1988 y 1994). También se utilizó el pedernal (roca criptocristalina), más otros cristales de calcedonia y cuarzo.

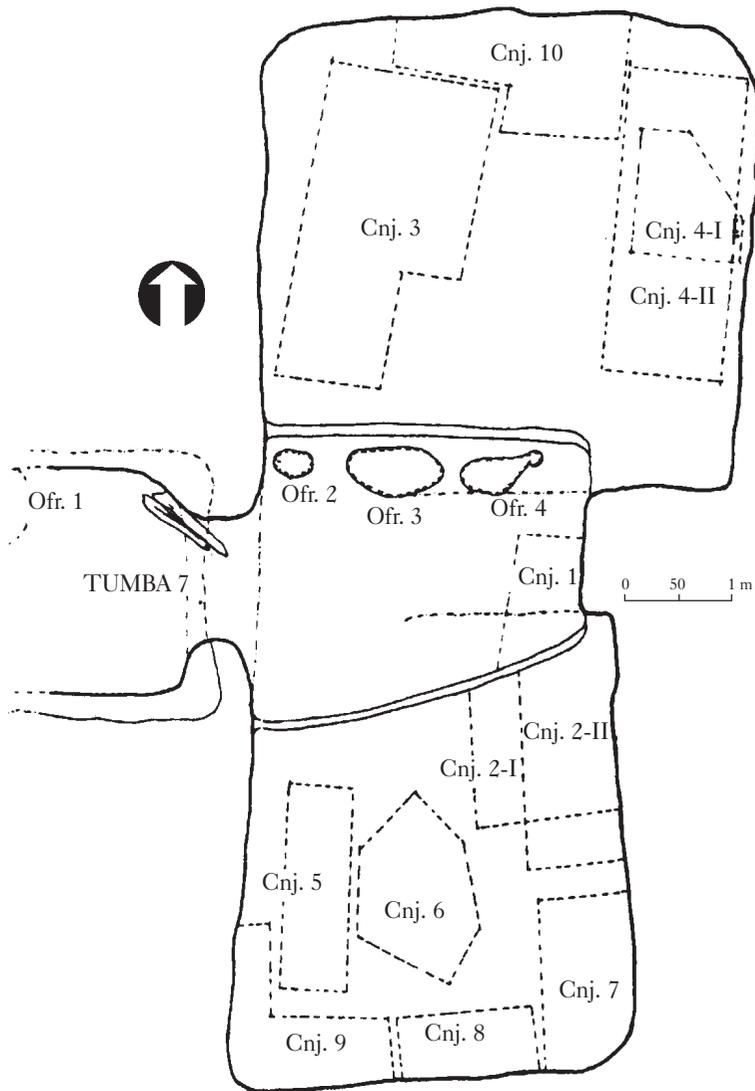
Al examinar el *corpus* de objetos de ofrenda de dos de las tumbas (la núm. 3 excavada en 1970 y la núm. 6, en 1991), se identificaron los desechos de fabricación de puntas de obsidiana, núcleos preparados, piezas en proceso y lascas, todo diseminado por el pasillo interior de dichas sepulturas. Sin duda se trata de huellas de actividades artesanales realizadas cerca de un cuerpo inerte y en el seno de un rito funerario, lo cual implica la consagración del espacio y de un momento clave. Ambos asuntos remiten, por lo tanto, a una práctica propiciatoria al interior de

<sup>3</sup> Sobre la evidente semejanza de estos artefactos con los de Tlatilco, habría que subrayar la mención de Porter (1953), acerca de otra referencia entre las puntas “Tlatilco” y las que Vaillant encontró en su fase Zacatenco Medio (Vaillant, 1930, pl. XLVII).

ese recinto, considerado sagrado, al mismo tiempo que descubren el papel que jugaban las herramientas líticas —además de su manufactura— en la ideología de tal sociedad. Podría tratarse de una honra semejante a aquella dejada varios siglos después en lugares como el Templo Mayor de Tenochtitlan.

En relación con las características de las tumbas exploradas en 1991, la núm. 7 merece particular atención por sus dimensiones excepcionales, que la convierten hasta el momento en el ejemplo máximo de arquitectura funeraria en este lugar. Su acceso es un pasillo escalonado, de 12 m de largo por 2 m de ancho y más de 7 m de profundidad. El pasillo conduce a un vestíbulo, el cual se une con la puerta de entrada a la cámara funeraria. Ésta tiene forma de bóveda y planta irregular; mide 9 m de largo por 4.1 m de ancho y 2.1 m de altura. El contenido cultural resultó bastante peculiar, en lo que toca a restos humanos y a objetos de ofrenda. El registro de elementos fue realizado por conjuntos, de acuerdo con la ubicación en el seno de la cámara (fig. 2).

Además, en cada conjunto se localizaron los huesos clave (cráneos, fémures, sacros), así como los artefactos que supuestamente acompañaban a dichos cuerpos. En la tumba se observó una sustancial remoción de despojos y objetos, debido a la existencia de más de una utilización: es decir, las huellas de usos, acomodos, ritos y diferentes manipulaciones. Por lo pronto, fue notoria la desarticulación de esqueletos que integraban inhumaciones primarias, hasta quedar convertidos en osarios. Sólo en esta tumba fueron inhumadas 102 personas, entre hombres y mujeres,

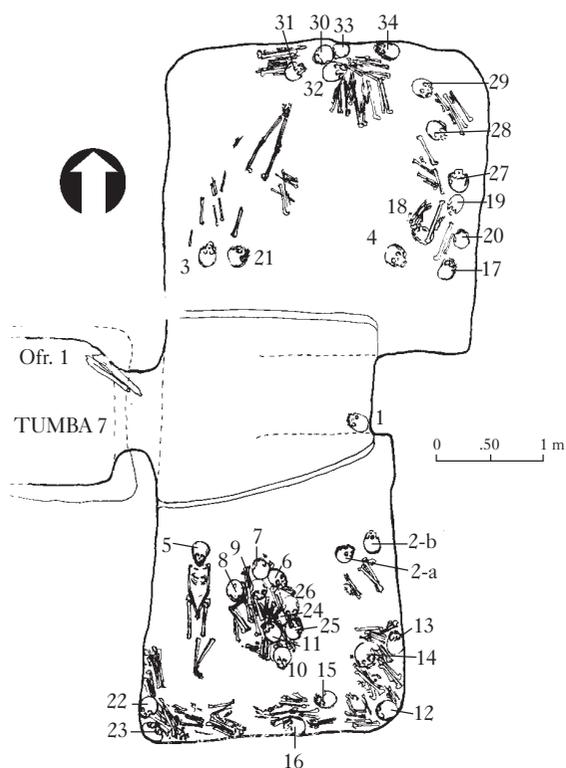


● Fig. 2 Tumba 7. Distribución de inhumaciones primarias, osarios y ofrendas (dibujo realizado por Oliveros-91).

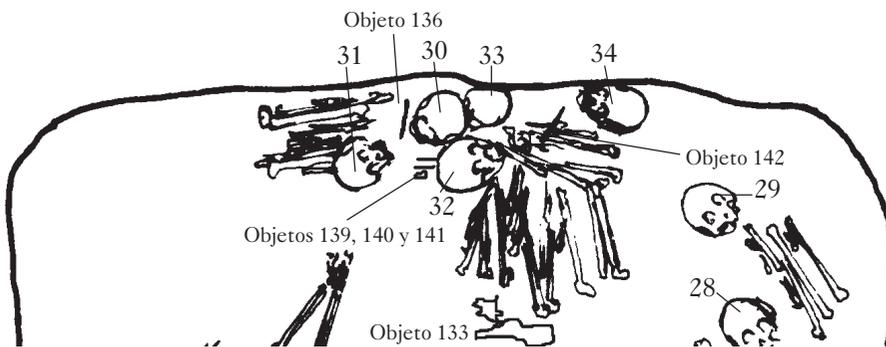
distribuidos por edad en niños, jóvenes, adultos y ancianos<sup>4</sup> (fig. 3).

En la misma tumba 7 se localizó el artefacto que es objeto de estudio de este trabajo y que fue marcado con el número de catálogo T-7, 142. Se recuperó del Conjunto 10, al fondo norte de la cámara funeraria (fig. 4), formando parte del osario integrado por los cráneos 32, 33 y 34. De

<sup>4</sup> El material óseo fue estudiado por las antropólogas físicas Patricia Hernández Espinosa y María Elena Salas. Se pueden consultar las tablas correspondientes en Oliveros, 2000.



● Fig. 3 Tumba 7. Representación esquemática de inhumaciones primarias y osarios.



● Fig. 4 Tumba 7. Ubicación de la pieza prehistórica (objeto núm. 142).

igual manera estaba asociado a otros cuatro diferentes objetos.<sup>5</sup> Dicho artefacto tiene terminación plana en un extremo, posiblemente para su enmague, por lo que al rescatarlo se pensó que era cuchillo o punta de lanza, básicamente

<sup>5</sup> El objeto núm. 133 es una figurilla modelada en barro, del Grupo 2. El 134 perro en miniatura, tallado en escoria volcánica. Los 139, 140 y 141 son fragmentos de una aguja trabajada en hueso animal. Núm. 136 es un punzón tallado en un hueso largo humano, decorado en su extremo plano con líneas esgrafiadas. Véase catálogo en Oliveros, 2000.

por sus dimensiones. Sus características formales y rasgos técnicos remiten a un entorno tecnológico muy diferente al de las demás piezas de ofrenda, además hace clara alusión a las épocas de presencia temprana del hombre, quizá en el centro del país.

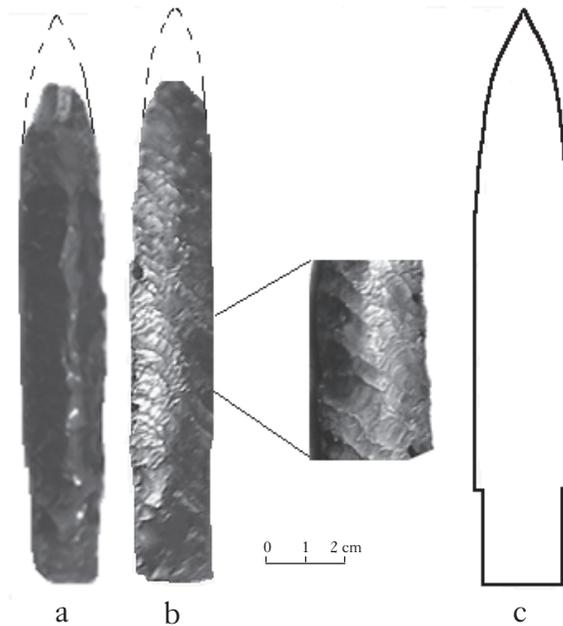
### Descripción del instrumento prehistórico

Se trata de un bifacial alargado y angosto, fabricado en obsidiana verde. Mide 13 cm de largo, 2.2 cm de ancho y 0.9 cm de espesor. El índice entre largo y ancho (l/a) es de 5.9 y el de ancho sobre espesor (a/e) es de 2.4. Considerando que está roto en la punta, podría haber llegado a medir unos 15 cm de longitud y así su índice l/a sería de 6.8. Una cara, fuertemente patinada, está retocada por presión, con cicatrices paralelas inclinadas y muy regulares; la mayoría de las cuales se unen en el centro, formando una arista casi rectilínea (fig. 5b). La otra cara, exceptuando la porción proximal, presenta retoques anchos, planos e irregulares en

tamaño, por percusión directa que se unen en el centro de la pieza conformando una arista irregular (fig. 5a). Esta cara es “fresca”, es decir no posee ninguna pátina. El nuevo retoque seguramente provocó también una reducción del ancho, por lo menos en unos

2 o 3 mm con respecto a su dimensión original. La porción proximal, hasta unos 2 cm por ambos lados presenta retoques finos por presión, fuerte pátina y un “pulido” moderado de los filos.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Este rasgo es importante para la definición del carácter “paleoindio” de las puntas, pero no debe ser asumido como determinante, ya que aun durante esta “etapa” muchas piezas carecen de él y además se puede encontrar en herramientas de épocas recientes como el Posclásico tardío.



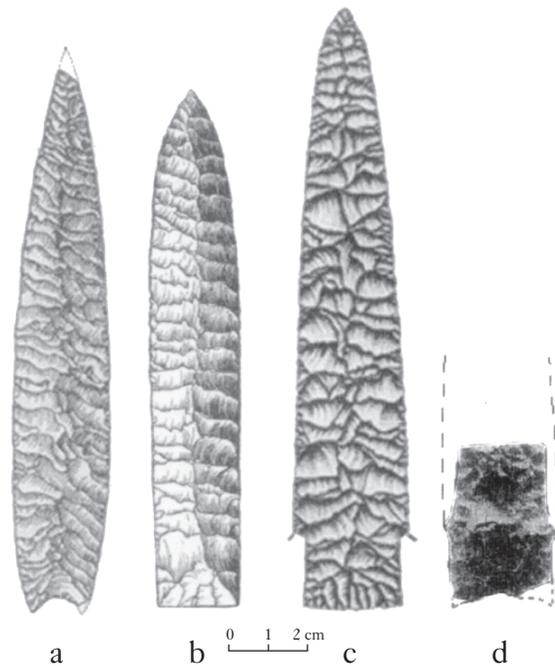
● Fig. 5 El Opeño: Cara reavivada (a), Cara original (b), Reconstrucción esquemática (c).

Por lo tanto, en la pieza se reconocen dos etapas de manufactura, la más antigua que se manifiesta en el retoque regular por presión, y la más reciente, eliminando por percusión ese retoque en una cara. El que la porción proximal esté un poco metida formando un pedúnculo sugiere que la forma original de la pieza pudo haber sido como se ilustra en la figura 5c. El retoque reciente tuvo, entre otros objetivos, el de formar un filo continuo y eliminar el pedúnculo. Por último, la porción distal presenta una fractura longitudinal en pseudoburil que invade la cara patinada. Ésta es una huella de uso típica de las puntas arrojadizas. En nuestro caso, por su gran tamaño, la primera función de este bifacial fue probablemente la de punta de dardo o lanza.

### Relaciones culturales

Por la forma, las dimensiones y las proporciones, este instrumento podría pertenecer a la “familia” de las Eden-Scottsbluff, ya que posee los atributos de ancho y espesor de la primera, y la base angostada de la segunda. Las medidas

de longitud y ancho, aun más, los índices  $l/a$  y  $a/e$ , sitúan a la pieza en el rango de las Eden (fig. 6b) más que de las Scottsbluff (fig. 6c).<sup>7</sup> Su distribución va desde el sur de Canadá hasta Texas y Colorado, es decir corresponde con la región conocida como *Central y High Plains*, sin invadir la planicie de la Costa del Golfo de Estados Unidos, ni el Suroeste o California. Esta herramienta, considerada como punta arrojadiza en las áreas de definición, como el sitio de Hell Gap en Wyoming, muestra una asociación clara con localidades de matanza de bison, por desbarrancamiento y por entrapamiento en cañadas. La cronología de Hell Gap<sup>8</sup> ubica esta familia tipológica entre fines del Pleistoceno y comienzos del Holoceno.



● Fig. 6 El platanal (a), Michoacán (modif. de Faugere-Kalfon, 1996), Eden (b) (modif. de Frison, 1991), Scottsbluff (c) (modif. de Frison, 1991), Yerbabuena (d), Hidalgo.

<sup>7</sup> Parece, por otro lado, que tiene pocas semejanzas con el tipo Agate Basin, porque presenta un retoque mucho más fino que éste y es más espesa proporcionalmente. La Agate Basin de todos modos ha sido identificada como precursora de la Eden y de la Scottsbluff en sitios como Hell (Frison, 1991).

<sup>8</sup> Éste no es propiamente un sitio, sino un conjunto de localidades con una secuencia cultural compleja, que va desde el Paleoindio hasta el Arcaico medio.

Hay evidencias de que la transición climática que iba concluyendo propició la desaparición de la megafauna y aceleró la proliferación de nuevas especies de bisonte,<sup>9</sup> las cuales se conducían por una estacionalidad más marcada (Frison, 1991). De ser ciertas estas inferencias de los paleozoólogos, la sustitución por extinción de especies en el bisonte estimuló un cambio económico en la organización social ya que, antes de las extinciones masivas, la producción de alimentos probablemente se fundaba en la mayor distribución, a lo largo del año, así como el aprovechamiento de recursos de caza y recolección.

A principios del Holoceno, se empieza a imponer la necesidad de una calendarización más precisa de las cacerías y en un contexto de fronteras políticas bien marcadas. Esto se manifestó en la aparición de estrategias estacionales, enfocadas hacia grandes cacerías en las que participaban muchos individuos, con una división de tareas que implicaba nuevas habilidades y formas de cooperación compleja.

A la fecha, para México sólo tenemos indicios vagos de la presencia de esta “tradicción”, con sus correspondientes pautas económicas. Se supone que las condiciones semiáridas y cálidas de gran parte del norte y noroeste no favorecieron los ecosistemas de estepa templada como los de las Grandes Planicies (*Plains*) y la proliferación de manadas de bisonte, del que sin embargo hay reportes hasta la península de Yucatán (García-Bárcena, 1982). Así, la revisión bibliográfica, realizada para detectar similitudes en el terreno de la morfología lítica, ha arrojado resultados limitados para atributos aislados. En la figura 7 se resumen algunos rasgos cuantitativos de las puntas.

<sup>9</sup> Éste es un herbívoro rumiante de planicie que forma grandes manadas, a diferencia de su pariente pleistocénico, más grande pero menos gregario, lo que hacía poco eficientes las estrategias de cacería por entrampamiento.

<i>Sitio</i>	<i>largo real</i>	<i>largo est.</i>	<i>ancho</i>	<i>espesor</i>	<i>l/a real</i>	<i>l/a est.</i>	<i>a/e</i>
El Opeño	13.0	15.0	2.2	0.9	5.9	6.8	2.4
El Platanal	11.2	12.0	2.2	1.2	5.1	5.4	1.8
Sta. Isabel Iztapan I	6.0	7.0	2.7	n.d.	2.2	2.6	n.d.
Tehuacán	8.1	8.1	4.1	0.9	2.0	2.0	4.5
Los Grifos	6.9	8.5	4.0	.55	1.7	2.1	7.3
Atemajac	16	18	2.3	1.3	7.0	8	1.8

● Fig. 7 Cuadro comparativo-cuantitativo de las piezas mencionadas en el artículo. El largo estimado es una aproximación a la longitud original de la pieza, ya que todas están incompletas en diferentes grados (medidas en cm).

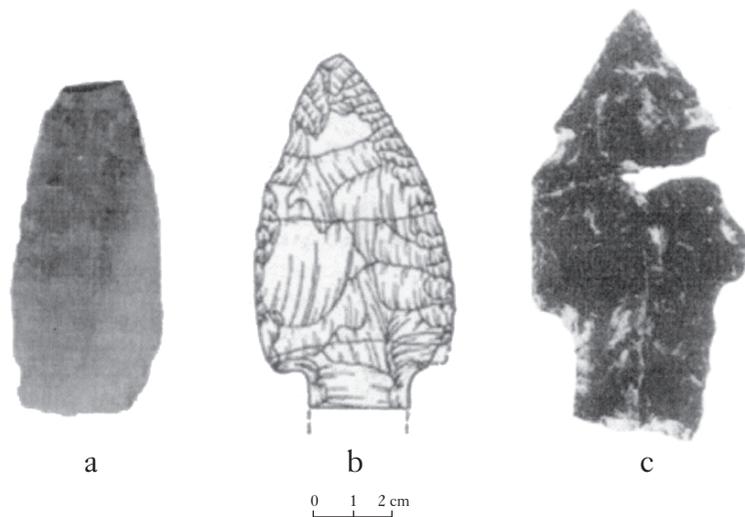
En primer lugar está el bifacial de la cueva de El Platanal, sitio que se encuentra también en el estado de Michoacán (Faugere-Kalfon, 1996). La pieza (fig. 6a) desafortunadamente fuera de contexto, fue manufacturada en obsidiana negra. El retoque quizá es el rasgo más parecido con la de El Opeño, ya que es paralelo, muy fino, probablemente por presión y por igual se une en el centro de las caras formando una arista casi rectilínea. La longitud es de 11.2 cm, aunque considerando que falta la extremidad distal, puede llegar a los 12 cm; el ancho es de 2.2 cm y el espesor es de 1.2 cm. El índice l/a es de 5.5 y el de a/e es de 1.8, lo que sitúa a la pieza un poco por debajo del rango inferior del tipo Eden, que es de 2. Sin embargo, la base cóncava es un rasgo atípico y no se menciona si hay pulido látero-basal. Sin querer exagerar con las identificaciones tipológicas, se podría decir que esta pieza entra en el grupo de las Allen, también encontradas en el sitio de Hell Gap o en el de las Plainview tardías, aunque la primera asignación es más probable.

Otro ejemplar definido como una Scottsbluff “aberrante”, ha sido encontrado en una componente de la fase El Riego en Tehuacán, lo que le otorga una fecha entre 9 600 y 7 000 años a. p. (MacNeish *et al.* 1967) (fig. 8c). Se trata de una gran punta en obsidiana, que mide 8.1 cm de longitud, 4.1 cm de ancho y 0.9 cm de espesor. El índice l/a es de 2.0 y el de a/e es de 4.5. Esta última proporción diferencia este tipo de la Scottsbluff, puesto que evidentemente se trata de una pieza muy delgada. Ni el pedúnculo, relativamente largo y angosto, ni el retoque

por percusión corresponden a la definición del tipo. De ahí el término “aberrante”. Posee un intenso pulido látero-basal en el pedúnculo, que es una característica “paleoindia”, como ya se señaló y cabe hacer notar que el angostamiento basal se debe precisamente a ese pulido, más que a una intención previa. Por este rasgo, que desaparece durante el Holoceno temprano y por su morfología general, la punta podría ubicarse entre el 9 000 y el 8 000 a.p., entre las “pedunculadas tempranas”. Es interesante la mención del uso de obsidiana, aunque no se proporcionan características más específicas de la materia prima, que podrían aproximar a su procedencia.

El ejemplar de Tehuacán tiene bastante parecido con otro de la cueva de Los Grifos, ahí definido como “cola de pescado”. (Santamaría y García-Bárcena, 1989) (fig. 8b). Comparte rasgos estilísticos con un tipo del grupo Alberta, más o menos de la misma cronología. La punta más completa de Los Grifos (fecha hacia 8930+/-150 a.p.) fue fabricada en pedernal; su largo total debió haber sido de 8 a 9 cm, el ancho de 4 cm y el espesor promedio de .55 cm. El índice inferido de l/a es de 2.1 y el de a/e es de 7.3, siendo esta pieza más delgada que la anterior; sin embargo esto podría deberse a que el pedernal es un material mucho más resistente que la obsidiana. Fue reafilada con un retoque corto en bisel,<sup>10</sup> rasgo que se vuelve común a partir de unos 7 000 años. Desafortunadamente carece de la porción proximal, lo que la hace de difícil clasificación, aunque puede considerarse también dentro de las “pedunculadas tempranas” más que “cola de pescado”.

En el área de Metztitlan también se han encontrado bifaciales que morfológicamente com-



● Fig. 8 Sta. Isabel Iztapan, Edo. de México (a) (modif. de Lorenzo y Mirambell, 1986), Cueva de Los Grifos, Chiapas (b) (modif. de Santamaría y García-Bárcena, 1989), Tehuacán (c) (modif. de MacNeish *et al.* 1967).

parten algunos rasgos (Cassiano, 1998) (fig. 6d). Tipológicamente entran dentro de un grupo definido como Hoxie por Turner y Hester (1985), que lo asignan al Holoceno temprano. Aquí también cabe señalar diferencias importantes que se refieren a la técnica de fabricación por percusión y con un acabado marginal por presión. El pulido latero basal ligero y la construcción general menos robusta, además de una técnica de reacondicionamiento que produce el angostamiento en forma cóncava de los filos, sugiere su uso como cuchillo (Cassiano, en prensa). Desafortunadamente se cuenta sólo con extremidades proximales, por lo que no es posible manejar medidas; la materia prima utilizada es obsidiana de Zacualtipan y de la Sierra de las Navajas. En esta última, cerca del pueblo de Nopalillo, también han sido recolectadas piezas parecidas en obsidiana verde, que se encuentran en fase de estudio.

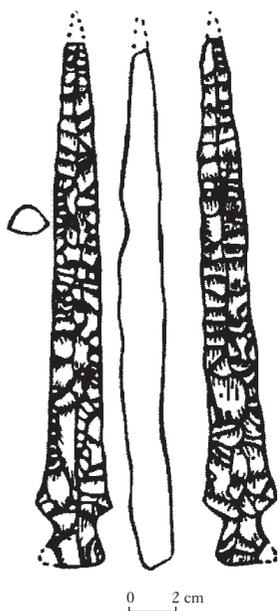
Otro reporte de un bifacial originalmente incluido en la tipología Scottsbluff procede de las excavaciones de Santa Isabel Iztapan I, en la Cuenca de México<sup>11</sup> (Lorenzo y Mirambell,

<sup>10</sup>Esto llevó a los autores a considerar una posible reutilización como cuchillo.

<sup>11</sup>Tenemos ciertas reservas sobre la naturaleza del contexto cultural, considerando que también se incluye dentro de los elementos asociados una navajilla prismática de obsidiana, aparentemente de filiación azteca.

1986) (fig. 8a). Sin embargo, ni la morfología ni la técnica de fabricación ofrecen un parecido cercano. Por ejemplo, no se aprecia la escotadura basal que marca un pedúnculo, y los retoques —aunque de buena manufactura—, parecen ser por percusión directa. Por otro lado no se sabe si tenía pulido látero-basal. Fue fabricado en pedernal grisáceo oscuro y mide 6 cm de largo (podría haber llegado a 7, considerando que falta el extremo distal). El ancho máximo es de 2.7 cm y no hay información acerca de su espesor. El índice  $l/a$  es de 2.6, si se utiliza el valor de longitud restituido. En realidad es muy difícil asignarla a un grupo tipológico, ya que sus atributos y medidas la separan de los demás ejemplares descritos.

Por último, existen unas piezas menos antiguas pero cuyo interés radica en haber sido halladas también al interior de tumbas llamadas de tiro. En la tumba 8 del Valle de Atemajac, Jalisco, Galván (1991) reporta dos grandes “puntas” en obsidiana gris que, lamentablemente, están incompletas. Él clasifica a ambas en un tipo nuevo, que denomina Tabachines (fig. 9). Miden respectivamente 16 y 9 cm de longitud por unos 2.3 cm de ancho máximo; la longitud máxima podría estimarse en unos 18 cm y así el



● Fig. 9 Atemajac, Jalisco (modificado de Galván, 1991).

índice  $l/a$  sería de 8. Por otro lado, el espesor calculado a partir de un dibujo es de 1.3 cm aproximados, así que el índice  $a/e$  sería de 1.8. La forma en planta es triangular con dos muescas laterales cercanas a la base y el corte transversal es *grosso modo* romboidal, lo que le confiere una estructura robusta, aunque la extremidad distal forma un ángulo muy agudo.

La descripción del autor es muy general y los dibujos bastante aproximados y de dimensiones reducidas, aunque parecería que el retoque fue por presión, con cicatrices paralelas y en partes, regulares. La presencia de una tercera punta, aparentemente en proceso de fabricación, sugiere la posibilidad de una manufactura local. Aunque las similitudes con la pieza de El Opeño se dan en un ámbito mucho más amplio —ya que la morfología es bastante diferente—, no deja de llamar la atención que se trata de piezas espesas y alargadas. También hay que considerar que la cronología las separa mucho, ya que Galván plantea como fecha más antigua la del 700 a.C. Aun el tipo de tumbas es muy diferente.

De esta breve discusión se pueden extraer varias consideraciones. Tomando en cuenta el material publicado, no hay antecedentes claros de la tipología Eden en México como para poder justificar su presencia en Michoacán a partir de un proceso de poblamiento desde el norte. Hay unos cuantos elementos líticos dispersos que comparten rasgos, pero son insuficientes para hablar de una presencia tecnológica de este tipo en el país. La materia prima obsidiana verde podría proceder de la Sierra de las Navajas, aunque harían falta análisis físico-químicos para confirmarlo. En las cercanías de los yacimientos no se han encontrado puntas de este tipo, pero han aparecido otras en superficie, con rasgos propios del Holoceno temprano, las cuales presentan similitudes con ejemplares de la zona de Metztitlan y con tipos de las planicies orientales y las altiplanicies de Estados Unidos.

Una pregunta fundamental es cómo y por qué llegó la pieza prehistórica a una ofrenda de esa

tumba del Formativo. Los lasqueos “frescos” que presenta el objeto no fueron realizados dentro de la sepultura con fines rituales, ya que en ella no se encontraron lascas de obsidiana verde, así que esta pieza participó de un contexto vivo por la forma en que se encontró. La fractura de la extremidad distal señala que no fue usada como instrumento punzante, ya que tal porción no fue apuntada desde el momento en que la pieza se halló. A pesar del reavivamiento de una cara, el filo a simple vista no presenta huellas de uso como cuchillo. La fuerte pátina indica una exposición a la intemperie durante mucho tiempo y en condiciones de gran intemperismo físico, quizá las de una zona semiárida.

Por lo anterior, es de suponer que la punta se rompió durante su utilización en una cacería o en un enfrentamiento entre cazadores en algún momento del Holoceno temprano. Probablemente es una herramienta extraviada, puesto que ya no fue reparada para volverse a usar. En ese caso, pudo haber sido un elemento aislado en superficie, ya que de haber estado asociada a un área de actividad en un depósito, no estaría tan intemperizada. En algún momento esta pieza fue encontrada y recolectada, aunque no necesariamente durante el Formativo ni por los constructores de tumbas de El Opeño.

Si el artefacto es resultado de un intercambio, habría que determinar de qué zona llegó y por cuáles materiales fue trocado. Su materia prima sugiere una procedencia desde el Altiplano, aunque no necesariamente de la zona de la Sierra de las Navajas, ya que la obsidiana verde es muy escasa en las ofrendas. Cabe señalar que el color verde predomina en la categoría de las cuentas, que son de jadeita procedente al parecer de Centroamérica.

Por tipología podríamos suponer una procedencia norteña, pero por el momento esta pregunta no se puede contestar; sin embargo es interesante notar que ya existen unos cuantos elementos de este tipo fuera de contexto en el Occidente. Aquí consideraríamos las piezas de

la cueva de El Platanal, las de la tumba de tiro del Valle de Atemajac, la porción basal de una punta Clovis hallada en Teuchitlan (Rodrigo Esparza, comunicación personal) y la pieza aquí presentada. Aunque se trata de pocos datos, bien vale la pena seguir rastreando las huellas de éstos y otros elementos para establecer una asociación consistente con los contextos rituales.

## Consideraciones finales

Una revisión general del tipo de objetos depositados como ofrenda, sin duda marca pautas sobre su presencia en los funerales: una presencia obligada a través de la marcha paralela entre la vida y la muerte que siguieron los pobladores de El Opeño. De aquí surge la pregunta sobre el papel que estos artefactos jugaban dentro de las tumbas, o en los entierros de otros lugares. También es interesante reflexionar aspectos más allá de lo simbólico, ya que no todos los artefactos tuvieron uso en la vida cotidiana, más bien algunos fueron dedicados exclusivamente para los difuntos y depositados aparentemente sin usar dentro del ceremonial luctuoso. De hecho hay piezas de diseño robusto, fabricadas por percusión directa y con huellas de uso y rehabilitación evidentes que pueden asociarse con actividades en vida. Pero, hay también otro grupo numeroso de puntas que nunca fueron arrojadas y que son de diseño delicado, hechas por presión aplicada muy finamente en materias primas seleccionadas. Esto hace referencia a una producción especializada por parte de artesanos habilidosos para un consumo también específico.<sup>12</sup> La mayoría de los ejemplares pertenecen al tipo pedunculado con aletas hacia abajo, pero esta uniformidad tipológica, aunque no pueda ser referida a una producción en serie, refleja cánones formales establecidos y consensuados por la sociedad.

Cabría preguntarse si están presentes aquí avances tecnológicos desarrollados en un ámbito

<sup>12</sup> Si se conocieran las áreas habitacionales de los constructores de tumbas se podría corroborar estas afirmaciones de manera fehaciente.

ritual para posteriormente ser integrados a contextos de la vida cotidiana. En el caso de la propia elaboración de las tumbas, por ejemplo, se vislumbra un antecedente de la minería en toba, que después durante el periodo Clásico caracterizará a la explotación de la obsidiana tanto en el Occidente como en el Altiplano Central. Lo mismo podría haber sucedido con las técnicas de fabricación de herramientas líticas, especialmente con navajillas y puntas.

El uso de moldes, los patrones de diseño, el estereotipo en la iconografía misma, proporcionaron los requisitos a demandas solicitadas por los cambios de las modas. El Opeño, a pesar de su antigüedad, parece corresponder a uno de esos momentos de cambio. Aun cuando existen manufacturas especiales para cubrir necesidades locales, en su acervo hay un número de artículos comunes a los de otros pueblos contemporáneos, entre ellos específicamente los que pudieron ser elaborados exclusivamente para usos funerarios. Es probable que en este tipo de sociedades confluyeran los conflictos para integrar patrones de gusto, necesidades y caprichos, de manera que puede resultar interesante tratar de seguir los avances de tales “modas” y reconocer momentos de cambio en la conducta social.<sup>13</sup>

Algo notorio ligado con la moda son las permutas: se trata de la búsqueda de artículos para agrandar a distintos tipos de consumidores, cuya demanda esté relacionada por ejemplo con la calidad de los materiales, la eficacia del producto terminado y sus implicaciones ideológicas. Por supuesto, en el contexto suntuario de una sociedad jerárquica también podían tener un papel trascendental las utilidades económicas y las distancias que se tenían que recorrer para obtener tales artículos, aunque el valor de cambio en el pasado seguramente se apreció de manera diferente que en el presente.

<sup>13</sup> Así como en la actualidad resultan relativamente fáciles de distinguir las preferencias hacia productos avalados por propaganda destinada a cubrir o crear tipos de “necesidades íntimas”, para tener todo lo que los demás tienen o “deberían tener”.

Así, las puntas y cuchillos plantean reflexiones más allá de las respuestas que el grupo dio a la búsqueda de alimentos, la cacería, la defensa personal o la guerra. La presencia de estas piezas al interior de las tumbas y en calidad de ofrenda propone un acercamiento a actividades relacionadas con la muerte. Quizá se pueda hablar de arquetipos, ya que en las armas radica toda la carga mágica y simbólica tanto para la conservación de la vida, como para su destrucción. La punta y el cuchillo encierran ideales, retos y entrega. Son el tipo de ofrenda perfecta. Tanto así, que grupos indígenas contemporáneos como los tarahumara las siguen utilizando como piezas de dádiva y de sacrificio cuando en un paraje especial llegan para tallarlas, ofrendarlas y pedir algo. Entonces se tornan en objetos “de petición y compromiso con los dioses”. Por eso la punta y el cuchillo desde tiempos ignotos concentran mucha fuerza, tienen una carga de poder que con seguridad emerge desde los propios yacimientos. De ahí tal vez el empeño por conservarlas.

El cuchillo o la punta —ambas esculturas mortales— se asocian con un dios y un símbolo. Por tal razón, en el mundo precolombino existía un día y una deidad “Cuchillo”. Inclusive, localmente en Michoacán y entre el grupo p’urhépecha, una de las deidades primordiales era *Curicaveri*, quien estaba representado por un cuchillo.<sup>14</sup> El dios igual simboliza al fuego, a la creación, a la vida y su destrucción. Con seguridad y de igual manera están esos otros objetos también tallados en obsidiana, que son de uso desconocido y por ello se denominan “ex-céntricos”.<sup>15</sup>

La pieza prehistórica en cuestión, en su calidad de ofrenda además se carga de otros significados. Los individuos que la ofrendaron seguramente reconocieron que se trataba de una herramienta de tiempos antiguos, el resultado

<sup>14</sup> Este elemento sigue presente en ceremonias como las del “Año nuevo P’urhépecha”.

<sup>15</sup> Este tipo de artefactos predomina regionalmente durante el periodo Clásico (Cárdenas, *idem*, 101).

de procedimientos de manufactura ya en desuso y fabricada para fines a ellos desconocidos. Por tal motivo la gente de El Opeño realizó un intento identificatorio a partir de su visión de la historia y de su desarrollo metacientífico. Dicha reinterpretación probablemente tuvo que ver con ámbitos rituales y mágicos y el nuevo retoque en una cara pudo haber tenido el fin de desacralizar el objeto, controlar el antiguo poder del que estaba cargado u otorgarle otra funcionalidad dentro del nuevo espacio sagrado.

Estas evidencias deberían constituir también una advertencia para los arqueólogos quienes, si no se dan cuenta de ellas, manifiestan la tendencia a uniformar sus criterios y a tratar de justificar la diversidad más que a explicarla. Así, podemos suponer que situaciones como las de este hallazgo quizá son más frecuentes de lo que pensamos.

- Arnauld, Ch., Patricia Carot y Marie-France Fauvet-Berthelot 1988. "Asentamientos lacustres en la ciénega de Zacapu, Michoacán", en *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas del Centro Occidente de México, Memoria*, México, INAH, Cuaderno de Trabajo 1, pp. 165-175.
1993. *Arqueología de las Lomas en la Cuenca Lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, Cuadernos de Estudios Michoacanos núm. 5, México, CEMCA.
- Brand, D. D. 1942. "Recent Archaeologic and Geographic Investigations in the Basin of the Rio Balsas, Guerrero y Michoacán", en *7º Congreso Internacional de Americanistas, 1939*, vol. 1, México, SEP, pp. 140-147.
- Cárdenas, E. 1990. "Explotación de obsidiana en el sector occidental del eje neovolcánico", tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH-INAH.
- Carot, P. 1990. *La originalidad de Loma Alta, sitio preclásico de la ciénega de Zacapu. La época clásica: Nuevos hallazgos, nuevas ideas*, México (Cardos de Méndez, coord.), INAH, pp. 293-303.
1992. "La cerámica protoclásica del sitio de Loma Alta, Municipio de Zacapu, Michoacán: nuevos datos", en Boehm y Weigand (coords.), *Origen y Desarrollo en el Occidente de México*, México, El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán, pp. 69-102.
- Cassiano, G. 1998. "Evidencias de poblamiento prehistórico en el área de Mezquititlan, Hidalgo", *Arqueología*, segunda época, núm. 19, México, Dirección de Arqueología-INAH, pp. 25-43.
- s.f. "Cambios en la tecnología lítica entre el Pleistoceno tardío y el

Holoceno temprano en el área de Metztitlan-Mezquititlan, Hidalgo”, México, en prensa.

• Faugère-Kalfon, B.

1996. *Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza. Cuadernos de Estudios Michoacanos*, núm. 7, México, CEMCA.

• Florance, C. A.

1985. “Recent Work in the Chupicuaro Region”, en Foster y Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, Boulder, Colorado, Westview Press, pp. 9-45.

• Frison, G.C.

1991. *Prehistoric Hunters of the High Plains*, San Diego, California, Academic Press.

• Galván V., L. J.

1991. *Las Tumbas de Tiro del Valle de Atemajac, Jalisco*, México, INAH (Científica, núm. 239), Serie Arqueología.

• García-Bárcena, J.

1982. *El Preclásico de Aguacatenango*, Chiapas, México, INAH (Científica, núm. 110).

• Goggin, J.

1943. “Archaeological Survey of the Rio Tepalcatepec Basin, Michoacán, Mexico”, *American Antiquity*, vol. 9, núm. 1, Menasha, Wis., pp. 44-58.

• Grave Tirado, L. A. y S. Pulido Méndez  
2000. “Los Terracalenteños: una cultura arqueológica del Postclásico en Michoacán”, *Antropológicas*, núm. 17, México, IIA-UNAM.

• Grove, D. C.

1970. “San Pablo Pantheon Mound: A Middle Preclassic Site in Morelos, Mexico”, *American Antiquity*, vol. 35, núm. 1, Washington, pp. 62-73.

1974. *San Pablo, Nexpa and the Early Formative Archaeology of Morelos, Mexico*, Nashville, Vanderbilt University Publications in Anthropology, núm. 12.

• Kelly, I.

1947. *Excavations at Apatzingan, Michoacan*, New York, Viking Fund Publications in Anthropology, núm. 7.

1980. *Ceramic sequence in Colima: Capacha, an early phase*, Anthropological Papers of the University of Arizona, núm. 37, The University of Arizona Press.

• Lister, R.

1947. “Archaeology of the middle Rio Balsas basin, México”, *American Antiquity*, vol. 13, núm. 1, Menasha, Wis.

• Lorenzo, J.L. y L. Mirambell (eds.)

1986. *Mamutes excavados en la Cuenca de México*, México, Departamento de Prehistoria, INAH.

• Macías Goytia, A.

1988. “La arqueología en Michoacán”, en C. García Mora (ed.), *La Antropología en México*, Panorama Histórico núm. 13, México, INAH (Biblioteca).

1990. *Huandacareo: Lugar de juicios, tribunal*, México, INAH (Científica, núm. 222).

• MacNeish, R.S., A. Nelken-Terner e I.W. Johnson

1967. *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, (vol. 2, The non-ceramic artifacts), Austin, The University of Texas Press.

• Michelet, D., A. Ichon y G. Migeon

1988. “Residencias, barrios y sitios postclásicos en el malpaís de Zacapu”, en *Primera reunión sobre las sociedades prehispanicas del Centro Occidente de México, Memoria*, Cuaderno de Trabajo 1, Querétaro, INAH, pp. 177-191.

1989. “El proyecto del CEMCA en Michoacán. Etapa I: un balance”, *Trace*, núm. 16, México, CEMCA, pp. 70-87.

• Moedano, K. H.

1946. “La cerámica de Zinapécuaro, Michoacán”, *Anales del Museo*

*Michoacano*, segunda época, núm. 4, Morelia, Michoacán, pp. 39-49.

• Mountjoy, J.

1982. *Proyecto Tomatlán de Sakramento Arqueológico*, México, INAH (Científica, núm. 122).

1994. "Capacha: Una cultura enigmática del occidente", *Arqueología Mexicana*, núm. 9, vol. II, México, Raíces, pp. 39-42.

• Niederberger, B., C.

1976. *Zohapilco. Cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la cuenca de México*, México, INAH (Científica, núm. 30).

1987. *Paleopaysages et archæologie pre-urbaine du Basin de Mexico*, México, CEMCA (Collection de Études Mesoaméricaines, vol. I, II).

• Noguera, E.

1931. "Exploraciones arqueológicas en las regiones de Zamora y Pátzcuaro, Michoacán", *Anales del Museo Nacional de México*, t. VII, época 4ª, pp. 89-103.

1942. "Exploraciones en El Opeño, Michoacán", *Memorias, XXVII Congreso de Americanistas*, vol. 1, México, INAH, pp. 574-86.

• Oliveros, A.

1974. "Nuevas exploraciones en: El Opeño, Michoacán", en B. Bell (ed.), *The Archaeology of West Mexico*, Jalisco, México, pp. 182-201.

1992. "El Valle Zamora-Jacona, Michoacán: Un proyecto arqueológico en Michoacán", en Boehm y Weigand (coords.), *Origen y Desarrollo en el Occidente de México*, México, El Colegio de Michoacán, pp. 239-249.

2000. "El Espacio de la Muerte. Hacedores de Tumbas en el México Prehispánico", tesis doctoral, México, ENAH-INAH.

• Pastrana, A.

1988. "La localización e identificación de yacimientos de obsidiana y otras materias primas", en C. García Mora (ed.), *La Antropología en México*, vol. 6, México, INAH, pp. 261-273.

1994. "La estrategia militar de la Triple Alianza y el control de la obsidiana: El caso de Izteyocan, Veracruz", *Trace*, núm. 25, México, CEMCA, pp. 74-82.

• Pollard, H.

1977. "An Analysis of Urban Zoning and Planning at Prehistoric Tzintzuntzan, Mexico", *Proceedings: American Philosophical Society*, vol. 121, núm. 1, Filadelfia, pp. 46-69.

1980. "Agrarian Potential, Population and the Tarascan State", *Science*, núm. 209, pp. 274-277.

• Porter, Muriel

1953. *Tlatilco and the Preclassic Culture of the New World*, New York, Viking Found. Publications in Anthropology, núm. 19.

• Santamaría, D. y J. García-Bárcena

1989. *Puntas de proyectil, cuchillos y otras herramientas sencillas de Los Grifos*, Cuaderno de Trabajo núm. 40, México, Subdirección de Servicios Académicos, INAH.

• Turner, E.S. y T.R. Hester

1985. *Field guide to stone artifacts of Texas indians*, Houston, Texas, Lone Star Books.

• Vaillant, George C.

1930. *Excavations at Zacatenco*, New York, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, 35(2).

• Weigand, P.

1996. *La Evolución y ocaso de un núcleo de civilización: La Tradición Teuchitlán y la arqueología de Jalisco*, Antropología de Jalisco, una Visión Actual, t. 1-2, Guadalajara, Jalisco.

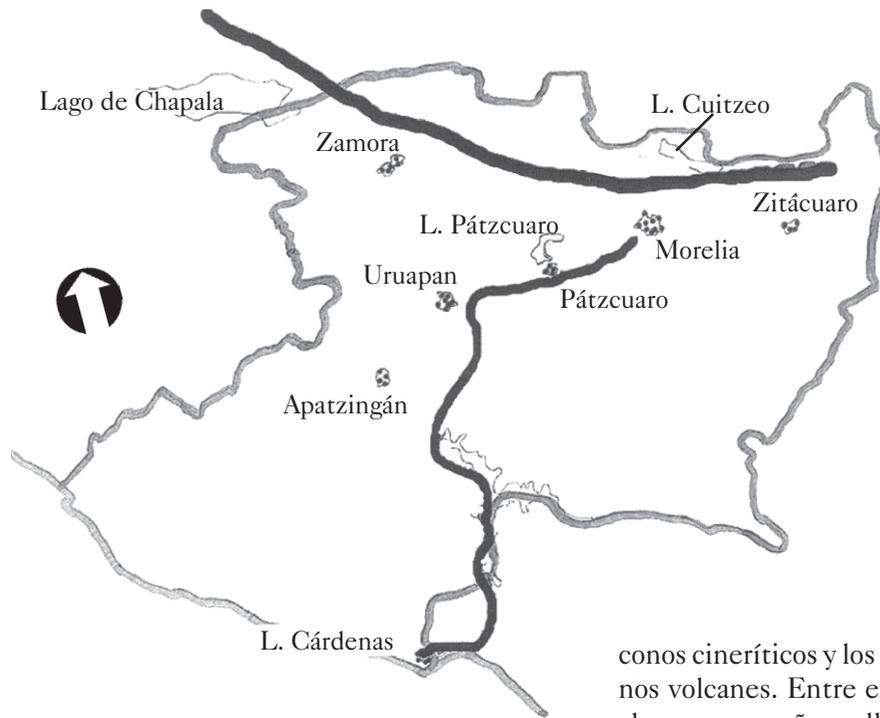
## **Salvamento arqueológico en dos carreteras de Michoacán. Resultados de las investigaciones**

Una de las actividades realizadas en el año 1993 fue la preparación de un proyecto de investigación de salvamento arqueológico para participar, desde nuestro ámbito, en la construcción de la carretera de cuota México-Guadalajara, en su tramo Maravatío-Zapotlanejo, el cual se sitúa básicamente en el estado de Michoacán (fig. 1). Este trabajo se llevó a cabo en los últimos ocho meses del año siguiente en su etapa de campo, en tanto que durante 1995 se escribió el informe técnico presentado al Consejo de Arqueología.<sup>1</sup> Recién se terminó la redacción del mismo se nos planteó la necesidad de otra intervención en el mismo estado: la construcción de la carretera Morelia-Lázaro Cárdenas. Ésta se realizaría en varios tramos de construcción, por lo que desde un principio se contemplaron varios proyectos arqueológicos dirigidos a conseguir objetivos similares. Los trabajos se llevaron a cabo durante varios meses comprendidos entre los años de 1996 a 2000.

Las zonas investigadas son muy diferentes entre sí. Por una parte se trató del norte del estado de Michoacán y una pequeña porción del centro sur de Jalisco; en este lugar se encontró una serie escalonada de valles aluviales separados por cadenas montañosas que se desprenden del Eje Neovolcánico Transverso y que se adentran en la parte más baja de la Altiplanicie Mexicana, conocida como El Bajío. Estos valles van perdiendo altura de este a oeste con respecto al nivel del mar, pero las elevaciones que los separan alcanzan los rangos de los 2 000 a los 3 000 msnm. En algunos de ellos aún se pueden apreciar los restos de los lagos de los que provinieron, como son los casos de la Laguna de Cuitzeo, la Ciénega de Zacapu, y la intermitente laguna Colesio, así como la zona de la presa Aristeo Mercado. Las pocas corrientes de agua existentes desembocan en estos lagos, o bien llevan su escaso caudal al río Lerma.

\* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH. [dir\\_salvamento.carque@inah.gob.mx](mailto:dir_salvamento.carque@inah.gob.mx)

<sup>1</sup> Las fechas aquí señaladas como de elaboración del proyecto y la de desarrollo de los trabajos de campo, se alejan entre sí, no por cuestiones académicas, sino por trámites presupuestarios y políticos que afectaron el desarrollo inmediato del proyecto en el campo.



● Fig. 1 Mapa del estado de Michoacán, con el trazo de las dos carreteras referidas en el texto. En la parte superior la autopista México-Guadalajara, en la parte central la autopista Morelia-Lázaro Cárdenas.

En general el clima de esta zona es templado, presentándose algunas heladas en invierno. La lluvia es moderada, cae entre los meses de junio a octubre.<sup>2</sup>

Esa situación homogénea contrasta con la variedad de regiones fisiográficas que se vieron afectadas por la construcción de la carretera Morelia-Lázaro Cárdenas, que, *grosso modo*, abarcó el centro y el sur de Michoacán. Así, de norte a sur se tocaron las regiones conocidas localmente como la Sierra del Centro, la Tierra Caliente, la Sierra del Sur y la Franja Costera. Estas dos últimas —por cuestiones de la propia construcción— correspondieron en su mayor parte al territorio del actual estado de Guerrero.

La Sierra del Centro es la porción del Eje Neovolcánico Transverso que corresponde al estado de Michoacán; se trata de una serie interminable de montañas donde también se observan

conos cineríticos y los derrames lávicos de algunos volcanes. Entre estos montes se formaron algunos pequeños valles que en pocos casos, se llenaron de agua dando paso a la formación de los lagos del centro del estado como Pátzcuaro y Zirahuén. No obstante, estas cuencas endorreicas se llenan más bien con aguas subterráneas que superficiales, aunque a ellos llegan algunos arroyos intermitentes. La absorción del agua en esta parte de la sierra genera algunos ríos que desembocan en el río Balsas, luego de irrigar la Tierra Caliente. El clima de la región va de templado a frío con heladas frecuentes en invierno, sobre todo en las partes altas, que alcanzan niveles mayores a los 3 000 msnm. El régimen pluvial es moderado y las lluvias se presentan entre junio y octubre.

Dentro de esta región hay una zona que presenta características que la hacen distinta a las otras, se le conoce como “Bocasierra” o la “región de Los Balcones”. Es una zona transitiva entre la sierra central y la Tierra Caliente; la diferencia entre ambas es que en ésta se encuentran corrientes superficiales de agua absorbida en buena parte de aquella, haciendo de esta área una zona más húmeda. Por otra parte el clima es un tanto más cálido. Todo esto concuerda, desde luego, con la menor altitud de las montañas: en la Sierra del Centro se encuen-

<sup>2</sup> Para los asuntos relacionados con la descripción de las diferentes regiones en cuanto a hidrografía, clima y topografía véase a Guevara Fefer, 1989; González y González, 1985; e INEGI, s.f., de donde son tomados los datos que aquí se presentan.

tran promedios de altitud sobre los 2 000 msnm, mientras que en la Bocasierra los promedios son de alrededor de los 1 000 msnm.

Por su parte, la Tierra Caliente es una franja más o menos estrecha, que corre de este a oeste, siguiendo, por un lado, la cuenca del río Tepalcatepec, y por el otro, parte de la cuenca del río Balsas, aunque el primero de estos ríos desemboca en el otro. Dependiendo de la cercanía de los ríos, la Tierra Caliente se diferencia fisiográficamente en dos zonas. La que podríamos llamar cuenca del río Balsas, se encuentra al este, está conformada por montañas de baja altura y presenta un clima cálido con lluvias abundantes. La segunda es la zona correspondiente al río Tepalcatepec; es una región más o menos plana en la que sobresalen algunas pocas elevaciones, con alturas que van de los 500 a 80 msnm; es una región muy cálida y más bien seca, con lluvias moderadas en verano, aunque a veces se presentan fuertes precipitaciones.

Al sur de esta área se encuentra otra zona de altas montañas que forman parte de la Sierra Madre del Sur. Ésta alcanza alturas cercanas a los 3 000 msnm, aunque sus promedios se encuentran alrededor de los 1 000 msnm. Presenta un paisaje muy doblado y escarpado que en ocasiones llega a introducirse al mar. El clima va de frío a templado, aunque en las cercanías de la costa es más bien cálido. Es abundante en lluvias y presenta gran cantidad de corrientes superficiales, aunque poco abundantes. El límite de esta zona se encuentra cerca de la costa dejando una pequeña franja de lomeríos.

Así, la franja costera, es una estrecha zona que se desplaza a lo largo del litoral y que, como se vio, a veces se interrumpe por las incursiones de la Sierra Madre del Sur sobre el océano Pacífico. Esta área es, como decíamos, una interminable sucesión de lomas de poca altura que alcanzan un promedio de 60 msnm. Es muy cálida y tiene un régimen de lluvias muy pronunciadas en verano; está expuesta a los ciclones que se forman constantemente en esa época.

En todos estos territorios habitaron pueblos de muy diversas culturas a lo largo de los periodos históricos anteriores a la conquista española. Para estudiar su historia y analizar los procesos sociales en que se vieron envueltos planteamos enseguida una serie de problemas de carácter arqueológico.

### Líneas que guiaron la investigación

Considerando que la investigación arqueológica comienza siempre con una idea más o menos definida que nos permita la recuperación de datos bajo un esquema teórico determinado, dimos inicio a los trabajos de la primera carretera con objetivos muy específicos: *a)* tratar de definir la zona tarasca en un área que se mencionaba como la frontera norte; *b)* identificar cuáles fueron las fluctuaciones de esta frontera en sus diferentes momentos, dado que al norte se encontraban pueblos de vida nómada o seminómada durante el auge del Estado tarasco que contrastaban con la forma de vida de los pueblos ubicados al sur de la misma frontera; *c)* puesto que parte de esta zona está cerca de la región central de la cultura Chupícuaro, se trataba de definir el impacto que el grupo tuvo en la zona, así como su extensión y sus relaciones culturales; *d)* identificar la presencia teotihuacana en la región dado que se suponía la existencia de una avenida que este centro cultural había formado para llegar al occidente de México; y *e)* partiendo de la premisa que los tarascos fueron sólo uno de los muchos pueblos que habitaron el actual territorio michoacano y que hubieron muchos otros —contemporáneos o antecesores a ellos—, se trataría de definir quiénes eran y cuáles eran las características de sus respectivas culturas (Grave, 1996; Pulido, 1993; 1995; 1997).

No siempre los resultados de las investigaciones fueron los esperados; algunos nos condujeron a retomar la investigación incluyéndolos como problemas a investigar en los siguientes trabajos en Michoacán. Así, el asunto de los tarascos se convirtió en un problema recurrente, ya que caímos en cuenta que el conocimiento

que se tiene de este pueblo es muy diferente al obtenido de datos arqueológicos. Por tanto, en los siguientes trabajos se investigó a fondo el significado de la presencia del grupo tarasco, tocando aspectos muy diversos: desde la propia definición arqueológica, hasta su dispersión en el territorio michoacano y su desarrollo como una sociedad estatal.

Encontramos con tipos cerámicos un tanto desconocidos, aunado a la carencia de los conocidos nos llevó a plantear la situación de la integración del territorio cultural de Michoacán en diferentes periodos. Así, también se propuso como meta tratar de definir las características culturales de los pueblos que habitaron los territorios por los que se desplazarían las carreteras (Grave, *op. cit.*; Pulido, 1997).

Por otro lado, continuamos buscando datos acerca de la presencia teotihuacana en el territorio michoacano, pero también se buscó la evidencia de la influencia mexicana hacia el sur del estado, dada la existencia de datos históricos que apuntan en ese sentido. Asimismo, se tomaron como objetivos colaterales aquellos trabajos básicos en la investigación arqueológica desarrollados para darle seguimiento a los ya planteados: nos referimos a la elaboración de secuencias cerámicas y al análisis de patrones de asentamientos.

Las labores desarrolladas fueron las que en términos generales se emplean en casi todos los proyectos de prospección de región; desde luego fueron adecuándose a una y otra zona, dependiendo de condiciones diversas, desde las de carácter académico hasta las relacionadas con cuestiones administrativas y con los proyectos de construcción, como lo describimos a continuación.

### Desarrollo de los trabajos de investigación

Aunque cada proyecto tuvo sus particularidades, todos compartieron los aspectos técnicos que referimos. Dado que dieron buenos resul-

tados en el primero de ellos, se continuaron usando en los otros, aunque con distinto peso en cada uno. En general, todos comenzaron por el acopio de la información arqueológica de la zona próxima a afectarse. Se trabajó en los distintos archivos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y con la bibliografía existente para la zona; la cartografía inicial y la fotografía aérea se nos proporcionó por la Secretaría de Comunicaciones y Transportes antes de iniciar los trabajos de construcción en casi todos los casos. Con estos datos se hicieron los respectivos proyectos de investigación, cuyos trabajos comenzaron invariablemente con el análisis cartográfico y la interpretación de la aerofotografía, y una visita a la zona de afectación a fin de observar el potencial arqueológico de la misma, así como de comenzar a armar una estrategia de trabajo de campo acorde con las condiciones del mismo.

El área de reconocimiento varió en extensión de acuerdo con la longitud de los tramos carreteros: el más largo comprendió 310 km (la carretera México-Guadalajara), y el más corto —tramo Pátzcuaro-Uruapan de la carretera Morelia-Lázaro Cárdenas— tuvo una longitud de 56 km. La amplitud de la zona de investigación también fue variable, aunque en ningún caso se restringió al derecho de vía de los caminos (60 m de ancho), sino que consideró el mayor territorio posible, de tal forma que se tratara de llevar a cabo una investigación arqueológica de área y no sólo un rescate de objetos arqueológicos afectados por el suceso de la construcción. La amplitud máxima fue de 3 km a cada lado de la carretera, sin embargo, frecuentemente se vio rebasado este límite, ya sea porque los bancos de materiales que la construcción ocuparía se encontraban fuera de estos rangos, o porque durante el curso de la investigación se encontrara un sitio que pudiera responder a los cuestionamientos académicos previamente formulados o —como ocurrió en varios casos—, se detectara un sitio cuya pervivencia se estimase en peligro debido a los saqueos o a la constante extensión de los asentamientos humanos, entre otros motivos.

Algunos de los sitios que presentaban cierta complejidad arquitectónica fueron registrados mediante croquis, otros más fueron levantados topográficamente (de acuerdo con su propia complejidad y las posibilidades del equipo de investigación y del tiempo que sería necesario en el proceso). En todos ellos se colectaron muestras de materiales cerámicos y líticos, éstos fueron registrados en las cédulas habituales del Catálogo nacional de sitios arqueológicos.

De los resultados del análisis de materiales cerámicos y líticos, así como de la primera interpretación de cada uno de los sitios en el contexto en el que estaban ubicados, se determinaron algunos para ser excavados. De aquí se lograrían mayores datos sobre las características del sitio, a la vez que se buscarían secuencias cerámicas y cronológicas y la obtención de muestras de materiales de fechamiento físico. Concluidos los trabajos de excavación se procuraba dejar los terrenos como si no hubieran sufrido intervención alguna.<sup>3</sup>

Con todos estos datos, se realizaron sendos informes técnicos; la información se manejó con vistas a su discusión académica en mesas redondas de especialistas, publicaciones varias y conferencias. A continuación exponemos los resultados que hasta la fecha hemos obtenido.

### Resultados académicos de las investigaciones

La serie de ideas comentadas que nos sirvieron como líneas de investigación, fueron también las guías que nos permitieron acceder a los datos, así como al manejo de los mismos. Los resultados de estos trabajos no se han agotado; en

algunos casos se continúan desarrollando, y otros más están a la espera de ser retomados en nuevos proyectos que puedan recuperarlos para interpretaciones temáticas: en este artículo presentamos los avances que hemos obtenido.

Hacia el norte del estado de Michoacán encontramos una zona de influencia de la llamada cultura Chupícuaro. Ésta se encuentra sobre todo en los alrededores de la laguna de Cuitzeo, donde se localizaron en la mayor parte de los sitios del Preclásico (1 500 a.C.-200/300 d.C.) fragmentos de cerámica relacionada con este grupo (Chupícuaro acanalado, Rojo temprano, Chupícuaro rojo sobre bayo), así como unos cuantos fragmentos de figurillas de dicha tradición. Sin embargo, ninguno de estos sitios presentó carácter monumental, aunque algunos mostraron mayor densidad de materiales (lo cual se tradujo como mayor población). Así, estas comunidades debieron ser aldeas esencialmente autónomas y sin grandes diferencias sociales en su interior.

No obstante, también fueron localizados fragmentos de vasijas procedentes del centro de México (Ticomán y Cuicuilco, entre otros lugares), aunque en escasa cantidad. De cualquier manera su presencia indica interrelaciones entre estas dos áreas, confirmando las investigaciones de Schöndube (1980) y Williams (1993).

En esta misma época, el resto de la zona norte se encontraba con muy poca población, y contaba con cerámicas de elaboración local, generalmente burdas sin evidencia de contacto con otros grupos.

Esta misma situación se presenta en la zona central de Michoacán, es decir, la correspondiente a la Sierra del Centro. En ella han sido localizados elementos que llevan a inferir la presencia humana desde 7 000 años a.C. por lo menos (Faugère-Kalfon, 1996), y con mayor claridad hacia el año de 2 500 a.C., antes de la presencia de la cerámica en el lugar (Arnauld *et al.*, 1993). Sin embargo, no es sino hasta 1 600-930 a.C. (Pollard, 1995) que el hombre habitó

<sup>3</sup> Hubo algunos casos en los que se restringió la construcción de la carretera de acuerdo con lo representativo de las evidencias arqueológicas. En ocasiones se logró la permanencia total de algunas estructuras arquitectónicas, aunque las más de las veces, sólo se pudo obtener el tiempo y los presupuestos necesarios para realizar excavaciones extensivas en los sitios afectados por la construcción de la carretera. En tales casos la idea fue recuperar los vestigios arqueológicos antes de que la construcción los destruyese.

posiblemente aldeas más o menos permanentes y se vio beneficiado con el cultivo del maíz. Desafortunadamente no se cuenta con restos arqueológicos tangibles para afirmar lo anterior.

Esta escasez de población se repite también en la Tierra Caliente, aunque hacia la confluencia de los ríos Tepalcatepec y Balsas se han encontrado algunas evidencias de asentamientos con cerámicas semejantes a las empleadas en Colima, Chiapas y Oaxaca, entre otros lugares (Müller, 1979; Maldonado, 1980). No obstante, no se tiene mayor conocimiento de estos grupos.

El panorama en la zona de la costa y en la Sierra Madre del Sur es un tanto más claro. Hubo pequeños poblados que se encontraban en las riberas de los ríos aprovechando las diminutas terrazas que éstos habían formado, o bien, en lo alto de las lomas costeras. Los asentamientos no denotan existencia de lugares centrales, ya que comúnmente se trata de caseríos que probablemente formaron entre todos una red cultural dado que compartían rasgos en los objetos utilizados (cerámicas naranja y café de textura burda, así como artefactos de sílex). Con todo, se han detectado contactos de esta zona con Oaxaca, Colima, Chiapas y el Altiplano Central (Cabrera, 1986, 1989).

Durante el periodo Clásico (200/300-900 d.C.), varios elementos comenzaron a cambiar en todas estas regiones: hubo mayor población concentrada en aldeas, mayor diversificación tecnológica que asimiló elementos nuevos en el utillaje común y se comenzó a establecer un patrón de diferenciación social de los habitantes de las comunidades. Éstas se hicieron más complejas, dando paso a la construcción de los primeros edificios públicos y ceremoniales; algunos indicadores evidencian la influencia de Teotihuacan.

De esta forma, en la zona norte se incrementó el número de asentamientos, tanto en la Cuenca de Cuitzeo que ya estaba poblada, como en el resto de la región que se apreciaba un tanto despoblada. Este evento es más notorio durante

los últimos 300 años de este periodo. Los asentamientos —situados tanto en las orillas de lagos como en las laderas y en lo alto de cerros de baja altura—, se reacomodaron de acuerdo con la complejidad y jerarquía que los mismos guardaban dentro de redes de influencia, en las que uno de ellos fungía como centro político y religioso.

En general, estos centros presentan edificaciones de carácter ritual y otras que presumiblemente tuvieron funciones administrativas. Todas ellas están hechas con piedra y tierra; sobresalen los templos de forma piramidal con cuerpos escalonados a la manera de las construcciones más comunes de Mesoamérica. El más significativo en la zona de Cuitzeo, por ejemplo, es el sitio Tres Cerritos,<sup>4</sup> excavado y restaurado por Angelina Macías (1988, 1996). En algunos de estos sitios se construyeron, además, los recintos característicos para el juego de pelota en su variante de juegos semiabiertos.

Varios de estos asentamientos rectores de zona, se encuentran ubicados en puntos estratégicos que les permitieron el control de recursos básicos que ya para entonces habían comenzado a usarse cotidianamente, entre los que sobresale la obsidiana (Los Ceniceros, cerca de Zinápécuaro, y Churintzio, son ejemplos representativos). En otros casos, no resulta tan claro el motivo de la importancia de los asentamientos, pero sus características los hacen relevantes con respecto a los otros asentamientos (El Metate conjunto 2 —cerca de Panindícuaro—, Ecuandureo, Quiringüicharo, Potrero de los Coyotes y El Perdido, éstos dos cercanos a Tanhuato, son algunos ejemplos).

Es posible encontrar enterramientos de individuos de alto estatus social cercanos a los edifi-

<sup>4</sup> Este sitio es interesante ya que muestra varios edificios de carácter absolutamente mesoamericano y algunos elementos teotihuacanos (una máscara tallada en piedra, es uno de los más relevantes), aunque no en la construcción. Se encuentra en la zona norte de la laguna de Cuitzeo, en la península del mismo nombre. Fue trabajado por Angelina Macías durante varias temporadas entre las décadas de 1980 y 1990.

cios públicos, comúnmente presentan vasijas diversas como ofrendas mortuorias. Incluso pueden tener elementos que los relacionan con otros lugares lejanos, como es el caso de uno de los entierros del sitio Cerro de la Bolita, en la ribera sur de la laguna de Cuitzeo, localizado sobre una plataforma administrativo-ceremonial y que tenía varios cajetes trípodes de soportes de asa, un par de figurillas policromas —una de las cuales era un infante dentro de su cuna-canasta— y una especie de orejera grabada con un diseño teotihuacanoide.

La presencia de Teotihuacan es más clara en varios elementos encontrados en algunos sitios del norte y del centro de Michoacán. Destacan entre ellos, una máscara de piedra localizada dentro de una tumba en Tres Cerritos (Macías, 1988), y otra máscara de las mismas características encontrada en una de las lomas de la ciénega de Zacapu (Arnauld y Faugère-Kalfon, 1998). La influencia teotihuacana también está presente en algunos rasgos arquitectónicos del centro ceremonial del sitio conocido como Tinganio, que muestra el tablero remarcado conjugado con el talud al estilo de la gran urbe, sobrepuestos en varios de sus edificios (Piña Chán y Kuniaki, 1982). Asimismo, existe un sitio que puede ser interpretado como una colonia teotihuacana: Loma de Santa María, localizado al sur de la actual ciudad de Morelia (Manzanilla, 1984).

La cerámica apenas si muestra algunas evidencias de esta influencia ya que se continuaron elaborando tipos locales, aunque se manifiesta la presencia de una cerámica rojo sobre café o bayo de amplia tradición en Mesoamérica. Parece que los habitantes de los lugares tomaron de la cultura teotihuacana lo que más convenía a sus intereses, pero siguieron viviendo de acuerdo con sus propias características culturales. El caso que hace la excepción a esto es Loma de Santa María, donde fueron localizados elementos cerámicos, entre otros diversos aspectos, procedentes de ese centro cultural, como es la cerámica Naranja delgado (Manzanilla, 1996).

Por lo demás, en la zona del centro del estado investigada por estos proyectos, el sitio más significativo de este periodo se encuentra en la cuenca de Pátzcuaro, en las inmediaciones del poblado Las Trojes. Su centro ceremonial consta de tres pequeños basamentos piramidales, un gran espacio abierto y un juego de pelota del estilo antes mencionado.

Por su parte, a partir de este periodo, la Tierra Caliente tuvo una fuerte presencia en cuanto a la población y su integración a la historia regional. Los asentamientos principales que en ella se localizaban no presentaban arquitectura monumental, pero sí tuvieron construcciones públicas, consistentes básicamente en largos recintos rectangulares con cimentaciones de piedras. Los otros sitios, probablemente pequeñas aldeas, no se muestran más que como simples concentraciones de materiales arqueológicos.

De cualquier forma, los datos que obtuvimos durante la investigación, nos conducen a pensar que había ya una marcada estratificación social en esta región, ya que en uno de los sitios (Corongorito) fueron localizados varios esqueletos dentro de uno de los cuartos que allí existieron. Tenían como ofrenda algunas vasijas y, significativamente, collares y pendientes de conchas marinas, lo cual evidencia algún tipo de relaciones con gente de la costa que, por lo demás, no se encuentra muy alejada de esta área.

Los sitios mayores fueron localizados en situaciones de fácil acceso a un recurso novedoso en la región: los yacimientos de cobre. Este material comenzó a ser trabajado probablemente a partir de los últimos 200 años de este periodo y constituyó finalmente uno de los elementos principales de la región en este y en el siguiente periodo (González Crespo, 1979). Los objetos de cobre que se encontraron en estos sitios fueron principalmente utilitarios: agujas, anzuelos y argollas, aunque es probable la existencia de otros artefactos (pinzas y pequeños discos, entre ellos).

El resto de los materiales utilizados en la región fueron los que la misma ofrecía: riolita, basalto y cuarzo, principalmente para los instrumentos de piedra, y la arcilla para las vasijas, las cuales no presentan mayor sofisticación en su elaboración. No obstante, se cuenta con la presencia de obsidiana en poca cantidad; la procedencia de este material son probablemente los yacimientos del norte de Michoacán, de donde se comercializaban a través de los cursos del río Cupatitzio-Marqués-Cajones.

Este complejo pluvial y los ríos Tepalcatepec y Balsas, así como sus diferentes afluentes fueron sin duda un fuerte determinante para la ubicación de los asentamientos: éstos se localizan en las terrazas y lomas cercanas a los ríos, preferentemente en la confluencia de dos arroyos o de un arroyo y el río. Este patrón se repetirá a lo largo de la historia en la zona.

Por su parte, los sitios de la Sierra Madre del Sur se encuentran en las pequeñas terrazas pluviales o en los pequeños valles intermontanos y en mesetas altas de la propia sierra, o bien en las laderas bajas de las montañas, modificadas por medio de terrazas. Las construcciones son más bien de carácter doméstico y se aprecian como cimentaciones rectangulares de piedras a ras del suelo o bien sobre pequeñas terrazas hechas a propósito de la propia construcción. De cualquier manera, los pobladores de los asentamientos siempre buscaron el fácil acceso al agua.

Los materiales cerámicos de esta zona tienen características propias: aunque hay tipos de acabados pulidos, destacan los de terminados burdos y sus pastas presentan gruesos desgrasantes de arenas de río o de pequeños guijarros de cuarzo. Aunque hay decoración con base en el pintado zonal de las vasijas (el color rojo es el más socorrido, aunque también hay grises y negros), las decoraciones más abundantes son las hechas con rayados, esgrafiados, incisiones, presión digital, punzonados, etcétera.

En términos generales, los elementos líticos de la región son de procedencia local, destaca el

cuarzo, aunque también se encuentra el pederrenal, así como el granito. No obstante, hay presencia de algunos objetos de obsidiana verde, presumiblemente comercializada desde la Sierra de las Navajas por la zona costera.

Estos patrones de vida se repiten en la franja costera; sin embargo, los asentamientos se establecieron más bien en lo alto de las lomas, conformando conjuntos de tres casas (Manzanilla; 1987). En algunos sitios estos conjuntos se reproducen, ya sea en la misma loma o bien, formando complejos sitios sumando varias lomas. Igualmente destaca el hecho de que muchos de los sitios se encuentren en las cercanías de pantanos.

Es difícil establecer cuáles fueron los sitios más importantes de estas dos zonas debido a la carencia de una serie completa de cronologías confiables. Por tanto, estos apuntes se basan en el patrón de asentamiento y en algunos indicadores cerámicos regionales, pero no pueden ser tomados más que como hipótesis de trabajo.

Tenemos una mayor cantidad de datos para el periodo Posclásico, incluso este podría ser dividido en dos fases: temprana, que va de 900 a 1200 años d.C., y tardía que incluye los años 1200 a 1524 d.C. Esta división es importante ya que en cada uno de estos periodos ocurren cambios fundamentales en la vida de los grupos que habitaron la región.

En la zona norte del estado se aprecia un sensible despoblamiento durante la primera de estas fases, aunque éste es más visible hacia las zonas un tanto más áridas y menos notable en las riberas de los lagos; de hecho, la población parece concentrarse alrededor de los lagos aunque con menos habitantes que en el periodo anterior.

Esta concentración de población quizás haya traído como consecuencia una intensificación de técnicas de cultivo y algunos ajustes sociales en las comunidades que llevaron a posicionar a algunos sitios en la cúspide de las jerarquías

locales en detrimento de los demás que se convirtieron en sus dependientes. Los asentamientos que ocuparon los puestos clave generalmente se relacionan con la presencia de elementos indispensables para el desarrollo de las comunidades, tal es el caso, nuevamente, de Los Ceniceros que deviene más grande gracias al mayor control que adquiere sobre las minas de obsidiana de Zinapécuaro-Ucareo. Esta materia prima fue exportada a muchas regiones de Michoacán, del Centro de México (Tula y Xochicalco, por ejemplo) e incluso de la zona maya (Pollard y Vogel, 1974).

La importancia de estos sitios se refleja en los complejos arquitectónicos construidos en tales momentos ya que muestran grandes edificios ceremoniales, plazas, plataformas, recintos para el juego de pelota, entre otros. Un hecho que hay que resaltar es la aparición de un tipo de arquitectura que no era característico en la región y que, a nuestro juicio, más bien procedería del norte de México, esto es la construcción de edificios hechos básicamente de lajas sin cementante.

La situación en este periodo en la zona central era un tanto diferente, ya que en ella se registró una mayor población que en las épocas anteriores. Es probable que algunos grupos que habitaban en la zona norte se hayan desplazado hacia esta región. Los antiguos lugares de habitación fueron abandonados o decrecieron en importancia. Los nuevos asentamientos se establecieron preferentemente en las cercanías de los lagos, particularmente el de Pátzcuaro, aunque no dejaron de haber lugares de alguna importancia ubicados en los valles intermontanos de la sierra. De cualquier manera, todas estas nuevas comunidades buscaron situarse en posiciones a las que no se tiene un fácil acceso, muchas veces en zonas de malpaís.

Esta ubicación, puede referirnos por una parte la intención de buscar lugares de poblamiento que no afectaran las escasas tierras de cultivo que hay en esta región, y por otra, la situación de beligerancia que privaba en la región en este

periodo. Esto último se refleja también en varios de los asentamientos en los cuales encontramos elementos defensivos entre los edificios, principalmente murallas que resguardan a los edificios más importantes del lugar, como es el caso de Tócuaro y El Banco de Arocutin.

Obviamente, en estas posiciones defensivas se encuentran los edificios que eran destinados a habitación de los dirigentes de las comunidades que con relativa abundancia eran enterrados con bienes tanto locales como importados. Ejemplo de éstos son los enterramientos descubiertos por Pollard (1994, 1995) en el sitio que llamó Urichu, en la misma ribera de Pátzcuaro. Entre los materiales de los entierros correspondientes al Posclásico temprano, se encuentran varias vasijas con decoración al negativo, lo cual es uno de los rasgos más “comunes”<sup>5</sup> en la zona en la siguiente fase de este periodo.

De los enterramientos del sitio Tócuaro recuperamos un par de puntas de proyectil (probablemente de lanzas) excelentemente talladas en basalto; en contraste hubo una escasez notable de obsidiana. Esto nos podría reforzar la idea de la pugna entre los grupos de este periodo en la región (Pollard, 1993) ya que no todos contaron con la misma cantidad ni el mismo tipo de recursos. Hay que decir que Tócuaro se encuentra en uno de estos malpaíses y entre los rellenos utilizados para nivelar la plaza central se localizaron desperdicios de la talla de basalto. Esto, al parecer era una actividad común en el lugar (fig. 2).

Esta situación bélica no se observa en la Tierra Caliente donde los asentamientos se situaron más bien, como en el periodo anterior, en las riberas de los grandes ríos (el complejo hidráulico Cupatitzio-Cajones-Marqués) o en las

<sup>5</sup> Utilizamos la palabra “comunes” porque si bien es cierto que este rasgo es abundante, sólo se encuentra en la cerámica suntuaria, es decir, la asociada a los rituales y, más bien, a la gente de alto estatus social; entonces, la decoración al negativo, aunque común, no es una característica generalizada de las comunidades.



● Fig. 2 Sistema constructivo del sitio Tócuaro. Obsérvese que la plataforma central está construida por una acumulación de piedra brasa sin cementante alguno.

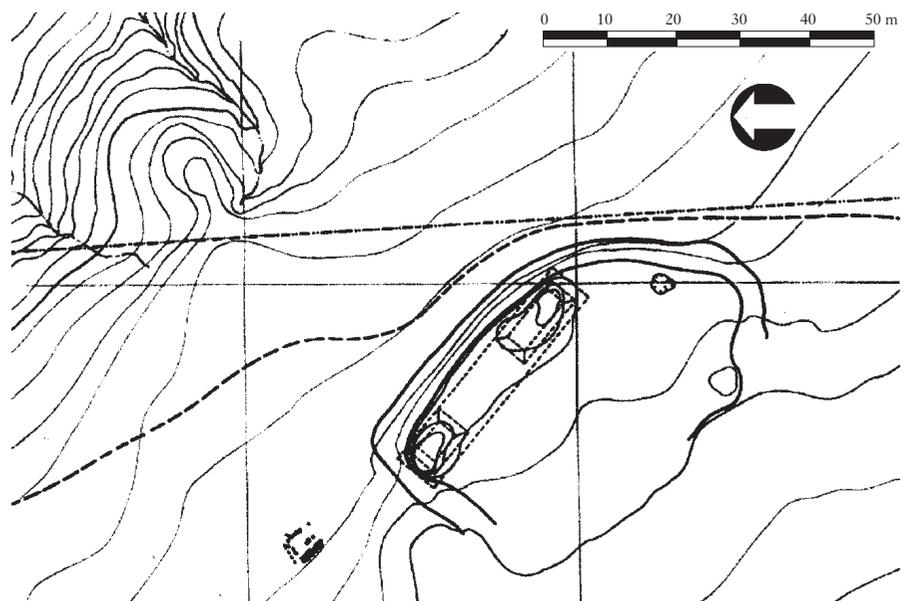
confluencias de algunos arroyos hacia estos ríos, o bien, de éstos con el Tepalcatepec. En varios lugares, estos ríos se encañonan y los sitios se encuentran en las terrazas altas o valles cercanos a los mismos, siempre lugares abiertos. Estos asentamientos suelen ser los más grandes y complejos de la región.

Hay construcciones públicas, aunque no de grandes dimensio-

nes, generalmente montículos de piedra y tierra, a veces alineados con espacios abiertos en su frente, a veces acomodados de tal forma que originan plazas. Hay también plataformas de baja y mediana altura. En ocasiones los edificios se construyeron sobre terrazas hechas en las laderas de los barrancos o en los promontorios que sobresalen en la planicie de la Tierra Caliente, como es el caso de Los Montones. En este sitio se presenta una serie de terrazas escalonadas en las que se construyeron algunos de los edificios importantes del sitio: un recinto para el juego de pelota y varios montículos, el mayor ubicado en la cima del cerro (Grave Tirado, s.f.).

Otra forma de construcción que también se usó fue la de hacer pequeñas acrópolis, es decir, una serie de edificios alrededor de una plaza ubicada sobre una elevación en el terreno. Éste es uno de los elementos localizados en el sitio denominado Santo Domingo, en las cercanías de Nueva Italia (fig. 3).

Hay diferencias también en el ajuar usado por estos grupos y aquellos de la Sierra del Centro.



● Fig. 3 Sección del plano topográfico del sitio Santo Domingo. Se aprecia la pequeña acrópolis en la que se observaron algunos alineamientos de piedras de forma rectangular. La equidistancia de las cotas de nivel es de 1 m.

Existen cerámicas de elaboración local, ya sea con decoración policroma (con colores rojos, cafés, blancos, grises, etcétera) o bien monocroma y bicroma; en contraste, es poca la cerámica burda que aquí se encuentra. Hay obsidiana gris probablemente proveniente de Ucareo-Zinápécuaro, Zináparo-Cerro Prieto, o Pénjamo; y gris-verde de los yacimientos de La Primavera y Tequila (Esparza, 1999).

Asimismo, se encuentran elementos que seguramente fueron comercializados con grupos de la costa, tales como conchas. Además se pueden localizar algunas figurillas de las llamadas galletas del complejo Mazapan, lo cual también ocurre en algunos lugares de la región anteriormente tratada. En suma, es una cultura muy distinta a la que pobló el centro de Michoacán; se aprecia como independiente de aquélla en este periodo y hemos definido como “terracalenteños” (Grave y Pulido, 2000).

Un rasgo fundamental de estos grupos —al menos de los asentados en las cercanías del complejo hidráulico mencionado—, es el trabajo y dominio de la metalurgia e industrias colaterales. En alguna medida los mayores asentamientos se encuentran cercanos a los yacimientos de minerales cupríferos, como es el caso de Los Montones y La Campana, que incluso muestran gran cantidad de evidencias del trabajo sobre estos minerales (en el segundo caso, hay un cerro contiguo cuyas rocas con agujeros sugieren que sirvieron de morteros para el molido del mineral).

En varios de estos lugares se encuentran también rasgos que indican el trabajo de los metales: fuertes concentraciones de ceniza, morteros, metates, muelas y martillos, así como algunos artefactos de tal material, repitiéndose las formas que habíamos mencionado para el periodo Clásico.

Estas tres áreas experimentan cambios durante el periodo Posclásico tardío. Las tres vuelven a poblarse, de hecho es en esta época cuando las regiones alcanzaron su mayor poblamiento.

El patrón de asentamiento seguirá siendo el mismo que en la fase anterior, aunque hay reacomodos en tanto se establece una nueva jerarquización de los mismos hacia el final del periodo a consecuencia de la inclusión de las comunidades en un sistema socio-político y económico mayor: el Estado tarasco.

Sin embargo, antes de que esto ocurra, en la zona norte los asentamientos que controlan el acceso a los yacimientos de obsidiana adquieren mayor relevancia, tal es el caso de Zinápécuaro, por un lado, y de Zináparo y Churintzio, por otro. De igual manera hay algunos sitios que se destacan por la producción de otros bienes de consumo de primera importancia, como la sal, recurso del cual se beneficiaron probablemente Araró y Huandacareo,<sup>6</sup> ambos en las orillas de Cuitzeo.

Hay otros asentamientos cuyo papel no está claro debido a la escasez de datos, pero que sobresalen por la complejidad y monumentalidad de sus edificaciones, así se tienen los sitios de Chahueto, Iglesia Vieja, El Metate, El Palacio de San Antonio Carupo, Ecuandureo, Potrero de los Coyotes, El Perdido y Las Cuevas, entre otros.

Por su parte la cuenca de Pátzcuaro se encuentra poblada de comunidades tarascas y nahuas que, como veíamos, vivían una situación de beligerancia originada por la escasez de tierras cultivables (Pollard, 1993 y 1995), y que eventualmente llevó a que uno de los grupos en confrontación tomara el poder venciendo a los otros, éste es el de los tarascos-Uacúsecha.

De acuerdo con la *Relación de Michoacán*, los tarascos-Uacúsecha llegaron a la zona lacustre al final de una serie de migraciones y, después de sufrir penurias para establecerse, lograron alianzas estratégicas con otras comunidades ya

<sup>6</sup> Este asentamiento fue excavado y restaurado por la arqueóloga Angelina Macías como parte de su proyecto Cuenca de Cuitzeo (Macías, 1990). No fue trabajado por nosotros, pero su importancia es tal que no es posible dejarlo de lado si se quiere hacer una historia de la región.

asentadas, y se impusieron mediante la guerra al resto de sus vecinos. Esto ocasionó que se fundara el Estado tarasco, que en un principio fue administrado desde tres capitales (Tzintzuntzan, Ihuatzio y Pátzcuaro), cada una con un gobernante, y finalmente derivó en la monopolización del poder por parte del cazonci de Tzintzuntzan (Alcalá, 1977).

La emergencia de dicho Estado trajo consecuencias sociales que se reflejan en el registro arqueológico, esto es, la generación de una serie de rasgos con los que se identificaba al Estado, es decir, al grupo en el poder político. Entre los elementos significantes del Estado está el de una forma constructiva característica de sus edificios ceremoniales: la yácata, que une una sección rectangular —desproporcionadamente larga— a otra circular a través de un pasillo. En ella se retoma el estilo constructivo a base de lajas sin cementante, además de cuerpos poco inclinados, de alto peralte y huella estrecha que mostraban los basamentos de plantas rectangulares, cuadradas y en forma de “T” que ya existían en la región en el Posclásico temprano y que asociamos con los tarascos como grupo social.

Otro rasgo es la cerámica policroma tarasca, que presenta formas variadas y un tanto exóticas, entre las que destacan los cajetes trípodes con soportes muy largos, huecos, en forma de cencerros, así como botellones que presentan asas de estribo o de canasta, con vertederas y vasijas miniatura. Todas ellas están decoradas en colores rojo, negro y blanco con profusión de diseños al negativo. Los motivos de decoración son muchos, entre ellos sobresalen “hombres-rana”, elementos zoomorfos, escaleras (?), líneas y cruces.

El Estado tarasco expandió sus dominios desde la cuenca de Pátz-

cuaro a las regiones vecinas y posteriormente a las lejanas, llegando a afianzar un territorio amplio que compartía fronteras con el Estado mexica —también en expansión—, así como con otras unidades sociopolíticas menos definidas. De tal manera englobó en su territorio a las zonas de producción de sal y obsidiana (de esta última por lo menos la de Zinapécuaro-Ucareo) del norte de Michoacán, las zonas boscosas de la Sierra del Centro, así como la Tierra Caliente. De ellas extrajo los bienes que producían y los administraba en su beneficio, cerrando además las fronteras a productos que provenían de otras regiones.

A la vez, impuso una nueva jerarquía de asentamientos: estableció su presencia política y simbólica a través de los personajes de su gobierno y, en ocasiones, con base en edificios que representaban el poder estatal —las yácatas—, como son los casos de los sitios Jujucato y Lagunillas (fig. 4), en las vecindades de Zirahúen y de Uruapan, respectivamente.

Sin embargo, esta sujeción política y económica no implicó el derrocamiento de las culturas locales; éstas siguieron funcionando casi sin

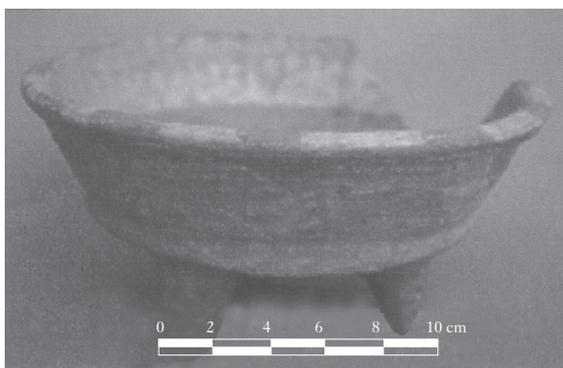


● Fig. 4 Vista aérea de la yácata del sitio Lagunillas, aún sin excavar. Hacia la parte baja de la imagen se sitúa el cuerpo redondo, en tanto que el cuerpo recto se observa en posición horizontal.

alteración en los ámbitos que vivían. Esto se observa con más facilidad en la Tierra Caliente, donde no se encuentra mayor evidencia de los tarascos más que en unos cuantos sitios y se limita a la presencia de una yácata en uno de los sitios reconocidos durante la construcción de la Presa del Infiernillo (González Crespo, *op. cit.*), o en algunos pocos materiales de cerámica policroma tarasca en varios asentamientos (entre ellos el llamado Santo Domingo).

No obstante, parece ser que los dirigentes de algunas de estas comunidades sujetas a los tarascos-Uacúsecha, quisieron imitar tanto la forma de hacer edificios como la cerámica característica del Estado tarasco y generaron formas que no son del todo tarascas, aunque sí parecidas. Así, encontramos construcciones de lajas en los sitios Las Iglesias y El Huicumo (Grave Tirado, s.f.), y de cerámica como en Lagunillas donde se asocian elementos propiamente tarascos con otros determinados como imitaciones de los mismos.

De cualquier manera los terracalienteños, siguieron viviendo con sus patrones característicos: producían su propia cerámica (fig. 5), ocupaban casas cuadrangulares con cimentaciones de piedra —asociadas con regularidad a pequeños círculos de piedras (1.20-1.50 m de diámetro), de los cuales desconocemos su función—, la metalurgia del cobre, principalmente. Con respecto a esta última es importante señalar que



● Fig. 5 Cajete trípode del tipo Blanco de cal, típico de la Tierra Caliente de Michoacán. Procede del sitio Santo Domingo.

estuvo un tanto mediada por el control estatal, ya que en buena medida se producían los elementos que el estado exigía: cascabeles, pinzas “depiladoras” y discos de diferentes colores, entre otros; además de estas piezas, se elaboraban agujas, anzuelos, etcétera (Hosler, 1994).

Todas estas eventualidades fueron desconocidas en las zonas de la Sierra Madre del Sur y de la franja costera durante el periodo Posclásico. En la primera no se encuentran evidencias de desarrollos sociales ajenos a la propia región y sólo se localiza un sitio con construcciones de importancia monumental, enclavado en una de las mesetas del parteaguas de la sierra, a éste se le denominó Mesa La Florida. Es un sitio más o menos extenso con gran concentración de cerámica y lítica (sílex y obsidiana) en superficie y con algunos alineamientos de piedra en una especie de promontorio natural de este mismo material.

Hay otros dos asentamientos mayores en la región de nuestra investigación, ambos se encuentran en la parte baja, a la orilla del río Feliciano. Uno de ellos (Primera Caída) tiene un probable montículo de tierra y una serie de terrazas en las que se localizó una gran cantidad de cerámica y de obsidiana, entre otros materiales. Es notorio que la mayor parte de la obsidiana sea de color verde, semejante a la de los yacimientos de la Sierra de las Navajas, en el estado de Hidalgo.

El otro asentamiento, que al parecer se compone de varios de los sitios cercanos entre sí, se encuentra en las inmediaciones del actual poblado de San Diego, en el municipio guerrerense de La Unión. Se trata de una concentración de materiales cerámicos y líticos sobre una serie de terrazas habitacionales usadas incluso en el presente para la construcción de las rústicas casas del poblado.

Los otros asentamientos, que no rebasan la categoría de caseríos, se encuentran también en las terrazas aluviales formadas por los ríos Balsas, en su cauce bajo, o el Feliciano, y presentan

los mismos elementos que este último sitio, sin su tamaño ni la gran cantidad del resto de los materiales.

En la costa, por su parte, existen caseríos y algunos pocos sitios grandes. Los primeros se siguen comportando igual que en el periodo Clásico. En tanto que los segundos son sitios complejos que presentan montículos de tierra que debieron estar recubiertos por piedra, como es el caso de Los Metates donde, como el nombre lo dice, había una gran cantidad de muelas de granos. Este asentamiento se localiza en lo alto de los lomeríos costeros, tratando de evitar las inundaciones de las zonas bajas causadas por los fuertes huracanes que se presentan en la región.

Otro de los sitios de mayor complejidad en la zona costera y cercano a Petalco es el denominado Los Ticuiches. Tiene un patrón complejo de construcciones: conjuntos de tres montículos (entre 1 y 2 m de altura) que forman pequeñas plazas; uno de estos montículos se engarza con otros de un conjunto similar, formando una unión consecutiva con todos los conjuntos. Igualmente este asentamiento se emplaza en la cima de los lomeríos, aunque tiene la particularidad de que baja hasta las zonas pantanosas. Tuvimos la oportunidad de ver artefactos de cobre encontrados en la región: un cincel, unas pinzas “depiladoras” y unas agujas.

Entre el resto de los materiales destaca la obsidiana que se encuentra principalmente en navajillas prismáticas de color verde (probablemente procedente de la Sierra de Las Navajas). Este sitio debió comerciar con el Altiplano Central a través de la Costa Grande de Guerrero.

Sin embargo, el sitio que reviste mayor importancia histórica se ubica sobre la margen izquierda del río Balsas, a unos 8 km de la

costa: Zacatula. Tiene un patrón de asentamiento disperso ya que está integrado por varias comunidades; la central es Barranca de Marmolejo, que presenta alguna complejidad constructiva ya que tiene una serie de terrazas de diferente tamaño en las que se encuentran algunos alineamientos de piedra en forma de cuartos, así como por lo menos un par de montículos de cierta altura, mayores a 4 m (fig. 6).

En las excavaciones que se llevaron a cabo en este sitio, en uno de los cuartos mencionados, cercano al montículo mayor, fueron localizadas una gran cantidad de vasijas, unos sellos o pintaderas, unos cráneos, algunos huesos largos, agujas de cobre, alfileres de cobre y anzuelos del mismo material, así como puntas de proyectil de obsidiana, sílex y pedernal, navajas prismáticas secundarias de obsidiana verde (quizá de la Sierra de las Navajas), y un navajón de pedernal, todo ello depositado como ofrenda.

Las vasijas (cajetes, platos o tapaderas y cuencos) eran todos de elaboración local, con pastas burdas naranjas, con desgrasantes de guijarros y de arenas de cuarzo o sílex, con formas propias de la región y con decoraciones esgrafiadas en las que se repiten las figuras humanas con cabezas triangulares y dientes limados, motivos paisajísticos y algunos animales. Hubo algunos fragmentos de figurillas que tratan de imitar



● Fig. 6 Estructura mayor del sitio arqueológico Barranca de Marmolejo, presumiblemente el centro de lo que fue el Zacatula prehispánico.

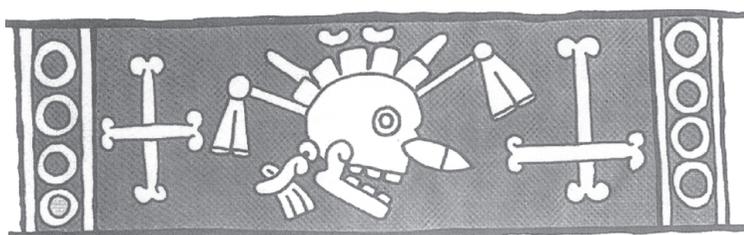
el estilo Mazapa,<sup>7</sup> aunque su decoración es mucho más profusa.

No obstante, entre los materiales también se aprecian esgrafitados con motivos semejantes a los del centro de México: grecas escalonadas, bandas de círculos y, sobre todo, cráneos de perfil con un navajón incrustado en la fosa nasal, adornados con plumones y otros elementos, acompañados por huesos largos cruzados. Este diseño se encontró en uno de los cajetes, así como en un sello cilíndrico (fig. 7).

Los otros lugares que formaban este asentamiento tuvieron funciones diferentes entre sí, ya que varios debieron ser los de habitación de la gente común, en tanto que otro (Las Tama-cuas) tenía montículos de entre 2 y 3 m de altura, hechos de piedra y tierra, ubicados en la cima de una loma y rodeados por un cinturón de tres muros que debieron servir, a la vez, de contención de la tierra y de barrera al acceso. Éste bien pudo ser parte de la zona de habitación de la clase alta o también una zona ceremonial de segunda importancia.

Por otro lado, en la cima de uno de los cerros más altos, cercano al sitio Barranca de Marmolejo, se encontraron algunos vestigios arquitectónicos relacionados con el mismo asentamiento. Desde este punto se tiene una vista notable del río Balsas y su desembocadura en el Pacífico. Por ello debió ser un lugar de control del paso por el propio río.

Por todo lo anterior y por las implicaciones que se desprenden de las fuentes históricas, este sitio debe ser el Zacatula que esas fuentes refieren. Por su parte, los materiales cerámicos localizados denotan una fuerte presencia del



● Fig. 7 Diseño esgrafiado en una vasija del sitio Barranca de Marmolejo. Obsérvese la semejanza que guarda con los motivos iconográficos del Altiplano central del periodo Posclásico.

Centro de México, tanto en el periodo Posclásico temprano como en el Posclásico tardío, en otras palabras, el sitio evidencia relaciones de algún tipo tanto con Tula, como con Tenochtitlan.

## Conclusiones

Para concluir diremos que solamente hemos hecho un resumen de lo que las investigaciones arrojaron sobre la historia de estas regiones del país. Hay mucho que abundar en cuanto a la cerámica, el patrón de asentamiento, la lítica, los metales, en fin, acerca de los procesos sociales particulares que involucraron a la región. Éste no es más que un acercamiento a partir de los trabajos de salvamento que se llevaron a cabo a raíz de la construcción de obras de infraestructura, pero, como se ve, pretende ir más allá del mero hecho de rescatar datos y artefactos. Sabemos que es una forma un tanto limitada para conocer el pasado prehispánico, pero también estamos conscientes de que es mejor la propuesta de hipótesis a la enumeración de datos y, por otra parte podríamos preguntar: ¿cuál es la arqueología que no genera hipótesis?, ¿qué tipo de arqueología es la que no tiene limitaciones y se hace de manera ideal? Mientras no haya respuestas a estas interrogantes, la arqueología de salvamento es una opción muy aceptable.

<sup>7</sup> Debemos agregar que también fueron localizados algunos fragmentos de figurillas netamente Mazapa.

# b i b l i o g r a f í a

- Alcalá, fray Jerónimo  
1977. *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán* (1541), Morelia, Balsal editores.
- Arnauld, Marie Charlotte *et al.*  
1993. *Arqueología de las Lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de estudios michoacanos, núm. 5).
- Arnauld, Marie Charlotte y Brigitte Faugère-Kalfon  
1998. "Evolución de la ocupación humana en el centro-norte de Michoacán (Proyecto Michoacán del CEMCA) y la emergencia del estado tarasco", en Véronique Darras (coord.), *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*, México, CEMCA.
- Cabrera Castro, Rubén  
1986. "El desarrollo cultural prehispánico en la región del bajo Balsas", en *Arqueología y etnohistoria del estado de Guerrero*, México, INAH-Gobierno del estado de Guerrero.  
1989. "La costa de Michoacán en la época prehispánica", en E. Florescano (coord. gal.), *Historia General de Michoacán*, México, Gobierno del estado de Michoacán-Instituto Michoacano de Cultura.
- Esparza López, Juan Rodrigo  
1999. "Aplicación de las técnicas nucleares PIXE y NAA para el estudio de las redes de comercio de la obsidiana en Tierra Caliente, Michoacán", tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH.
- Faugère-Kalfon, Brigitte  
1996. *Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza*, México, CEMCA (Cuadernos de estudios michoacanos, núm. 7).
- González y González, Luis  
1985. *Michoacán. Monografía estatal*, México, Secretaría de Educación Pública.
- González Crespo, Norberto  
1979. *Patrón de asentamientos prehispánicos en la parte central del Bajo Balsas; un ensayo metodológico*, México, Departamento de Prehistoria, SEP-INAH (Científica, núm. 73).
- Grave Tirado, Luis Alfonso  
1996. "Proyecto Carretera Uruapan-Nueva Italia", Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH, mecanoescrito.  
s.f. "Proyecto Carretera Uruapan-Nueva Italia. Informe final", Archivo técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, México, INAH, mecanoescrito.
- Grave Tirado, Luis Alfonso y Salvador Pulido Méndez  
2000. "Los terracalenteños: una cultura arqueológica del Postclásico en Michoacán", *Antropológicas*, núm. 17, México, IIA-UNAM.
- Guevara Fefer, Fernando  
1989. "Los factores físico-geográficos", en E. Florescano (coord. gal.), *Historia general de Michoacán*, México, Instituto Michoacano de Cultura-Gobierno del Estado de Michoacán, vol. 1.
- Hosler, Dorothy  
1994. *The sound and color of power. The sacred metallurgical technology of ancient West Mexico*, Cambridge, Massachusetts, The Massachusetts Institute of Technology Press.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática  
s.f. *Síntesis geográfica del estado de Michoacán*, Anexo cartográfico, México, INEGI.
- Macías Goytia, Angelina  
1988. "La arqueología en Michoacán" en C. García Mora y M. Mejía Sánchez

(coords.), *La antropología en México*, Panorama histórico, vol. 13, México, INAH (Biblioteca del INAH).

1990. *Huandacareo: lugar de juicios, tribunal*, México, INAH (Científica, 222).

1996. “Una presencia tarasca en Cuitzeo”, en *Estudios del México antiguo*, México, INAH (Científica, núm. 315).

• Maldonado Cárdenas, Rubén

1980. *Ofrendas asociadas a entierros del Infiernillo en el Balsas*, México, INAH (Científica, núm. 91).

• Manzanilla López, Rubén

1984. “Loma de Santa María I, Morelia, Michoacán”, tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH.

1987. “Proyecto Ixtapa-Zihuatanejo-Petatlán. Informe general, etapas I y II”, Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, México, mecanoscrito.

1996. “La cerámica arqueológica de Loma de Santa María I, Morelia”, en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (eds.), *Tiempo y territorio en arqueología. El centro-norte de México*, México, INAH (Científica, núm. 323), pp. 179-190.

• Muller, Florencia

1979. *Estudio tipológico provisional de la cerámica del Balsas medio*, México, SEP-INAH (Científica, núm. 78).

• Piña Chán, Román y Oi Kuniaki

1982. *Exploraciones arqueológicas en Tingambato, Michoacán*, México, INAH.

• Pollard, Helen, P.

1993. *Tariacuri's legacy. The prehispanic tarascan state*, Norman and London, University of Oklahoma Press.

1994. “Desarrollo del estado tarasco: excavaciones en Uricho”, *Anales del*

*Museo Michoacano*, 3a. época, núm. 5, México, INAH-UMSNH-Gobierno del Estado de Michoacán.

1995. “Estudio del surgimiento del Estado tarasco: investigaciones recientes” en E. Williams y P. Weigand (eds.), *Arqueología del Occidente y Norte de México*, México, El Colegio de Michoacán.

• Pulido Méndez, Salvador

1993. “Proyecto Carretera México-Guadalajara. Tramo Maravatío-Zapotlanejo”, Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH, mecanoscrito.

1995. “Proyecto Carretera Pátzcuaro-Uruapan”, Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH, mecanoscrito.

1997. “Proyecto arqueológico Carretera Nueva Italia-Lázaro Cárdenas”, Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH, mecanoscrito.

2000. “Proyecto arqueológico Carretera Nueva Italia-Lázaro Cárdenas. Informe final”, Archivo técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, México, INAH, mecanoscrito.

• Pulido, Salvador, Alfonso Araiza y Alfonso Grave Tirado

1995. “Carretera México-Guadalajara, tramo Maravatío-Zapotlanejo. Informe final”, Archivo técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, México, INAH, mecanoscrito.

1996. *Arqueología en el norte de Michoacán. Investigación en una carretera*, México, Dirección de Salvamento Arqueológico-ICA-ADOCSA, mecanoscrito.

• Pulido M., Salvador, J. Jorge Cabrera T. y Luis Alfonso Grave T.

1997. “Proyecto Carretera Pátzcuaro-

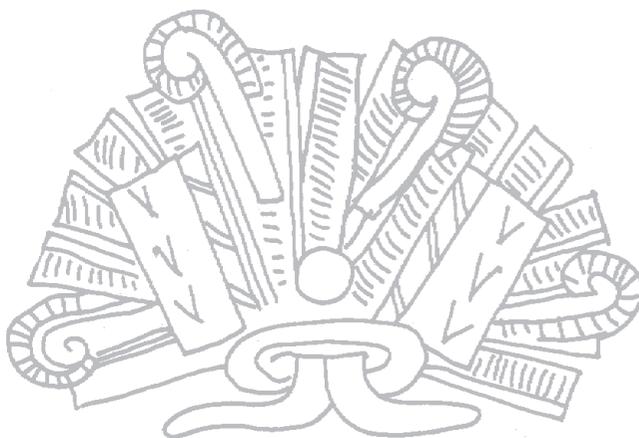
Uruapan. Informe final”, Dirección de Salvamento Arqueológico, México, INAH, mecanoescrito.

• Schöndube, Otto

1980. *Historia de Jalisco (Desde tiempos prehistóricos hasta fines del siglo XVII)*, Guadalajara, Jalisco, Gobierno de Jalisco.

• Williams, Eduardo

1993. “Historia de la arqueología en Michoacán” en María Teresa Cabrero (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, México, IIA-UNAM.



*Michael E. Smith\**

## **Comercio durante el Posclásico de la cerámica decorada: Malinalco, Toluca, Guerrero y Morelos\*\***

La abundancia y diversidad de la cerámica policroma de la región centro de México durante el Posclásico fue notable: presentaba una mayor variación de estilos y tipos cerámicos decorados que en cualquier periodo anterior. Cada zona de esta área tenía su propio estilo con adornos distintivos, grandes cantidades de esta cerámica fueron intercambiadas entre las diferentes regiones. ¿Cómo se explica la abundancia, diversidad y distribución de vasijas decoradas en el Posclásico? ¿Los estilos señalaron etnicidad? ¿Fueron mercancías utilitarias o suntuarias? ¿Se intercambiaban como regalos entre elites, o a través de las redes comerciales de mercado? En este artículo se plantean varias cuestiones y se examina la distribución de las cerámicas decoradas y el intercambio en Malinalco y Toluca, en el Estado de México, Guerrero y Morelos.

Comenzaré por describir los estilos y tipos cerámicos que pertenecieron a las regiones antes mencionadas y a otras, aunque suena como una tarea fácil, no lo es, porque los sitios y la cerámica del Posclásico están mal estudiados. A continuación describo el intercambio de estos materiales investigando los tipos regionales en los sitios fuera de su región de origen. Finalmente se discute sobre los patrones espaciales y cronológicos concluyendo con algunas interpretaciones. Probablemente las vasijas fueron intercambiadas a través de redes comerciales que no estaban bajo un control político estricto. La mayoría de las importaciones eran cajetes adornados que duplicaban la función de las vasijas locales. Por lo tanto, el volumen alto del intercambio no puede ser explicado en términos funcionales o simplemente técnicos. La gente deseaba

\* Department of Anthropology, University at Albany. Traducción de Rachel Ferrer y Michael Smith. mesmith@csc.albany.edu

\*\* Quiero agradecer a mis colegas toluquenses por las discusiones sobre la cerámica del Valle de Toluca y por mostrarme sus colecciones de los sitios mencionados en este artículo. Estos colegas son: Patricia Aguirre, Martín Antonio, Daniel Granados, María Soledad García, José Hernández, Ricardo Jaramillo, Morrison Limón, Rubén Nieto, Dan Rogers y Yoko Sugiura, a quien además le agradezco sus comentarios y sugerencias, lo mismo que a René García Castro por corregir esta versión y por sus sugerencias sobre el tema.

tener vasijas exóticas, no sólo sus tipos locales y la explicación debe hallarse en un patrón de consumo doméstico y no en la eficacia económica.

### Estilos cerámicos regionales

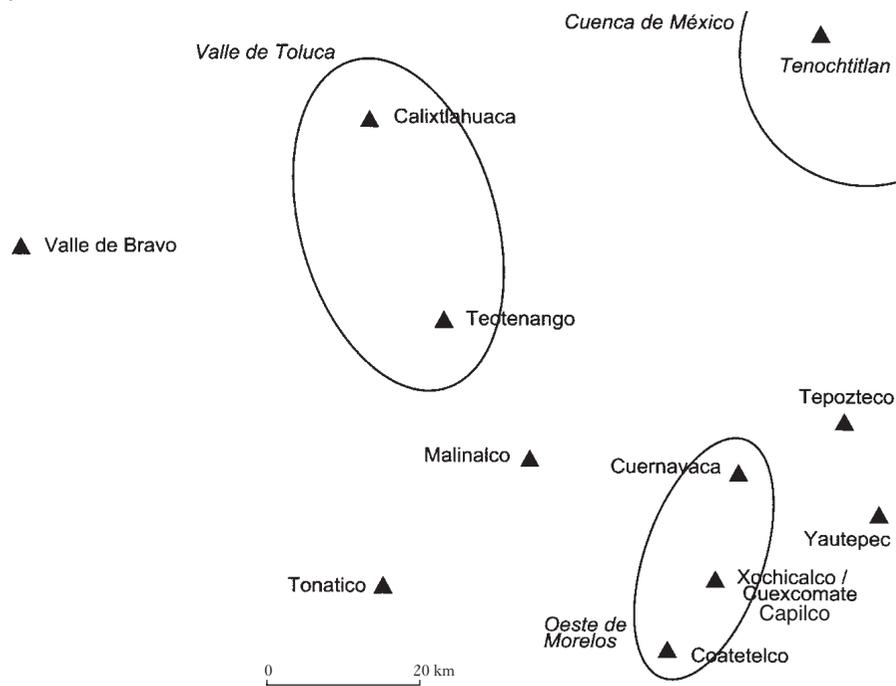
En algunas áreas, como la Cuenca de México, se cuenta con publicaciones de calidad sobre la cronología cerámica del Posclásico, mientras que para otras, como el Valle de Toluca, aunque la cerámica decorada es reconocida plenamente, faltan detalles sobre su cronología y variación regional. Finalmente, en áreas como el noreste de Guerrero, tanto la cerámica como su cronología Posclásica están mal estudiadas. Aun con estas limitantes, creo que existe suficiente información para analizar el comercio regional de la cerámica decorada durante el Posclásico medio y tardío (figs. 1 y 2).

	Periodos	Ucareo	Valle de Toluca	Malinalco	Noreste de Guerrero	Oeste de Morelos	Cuernavaca	Cuenca de México
1 500	Posclásico tardío	Acámbaro		Fase 7			Cuauh. tardío	Azteca tardío
1 450							Teopan	
1 400	Posclásico medio	Lerma D		Fase 6			Cuauh. temprano	Azteca temprano
1 350							Teopan-zolco	
1 300							Temazcalli	
1 250	Posclásico temprano	Lerma B/C		Fase 5			Tilancingo	Tolteca (Mazapan)
1 200							??	
1 150	Epiclásico						Gobernador	Coyotlatelco
1 100								
1 050								
1 000								
950								
900								
850								
		Healan y Herdz, 1999		Galván, 1984		Smith, 2002	Smith, 2002	Sanders <i>et al.</i> , 2002

● Fig. 1 Cronologías Posclásicas.

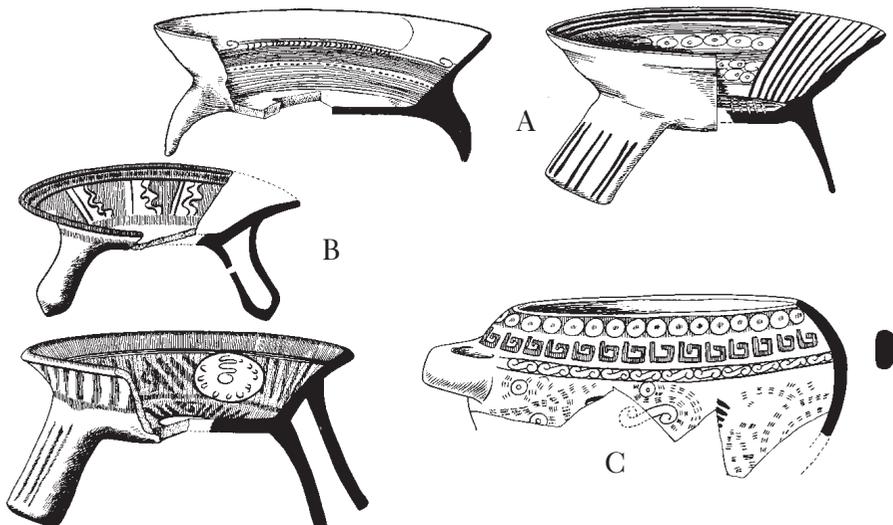
### Cuenca de México

Utilicé la cronología de Sanders *et al.* (1979), con las incorporaciones de Nichols y Charlton (1996), y Parsons *et al.* (1996), aunque desconozco los resultados cronológicos del trabajo de Raúl García Chávez. Existe un cambio considerable en las tradiciones cerámicas entre la época tolteca (Posclásico temprano) y los pe-



● Fig. 2 Mapa de las regiones y sitios discutidos en este trabajo.

riodos Posclásico medio y Posclásico tardío; la cerámica del Posclásico temprano es principalmente rojo sobre bayo, relacionada con la cerámica de la fase Tollan de Tula (Cobean, 1990); durante el Posclásico medio comienzan cuatro nuevos tipos de cerámica pintada que se continuaron hasta el Posclásico tardío (fig. 3), denominados *estilo cerámico Azteca*, sus tipos



● Fig. 3 Cerámica decorada de la Cuenca de México. Azteca III Negro/Naranja (A); Chalco policroma (B); Xochimilco policroma (C) (Séjourné, 1983).

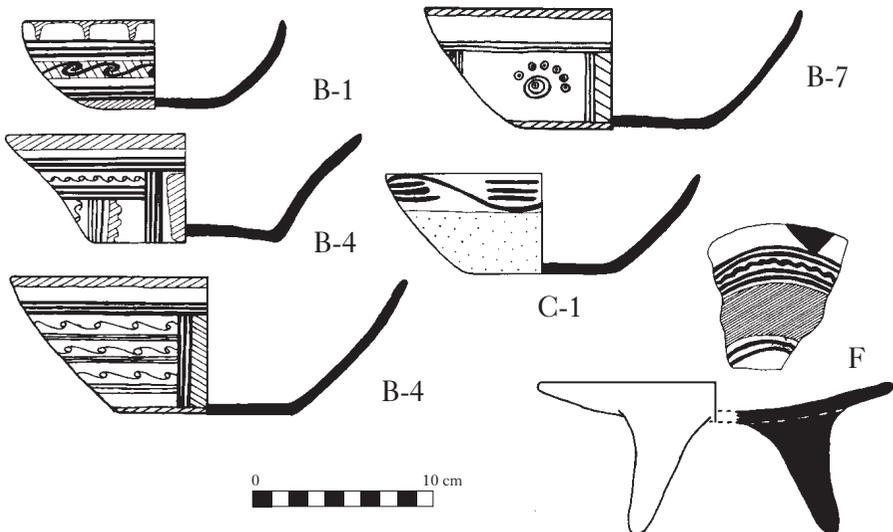
más notables son: el negro sobre naranja (Azteca I y Azteca II del Posclásico medio y Azteca III del Posclásico tardío) realizado en platos, cajetes, molcajetes, cajetes para hilar y ollas; la cerámica guinda (rojo pulido) también apareció en varias formas, siendo las más comunes cajetes, platos, jarras y copas; a veces se incluye en este grupo al impropiamente denominado Texcoco (vid infra); la cerámica Chalco policroma (negro, rojo, y/o naranja sobre blanco), del sur de la Cuenca —que se encuentra principalmente en platos y cajetes— se parece a los tipos

policromos de Cholula; el tipo Xochimilco policromo (rojo y negro sobre crema) —también del sur de la Cuenca— se plasmó en jarras y cuencos. Un tipo de exportación común, era el Texcoco monocromo con impresión textil, cuyas vasijas se utilizaron para transportar la sal (Anaya, 1995; Parsons, 1994).<sup>1</sup>

**Morelos**

Debido a que no se han excavado sitios del Posclásico temprano de Morelos, se conoce poco

sobre la cerámica. En el Posclásico medio se inició una tradición cerámica policroma con pintura en negro y rojo sobre blanco, llamada Tlahuica policroma, que presenta mucha variabilidad decorativa (fig. 4). Los



● Fig. 4 Cerámica decorada de Morelos, con los tipos indicados (Smith, 2003b).

<sup>1</sup> Ilustraciones de éstos y otros tipos posclásicos se pueden consultar en García Chávez *et al.* (1999), González Rul (1988), Noguera (1935), Séjourné (1970, 1983) y Vega Sosa (1975).

tipos del *grupo A* pertenecen al complejo cerámico Teopanzolco de Cuernavaca, mientras que los más abundantes son los del *grupo B*. El tipo B-4 es el que predominó en el poniente de Morelos (Posclásico medio y tardío) y Cuernavaca (Posclásico tardío), y el tipo B-7 predominó en Yautepec. Los del *grupo C* se encontraron en Yautepec y el oriente del estado.

La cerámica guinda abundó en sitios de Morelos, algunos de los tipos son locales y otros eran importados de la Cuenca de México.<sup>2</sup> Con base en la estratigrafía, fechas de radiocarbono y técnicas de seriación se ha logrado establecer detalladas cronologías posclásicas para varias áreas de Morelos (*cf.* Hare y Smith, 1996, Smith, 1987a y 2003b y Smith y Doershuk, 1991).

#### Valle de Toluca

En el Valle de Toluca durante el Posclásico, hubo una gran variedad de tipos cerámicos decorados; la mayoría fueron diseños policromos geométricos pintados sobre platos con soportes trípodes, cajetes y ollas. Hay decoración rojo sobre bayo, rojo sobre blanco, rojo y negro sobre blanco, blanco y negro sobre rojo y al negativo (*fig. 5*). Aunque se han publicado algunas “cronologías” para el Valle de Toluca (*cf.* García, 1941a, Vargas 1975 y Sugiura, 1998b), faltan datos concretos para apoyarlas, no hay información acerca de su distribución en depósitos estratigráficos, de sus fechas de radio-carbono, seriaciones, ni de los tipos, sus atributos, ni de los entierros. Tampoco existen otros datos que apoyen



● Fig. 5 Cerámica decorada del Valle de Toluca (Tommasi de Magrelli, 1978).

las cronologías propuestas.<sup>3</sup> Por estas razones las cronologías no son confiables, debido a esto en la figura 1 el Valle de Toluca aparece sin fases posclásicas. Sin embargo hay una gran

<sup>3</sup> Es importante enfatizar los problemas de las cronologías cerámicas posclásicas del Valle de Toluca, no para criticar a los arqueólogos sino para reconocer la necesidad de dedicar el esfuerzo al desarrollo de nuevas secuencias en esta región. La falta de notas y datos de las excavaciones de José García Payón en Calixtlahuaca (*ver* Smith *et al.* s.f.) provoca serios problemas para el entendimiento de esta importante zona posclásica. En una publicación póstuma de García Payón (1981: tablas), se presentan algunos datos cuantitativos de tipos cerámicos por pozo, pero no por nivel. Sin embargo, falta la estratigrafía y en consecuencia no es posible utilizar estos datos para propuestas cronológicas. A pesar de que se realizó un proyecto grande en Teotenango, en los años setenta (Piña Chán 1975), no queda clara la cronología de esta importante zona. Parece que la arquitectura monumental se ubica en los periodos Epiclásico y Posclásico temprano (Sugiura 1998b) y que los entierros con ofrendas eran una intrusión posterior. Vargas (1975) propuso una cronología posclásica de 3 fases (*3 viento, 4 fuego, y 5 muerte*), pero no proporciona ninguna ayuda práctica para esta secuencia. Su cronología parece estar basada en la cuestionable propuesta que los diseños más simples (por ejemplo rojo sobre bayo) deben preceder a los diseños más complejos (por ejemplo policromos). En julio de 2002 hice un estudio de todas las vasijas (casi 1 000) de los entierros de Teotenango. Aunque todavía falta un análisis completo de estos datos, parece que todas son de la misma época (Posclásico tardío), o al menos que no hay información para distinguir varias fases cronológicas en este material. Desafortunadamente, varios autores citan la “cronología” de Vargas (por ejemplo Nieto Hernández y

<sup>2</sup> Las descripciones pueden consultarse en Angulo Villaseñor y Arana Álvarez, 1988 y Smith, 2003b; s.f.

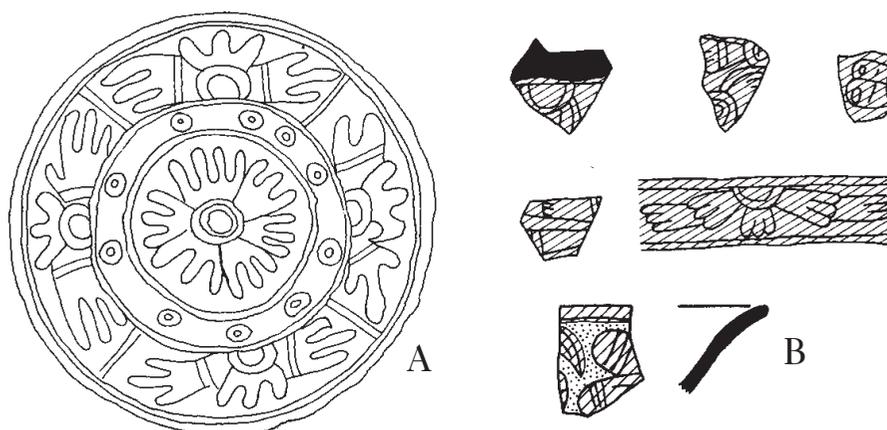
cantidad de vasijas completas en museos de México y Estados Unidos y muchas de ellas ya han sido publicadas (cf. Castillo, 1991, Smith, 2001, Sodi y Herrera, 1991, Tommasi de Magrelli, 1978, Vargas, 1975 y <http://www.albany.edu/~mesmith>).

### La frontera tarasca

En varios sitios de la frontera tarasco-mexica se encontró cerámica del Posclásico, procede de excavaciones recientes y sus interpretaciones no han sido publicadas. En San Miguel Ixtapan, se localizaron entierros posclásicos que intruyen en contextos del Epiclásico, con un tipo cerámico decorado con pintura al negativo (Rodríguez G. y García S. 1996). Reinhold (1981) publicó información acerca de vasijas posclásicas excavadas en Valle de Bravo; en las excavaciones recientes de José Hernández Rivero (1998) se localizaron otros entierros con vasijas enteras. Sugiero que el tipo Rojo inciso (fig. 6) es de la zona de Valle de Bravo, ya que parece ser más abundante en esta región que en otras.<sup>4</sup>

### Malinalco

Con base en las excavaciones estratigráficas en el pueblo de Malinalco, Luis Galván Villegas (1974/75; 1984) propuso una cronología con tres fases del Posclásico, la 5, 6, y 7. Aunque ellas están bien construidas, los datos que aparecen en los cuadros de Galván (1974/75: cuadros 1,



● Fig. 6 Cerámica Rojo inciso de Valle de Bravo. Vasija (A) (Reinhold, 1981: lám 10); tiestos de sitios en Morelos (B) (Smith, 2003b).

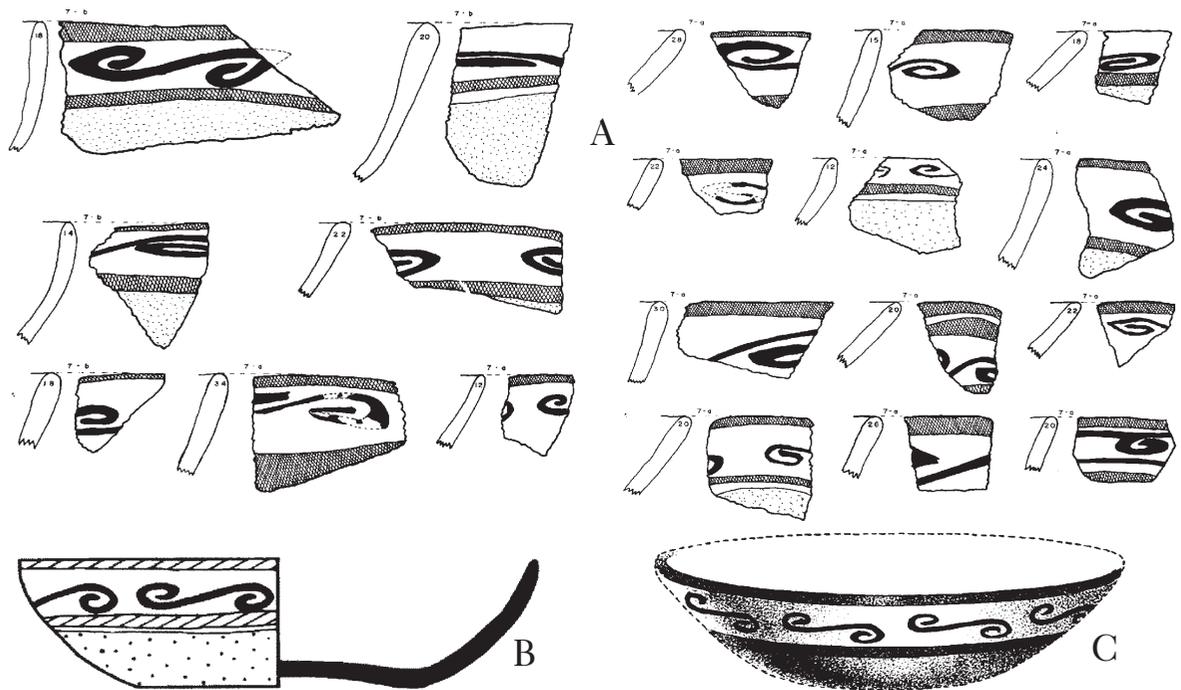
2, 3) sugieren que su ubicación cronológica es incorrecta (Fase 5: 900-1 300 d.C., Fase 6: 1 300-1 450 d.C. y Fase 7: 1 450-1 519 d.C.). En la figura 1, modificó las fechas para hacerlas corresponder al Posclásico temprano, medio, y tardío. Otro problema con la clasificación es el empleo de la denominación Tlahuica laca para el tipo cerámico decorado con más abundancia. Galván menciona que en Malinalco, estas vasijas eran importadas de Morelos, pero parece mucho más probable que este tipo, al que prefiero denominar *Malinalco policromo*, fuera un tipo local de la zona de Malinalco, donde la cerámica es decorada con más abundancia y muy raramente se presenta en Morelos y otras áreas (fig. 7: B, C). Además, no es correcto usar la palabra “laca” para esta técnica decorativa. Aunque no se ha publicado la cerámica de las excavaciones de García Payón en el recinto sagrado de Malinalco, pueden consultarse algunas figuras en Hernández Rivero (1997) y el trabajo de Jaramillo y Nieto (1998) provee de un buen resumen de la arqueología del Valle de Malinalco.

### El nordeste de Guerrero / suroeste del Estado de México

Se conoce muy poco de la arqueología de esta región, aunque en el trabajo de Arana (1990) sobre su reconocimiento en el área de Tonatico-Pilcaya se establecen algunos tipos cerámicos del Posclásico. El tipo más común presenta

Tovallín Ahumada, 1998; Sodi Miranda y Herrera Torres, 1991; Sugiura Yamamoto, 1998b), pero en mi opinión no es posible dividir la época Posclásica en el Valle de Toluca en fases cerámicas.

<sup>4</sup> La mejor descripción de la cerámica de la zona de frontera es de Hernández Rivero, 1996, se puede consultar también a Nieto Hernández y Tovallín Ahumada, 1998.

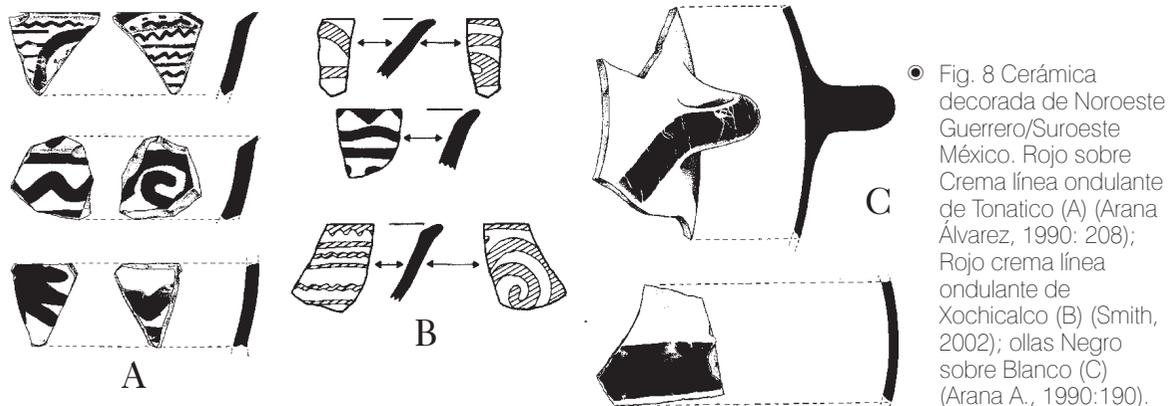


● Fig. 7 Cerámica policroma de Malinalco. Tiestos de Malinalco (A) (Galván Villegas, 1984: láms. 106, 107); vasija de Coatetelco, Morelos (B) (Smith, 2003b); vasija de Teotenango (C) (Tommasi de Magrelli, 1978: figura 21).

líneas rojas ondulantes sobre crema o blanco, denominado Guerrero ocre sobre Crema, y yo lo llamé Rojo sobre Crema línea ondulante (Smith 1983; 2003b); aparece en contextos del Posclásico temprano y medio en el poniente de Morelos. Las ollas decoradas en negro sobre blanco, son también comunes en el nordeste de Guerrero y hay tipos policromos semejantes a los del Valle de Toluca; no está claro si se trata de materiales de importación o si eran tipos locales (fig. 8) (cf. también Barlow, 1948; Lister, 1948 y Nieto y Tovalín, 1998).

#### Otros estilos regionales

Existen otros estilos regionales de cerámica decorada del Posclásico en áreas al norte y al poniente de las regiones aquí tratadas. Sin embargo no conozco ejemplos de esta cerámica, es probable que en los sitios discutidos más adelante, estuvieran presentes como objetos de importación, aunque no han sido identificados. Sin discutir aquí la cerámica del Posclásico temprano, como la de Tula (Cobean, 1990) y la de Huamango (Piña Chán, 1981) y aunque la ce-



● Fig. 8 Cerámica decorada de Noroeste Guerrero/Suroeste México. Rojo sobre Crema línea ondulante de Tonatico (A) (Arana Álvarez, 1990: 208); Rojo crema línea ondulante de Xochicalco (B) (Smith, 2002); ollas Negro sobre Blanco (C) (Arana A., 1990:190).

rámica postolteca de Tula no ha sido publicada suficientemente, se cuenta con descripciones de la cerámica Posclásica de Ucareo (Hernández, 2000 y Healan y Hernández, 1999) y de la cerámica tarasca de Tzintzuntzan (Cabrera, 1996 y Pollard *et al.*, 2001).

#### La cerámica guinda (rojo pulido)

Esta cerámica era abundante en la mayoría de las regiones del centro de México durante las fases del Posclásico medio y tardío (fig. 9). Presenta mucha variación en decoración, pasta, forma y su expresión espacial y cronológica no está bien entendida. A pesar de lo común de la denominación *Rojo Texcoco*, ésta no me parece apropiada. Se producían varios tipos de cerámica guinda en la Cuenca de México, Morelos y el Valle de Toluca, además de un intercambio considerable de estas vasijas. La cerámica guinda se presentó en algunas formas especiales como copas, jarras y vasos que probablemente eran usados en banquetes (Smith *et al.* s.f.). Es urgente hacer análisis químicos y tipológicos que abarquen todas las regiones del centro de México.

#### Sitios con cerámica importada

En esta sección se describen brevemente los sitios y regiones que proveen datos sobre la importación de cerámica del Posclásico.

#### Morelos

La información sobre los sitios de Morelos proviene de mis propios análisis y los resultados se presentarán próximamente en una monografía (Smith 2003b, en prensa), que es la fuente de los datos cuantitativos que se muestran enseguida.

*Poniente de Morelos.* Se cuenta con cuatro sitios del Posclásico en el poniente de Morelos que proveen datos cuantitativos de excavaciones de pozos estratigráficos. Raúl Arana Álvarez (1976, 1984) excavó pozos estratigráficos en Coatetelco, Kenneth Hirth (Hirth, 2000; Hirth y Cyphers, 1988) lo hizo en depósitos posclásicos de Xochicalco (Smith 2000) y yo excavé los sitios de Cuexcomate y Capilco en 1986 (Smith, 1992). Los datos aquí utilizados son de Smith (2003b) y en los cuadros y figuras, aparecen los valores promedio de los sitios.

*Cuernavaca.* En la mencionada monografía (*op. cit.*) se presentan los datos cerámicos de las excavaciones en Teopanzolco y el Palacio de Cortés de Jorge Angulo Villaseñor (1976). Teopanzolco es un sitio Posclásico medio y su complejo cerámico se denomina el complejo Teopanzolco. En las excavaciones del Palacio de Cortés se reconocieron depósitos estratigráficos de las fases Teopanzolco y Tecpan, aunque en este artículo sólo se presenta la cerámica de la fase Tecpan.

*Tepoztlan.* Los datos proceden de excavaciones en el Templo del Tepozteco y sus alrededores (Seler, 1990-98), realizadas por Angulo (Smith, 2003b). Estos contextos se ubican en el Posclásico medio, a pesar de la representación en relieve del rey mexica Ahuitzotl dentro del templo (*cf.* Smith, 2003b).



● Fig. 9 Cerámica Rojo pulido o guinda de varios sitios en Morelos (Smith, 2003b).

*Yautepec.* Los datos son de mis excavaciones de casas y basureros de las fases Posclásico medio y tardío en Yautepec en 1993 (Smith, 2003a; s.f.; Smith *et al.*, 1999).

#### Valle de Toluca

*Calixtlahuaca.* José García Payón sólo publicó breves descripciones de una pequeña cantidad de las vasijas completas de sus excavaciones (García Payón 1941a, 1941b, 1979 y Castillo Tejero, 1991). En julio de 2002 tuve oportunidad de revisarlas en el Museo de Antropología y en el Centro Cultural Mexiquense, en Toluca (Smith *et al.* s.f.). Entre las 1 266 vasijas posclásicas se encontraron importaciones de la Cuenca de México, Morelos, Malinalco, Valle de Bravo y de San Miguel Ixtapan. También hay algunas de áreas más lejanas, como la Huasteca, la Mixteca y Cholula.

*Teotenango.* Discuto principalmente las vasijas completas que proceden de entierros posclásicos excavados por Román Piña Chán y publicados por Tommasi de Magrelli (1978) y Vargas Pacheco (1975). En el 2002 también estudié esta colección y hay materiales importados de la Cuenca de México, Morelos, Malinalco y Valle de Bravo. En 1999 Martín Antonio Mondragón y María Soledad García me mostraron una colección de tipos que hicieron en Teotenango.

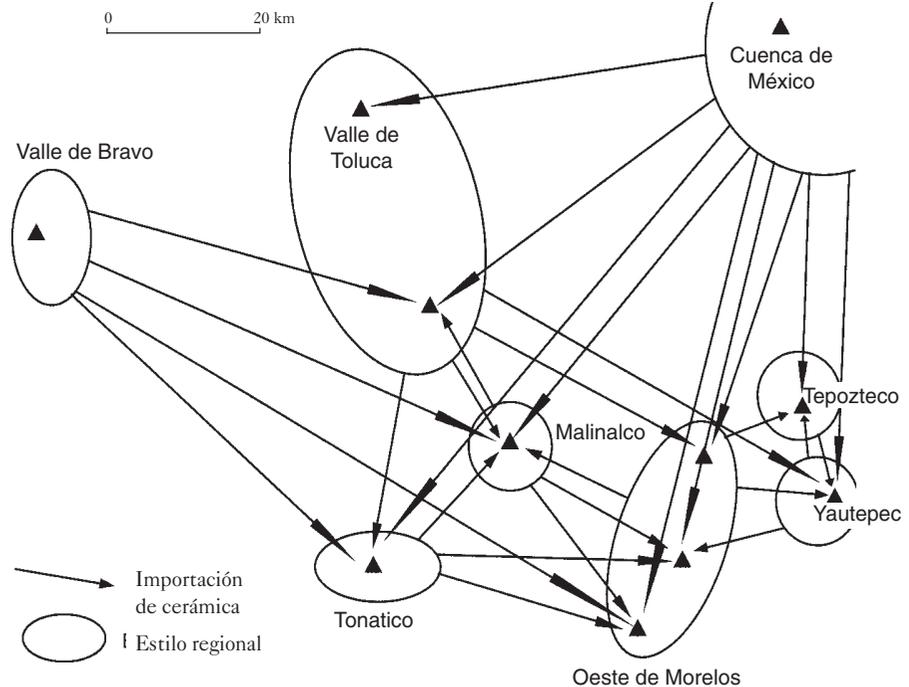
*Malinalco.* Usé los datos publicados por Galván Villegas (1974/75, 1984) de sus excavaciones estratigráficas en el pueblo de Malinalco (*vid supra*).

*Tonatico-Pilcaya.* Usé los datos publicados por Arana Álvarez (1990).

#### Los datos

#### Patrones espaciales

En la figura 10 aparece un esquema que muestra las regiones de origen de la cerámica importada a los sitios antes descritos. Los óvalos grandes representan estilos regionales y lo más destacable del diagrama es su complejidad. La cerámica de cada estilo regional se encuentra por lo menos en dos sitios distantes y la mayoría de los estilos regionales están presentes en tres o más de estos sitios. Todos ellos muestran importaciones de diversos estilos regionales, además del propio local. Aunque este mapa parece complicado, la mayoría de los datos están incompletos y es probable que si tuviéramos una mejor información, todos los estilos estarían presentes en todos los sitios. Las dos zonas “ocupadas” mayormente en el mapa —Malinalco y el racimo de sitios en Morelos occidental— contienen la más amplia variedad de importa-



● Fig. 10 Mapa esquemático de las redes comerciales indicadas por la cerámica de importación.

ciones, simplemente porque corresponden a los datos publicados más completos. La cerámica de la Cuenca de México parece encontrarse en más sitios que los otros estilos regionales, pero también, es probable un accidente de los datos. El tipo Azteca III negro sobre naranja de la Cuenca de México es una de las cerámicas más conocidas en Mesoamérica, es muy fácil de identificar en grandes colecciones y los arqueólogos lo destacan en la divulgación de sus datos. Aun estamos a la espera de un análisis más extenso de los patrones espaciales, ya que no contamos con publicaciones de calidad de más sitios con datos cuantitativos, además de que se realicen análisis químicos de los materiales de intercambio. Sin embargo, el patrón general es claro: cada región estuvo involucrada en el intercambio de vasijas con las otras regiones.

### Patrones cronológicos

Todavía no podemos establecer patrones cronológicos a escala fina, aunque idealmente quisiéramos producir mapas, como la figura 10, para cada periodo y analizar cómo los patrones cambiaron en el tiempo. En esta sección, se resumen algunos de los datos actualmente disponibles sobre patrones cronológicos. Hay dos maneras de proceder con este asunto: a través de un estudio de la presencia de tipos importados fechados adecuadamente en sitios que cuentan con una cronología detallada, o bien por medio

<i>Región de origen</i>	<i>Cuenca de México</i>	<i>Valle de Toluca</i>	<i>Malinco</i>	<i>Guerro</i>	<i>Oriente</i>	<i>Otra parte de Morelos</i>	<i>Total</i>
<i>PC temprano</i>							
Oeste	0.8	4.2		3.2			8.2
<i>PC medio</i>							
Promedio	1.2	0.3		0.3	0.5	1.8	3.5
Oeste	1.5	0.6		0.3		2.2	4.6
Cuernavaca	1.4	0.2		p	p	2.7	4.3
Tepoztlán	0.7	0.1			0.5	1.5	2.8
Yautepec	1.3	p					
<i>PC tardío-A</i>							
Promedio	2.1	0.1				0.9	3.0
Oeste	2.4	0.2				0.8	2.5
Yautepec	1.7	p				0.8	2.5
<i>PC tardío-B</i>							
Promedio	2.5	p	p			0.2	2.6
Oeste	1.4	p	p			0.2	1.6
Yautepec	1.2	p				0.1	1.3
Cuernavaca	4.9						4.9

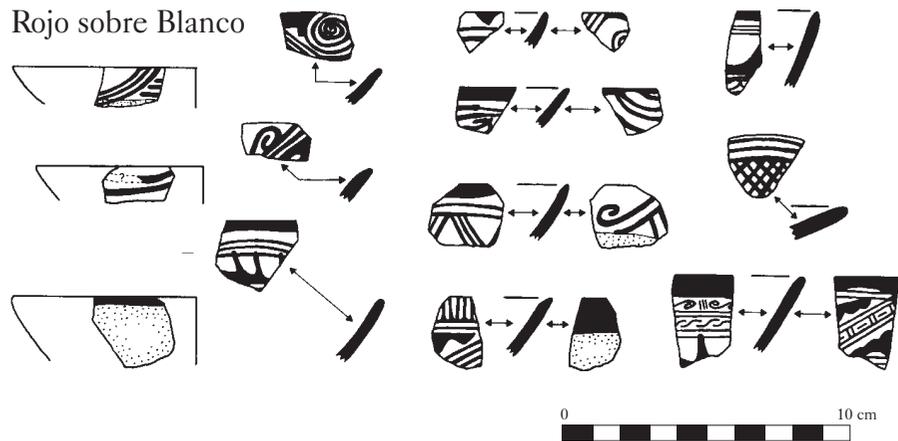
Los sitios incluidos son: Oeste, Promedio de Coatetelco, Xochicalco, Cuexcomate, Capilco; Cuernavaca: Teopanzolco (PC medio); Palacio de Cortés (PC tardío B); Tepoztlán: Templo de Tepozteco; Yautepec: excavaciones del autor; "p" indica la presencia de cerámica, huellas o en contextos no-cuantificados.

● Fig. 11 Lugares de origen de cerámica importada en sitios en Morelos (Smith, 2003b).

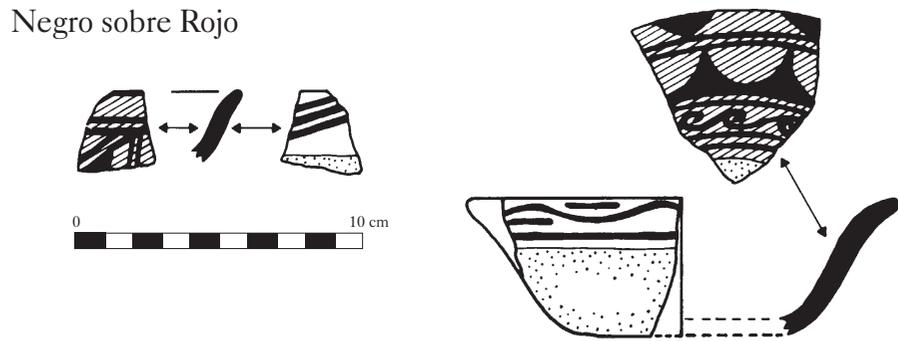
de un estudio de importaciones pobremente fechadas, en contextos fechados adecuadamente en sitios que tengan una cronología detallada. Al estar más familiarizado con la cerámica de los sitios bien fechados del Posclásico en Morelos, utilizo la segunda opción. La figura 11 resume los lugares de origen de las importaciones en los sitios del Posclásico en Morelos.

La cerámica del sur del valle de Toluca es la más abundante en los sitios del occidente de Morelos, durante los periodos Posclásico temprano y medio. Los ejemplos de los depósitos posclásicos de Xochicalco se muestran en las figuras 12 a 14. La clasificación de estos tiestos no es segura, los llamo Toluca rojo sobre blanco, y creo que proceden del sur del Valle de Toluca o del área de Tonatico o Ixtapan de la Sal. Sin embargo, faltan publicaciones adecuadas acerca de la cerámica posclásica de esta región

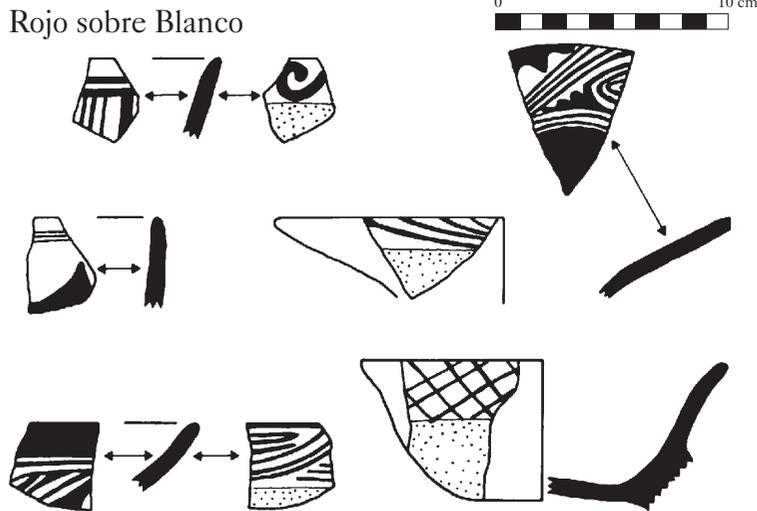
- Fig. 12 Cerámica Rojo sobre Blanco del Valle de Toluca de contextos de la fase Tilancinco en Xochicalco, Morelos (Smith, 2003b: fig. 6.1).



- Fig. 13 Cerámica Negro sobre Rojo del Valle de Toluca de contextos de la fase Tilancinco en Xochicalco, Morelos (Smith, 2003b: fig. 6.3).



- Fig. 14 Cerámica Rojo sobre Blanco del Valle de Toluca de contextos de la fase Temazcalli en Xochicalco, Morelos (Smith, 2003b: fig. 6.2).



(aparte de Teotenango). Teopanzolco tiene muchos materiales que son casi seguramente importados del valle de Toluca (fig. 15) y aparecen en el Posclásico medio. Los tipos policromos F y G en Teopanzolco (Smith, 2003b:

figura 13.9) son casi idénticos a los tipos de Teotenango (Tommasi de Magrelli, 1978), aunque no está claro si se trata de un sólo tipo o bien dos tipos regionales muy similares. Estas observaciones fueron hechas por Vaillant y Vaillant (1934), que excavaron contextos de la fase Teopanzolco en el sitio de Gualupita en Cuernavaca.

Los periodos Posclásico temprano y medio también presentan la mayoría de las importaciones de Guerrero localizadas en la parte occidental de Morelos; la figura 8B muestra algunos ejemplos de Xochicalco. La guinda incisa, probablemente del área de Valle de Bravo, aparece en Morelos en el Posclásico medio en Xochicalco (fase Temazcalli) y en el Tepozteco (fig. 6B). En Morelos, los periodos Posclásico temprano y medio tienen más cerámica importada

de una gama de áreas más amplia, que el periodo Posclásico tardío (fig. 11).

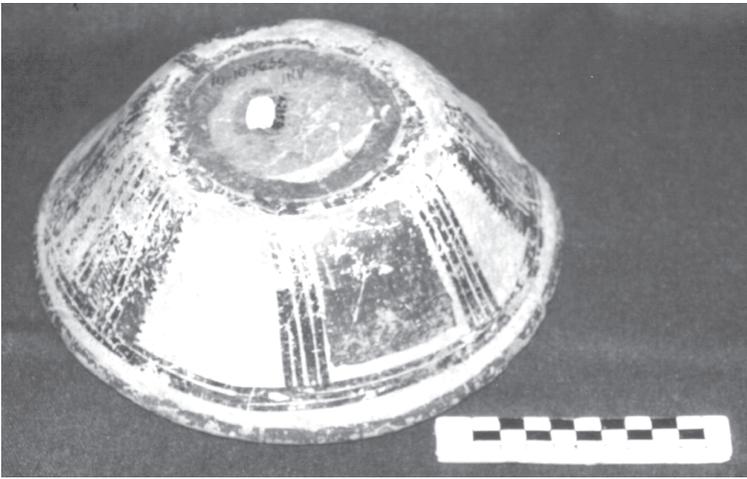
Los tipos policromos más comunes del oeste y noroeste de Morelos son el B-4 e "I". El tipo B-4 comenzó durante el Posclásico medio en el occidente de Morelos y después llegó a ser el más común del Posclásico tardío en el occidente y en el área de Cuernavaca. Una vasija entera del tipo B-4 fue excavada por García Payón en Calixtlahuaca (fig. 16), Galván Villegas (1984, lám. 109) ilustró un tepalcate en Malinalco y hay otros ejemplos en colecciones del tipo de Teotenango. El tipo "I" es raro y apareció en el Posclásico tardío B en el occidente de Morelos. En Morelos, es el tipo más similar a la cerámica policroma de Malinalco.

La figura 17 es una gráfica de cambios temporales en los orígenes de la cerámica importada en Malinalco y el occidente de Morelos. Ambas áreas muestran el mismo patrón: entre el Posclásico temprano y tardío, declina la frecuencia de las importaciones del valle de Toluca, mientras que aumenta la de las cerámicas de la Cuenca de México. Parece que hubo una reorientación general en el intercambio de cerámica en esta área, sustituyendo gradualmente con los recipientes de cerámica decorada de la Cuenca de México a los de Toluca, como el estilo de cerámica importada más común en estos sitios. Deseo enfatizar

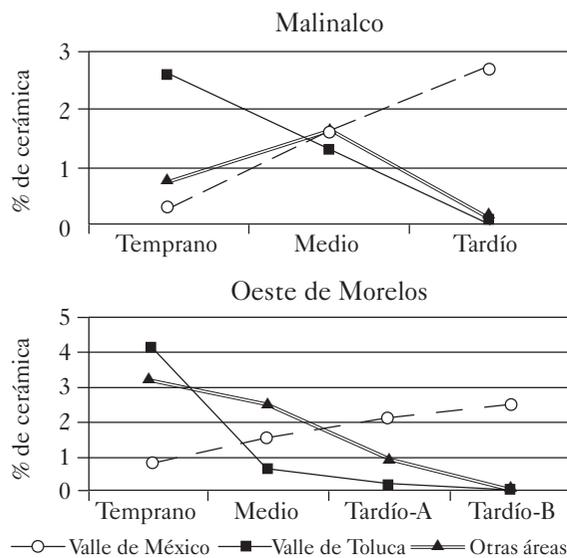


● Fig. 15 Cerámica del Valle de Toluca de Teopanzolco, Morelos (foto de M.E. Smith).

que el aumento de cerámica de la Cuenca de México no estuvo relacionado con el incremento del poderío de la Triple Alianza. El imperio que surgió en 1428 (Carrasco, 1996, Berdan *et al.*, 1996) estaba cerca de la transición entre los periodos del Posclásico tardío A y B. La cerámica Azteca, incluyendo la Azteca III negro sobre naranja, era ya importada en los sitios de Morelos, en el periodo Posclásico tardío A. Por lo tanto, el imperialismo mexica no puede ser



● Fig. 16 Cajete policromo tlahuica (tipo B4) de Morelos excavado en Calixtlahuaca por García Rayón (foto de M.E. Smith; procede del Museo de Antropología, Instituto Mexiquense de Cultura. Reproducido con autorización).



● Fig. 17 Cambios en las áreas de origen de la cerámica importada en el Posclásico. Malinalco (Galván Villegas, 1974/75) y oeste de Morelos (Smith, 2003b).

responsabilizado del proceso principal que condujo al aumento del intercambio de las importaciones de la Cuenca de México.

## Interpretaciones

### Una economía comercial

Mi interpretación es que el alto nivel del intercambio de cerámica fue resultado de la actividad comercial que involucraba a comerciantes y mercados. La presencia de grandes cantidades de importaciones de diversas áreas, en la mayoría de los sitios, concuerda con la operación de un sistema de intercambio comercial. La evidencia etnohistórica y arqueológica sugiere que el intercambio comercial proporciona una explicación más plausible para los patrones demostrados en la figura 10, que otros procesos alternativos (por ejemplo, regalos entre elites, regalos entre la gente común, distribución controlada por los líderes del Estado, etcétera). Las referencias históricas proveen de evidencia amplia para denotar la importancia de los mercados, de comerciantes profesionales y de la moneda en la economía del México central en el Posclásico tardío (Rojas, 1998; Smith, 1996; Smith y Berdan,

2002). Las vasijas están presentes en las listas de las mercancías ofrecidas para la venta en los distintos mercados.

La evidencia arqueológica del intercambio comercial es generalmente indirecta, porque raramente se encuentran los contextos de mercado. Hirth (1998) propuso un método para identificar el intercambio comercial basado en la presencia de mercancías importadas y valiosas en contextos domésticos, y yo propuse —como modificación de su método (Smith, 1999)— que en economías comerciales muchas mercancías valiosas se ofrecen en venta en los mercados, donde son adquiridas tanto por elites como por el público común. Por lo tanto, cuando encontramos mercancías de lujo importadas y locales en contextos de la elite y en contextos comunes, es probable que el intercambio comercial en mercados fuera un tipo importante de distribución. En contraste, cuando el intercambio (y la producción) de mercancías lujosas es controlado por el Estado (e.g., la economía del imperio inca) o por los individuos de gran prestigio (como en cacicazgos y algunos estados), los arqueólogos encontrarán las mercancías más valiosas solamente en contextos de elites. En las estructuras domésticas del Posclásico de Morelos, he localizado piedra verde, cristal de roca y cobre, tanto en casas comunes como en las de elites (Smith, 1999).

En términos de esta discusión, en Cuexcomate y Yautepec, los tepalcates importados aparecieron en contextos domésticos de elite y comunes. Las importaciones también son abundantes en otros sitios, donde los contextos domésticos no pueden ser comparados. Esta distribución, aunada a la alta frecuencia de la cerámica importada, señala firmemente al intercambio comercial como el mecanismo primario para el movimiento de recipientes de cerámica entre las regiones.

### La etnicidad

Muchos arqueólogos han sugerido que hay una relación entre la pertenencia étnica y los esti-

los de cerámica en el periodo Posclásico (Noguera, 1975; Piña Chán, 1981; Smith, 1984; Sugiura, 1998a, 1998b y Sugiura, *et al.*, 2001), si éste es el caso, entonces la identidad y dinámica étnica pudieron haber influido en los patrones antes descritos. Desafortunadamente, la pertenencia étnica es muy difícil de estudiar a través de datos arqueológicos y para gran parte de las regiones de nuestro interés, hay escasa información para tratar este problema. Surgen dos obstáculos importantes al tratar de relacionar la pertenencia étnica con datos arqueológicos. En el primero, aún no podemos determinar si la etnicidad se expresa en objetos materiales. En algunas sociedades multiétnicas, los objetos materiales distinguen a los diferentes grupos. Se presenta un patrón cuando los miembros de un grupo específico señalan deliberadamente su pertenencia étnica usando la ropa u objetos adornados con distintivos en eventos públicos. En otros casos, hay grupos que no exhiben deliberadamente su pertenencia étnica, pero expresan distinciones a partir de objetos materiales involucrados en diversas costumbres como en la preparación de alimentos o en otras actividades domésticas. Por otra parte, en muchas sociedades los grupos étnicos no tienen ningún indicador material claro y la variación en productos materiales de la cultura se debe a otras fuerzas. Desafortunadamente para los arqueólogos, no sabemos qué circunstancias determinan —en una sociedad— manifestaciones de etnicidad a través de objetos materiales. Sin ese conocimiento, no se puede predecir si la variación en estilos de cerámica, de la casa, o cualquiera otra categoría material se deba a diferencias étnicas o a otros factores.

El segundo obstáculo importante para estudiar la pertenencia étnica en el expediente arqueológico, es que los arqueólogos han confiado en presunciones simples que a menudo son cuestionadas por estudios etnográficos. Una de estas presunciones es que todos los miembros de un grupo étnico utilizaron los mismos tipos y estilos de objetos materiales. Sin embargo, los datos etnográficos sobre la variación cultural

dentro de grupos étnicos y sobre los estilos que son compartidos por los miembros de grupos étnicos que las diferencian lo contradicen. Otra presunción problemática es que los grupos étnicos permanecen en la misma locación por largos periodos de tiempo, interrumpidos solamente por migraciones masivas a otras áreas. Una presunción más, poco realista, es que por largos periodos, los grupos étnicos no cambiaron su uso de los tipos cerámicos y de los estilos particulares del artefacto. Todos estos supuestos son contraídos por la evidencia abundante de muchas áreas del mundo (e.g., Emberling, 1997; Jones, 1997; Wells, 2001).<sup>5</sup>

Aunque es difícil o aun imposible estudiar pertenencia étnica con solo los datos arqueológicos, para la época de la Conquista es posible comparar las distribuciones espaciales de artefactos con datos documentales y lingüísticos sobre las localizaciones de grupos étnicos. En 1984, propuse que cuando los nómadas de lengua náhuatl de Aztlán se instalaron en diversas regiones del centro de México, pronto se conformaron en grupos étnicos separados y utilizaron un estilo común de la cerámica decorada (Smith, 1984). Mi hipótesis era que el grupo mexica y otros grupos de habla náhuatl en la Cuenca de México usaban cerámica del estilo Azteca (*vid supra*); el tlahuica de Morelos usaba el policromo que llamo *Tlahuica*; el malinalca utilizó el estilo policromo de Malinalco y el tlaxcalteca, cholulteca y otros grupos nahuas de Puebla y Tlaxcala también tenían estilos distintivos de cerámica policroma. Al continuar la investigación, encontré evidencia que apoyó esta

<sup>5</sup> Los arqueólogos han discutido extensivamente el grado al cual se asocian la lengua, los genes y la cultura material en un cierto plazo. Los que adoptan el supuesto modelo genético discuten eso en muchas áreas, incluyendo partes de Mesoamérica y si estas características eran estables por los períodos largos (Hernández Reyes, 2002; Marcus, 1983; Renfrew, 1992; Vogt, 1964). Esto permitiría que los arqueólogos remontaran grupos étnicos o lingüísticos muchos siglos en el pasado. Otros eruditos apoyan el modelo del etnogénesis (Jones, 1997; Moore, 1994; Terrell, 2001). Este modelo discute que la variación en idiomas, genes y cultura material será generalmente independiente, y la cultura material se puede utilizar así raramente para estudiar a grupos lingüísticos o étnicos en el pasado distante.

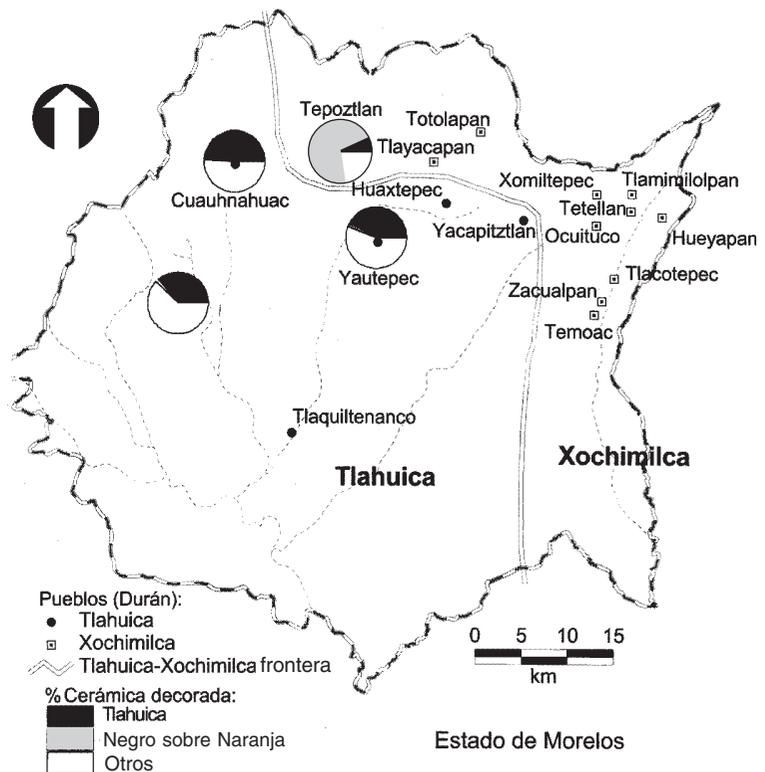
hipótesis para Morelos (fig.18). La distribución espacial de sitios donde domina el estilo policromo Tlahuica corresponde con los pueblos fundados por los tlahuica (Durán, 1967: t.2, 22-23), mientras que los sitios en el área fundados por la gente xochimilca tenía muy poca cerámica policroma Tlahuica.

El Valle de Toluca era mucho más complejo que Morelos en su composición lingüística y étnica, durante el Posclásico tardío. Aunque se han publicado algunas reconstrucciones de esta variabilidad (García, 1999; 2000; Herrejón, 1978; Quezada, 1972; 1998), no está claro cómo las distribuciones del decimosexto siglo se pueden proyectar hacia el pasado. Varios investigadores han sugerido que cada grupo lingüístico utilizó un estilo de cerámica distinto (por ejemplo Jaramillo y Nieto, 1998; Nieto y Tovalín, 1998; Piña Chán, 1981; Sugiura, 1991, 1998a, 1998b; Sugiura, *et al.*, 2001). Para Sugiura (*op. cit.*) los matlatzinca pudieron haber utilizado varios de los tipos policromos del Valle de Toluca mientras que los de lengua otomí —al norte y al este del Valle de Toluca— otras clases de cerámica. También propone una asociación entre los grupos distintos y patrones de la arquitectura y los patrones de asentamiento. Aunque es una hipótesis razonable, en mi opinión las distribuciones de cerámica no son suficientes para probar esta idea.

### El consumo

La pregunta difícil, que está planteada por los datos en este trabajo es: ¿por qué había tanto intercambio de cerámica entre las regiones? Aunque no puedo expresarlo en términos cuantitativos, me parece que el nivel del intercambio de cerámica que he descrito rebasa el de otras regiones y periodos en Mesoamérica.

Algunos arqueólogos han acentuado las limitaciones económicas del transporte y sugieren que en la mayoría de los periodos el intercambio de recipientes de cerámica fue practicado escasamente (Drennan, 1984; Rojas, 1986; Sanders y Santley, 1983), pero en el centro de México durante el Posclásico, el intercambio era mayor y extenso. La explicación se debe basar en un análisis del consumo a nivel doméstico. Las vasijas de cerámica decorada eran artículos de comercio, compradas en mercados, y probablemente en muchos mercados había comerciantes que vendían vasijas de diversas áreas. Los consumidores tenían opciones de compra y parece que la mayoría de las casas individuales compraban recipientes de su propio estilo regional y de uno o más estilos extranjeros. Aunque no puedo ofrecer una explicación, sugeriré algunas pistas para la pregunta planteada: las aplicaciones o las funciones de los recipientes, el contexto social, su uso, su abundancia y valor.



● Fig. 18 La etnicidad y los estilos en Morelos. Distribución de los pueblos fundados por los tlahuicas y los xochimilcas (Durán, 1967, t. 2: 22-23), y porcentajes de estilos cerámicos (Planos de Smith, 2003b).

Al estudiar la cerámica desde la perspectiva del consumo, la primera pregunta es ¿para qué se usaron los recipientes? La mayoría de la cerámica decorada en estas áreas fue utilizada para servir el alimento y la bebida. Las formas dominantes de los recipientes eran el cajete simple y el plato trípode, usados para servir alimentos. Jarras pintadas —probablemente para almacenar agua o bebidas especiales como cacao o pulque— aparecen con menor frecuencia en la mayoría de los estilos regionales. Las jarras son formas comunes del tipo guinda (fig. 9) y en algunas regiones las copas también son abundantes; además, estas formas se presentan en el estilo policromo de Toluca (fig. 5). Las aplicaciones de recipientes de cerámica son un asunto importante que necesita más investigación (algunas hipótesis se presentan en Smith, s.f. y Smith, *et al.* s.f.).

En muchas sociedades los recipientes que se usaban para el alimento y las bebidas —especialmente para los visitantes de la casa— eran más decorados y más costosos que otras categorías de recipientes o vasijas (Smith, 1987b). Los anfitriones los utilizaban para mostrar a sus huéspedes su estado social, identidad étnica y otras condiciones sociales (Appadurai, 1986; Douglas e Isherwood, 1979); este uso social fue especialmente notable en banquetes domésticos (Dietler y Hayden, 2001; Smith, *et al.* s.f.). El uso de los recipientes de cerámica decorada para comunicar sentido étnico e identidad es evidente en esta perspectiva, pero ¿por qué la gente deseaba tener recipientes decorados extranjeros? Esta pregunta sigue sin respuesta.

También se relaciona el hecho de que los recipientes de cerámica importados eran probable-

mente artículos de comercio, y no de regalo. Aunque pudieron ser costosos, comparados con los recipientes locales, hay varias razones para pensar que no eran mercancías de lujo (Appadurai, 1986; Douglas e Isherwood, 1979): 1) los recipientes importados no se limitaron a contextos de elite, 2) su decoración era de tipo geométrico y no manifiesta una iconografía compleja, 3) fueron utilizados en actividades domésticas básicas.

## Conclusiones

Debo admitir que no puedo contestar la pregunta planteada anteriormente: ¿por qué había un intercambio intenso de cerámica entre las regiones? El sistema de intercambio comercial, basado en los mercados, proporcionó los medios del intercambio, pero no las razones de él. La explicación debe basarse en el patrón del consumo doméstico. Sin embargo, antes de que pueda ser contestada, se requiere de los avances siguientes:

- 1) Son necesarias una serie de investigaciones empíricas: excavaciones, construcciones cronológicas, clasificaciones cerámicas y análisis químicos de los artefactos intercambiados.
- 2) Son necesarios avances metodológicos y conceptuales para proporcionar una mejor identificación arqueológica de los procesos sociales, de las aplicaciones y de los contextos sociales en que están presentes las vasijas, para poder determinar la naturaleza de los sistemas de cambio. Espero que el presente trabajo contribuya en ambos sentidos.

# b i b l i o g r a f í a

- Anaya Rodríguez, Edgar  
1995. "La industria de la sal de tierra en el Valle de México: Un método prehispánico a punto de desaparecer", en Juan Carlos Reyes G. (ed.), *La sal en México*, Colima, Universidad de Colima, pp. 223-248.
- Angulo Villaseñor, Jorge  
1976. "Teopanzolco y Cuauhnahuac, Morelos", en Román Piña Chán (ed.), *Los señoríos y estados militaristas*, México, INAH, pp. 183-208.
- Angulo Villaseñor, Jorge y Raúl M. Arana Álvarez  
1988. "La cerámica de los tlahuica", en Mari Carmen Serra Puche y Carlos Navarrete Cáceres (eds.), *Ensayos de alfarería prehispánica e histórica de Mesoamérica: homenaje a Eduardo Noguera Auza*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 343-385.
- Appadurai, Arjun  
1986. "Introduction: Commodities and the Politics of Value", en Arjun Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, New York, Cambridge University Press, pp. 3-63.
- Arana Álvarez, Raúl M.  
1976. *Trabajos efectuados en Coatetelco*.  
1984. "El juego de pelota en Coatetelco, Morelos", en *Investigaciones recientes en el área maya, XVII Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología*, vol. 4, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 191-204.  
1990. *Proyecto Coatlán, área Tonatico-Pilcaya*, México, INAH (Científica, núm. 200).
- Barlow, Robert H.  
1948. "Tres complejos de cerámica del norte del Río Balsas", en *El Occidente de México. IV Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología*, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 91-93.
- Berdan, Frances F., Richard E. Blanton, Elizabeth H. Boone, Mary G. Hodge, Michael E. Smith y Emily Umberger  
1996. *Aztec imperial strategies*, Washington, DC, Dumbarton Oaks.
- Cabrera Castro, Rubén  
1996. "Cerámica suntuaria de Tzintzuntzan, Michoacán", en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (eds.), *Tiempo y territorio en la arqueología: El centro norte de México*, México, INAH (Científica, núm. 323), pp. 37-58.
- Carrasco, Pedro  
1996. *Estructura político-territorial del imperio tenochca: La triple alianza de Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan*, México, Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México.
- Castillo Tejero, Noemí  
1991. "La cerámica policroma Matlatzinca del viejo museo de Toluca", en *Homenaje a Julio César Olivé Negrete*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 297-324.
- Chacón Guerrero, Josefina del Carmen, Hans Martz de la Vega y Miguel Pérez Negrete s.f. "La cerámica en el suroeste del estado de México durante el postclásico (900-1521 d.n.e.)", en B. Leonor Merino Carrión y Angel García Cook(eds.), *La producción alfarera en el México antiguo*, México, INAH, en prensa.
- Cobeau, Robert H.  
1990. *La cerámica de Tula, Hidalgo*, México, INAH (Científica, núm. 215).
- Dietler, Michael y Brian Hayden (eds.)  
2001. *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*, Washington, DC, Smithsonian Institution Press.
- Douglas, Mary y Baron Isherwood  
1979. *The World of Goods: Toward an*

*Anthropology of Consumption*, New York, Basic Books.

• Drennan, Robert D.

1984. "Long-Distance Movement of Goods in the Mesoamerican Formative and Classic", *American Antiquity*, núm. 49, pp. 27-43.

• Durán, fray Diego

1967. *Historia de las Indias de Nueva España*, Ángel M. Garibay K. (traduc.), 2 vols., México, Porrúa.

• Emberling, Geoff

1997. "Ethnicity in Complex Societies: Archaeological Perspectives", *Journal of Archaeological Research*, núm. 5, pp. 295-344.

• Galván Villegas, Luis Javier

1974/75. "La arqueología del Valle de Malinalco", tesis de licenciatura en Arqueología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

1984. *Aspectos generales de la arqueología de Malinalco, estado de México*, México, INAH (Científica, núm. 137).

• García Castro, René

1999. *Indios, territorio y poder en la provincia matlatzincas: la negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVII*, México, CIESAS, INAH, El Colegio Mexiquense.

2000. "Los grupos indígenas del valle de Toluca", *Arqueología Mexicana*, 8(43), pp. 50-55.

• García Chávez, Raúl, José Francisco Hinojosa Hinojosa y Alma Martínez Dávila

1999. "La cerámica prehispánica de Tenochtitlan", en Eduardo Matos Moctezuma (ed.), *Excavaciones en la Catedral y el Sagrario Metropolitanos: programa de arqueología urbana*, México, INAH, pp. 69-85.

• García Payón, José

1941a. "La cerámica del Valle de

Toluca", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, núm. 5, pp. 209-238.

1941b. "Manera de disponer de los muertos entre los matlatzincas del Valle de Toluca", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, núm. 5, pp. 64-78.

1947. "Los monumentos arqueológicos de Malinalco", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 8(1), pp. 5-63.

1979. *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los matlatzincas: etnología y arqueología (textos de la segunda parte)* en Wanda Tommasi de Magrelli y Leonardo Manrique Castañeda (eds.), Estado de México, Gobierno del Estado (Biblioteca Enciclopédica del Estado de México 31).

1981. *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los matlatzincas: etnología y arqueología (tablas, planos e ilustraciones de la segunda parte)*, Wanda Tommasi de Magrelli y Leonardo Manrique Castañeda (eds.), Estado de México, Gobierno del Estado (Biblioteca Enciclopédica del Estado de México 31).

• González Rul, Francisco

1988. *La cerámica en Tlatelolco*, México, INAH (Científica, núm. 172).

• Hare, Timothy S. y Michael E. Smith

1996. "A New Postclassic Chronology for Yautepec, Morelos", *Ancient Mesoamerica*, núm. 7, pp. 281-297.

• Healan, Dan M. y Christine E. Hernández

1999. "Asentamiento prehispánico y cronología cerámica en el noreste de Michoacán", en Eduardo Williams y Phil C. Weigand (eds.), *Arqueología y Etnohistoria: La Región del Lerma*, México, El Colegio de Michoacán, pp. 133-156.

• Hernández, Christine E.

2000. "A History of Prehispanic Ceramics, Interaction, and Frontier Development in the Ucareo-

Zinapécuaro Obsidian Source Area, Michoacan, Mexico”, tesis doctoral, Dpto. of Anthropology, Tulane University.

• Hernández Reyes, Carlos

2002. “El preclásico superior en Hidalgo y una hipótesis sobre la cerámica otomí temprana y la coyotlatelco”, en E. Fernando Nava L. (eds.), *Otopames: memoria del primer coloquio, Querétaro, 1995*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, pp. 155-166.

• Hernández Rivero, José

1996. “Materiales cerámicos en frontera: cerámica tarasca y cerámica azteco-chontal”, en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (ed.), *Tiempo y territorio en arqueología: el centro norte de México*, México, INAH (Científica, núm. 323), pp. 59-76.

1997. *Ideología y práctica militar mexicana: el cuauhcalli de Malinalco*, México, D.F., Publicación particular.

1998. “Trabajos de salvamento arqueológico en ‘La Peña’, Valle de Bravo, México: resultados preliminares”, Ponencia presentada en el Segundo Coloquio de Antropología del Estado de México (Valle de Bravo), mecanoescrito.

• Herrejón Peredo, Carlos

1978. “La pugna entre mexicas y tarascos”, *Cuadernos de Historia (Toluca)*, núm. 1, pp. 11-47.

• Hirth, Kenneth G.

1998. “The Distributional Approach: A New Way to Identify Marketplace Exchange in the Archaeological Record”, *Current Anthropology*, núm. 39, pp. 451-476.

2000. *Archaeological Research at Xochicalco, Volume 1, Ancient Urbanism at Xochicalco: The Evolution and Organization of a Pre-Hispanic Society. Volume 2, The Xochicalco Mapping Project*, Salt Lake City, University of Utah Press.

• Hirth, Kenneth G. y Ann Cyphers Guillén  
1988. *Tiempo y asentamiento en Xochicalco*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

• Jaramillo Luque, Ricardo  
y Rubén Nieto Hernández

1998. “Valle de Malinalco”, en Yoko Sugiura Yamamoto (ed.), *Historia general del Estado de México, vol. 1: geografía y arqueología*, México, Gobierno del Estado de México y El Colegio Mexiquense, pp. 95-117.

• Jones, Siân

1997. *The Archaeology of Ethnicity: Constructing Identities in the Past and Present*, New York, Routledge.

• Lister, Robert H.

1948. “An Archaeological Survey of the Regional About Tloloapan, Guerrero”, en *El Occidente de México. IV Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 107-122.

• Marcus, Joyce

1983. “The Genetic Model and the Linguistic Divergence of the Otomangueans”, en Kent V. Flannery y Joyce Marcus (eds.), *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*, New York, Academic Press, pp. 4-9.

• Moore, John H.

1994. “Ethnogenetic Theory”, *National Geographic Research and Exploration*, núm. 10, pp. 10-23.

• Nichols, Deborah L. y Thomas H. Charlton

1996. “The Postclassic Occupation at Otumba: A Chronological Assessment”, *Ancient Mesoamerica*, núm. 7, pp. 231-244.

• Nieto Hernández, Rubén  
y Alejandro Tovaín Ahumada

1998. “Historia prehispánica del sur del Estado de México”, en Yoko Sugiura

Yamamoto (ed.), *Historia general del Estado de México, vol. 1: geografía y arqueología*, México, Gobierno del Estado de México y El Colegio Mexiquense, pp. 119-144.

• Noguera, Eduardo

1935. "La cerámica de Tenayuca y las excavaciones estratigráficas", en Eduardo Noguera (ed.), *Tenayuca: estudio arqueológico de la pirámide de este lugar*, Museo Nacional de Arqueología, Historia, y Etnografía, pp. 141-201.

1975. *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*, México, INAH, 2a ed.

• Parsons, Jeffrey R.

1994. "Late Postclassic Salt Production and Consumption in the Valley of Mexico: Some Insights from Nexquipayac", en Mary G. Hodge y Michael E. Smith (eds.), *Economies and Politics in the Aztec Realm*, Albany, Institute for Mesoamerican Studies, pp. 257-290.

• Parsons, Jeffrey R., Elizabeth Brumfiel y Mary Hodge

1996. "Developmental Implications of Earlier Dates for Early Aztec in the Basin of Mexico", *Ancient Mesoamerica*, núm. 7, pp. 217-230.

• Piña Chán, Román (ed.)

1975. *Teotenango, el antiguo lugar de la muralla: Memoria de las excavaciones arqueológicas*, 2 vols., México, Gobierno del Estado de México, Dirección de Turismo.

1981. *Investigaciones sobre Huamango y región vecina (Memoria del Proyecto)*, 2 vols., México, Dirección de Turismo del Gobierno del Estado de México.

• Pollard, Helen P., Amy Hirshman, Hector Neff y Michael D. Glascock

2001. "Las elites, el intercambio de bienes y el surgimiento del área nuclear

tarasca: Análisis de la cerámica de la cuenca de Pátzcuaro", en Eduardo Williams y Phil C. Weigand (eds.), *Estudios cerámicos en el occidente y norte de México*, México, El Colegio de Michoacán y Instituto Michoacano de Cultura, pp. 289-309.

• Quezada Ramírez, María Noemí

1972. *Las matlatzincas: época prehispánica y época colonial hasta 1650*, México, INAH (Investigaciones, núm. 22).

1998. "Movimientos de población en el área matlatzincas durante la época prehispánica", *Estudios de Cultura Otopame*, núm. 1, pp. 165-186.

• Quiñones Keber, Eloise

1995. *Codex Telleriano-Remensis: Ritual, Divination, and History in a Pictorial Aztec Manuscript*, Texas, Austin University of Texas Press.

• Reinhold, Manfred

1981. *Arqueología de Valle de Bravo, México*, Estado de México, Gobierno del Estado (Biblioteca Enciclopédica del Estado de México).

• Renfrew, Colin

1992. "Archaeology, Genetics, and Linguistic Diversity", *Man*, núm. 27, pp. 445-478.

• Rodríguez G., Norma L. y María Soledad García S.

1996. "La Cerámica de San Miguel Ixtapan", *Expresión Antropológica*, núms. 1-2, pp. 45-54.

• Rojas, José Luis de

1986. "El transporte de larga distancia en Mesoamérica: comentarios a R. D. Drennan", *Revista Española de Antropología Americana*, núm. 16, pp. 9-18.

1998. *La moneda indígena y sus usos en la Nueva España en el siglo XVI*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

- Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley  
1979. *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, New York, Academic Press.
- Sanders, William T. y Robert S. Santley  
1983. "A Tale of Three Cities: Energetics and Urbanization in Pre-Hispanic Central Mexico", en Evon Z. Vogt y Richard Leventhal (eds.), *Prehistoric Settlement Patterns: Essays in Honor of Gordon R. Willey*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 243-291.
- Séjourné, Laurette  
1970. *Arqueología del Valle de México, I: Culhuacan*, México, INAH.
- 1983. *Arqueología e historia del Valle de México: de Xochimilco a Amecameca*, México, Siglo XXI Editores.
- Seler, Eduard  
1990-98. "The Wall Sculptures in the Temple of the Pulque God at Tepoztlan", en *Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*, Culver City, vol. 4, Labyrinthos, pp. 266-280.
- Smith, Michael E.  
1983. "Postclassic Culture Change in Western Morelos, Mexico: The Development and Correlation of Archaeological and Ethnohistorical Chronologies", tesis de doctorado, Departamento de Antropología, University of Illinois.
- 1984. "The Aztlan Migrations of the Nahuatl Chronicles: Myth or History?", *Ethnohistory*, núm. 31, pp. 153-186.
- 1987a. "The Expansion of the Aztec Empire: A Case Study in the Correlation of Diachronic Archaeological and Ethnohistorical Data", *American Antiquity*, núm. 52, pp. 37-54.
- 1987b. "Household Possessions and Wealth in Agrarian States: Implications for Archaeology", *Journal of Anthropological Archaeology*, núm. 6, pp. 297-335.
- 1992. *Archaeological Research at Aztec-Period Rural Sites in Morelos, Mexico. Volume 1, Excavations and Architecture / Investigaciones Arqueológicas en Sitios Rurales de la Época Azteca en Morelos, Tomo 1, Excavaciones y Arquitectura*, Pittsburgh University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology 4, University of Pittsburgh.
- 1996. *The Aztecs*, Oxford, Blackwell Publishers.
- 1999. Comment on Hirth's "Distribution Approach", *Current Anthropology*, núm. 40, pp. 528-530.
- 2000. "Postclassic Developments at Xochicalco", en Kenneth G. Hirth (ed.), *The Xochicalco Mapping Project, Archaeological Research at Xochicalco*, vol. 2, Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 167-183.
- 2001. "Postclassic Ceramics from the Toluca Valley in US Museums: The Bauer and Blake Collections", *Mexicon*, núm. 23, pp. 141-146.
- 2003a. *Excavación de casas postclásicas en la zona urbana de Yautepec, Morelos*, Report for submission to the INAH, Albany.
- 2003b. *Tlahuica Ceramics: The Aztec-Period Ceramics of Morelos, Mexico*, Albany, IMS Monographs 13, Institute for Mesoamerican Studies.
- s.f. "La cerámica postclásica de Morelos", en B. Leonor Merino Carrión y Ángel García Cook (eds.), *La producción alfarera en el México antiguo*, México, INAH, en prensa.

- Smith, Michael E. y Frances F. Berdan (eds.)  
2002. *The Postclassic Mesoamerican World*, Salt Lake City, University of Utah Press.
- Smith, Michael E. y John F. Doershuk  
1991. "Late Postclassic Chronology in Western Morelos, Mexico", *Latin American Antiquity*, núm. 2, pp. 291-310.
- Smith, Michael E., Cynthia Heath-Smith y Lisa Montiel  
1999. "Excavations of Aztec Urban Houses at Yau-tepec, Mexico", *Latin American Antiquity*, núm. 10, pp. 133-150.
- Smith, Michael E., Jennifer Wharton y Melissa McCarron  
s.f. "Las ofrendas de Calixtlahuaca", manuscrito entregado a la revista *Expresión Antropológica*, en prensa.
- Smith, Michael E., Jennifer Wharton y Jan Marie Olson  
s.f. "Aztec Feasts, Rituals, and Markets: Political Uses of Ceramic Vessels in a Commercial Economy", en Tamara Bray (ed.), *Pots as Political Tools: The Culinary Equipment of Early Imperial States in Comparative Perspective*, Washington, DC, Smithsonian Institution Press, en prensa.
- Sodi Miranda, Federica  
2000. "La cerámica matlatzínca", *Arqueología Mexicana*, 8(43), México, Raíces, pp. 44-46.
- Sodi Miranda, Federica y Hugo Herrera Torres  
1991. *Estudio de los Objetos Arqueológicos de la Cultura Matlatzínca*, México, INAH.
- Sugiura Yamamoto, Yoko  
1991. "En torno a los problemas étnicos en la arqueología regional: la cuenca del alto Lerma en el postclásico (parte I: consideraciones teóricas)", *Anales de Antropología*, núm. 28, pp. 241-270.
- 1998a. "Desarrollo histórico en el Valle de Toluca antes de la conquista española: Proceso de conformación pluriétnica", *Estudios de Cultura Otomame*, núm. 1, UNAM, pp. 99-122.
- 1998b. "El Valle de Toluca después del ocaso del estado Teotihuacano: el Epiclásico y el Posclásico", en Yoko Sugiura Yamamoto (ed.), *Historia general del Estado de México, vol. 1: geografía y arqueología*, México, Gobierno del Estado de México y El Colegio Mexiquense, pp. 199-259.
- Sugiura Yamamoto, Yoko, J. Daniel Rogers y Jane McLaren Walsh  
2001. "The Otomi in the Toluca Valley During the Postclassic", Ponencia presentada en la 66th Annual Meeting, Society for American Archaeology, New Orleans, mecanoscrito.
- Terrell, John E.  
2001. "Ethnolinguistic Groups, Language Boundaries, and Culture History: A Sociolinguistic Model", en John E. Terrell, *Archaeology, Language, and History: Essays on Culture and Ethnicity*, Westport, CT, Bergin and Garvey, pp. 199-221.
- Tommasi de Magrelli, Wanda  
1978. *La cerámica funeraria de Teotenango*, Estado de México (Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 61).
- Vaillant, George C. y Suzannah B. Vaillant  
1934. *Excavations at Gualupita*. Anthropological Papers 35, núm. 1, New York, American Museum of Natural History.
- Vargas Pacheco, Ernesto  
1975. "La cerámica", en Román Piña Chán (ed.), *Teotenango: el antiguo lugar de la muralla*, vol. 1, México, Gobierno del Estado de México, pp. 189-264.
- Vega Sosa, Constanza  
1975. *Forma y decoración en vasijas de tradición Azteca*, México, INAH (Científica, núm. 23).

- Vogt, Evon Zartman  
1964. "The Genetic Model and Maya Cultural Development", en Evon Z. Vogt y Alberto Ruz L. (eds.), *Desarrollo cultural de los Mayas*, pp. 9-48.
- Wells, Peter S.  
2001. *Beyond Celts, Germans and Scythians: Archaeology and Identity in Iron Age Europe*, London, Duckworth.



## **Cerro de los Magueyes: un centro funerario para matlatzincas y mexicas durante el Posclásico tardío\*\*\***

Metepec se localiza entre las coordenadas extremas 19° 17' y 19° 13' latitud norte; 99° 31' y 99° 39' longitud oeste, sobre una altitud media de 2 610 msnm, en el Estado de México (fig. 1), a 6 kilómetros al sureste de Toluca. Limita al norte con los municipios de Toluca y San Mateo Atenco; al sur con los de Chapultepec, Mexicalcingo y Calimaya; al este, con Tlanquistingo, y al oeste con Toluca.

El sitio arqueológico Cerro de los Magueyes se ubica entre los barrios Espíritu Santo y San Miguel. El cerro está limitado, al norte por la calle Estado de México, al sur por terrenos particulares y una escuela preparatoria, al este por la calle La Vía y al oeste por la carretera a Tenancingo (fig. 2). Se observa que este cerro probablemente estuvo terracedo: su forma es escalonada o de talud, conservando la forma de posibles terrazas actualmente separadas por los caminos de acceso a la cima. Su altura es de 95 metros sobre la superficie del valle, su conformación geológica es de material volcánico tepetate y tezontle. En las partes donde se concentró el tezontle se formaron burbujas y luego cuevas, tal y como se registró en la ladera este. En la parte sur aparece el tepetate, que fue aprovechado para cavar pozos. La parte superior se encuentra cubierta por suelo arcillo-arenoso. La vegetación está compuesta por árboles como el pino, oyamel y el eucalipto, y por supuesto magueyes.<sup>1</sup>

\* Centro INAH Estado de México, inahtol@edomex1.telmex.net.mx

\*\* Dirección de Antropología Física, INAH, quetzlito@yahoo.com

\*\*\* Queremos hacer patente nuestro agradecimiento a la maestra Ma. Teresa Jaén Esquivel, a la doctora Carmen Pijoan Aguade, al lingüista Erasto Antúnez y a la arqueóloga Ana María Álvarez Palma, por sus observaciones, comentarios, lectura y discusión a este trabajo. Asimismo agradecemos al arquitecto Higinio Aguilar Arango, por los dibujos (figs. 2 y 5) y por la labor de escaneo de las imágenes que acompañan el presente artículo. Todas las ideas y propuestas aquí expuestas son responsabilidad nuestra.

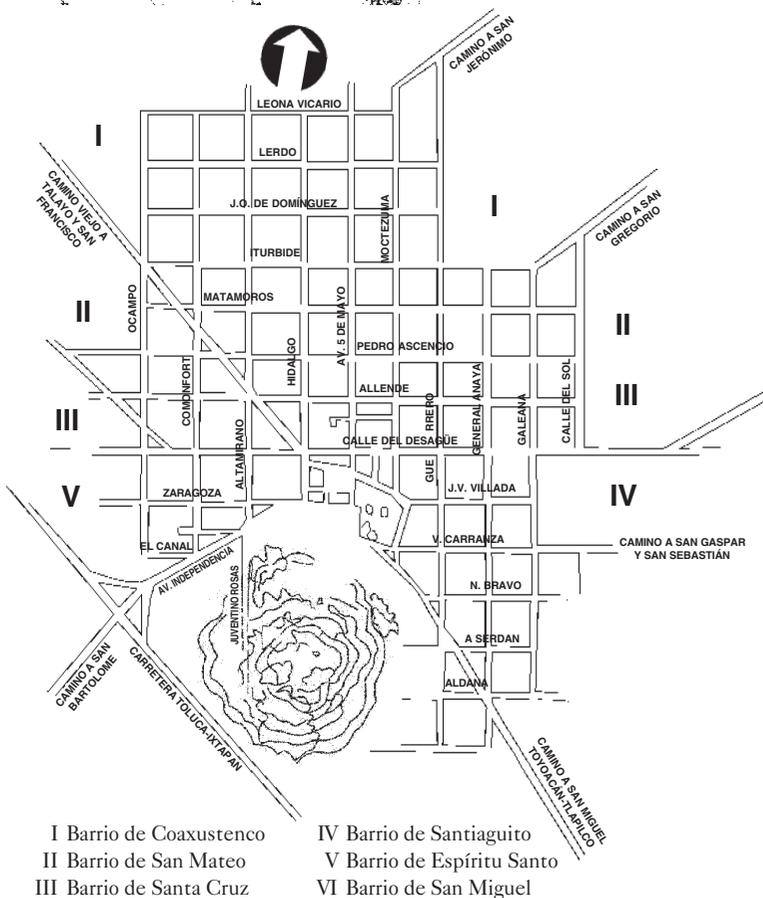
<sup>1</sup> Hoy día, la fisiografía del cerro se encuentra bastante alterada; en el frente norte fue construida una amplia escalinata, que va desde el nivel de la calle hasta la mitad del cerro, donde se localiza la capilla de El Calvario construida en el siglo XVII. Desde entonces y hasta 1993 el cerro fue conocido también con el nombre de El Calvario. Los diferentes ayuntamientos del municipio han contribuido a la transformación del sitio: hasta 1994, este espacio albergó la biblioteca municipal y un salón de



Hasta 1992 en Metepec se había investigado sólo por medio de recorridos en superficie, y es hasta el año de 1993 cuando se inició el rescate arqueológico del sitio Cerro de los Magueyes. Durante la construcción de una caja de agua—obra de infraestructura realizada por el Ayuntamiento de Metepec—, se encontraron restos arqueológicos; fue entonces cuando se realizaron excavaciones en la parte norte

El tipo de maguey que había en la región es el textilero, mismo que le dio nombre a la región. Metepec proviene del náhuatl *metl*, “maguey” y *tepetl*, “cerro”, refiriéndose al lugar donde se cultivaba este tipo de agave.

usos múltiples, obras que fueron demolidas para poner jardines y ornamentar las márgenes de la escalinata. Junto a la cima, en la ladera sur, se construyeron cabañas para el esparcimiento de la comunidad. En la parte baja del lado sureste del cerro han quedado grandes huecos, debido a que durante mucho tiempo se extrajo tezontle. En otro espacio de la parte baja, se construyó una cancha de básquetbol. En el lado oeste se construyó una escuela secundaria, cuyo edificio actualmente es ocupado por oficinas del ayuntamiento; también se erigió un fraccionamiento de casas habitación. En cuanto al predio que ocupa el cerro es de 11 200 m<sup>2</sup> y aproximadamente el 20% está afectado. Es de nuestro conocimiento que el predio que ocupa el cerro pertenece al municipio.



● Fig. 2 Cabecera municipal de Metepec, Cerro de los Magueyes.

de la cima del cerro.<sup>2</sup> Pensamos que a través de estos hallazgos fortuitos, es como se puede obtener información adicional sobre los sitios como en el presente caso. Los datos obtenidos en el transcurso del rescate son relevantes en sí mismos, aunado a ello, fue el hallazgo de un “centro funerario”, en el que se encontraron individuos matlatzincas y mexicas, acompañados de ofrendas colocadas en cada uno de los enterramientos.

García Payón en 1935 mencionó que en terrenos de Metepec “[había] una enorme cantidad de cabecitas de los tipos C-1 y C-3, cajetes sencillos de paredes gruesas y vasijas de cuerpo compuesto, que datan del período Formativo o Preclásico que corresponde del 1 800 al 1 300 a.C.”

González de la Vara (1988), indica que los primeros asentamientos de esta época, se ubicaron en un área muy restringida del valle, casi circunscritos a la región conocida como Sierrita de Toluca, y que al paso del tiempo esta población creció ocupando nuevas áreas. Para la última fase del Formativo inferior, González de la Vara retomando a Sugiura menciona que la región de Metepec había establecido un lazo estrecho con la cuenca de México, al grado de haberse incorporado a la tradición del Altiplano Central.

En 1979, Sugiura efectuó una investigación de superficie del Valle de Toluca incluido el pueblo de Metepec. En su registro, el sitio Cerro de los Magueyes quedó catalogado con el número 143; al noroeste de la cabecera municipal registró otro lugar con el número 193, al que en 1992 se le dio el nombre de La Providencia. Aquí se llevó a cabo un rescate arqueológico por parte de uno de los autores del presente traba-

jo, de donde se obtuvo información de una ocupación teotihuacana<sup>3</sup> que se ubica a partir de la fase Xolalpan (450 d.C.), hasta la fase Metepec y Protocoyotlatelco<sup>4</sup> (600 al 800 d.C.).

Los asentamientos en el Valle de Toluca se incrementaron con grupos provenientes de Tula, se introdujo el culto a la deidad Quetzalcóatl, el conocimiento de la metalurgia, la cerámica Mazapa, la Coyotlatelco y la Plumbate o Plomiza.

En Teotihuacan durante el periodo 650-800 d.C.,

...se introdujeron ideas religiosas nuevas, como lo insinúan las rivalidades entre Nanahuatzin (señores nahuas) y Tecuciztecatl (señores teotihuacanos) que se vuelven Sol y Luna, hubo entonces mortandad de dioses en Teotihuacan, salieron de ahí varios grupos: los otomíes que se quedaron por Coatepec y que tal vez eran los remanentes de la antigua población teotihuacana (pame-otomí antigua) (Piña Chán, 1983: 81).

Para el inicio del Posclásico —alrededor del año 850 d.C.—, Metepec como parte del Valle de Toluca, estaba ocupado por los matlatzincas; sus ciudades más conocidas e importantes eran Calixtlahuaca y Teotenango. Los matlatzincas eran un pueblo agrícola, que combinaba esta actividad con la caza, pesca y recolección.

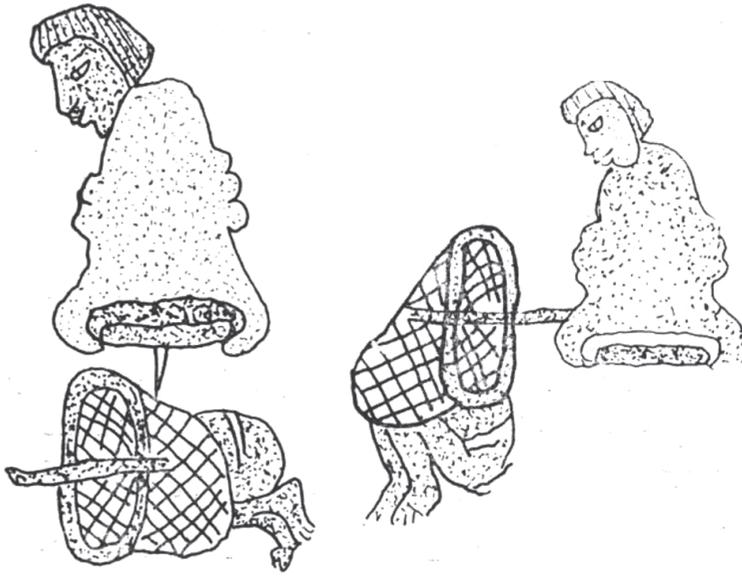
Sahagún menciona cuál es la etimología del nombre Matlatzincatl (fig. 3):

... tomóse de *mátlatl*, que es la red con la cual desgranaban su maíz y hacían otras cosas los que se llaman matlazincas. Y así, para desgranar el maíz, echan los dichos matlatzincas en una red las mazorcas, y allí las aporrear para desgranar. Y también lo que se cargan no lo llevan en costal, sino en red... También se llaman matlatzincas de hondas, que se dicen *temátlatl*,... quiere decir “honderos” o “fundibulario”, porque... cuando muchachos, usaban mucho traer hondas [...] También les llamaban del nombre de red por otra razón... porque cuando... sacrificaban alguna persona,... le echaban dentro en una red, y allí la retorcían o estrujaban... hasta que le hacían echar los intestinos (Sahagún, 1989, T. 2: 663-664).

<sup>2</sup> Quien estuvo a cargo del trabajo de campo es autor del presente artículo, también participaron en este rescate los arqueólogos Norma L. Rodríguez, Guizzela Castillo Moreno y Raúl Aranda, así como diez ayudantes de campo.

<sup>3</sup> Con esto se constata una vez más que la cultura teotihuacana pobló diversas regiones, entre ellas el Valle de Toluca.

<sup>4</sup> Estas dos fases corresponden al Clásico tardío.



● Fig. 3 Jeroglíficos de la región matlatzinca, *Códice Mendocino* (Fuente: Piña Chán, 1975, t. II:546).

Mientras tanto en Tenochtitlan se generaba un nuevo centro de poder. Surgió el Estado militarista y la imposición de señoríos en los lugares conquistados

...este Estado inició su expansión con la integración de nuevos linajes y pueblos que heredaron algo de la antigua tradición cultural, el nuevo periodo se caracteriza por el inicio de las fuentes históricas, por un comercio organizado y por la integración de señoríos en provincias. Estados militaristas que desarrollaron una organización social y política compleja, un aparato estatal con funciones específicas y jerarquizadas, nueva religión y una más profunda división social, todo ello basado en el militarismo, en la conquista de territorios, en la fuerza de trabajo obligado y en la tributación (Piña Chán, 1982: 86).

Cuando los mexicas decidieron extender su poderío militar al Valle de Toluca —entre los años 1474 a 1476—, Axayacatl llevó sus guerras de conquista a territorio matlatzinca. Sabemos que esta cultura es la que se identifica como del Valle de Matalzingo, lugar donde se establecieron los doce señoríos que creó el imperio mexica después de la conquista. A partir de este momento, Metepec fue registrado en la *Matrícula de Tributos*: junto a él, aparecen los glifos de Toloacan, Calixtlahuaca, Xicaltépetl, Tepe-

huiacan, Tlacotépec, Capulteopan, Cacalomacan, Callimanyan, Teotenanco, Tepemaxalco, Zoquitzingo,<sup>5</sup> con la finalidad de controlar los tributos que periódicamente debían enviar a la gran Tenochtitlan. Entre los productos que se enviaban destacan trajes para guerrero, mantas finas y sencillas, maíz, frijol, chía y *huautli* (*Matrícula de tributos*, señoríos del Valle de Toluca)<sup>6</sup> (fig. 4).

Con la llegada de los españoles, empezó para Mesoamérica un proceso de evolución y desarrollo diferente e inició una nueva época, la del colonialismo, en lo que sería a partir de entonces la Nueva España.

## Nomenclatura y ubicación

Los materiales culturales y restos óseos humanos hasta ahora más representativos para este sitio se obtuvieron de los trabajos de excavación realizados sobre un montículo ubicado en el extremo norte de la cima del Cerro de los Magueyes; se registraron de acuerdo con la nomenclatura general de campo establecida por medio de una cala en dirección sur-norte y de una cuadrícula extensiva. El punto cero se situó en el extremo sur donde se inició la traza de la cala. Posteriormente este punto fue trasladado hacia el oeste, donde se ubicó el punto a partir del cual se hizo la intersección de los cuadrantes para la cuadrícula, dividida en cuadrados de 2 m de lado.

Esto se hizo con el fin de ubicar los materiales arqueológicos y registrar el lugar exacto de los

<sup>5</sup> Quezada menciona que posiblemente esto se debió a que los productos obtenidos de las sementeras del rey y de los nobles, las cuales trabajaban los habitantes del valle de Toluca para el pago del tributo anual, se depositaban en donde se encontraban los *calpixques* y las trojes en Metepec, Cacalomacan y Calpultitlán (Quezada, 1996: 55).

<sup>6</sup> Como se observa este hecho también en la lámina xxxv del *Códice Mendocino* o *Colección Mendoza*, que mandó hacer el Virrey de México.

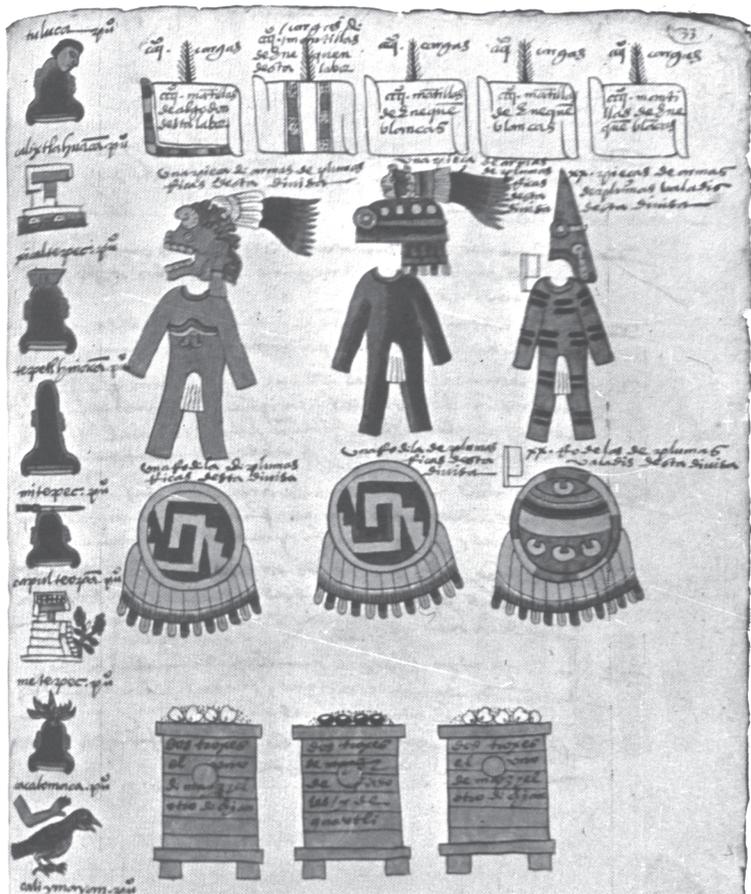


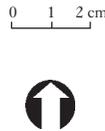
Fig. 4 Lámina xxxv del Códice Mendocino.

a noreste. Las rocas ubicadas en el extremo noroeste del cerro presentaron su cara sur careada, hacia el sur de este muro. Tenía una capa de piedrecillas del tipo canto rodado, y en la esquina sureste de la excavación hallamos un piso cubierto con estuco en blanco y, en nivel más elevado, un relleno; al lado oeste del piso se halló un fragmento de muro relleno con estuco blanco. En la planicie a 50 m al noroeste del cerro se descubrió un muro construido con roca basáltica, unido con lodo; se encontró a 1 m de profundidad de la superficie y tenía 3 m de altura. A 100 m hacia el norte del cerro se halló una “unidad habitacional”, con presencia de desechos manufacturados en piedra y obsidiana.

Estos hallazgos indican la presencia en la planicie de Metepec de estructuras de la época del Posclásico tardío, cuyos restos deben haber quedado sepultados

hallazgos dentro del plano general de excavación. Primero se establecieron dos cuadrantes, el NE y el NW; posteriormente, se trazó la cuadrícula del área de excavación de 124 m<sup>2</sup>, por medio de cuadrados de 2 m de lado de este a oeste, y de sur a norte; se efectuaron dos ampliaciones a la traza original denominadas “Ampliación oeste” y “Ampliación este”, las cuales fueron cuadriculadas de igual manera (fig. 5).

Otro tipo de vestigios arqueológicos encontrados durante el transcurso de la excavación, además de este “centro funerario”, es una alineación de rocas de 2 m de longitud orientadas de sureste



						Ampliación		Ampliación	
						AW		AE	
N9 W2	N9 W1	N9 E0	N9 E1	N9 E2	N9 E3				
N8 W2	N8 W1	N8 E0	N8 E1	N8 E2	N8 E3	N8 E4	C8		
N7 W2	N7 W1	N7 E0	N7 E1	N7 E2	N7 E3	N7 E4	C7	N/A1	N7 E5
N6 W2	N6 W1	N6 E0	N6 E1	N6 E2	N6 E3	N6 E4	C6		
N5 W2	N5 W1	N5 E0	N5 E1	N5 E2	N5 E3	N5 E4	C5		
N4 W2	N4 W1	N4 E0	N4 E1	N4 E2	N4 E3	N4 E4	C4		
N3 W2	N3 W1	N3 E0	N3 E1	N3 E2	N3 E3	N3 E4	C3		
N2 W2	N2 W1	N2 E0	N2 E1	N2 E2	N2 E3	N2 E4	C2		
N1 W2	N1 W1	N1 E0	N1 E1	N1 E2	N1 E3	N1 E4	C1		

Fig. 5 Cuadrícula de excavación en el Cerro de los Magueyes.

por las construcciones coloniales,<sup>7</sup> “... que englobó en un área geográfica a varios pueblos, alrededor de la comunidad que pareció ser la más grande e importante de la zona, según el criterio de los españoles” (Jarquín, 1990: 77).

### El centro funerario

La parte norte de la cima del Cerro de los Magueyes, se distinguió por haber sido un sitio en el cual, tanto matlatzincas como mexicas —antiguos habitantes de Metepec—, enterraban a sus muertos durante el Posclásico tardío. En este sitio se reutilizaba el mismo espacio mortuario para depositar otro cadáver en el mismo lugar. Esto se pudo constatar en el transcurso de la exploración de los entierros primarios, los cuales posteriormente fueron parcial o completamente removidos.

Encontramos que hay esqueletos con su ofrenda y al lado del primer muerto, enterraban otro. Este patrón también fue observado por Gómez, Fernández y Sansores (1994) para Tula, Hidalgo. Estos autores mencionan que durante la fase Corral (800 a 900 d.C.) hasta la fase Tollan (900 a 1200 d.C.), también se aprecia este hecho dentro del contexto arqueológico. Por su parte Winter, Martínez, Autry Jr., Wilkinson y Juárez (1995) consignan que en Monte Albán, el material óseo y las ofrendas se removían para utilizar el espacio funerario para otro individuo.

Tomando en cuenta la cuadrícula de excavación, los entierros se distribuyeron de acuerdo con su filiación étnica<sup>8</sup> de la siguiente manera: los

69 enterramientos matlatzincas se localizaron en la parte central y norte, los 27 mexicas estaban en el lado noroeste y oeste, y a otros 22 no se les pudo determinar el grupo étnico al cual pertenecían porque carecían de objetos cerámicos diagnósticos (ofrendas). Éstos estaban hacia el sur; en el extremo centro poniente se encontró un osario.<sup>9</sup>

La profundidad en la que se hallaron los entierros varió según la conformación del terreno en general: los primeros esqueletos se descubrieron entre 0.26 m y 0.31 m de profundidad, otros niveles se registraron entre los 0.86 m hasta los 1.62 m. Por medio de la información obtenida de los esqueletos de este “centro funerario”, se pudo corroborar que la cohabitación de matlatzincas y mexicas se hacía por separado<sup>10</sup> tanto en la vida como en la muerte.

este respecto Sugiura menciona: “...los materiales cerámicos nos permiten profundizar en el entendimiento de la identidad étnica, puesto que en ella está plasmada una gran cantidad de información relevante” (Sugiura, 1991: 259); también se tomó en cuenta la cuadrícula de excavación en donde se encontraron los entierros. Históricamente se consigna lo siguiente: “...podemos decir que la conquista del imperio tenochca sobre el área otomiana provocó uno de los fenómenos más complejos de movimiento de población prehispánica”. Más adelante se menciona: “...que en muchos señoríos conquistados habla un cierto número de enclaves imperiales que fueron repoblados o fundados con migrantes procedentes de la cuenca de México, ... los nuevos pobladores se establecieron casi siempre dentro o al lado de los otomianos, pero en ‘barrios’ o *calpolli* separados. Esto implica que se debe incluir a partir de entonces a los mexicas como un elemento étnico, lingüístico y cultural determinante en la nueva geografía humana de esta región” (García, 1999: 72, 73, 85). Sobre la base de las primeras observaciones hechas en laboratorio se tomaron en cuenta las siguientes características de los restos óseos humanos: forma e inclinación y posición de las órbitas, forma del molar, forma del arco dentario del maxilar y de la mandíbula, curvatura del frontal, grado de desarrollo de la espina nasal, y el estudio de la morfología dental, si se aprecian diferencias, las cuales con base en el análisis que se está haciendo de este material, se corroborará o se desechará lo antes planteado.

<sup>9</sup> Posiblemente el osario de este sitio se refiera a “... donde ponían los huesos de los que habían cautivado... hacían sacrificio al dios de las batallas: *ayanatzyhtama-yo*” (Carrasco, 1987: 157).

<sup>10</sup> García indica que: “...los nuevos pobladores se establecieron casi siempre dentro o al lado de los otomianos, pero en ‘barrios’ o *calpolli* separados” (1999: 85-86).

<sup>7</sup> La evangelización en Metepec, implicó según Jarquín (1990: 77) que éste fuera nombrado cabecera de doctrina con un núcleo de seis pueblos de visitas. A cada pueblo se le mantuvo su nombre prehispánico, añadiéndole un apelativo cristiano: San Miguel Totocuitlapilco, San Bartolomé Tlatelulco, San Francisco Coaxusco, San Jerónimo Chicahualco, Santa María Magdalena Ocotitlán y San Felipe Tlalmimilolpan.

<sup>8</sup> Se tomaron en cuenta los siguientes parámetros arqueológicos, históricos y antropológicos para proponer la filiación étnica de los diferentes grupos: el primer parámetro tomó en consideración la cerámica asociada a los entierros, a

Estos entierros se diferencian de los reportados por Zacarías en Teotenango por su localización: en Teotenango se hallaron distribuidos en diversos puntos del centro ceremonial, por ejemplo en el juego de pelota, en el área habitacional, y en el cementerio<sup>11</sup> (Zacarías, 1975, II: 365-409). La diferencia que encontramos con otro sitio también importante —Calixtlahuaca—, se basa en la referencia de García Payón (1941). Él descubrió en la zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca, los siguientes tipos de entierros: a) 52 entierros secundarios conformados por cráneos con su mandíbula, y estaban colocados en cajetes trípodes encima o debajo del cráneo; tenían asociados huesos tanto de las extremidades superiores y de las inferiores en su inmensa mayoría trabajados con ranuras transversales (*omitzicahuaztle*); b) 20 entierros cremados depositados en el interior de diversos tipos de vasijas, y c) un osario con 560 restos de cráneos localizados al noreste al pie de las terrazas de los monumentos 1 y 6. Todos estos entierros se localizaron en montículos, monumentos, plataforma, escalera y plazuela.

### Patrón de enterramientos

Durante los trabajos de campo efectuados en el año de 1993 en el Cerro de los Magueyes, se obtuvieron 118 entierros. En el cuadro 1 se presentan los datos de campo obtenidos de cada uno de los esqueletos que conforman este estudio; pudimos acercarnos al conocimiento de las costumbres funerarias practicadas en este sitio, como la reutilización del espacio mortuario, la giroversión, la incineración, el desmembramiento corporal y los diferentes tipos de ofrendas de los entierros; sobre la base de los

aspectos antes descritos se pudieron establecer las diferentes prácticas mortuorias de los grupos étnicos que compartieron el mismo centro funerario.

La matriz predominante en la cual fueron depositados los entierros en el Cerro de los Magueyes fue tezontle; en cuanto al lecho, en la mayoría de los casos, fue también de tezontle, aunque algunos otros fueron colocados sobre tepetate. Por este motivo, el mayor número de estos entierros corresponde a la categoría de tipo directo.

Con base en la clasificación de Romano (1974: 86), encontramos que los entierros más representativos para este sitio tanto para matlatzincas como para mexicas son: los primarios y secundarios directos individuales. En cuanto a los entierros indirectos, tres se hallaron en el interior de una fosa circular no profunda, uno de ellos estaba depositado en el interior de una jarra a manera de urna funeraria, que contenía los restos óseos de un individuo mexica incinerado.

Respecto a individuos incinerados, Sahagún menciona que:

...después de haber quemado al difunto cogían la ceniza y huesos del difunto y tomaban agua... Y derramaban el agua encima del carbón y huesos del difunto,... Y ponían los huesos dentro de un jarro o olla con una piedra verde que se llama *chalchihuitl*,... dicen que lo ponían por corazón del difunto (Sahagún, 1989, t. 1: 221).

Para Johansson, lo expresado por Sahagún tendría el siguiente significado:

... la cremación del cuerpo es... la consumación por el fuego y a la vez [...] se divide en dos partes: 1) La tatanomorfosis del cadáver o su cremación, las cuales culminan con el estado óseo. Es el periodo involutivo del descenso al *Mictlan*. 2) La disposición de los huesos y cenizas en una urna “matricial”. Esta fase tiene un carácter regenerador evolutivo.

Este mismo autor más adelante dice: “El *chalchihuitl*, representa según los informantes, un

<sup>11</sup> Es interesante señalar que los entierros de este sitio son: “...primarios y secundarios, primarios de segmentos corporales y secundarios de huesos largos trabajados y conjuntos de cráneos amontonados [...] esto significa que enterraban cadáveres completos y que cuando eran inhumados otros cuerpos, los restos de los que habían sido enterrados con anterioridad eran removidos y se volvían a enterrar ya en desorden. Esto también explicaría la presencia de los entierros secundarios especiales, los cuales consisten en agrupamientos de huesos largos, [...] llamados *omichicahuaztlis*...” (Zacarías, 1975, II: 385).

Ent.	Ubicación	Edad	Sexo	CLASIFICACIÓN				ORIENTACIÓN		Periodo
				Tipo	Modo	Número	Posición	General	Cráneo facial	
18	E6	Indeterminable	Indeterminable	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
19	E6	Indeterminable	Indeterminable	Secundario	Directo	Individual				No determinada
21										Fechamiento por
21a	AW-C7	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Colectivo	D. d. f.	Norte-Sur	Este (giroversión)	C.14: 1431+-99
22	E6	Indeterminable	Indeterminable	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Este-Oeste	Norte	Posclásico tardío
23	C7	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
25	C7	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				No determinada
26	C7	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Norte-Sur	Este (giroversión)	Posclásico tardío
27			Masculino				D. l. d. f.		Oeste (giroversión)	Fechamiento por
27a	AE7	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Colectivo	D. d. f.	Norte-Sur	Sur (giroversión)	C.14: 1417+-53
28	N7E4	Adulto	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Norte-Sur	Sur	Posclásico tardío
29	AW7	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. l. d. f.	Norte-Sur	Sur	Posclásico tardío
31	AE7	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Norte-Sur	Sur (giroversión)	Posclásico tardío
33	E1-2	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. l. d. f.	Sureste-Noroeste	Este	Posclásico tardío
34	N3E1	Adulto	Indeterminable	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
35	N3E1	Adolescente	Indeterminable	Primario	Directo	Individual	D. l. i. f.	Oeste-Este	<b>No tenía cráneo</b>	Posclásico tardío
36	AE7	Indeterminable	Indeterminable	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
37	N3E1	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
40	N7E2	Adulto	Femenino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
41	N7E3	Adulto	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Azteca III
42	N7E2	Adulto medio	Indeterminable	Primario	Directo	Individual	Sedente	Oeste (del tronco)	Oeste	No determinada
43			Femenino							Fechamiento por
43a	N8E3	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Colectivo	D. l. d. f.	Norte-Sur	Oeste	C.14: 1585+-94
44	N8E4	Indeterminable	Indeterminable	Primario	Directo	Individual	Cráneo		Sur	Posclásico tardío
45		Adulto joven	Masculino							Fechamiento por
45a	N7-8E3	Adulto medio	Indeterminable	Secundario	Directo	Colectivo				C.14: 1469+-34
46	N8E3	Adulto joven	Masculino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Oeste (del tronco)	Oeste	Posclásico tardío
47	N3E3	Adulto	Indeterminable	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
48										
48a	N7E3	Indeterminable	Indeterminable	Secundario	Directo	Colectivo				Posclásico tardío
49	N8E3-4	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Noreste-Suroeste	Suroeste (giroversión)	Posclásico tardío
50	N8E4	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Norte-Sur	<b>No tenía cráneo</b>	Posclásico tardío
51			Masculino							
51a			Femenino							
51b	N7E5	Adulto medio	Femenino	Secundario	Indirecto	Colectivo				Posclásico tardío
51 c			Indeterminable							
51 d			Indeterminable							
52			Femenino							
52a			Femenino							
52b			Femenino							
52c			Masculino							
52d	N3E0	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Colectivo				Posclásico tardío
52e			Masculino							
52f			Indeterminable							

● Cuadro 1 Entierros estudiados en el sitio Cerro de los Magueyes.

Ent.	Ubicación	Edad	Sexo	CLASIFICACIÓN				ORIENTACIÓN		Periodo
				Tipo	Modo	Número	Posición	General	Cráneo facial	
52g			Indeterminable							
54	N6-7E1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Oeste-Este	Norte (giroversión)	Azteca III
55	N6-E1	Adulto	Indeterminable	Secundario	Directo	Individual				No determinada
56	N4E1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Sureste-Noroeste	Cenit	Azteca III
57	N4E1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Sur (del tronco)	Sur	Posclásico tardío
58	N4E1-2	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Oeste-Este	Norte (giroversión)	Posclásico tardío
59	N4E1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Noroeste-Sureste	Sureste (giroversión)	Posclásico tardío
62	N4E1	Adulto medio	Femenino	Primario	Indirecto	Individual	Irregular			Posclásico tardío
63	N4E1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Este-Oeste	Cenit	Azteca III
65	N3E0	Indeterminable	Indeterminable	Secundario	Directo	Individual				No determinada
67	N5E3	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
70	N3W1	Adulto	Femenino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
71	N3E0	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
73	N7E2	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Norte-Sur	Cenit	Posclásico tardío
74	N7E2	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
75	N7E2	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Oeste (del tronco)	Oeste	Azteca III
76	N6-7E4	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. l. i. f.	Norte-Sur	Este	Azteca III
77	N6-7E4	Adulto	Femenino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Sureste (del tronco)	Sureste	Posclásico tardío
78	N6-7E4	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
79	N2E4	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Individual				No determinada
80	N1-2 E3-4	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Individual				No determinada
81	N4E0	Adulto	Indeterminable	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
83	N8E2	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Sur (del tronco)	Sur	Posclásico tardío
83 a		Indeterminable	Indeterminable	Secundario						
84	N1-2E2-3	Adulto joven	Femenino	Primario	Directo	Colectivo	Sedente	Oeste ( del tronco)	Oeste	No determinada
84a				Indeterminable			Secundario			
84b			Indeterminable	Secundario						
85	N4W1-E0	Adulto	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. v. f.	Sureste-Noroeste	Nadir	Azteca III
86	N5W1-E0	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Individual				Azteca III
87	N8E0-1	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Individual				No determinada
88	N2-3E3	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Colectivo				No determinada
88a		Adulto medio	Indeterminable							
89	N4-5W1	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Colectivo	Irregular	Noroeste-Sureste	<b>No tenía cráneo</b>	No determinada
90	N6E0-1	Adulto joven	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Noroeste-Sureste	Este (giroversión)	Posclásico tardío
91	N6E0	Adulto joven	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. l. i. f.	Oeste-Este	Norte	Posclásico tardío
92	N7E4-AW7	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Norte-Sur	<b>No tenía cráneo</b>	Posclásico tardío
93	N6E1	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. l. i. f.	Oeste-Este	Norte	C.14: 1243+-54
94	N5E1	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
95	N5E1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Colectivo	D. d. f.	Oeste-Este	Cenit	Posclásico tardío
95a				Secundario						
95 b				Secundario						
98	N5E0-1	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Individual				No determinada
99	N5E1	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
100	N5E1	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío

● Cuadro 1 Continuación.

Ent.	Ubicación	Edad	Sexo	CLASIFICACIÓN				ORIENTACIÓN		Periodo
				Tipo	Modo	Número	Posición	General	Cráneo facial	
101	N2E3	Adulto joven	Masculino	Primario	Directo	Individual	Irregular	No se tomó	No se tomó	No determinada
102	N4W2	Adulto	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
103	N8E0-1	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Oeste-Este	Este (giroversión)	Azteca III
104	N9E0	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Sur (del tronco)	Sur	Posclásico tardío
105	N9E0	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Sur (del tronco)	Sur	Azteca III
106	N6E0	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Colectivo				Azteca III
106a			Masculino							
106b			Masculino							
107	N9E0	Indeterminable	Indeterminable	Secundario	Directo	Individual				No determinada
108	N5E0	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
110	N5E0-N1	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Colectivo				Azteca III
110a			Femenino							
111	N9W1-2	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Individual				No determinada
112	N2-3E0	Adulto joven	Femenino	Primario	Directo	Individual	Irregular	No se tomó	No se tomó	Posclásico tardío
113	N9W1	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Azteca III
114	N5E1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. l. d. f.	Norte-Sur	Sur	Posclásico tardío
115	N5E1	Adulto joven	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. l. d. f.	Oeste-Este	Este	Posclásico tardío
118	N7E2	Indeterminable	Indeterminable	Secundario	Indirecto	Individual				Azteca II
119	N5E0	Adulto avanzado	Masculino	Primario	Directo	Individual	Irregular			Posclásico tardío
120	N5W2-1	Adulto	Femenino	Secundario	Directo	Individual				No determinada
121	N9W1	Adulto medio	Femenino	Secundario	Indirecto	Individual				No determinada
122	N7W2	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Noreste-Suroeste	Sur (giriversión)	Azteca III
123	N7W1	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. l. i. f.	Noroeste-Sureste	Este	Posclásico tardío
124	N7W1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Este-Oeste	Cenit	Azteca III
125	N6W1	Adulto joven	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. l. d. f.	Este-Oeste	Norte	Azteca III
126	N5E0-1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. l. i. f.	Oeste-Este	Norte	No determinada
127	N5E0-1	Indeterminable	Indeterminable	Primario	Directo	Individual	D. l. i. f.	Oeste-Este	Norte	No determinada
128	N5E1	Adulto joven	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Oeste-Este	Cenit	Azteca III
128a		Indeterminable	Indeterminable	Secundario						
129	N4W1-2	Adulto joven	Femenino	Secundario	Directo	Colectivo				Posclásico tardío
129a			Masculino							
130	N5W2	Adulto	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
131	N7E3	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				C.14: 1476+-34
132	N7E3	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Sur (del tronco)	Sur	Posclásico tardío
133	N5E0-1	Indeterminable	Indeterminable	Primario	Directo	Individual	<b>Cráneo</b>			Posclásico tardío
134	N7E4	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Colectivo	D. l. i. f.	Noreste-Suroeste	Suroeste	Posclásico tardío
134a			Indeterminable							
134b			Femenino							
135	N5-6W2	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
136	N8E3	Adulto medio	Femenino	Secundario	Directo	Individual				C. 14: 1545+- 36
137	N8E3	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
138	N7-8E3	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Noreste-Suroeste	Cenit	C. 14: 1416+-68
139	N8-9E2	Adulto joven	Femenino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
140	N9E2	Adulto joven	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. l. i. f.	Norte-Sur	Este	Posclásico tardío

● Cuadro 1 Continuación.

Ent.	Ubicación	Edad	Sexo	CLASIFICACIÓN				ORIENTACIÓN		Periodo
				Tipo	Modo	Número	Posición	General	Cráneo facial	
141	N8E2	Adulto joven	Femenino	Secundario	Directo	Individual				No determinada
142	N8E2-3	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Sur (del tronco)	Sur	Posclásico tardío
145	N8E2-3	Adulto joven	Masculino	Secundario	Directo	Individual				Posclásico tardío
149	N8-9W1	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. l. d. f.	Sur-Norte	Este	Azteca III
150	N9W2	Adulto	Masculino	Secundario	Directo	Individual				No determinada
151	N9E0	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Oeste (del tronco)	Oeste	Azteca III
152	N9E1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Oeste-Este	Este (giroversión)	Azteca III
153	N6W1-E0	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Noreste-Suroeste	Cenit	Azteca III
155			Femenino				D. d. f.	Oeste-Este	Cenit	
155a	N9W1-2	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Colectivo	D. v. f.	Oeste-Este	Nadir	Azteca III
157	N9E0	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Oeste (del tronco)	Oeste	No determinada
158	N9W1-2	Adulto joven	Femenino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Norte-Sur	Cenit	Azteca III
159			Masculino	Primario			D. l. d. f.	Sur-Norte	Este	
159a	N9W1	Adulto medio	Femenino		Directo	Colectivo				Azteca III
159b			Masculino	Secundario						
160	N9W1-2	Adulto joven	Masculino	Primario	Directo	Individual	Sedente	Oeste (del tronco)	Oeste	Azteca III
161			Masculino							
161a	N9E0-1	Adulto medio	Femenino	Primario	Directo	Colectivo	D. l. d. f.	Noreste-Suroeste	Oeste	Azteca III
162	N7E2	Adulto medio	Masculino	Secundario	Directo	Individual	<b>Cráneo</b>			Posclásico tardío
163	N8E3	Adulto medio	Masculino	Primario	Directo	Individual	D. d. f.	Este-Oeste	Este (giroversión)	Posclásico tardío

● Cuadro 1 Conclusión.

corazón mineral que mantendrá la vida orgánica en un cuerpo en descomposición hacia un renacer” (Johansson, 2002: 141 y 146).

De los 118 entierros, se obtuvo un total de 152 sujetos debido a la presencia tanto de entierros primarios como secundarios colectivos. Para determinar la edad de los individuos que conforman esta muestra, se tomó en cuenta la unión epifisaria principalmente de los huesos largos (Uebelaker, 1989: 69); o bien, por el grado de obliteración de las suturas craneales, de acuerdo con Meindl

y Lovejoy (1985, 57-66). Asimismo se vio el grado de obliteración de la sutura eseno-basilar

CLASE TIPO Y NÚMERO DE ENTIERRO	FILIACIÓN ÉTNICA			Total
	Matlatzinca	Mexica	No determinada	
Primarios directos individuales	32	17	5	54
Primarios indirectos individuales	1			1
Primarios directos colectivos	4	2	1	7
Primarios y secundarios directos individuales	1	1		2
Primarios y secundarios directos colectivos	1	1	2	4
Secundarios directos individuales	25	3	12	40
Secundarios indirectos individuales		1	1	2
Secundarios directos colectivos	4	2	1	7
Secundarios indirectos colectivos	1			1
Total	69	27	22	118

● Cuadro 2 Ubicación de los entierros respecto a su filiación étnica.

(Ferembach, 1979: 27); se aplicó la sinostosis de los huesos maxilares, sobre la base de las cuatro suturas maxilares propuestas por Mann (1997); se aplicaron los marcadores propuestos por Krogman e Iscan (1986: 106-107). De éstos se consideraron los siguientes elementos: el cierre de la epífisis proximal de las clavículas, el grado de rugosidad de la superficie auricular de la pelvis, los procesos de cambio que sufre la sínfisis púbica desde la adolescencia hasta los 50 o 55 años de edad, propuesta por Tood (citado por: Krogman e Iscan, 1986: 151); y por último, se apreció el grado de unión de los cuerpos de las vértebras sacras (Genovés, 1962: 109).

La asignación del sexo se hizo tomando en cuenta las características morfoscópias de la cintura pélvica (Ferembach, 1979: 11-15 y White, 1991: 327), del cráneo (Olivier, 1960:170-171 y White, 1991: 320) y de los huesos largos, donde se utilizaron los criterios de varios autores (Genovés, 1962: 109; Krogman, 1962: 143-144,

y 146; Brothwell, 1965:56-57 y Ubelaker, 1978: 53-55).

Una vez determinada la edad de los entierros explorados en el Cerro de los Magueyes, se les aplicó la clasificación de rangos de edad propuesta por Hooton (1947: 732-742). Es interesante resaltar que el mayor número de ellos pertenece a 101 individuos adultos medios, lo que sugiere que el promedio de vida de los dos grupos étnicos que vivieron durante el Posclásico tardío en Metepec, era de 36 a 55 años<sup>12</sup> de edad.

En cuanto a la distribución por sexo de estos individuos se tienen 61 adultos medios matlatzincas que corresponden a 35 masculinos, 22 femeninos y 4 indeterminables. Por lo que

<sup>12</sup> Los rangos de edad que se encuentran en el cuadro 3 son muy amplios porque aquí estamos tomando en consideración las edades estimadas para cada uno de los diferentes grupos que conforman la presente muestra.

FILIACIÓN ÉTNICA	Cronología	SEXO Y EDAD													Subtotal	Total	
		Masculino					Femenino					Indeterminable					
		Adulto joven 21 a 35 años	Adulto medio 36 a 55 años	Adulto avanzado 56 a 75 años	Adulto	Adulto joven 21 a 35 años	Adulto medio 36 a 55 años	Adulto avanzado 66 a 75 años	Adulto	Adolescente 13 a 17 años	Adulto joven 21 a 35 años	Adulto medio 36 a 55 años	Adultos	Indeterminable			
MATLATZINCAS	Posclásico tardío	3	29	1	5	4	18	2	3	1		3	3	8	80	92	
	Fecha por C14*	1243+ -54		1													1
		1416+ -68						1									1
		1417+ -53		1				1									2
		1431+ -99		2													2
		1469+ -34	1										1				2
		1476+ -34		1													1
		1545+ -36						1									1
1585+ -94		1				1								2			
MEXICAS	Azteca II													1	1		
	Azteca III	2	14		1	2	13		1					1	35		
	No determinada	1	3		1	3	8		1		1	2	1	4	25		
<b>Subtotal</b>		7	52	1	7	9	43	2	5	1	1	6	4	14	<b>152</b>		
<b>Total</b>		<b>67</b>					<b>59</b>					<b>26</b>					

\* Estas muestras fueron calibradas por la química Ma. Magdalena de los Ríos Paredes, de la Subdirección de Servicios Académicos del INAH.

● Cuadro 3 Distribución cronológica de los individuos en cuanto a su filiación étnica por edad y sexo.

se refiere a los 27 individuos adultos medios mexicas, catorce son masculinos, y trece femeninos. De los otros trece adultos medios que nos hace falta describir, tres son masculinos, ocho femeninos, y dos indeterminables.

De los 67 sujetos masculinos, 45 son matlatzincas, 17 mexicas,<sup>13</sup> y de cinco individuos no se sabe su filiación étnica correspondiente. Respecto a los 59 femeninos, 31 son matlatzincas, 16 mexicas, y de doce no se sabe a qué grupo pertenecen. De los 26 indeterminables, quince son masculinos, tres mexicas, y a ocho no se les pudo precisar su filiación. En esta muestra se aprecia que el número de individuos masculinos es ligeramente mayor que el de los femeninos.

Basándonos en la información anterior, se desprende que el menor número de individuos en el Cerro de los Magueyes, corresponde a los mexicas. Esto probablemente se debe a que en cada lugar conquistado se quedaba una delegación que representaba al Estado mexica.<sup>14</sup> El control que desplegaron las autoridades mexicas en las regiones conquistadas, incluía la presencia de un gobernador,<sup>15</sup> al morir éste u otro, es

posible que lo hubieran enterrado en este cerro. Pero en general, constituían una población muy pequeña.

Sobre la base de la información vertida en el cuadro 4, se aprecia que el número total de entierros primarios es de 73: 44 son matlatzincas, 22 mexicas, y 7 de filiación étnica no determinada. En cuanto a la forma en que fueron colocados los cadáveres en este sitio, la más representativa es la flexionada, con sus diversas variedades, aunque la más sobresaliente es la de decúbito dorsal, para matlatzincas y mexicas respectivamente.

Entre los entierros matlatzincas, le siguen en orden de importancia, los entierros en decúbito lateral derecho, lateral izquierdo y sedente; estas tres variedades con igual número de entierros cada una. En cuanto a las variedades de los entierros mexicas, las que siguen un orden decreciente se encuentran, por sólo mencionar algunas, la de decúbito lateral derecho y la sedente.

Es interesante hacer notar que, con respecto a la forma flexionada (fig. 6) en que colocaban a los cuerpos en este sitio, no era sólo privativo para los habitantes de esta región, sino que esta costumbre se empezó a generalizar en varios lugares desde el periodo Clásico y tiene su mayor auge durante el Posclásico.

<sup>13</sup> García (1999: 71 y 72) hace mención que el repoblamiento de una zona, se hacía con gente de origen nahua, así como de hablantes de la lengua nativa y la mexicana. Este mismo autor comenta que en el valle de Toluca los señores de Tenochtitlan, Texcoco, Tacuba, Azcapotzalco y Tlatelolco hablaban cada uno, mandado poblar con colonos de sus respectivas jurisdicciones las tierras y calpolli otomianos que Axayácatl había repartido o distribuido entre ellos. Además este mismo investigador, hace notar que la Triple Alianza en el área otomiana colchón fronterizo que representaba un obstáculo para la expansión de los tarascos; y que los habitantes de esta región participaron activamente en la guerra contra los enemigos del imperio, como abastecedores de alimentos, soldados y productores de armas.

<sup>14</sup> Por su parte, García alude que a: "... los señoríos del valle de Toluca, la conquista militar del imperio mexica provocó un marcado proceso de despoblación debido a las muertes y al éxodo de muchos de sus habitantes. Los miembros de la Triple Alianza procedieron a... repoblar o fundar ahí varias colonias con migrantes provenientes de la cuenca de México. Esto hizo que la presencia numérica de los mexicas en estas zonas, además de muy significativa, tuviera desde entonces importantes implicaciones..." (García, 1999: 44).

<sup>15</sup> Hernán Cortés menciona que: "En todos los señoríos destos señores tenía [f. 62v.] fuerzas fechas, y en ellas gente suya,

e sus gobernadores e cogedores del servicio e renta que de cada provincia le daban; e habla cuenta e razón de lo que cada uno era obligado a dar, porque tienen carat(e)res e figuras escriptas en el papel que facen, por donde se entienden. Cada una destas provincias servían con su género de servicio, segun la calidad de la tierra, por manera que a su poder venía toda suerte de cosas que en las dichas provincias había; e era tan temido de todos, así presentes como absentes, que nunca príncipe del mundo lo fue más" (Cortés, 1958: 330-334). Por su parte García menciona que en el Códice Mendocino se tiene una imagen más ordenada en cuanto a las provincias tributarias de los pueblos ahí mencionados de esta región con relación a la administración mexica, ya que los señores de México, pusieron un calpixque que era como un mayordomo que se encargaba de recoger las rentas y tributos de los señores de México; y en el lugar más principal, se habla nombrado a un gobernador (o *hueycalpixque*) para mantenerlos en paz, impartir justicia, recogerle los tributos a los *calpixque*, y cuidar que no se rebelasen (García, 1999: 92).

FILIACIÓN ÉTNICA	Posiciones	ORIENTACIÓN		SEXO Y EDAD							Número	Subtotal	Total					
		General	Cráneo facial	Masculino			Femenino		Indeterminable									
				Adulto joven	Adulto medio	Adulto avanzado	Adulto	Adulto joven	Adulto medio	Adulto				Adolescente	Adulto medio	Indeterminable		
MATLATZINCAS	Decúbito dorsal flexionado	Norte-Sur	Cenit							1				1	17	44		
			Este (giroversión)		3												3	
			Sur (giroversión)				1		2									3
			No tenía cráneo		2													2
		Este-Oeste	Cenit		1													1
			Norte (giroversión)											1				1
		Oeste-Este	Cenit							1								1
			Norte (giroversión)							1								1
		Noreste-Suroeste	Cenit							1								1
			Suroeste (giroversión)		1													1
	Noroeste-Sureste	Este (giroversión)					1								1			
		Sureste (giroversión)							1						1			
	Decúbito lateral derecho flexionado	Norte-Sur	Oeste		2				1						3			
			Sur		1				1						2			
		Oeste-Este	Este				1								1			
		Sureste-Noroeste	Este						1						1			
	Decúbito lateral izquierdo flexionado	Norte-Sur	Este	1											1			
			Oeste-Este	Norte	1	1											2	
		Noroeste-Sureste	Este		1												1	
			Suroeste		1				1			1					3	
	Sedente	Sur (tronco)	Sur		4				1						5			
		Oeste (tronco)	Oeste	1											1			
Sureste (tronco)		Sureste							1					1				
Irregular	No se tomó	No se tomó			1		1	1						3				
	?	No tenía tronco	Sur									1	1	2				
MEXICAS	Decúbito dorsal flexionado	Norte-Sur	Cenit					1						1				
			Este-Oeste	Cenit						2					2			
		Oeste-Este	Cenit							1					1			
			Norte (giroversión)							1					1			
			Este (giroversión)		1					1						2		
		Noreste-Suroeste	Cenit		1											1		
			Sur (giroversión)		1											1		
	Sureste-Noroeste	Cenit						1						1				
	Decúbito lateral derecho flexionado	Este-Oeste	Norte	1											1			
		Sur-Norte	Este		2										2			
Noreste-Suroeste		Oeste		1				1						2				
Sedente	Sur (tronco)	Sur						1						1				
	Oeste (tronco)	Oeste	1	1				1						3				

● Cuadro 4 Características de los entierros primarios de los matlatzincas y mexicas.

FILIACIÓN ÉTNICA	Posiciones	ORIENTACIÓN		SEXO Y EDAD										Número	Subtotal	Total	
		General	Cráneo facial	Masculino				Femenino			Indeterminable						
				Adulto joven	Adulto medio	Adulto avanzado	Adulto	Adulto joven	Adulto medio	Adulto	Adolescente	Adulto medio	Indeterminable				
MEXICAS	<i>Decúbito lateral izquierdo flexionado</i>	Norte - Sur	Este		1											1	1
	<i>Decúbito ventral flexionado</i>	Oeste-Este	Nadir		1											1	2
		Sureste-Noroeste	Nadir						1							1	
	<i>Sedente</i>	Oeste (tronco)	Oeste		1			1				1			3	3	
?	<i>Decúbito lateral izquierdo flexionado</i>	Oeste-Este	Norte						1				1		2	2	
		<i>Irregular</i>	Noreste-Sureste	No tenía cráneo		1									1	2	
			No se tomó	No se tomó	1										1		
		Total		6	28	1	1	5	23	2	1	2	4		73		

● Cuadro 4 Conclusión.



● Fig. 6 Entierro en posición flexionada.

Esto podría deberse, como lo mencionan González y Salas (1999: 229), a dos razones fundamentales: la primera y tal vez la más importante, es la que conlleva una serie de implicaciones de índole mítico-religiosa, ya que todos estos pueblos compartían la creencia de que al depositar

a sus muertos en forma de feto en útero, éstos volverían a nacer, infiltrándose simbólicamente en las entrañas de la madre tierra (Eliade, 1992: 230). El segundo factor se refiere a la optimización de los espacios.

Durante el proceso de exploración de los esqueletos en este lugar, se llevó a cabo el registro de la orientación general<sup>16</sup> de los entierros en decúbito, de los entierros sedentes,<sup>17</sup> y del cráneo facial. De acuerdo con lo antes mencionado, se determinó que el plano de orientación general más representativo es el de norte a sur para los individuos de filiación matlatzinca, cuando estaban en decúbito dorsal flexionado; para los que se encontraban en decúbito lateral derecho flexionado, la orientación con mayor número de individuos es también la de norte a sur.

Con respecto a los entierros en decúbito lateral izquierdo flexionado, no se aprecia un patrón de orientación representativo.

<sup>16</sup>Eje cráneo-pies.  
<sup>17</sup>Se tomó la parte anterior del tronco.

Por otra parte, en los entierros sedentes predomina la orientación general hacia el sur. Por lo que se refiere a la orientación general que guardaban los entierros primarios de filiación mexicana, en aquellos en decúbito dorsal flexionado sobresale la oeste a este; en las demás posiciones de estos entierros primarios mexicanos, por lo reducido de su incidencia no se tiene una orientación general predominante.

La orientación general de los entierros en relación a su eje cráneo-pies, adquiere un significado real en el sentido en que Johansson postula:

En el este y oeste se articulan los cambios de estado entre la noche y el día, la muerte y la vida: En el sur y el norte culminan los movimientos respectivamente ascendente y descendente del ciclo vital. Es decir que un eje “equinoccial” vincula el nacimiento y la muerte mientras que otro, “solsticial” reúne el cenit existencial con el nadir letal. La vida náhuatl prehispánica se articula sobre estos ejes estructurantes que conjugan la evolución e involución, existencia y muerte (2002: 66 y 67).

Además de la orientación general, en este estudio tomamos en consideración la cráneo facial, que es la que nos indica hacia dónde se colocaba la cara. Para ello se tomó en cuenta lo dicho por Sahagún (1989, t. 2: 487): “... a los difuntos... hacíanlos asentar vuelta la cara al septentrión o *mictlampa*”. En este sentido, Johansson postula: “En el mundo náhuatl el movimiento y las posiciones extremas del sol determinan los puntos cardinales. Asimismo el andar regresivo de los difuntos hacia el origen definen el espacio-tiempo donde iban a morar” (*ibidem*: 58).

Es relevante determinar la orientación de los muertos en dirección hacia alguno de los cuatro puntos cardinales, puesto que ésta representa los cuatro puntos cardinales, cuatro estaciones, cuatro deidades, cuatro elementos, cuatro soles, según se encuentra referido en el *Códice Borgia*, el *Códice Nuttal*, la Piedra del Sol y la Plaza de la Luna (Schöndube, 1975: 239-246).

La giroversión<sup>18</sup> consiste en colocar el cráneo facial o la cara del individuo en dirección diferente a su posición original al momento de su muerte. Gordon Childe (1958:10) consigna: “...un entierro en que el cadáver está reclinado sobre su lado izquierdo, de cara al sur, es un hecho que resulta de un acto humano”. Esta variante cultural se apreció en aquellos esqueletos de este sitio que se encontraban en decúbito dorsal flexionado, tanto para matlatzincas como para mexicas.

De las orientaciones del segmento cráneo facial, encontramos que para los matlatzincas, en posición de decúbito dorsal flexionado, once individuos presentaban giroversión en cinco diferentes orientaciones, y cuatro entierros lo tenían orientado al cenit. Los entierros en decúbito dorsal flexionado y los de decúbito lateral izquierdo flexionado, se distribuyen en siete ejemplares. Cada una de estas dos posiciones se presenta de una manera muy homogénea respecto a su orientación. En los entierros sedentes predomina la orientación de la cara hacia el sur.

En cuanto a la orientación que guardaba la cara de los entierros mexicanos en decúbito dorsal flexionado, seis de ellos la tenían mirando hacia el cenit y cuatro presentaban giroversión a tres puntos cardinales diferentes. Los rostros de los esqueletos que se encontraron en decúbito lateral derecho flexionado estaban orientados de manera muy homogénea: hacia el este, oeste y norte. Por lo que se refiere a la posición sedente, la orientación con más individuos es hacia el oeste; en lo tocante a los entierros en posición de decúbito lateral izquierdo flexionado, así como ventral flexionado, no se tiene ninguna orientación predominante, debido al hecho de que el número de sujetos es muy reducido.

Consideramos que al orientar a los muertos hacia un determinado punto cardinal se crea una

<sup>18</sup> Este hecho se observa en campo porque tanto las vértebras cervicales como el cráneo no guardan su posición original, motivo por el cual no debemos pensar que el cráneo se colapsa en el momento de perder sus partes blandas o porque algún roedor lo movió. En el terreno siempre queda la huella de cómo fue depositado el esqueleto.

asociación con el inframundo y con la actividad cotidiana desarrollada por el muerto: el este corresponde a los campesinos, el norte a los sacerdotes, el oeste a los comerciantes y el sur a los guerreros (Corona y González, 1995: 114).

Si la anterior aseveración es correcta, entonces la orientación es un elemento que puede ayudar a inferir el rango social y actividades económico-productivas. Este hecho se puede corroborar además por la presencia de las ofrendas que sugieren que los sujetos asociados pertenecían a un estrato social determinado del Metepec prehispánico. Por otro lado, tenemos que en esta región se llevaba a cabo el ritual mortuario tal y como lo marcaba la cosmogonía de los pueblos agrícolas, y que respondía a su ideología sustentada en una organización económica, social y religiosa definida.

Caseta, Jalisco en Acosta (2000: 67) describe un entierro en decúbito dorsal flexionado y nos dice que también tenía su cara girada hacia otra orientación. Es importante señalar que en los entierros número 1993-23 y 1993-52 de Monte Albán (Winter *et al.*, 1995: 119-187), los dos individuos que estaban en decúbito ventral extendido, tenían su cráneo facial hacia el oeste. En ese momento no se le daba la merecida relevancia a este hecho cultural, y menos aún se hicieron las inferencias respectivas con relación hacia dónde se encontraba colocada la cara.

En este punto, nos interesa señalar que en la muestra estudiada se tienen siete “entierros ceremoniales”,<sup>19</sup> cinco de ellos no tienen cráneo, sino únicamente el esqueleto poscraneal, y los otros dos están constituidos por el cráneo con su mandíbula y sus tres primeras vértebras cervicales. A esta práctica en lengua náhuatl se le dice *tzontecomatl*,<sup>20</sup> la llevaron a cabo los

grupos asentados en Mesoamérica durante sus diferentes periodos culturales. Nosotros proponemos, que a esta manifestación cultural se le reconozca con el nombre de *tzontecomatl*, ya que es realmente la dimensión exacta de esta práctica ritual sacrificatoria, y que no se siga mencionando a este hecho con el término occidental de decapitación.

La reutilización del espacio mortuario quedó evidenciada por la presencia de entierros primarios parcialmente removidos, o por completo removidos; estos restos óseos y su ofrenda, quedaban depositados en algunas ocasiones al lado del cadáver del nuevo entierro.

El ritual funerario practicado en el sitio Cerro de los Magueyes, fue el acostumbrado por los grupos agrícolas de Mesoamérica, predominantemente para el periodo Posclásico tardío. Se pretendía lograr la continuidad de la existencia de los dioses mediante los ritos y sacrificios humanos; el ritual se basaba en su cosmogonía, que se regía a través del calendario agrícola mismo que determinaba también los tiempos para otras actividades como el intercambio, la religión y la guerra.

## Ofrendas

En la época prehispánica, la ofrenda formaba parte de las costumbres funerarias; cubría las necesidades del difunto en la otra vida, por ejemplo las vasijas con comida les proporcionaban el sustento a los muertos. Las ofrendas se distinguen entre sí por la manera en que fueron colocadas, así como por los objetos ofrendados. En cuanto a la disposición, hemos encontrado que estaban dispuestas por arriba del cráneo, sobre el vientre, o al lado de las extremidades superiores o inferiores. Respecto a los objetos ofrendados eran de tipo doméstico y ceremonial; otros tienen que ver con el intercambio comercial que se dio con otras regiones, y que eran colocados de manera íntegra o manipulados para elaborar nuevos artefactos.

Las vasijas matlatzincas de uso doméstico se caracterizan por carecer de decoración y por su

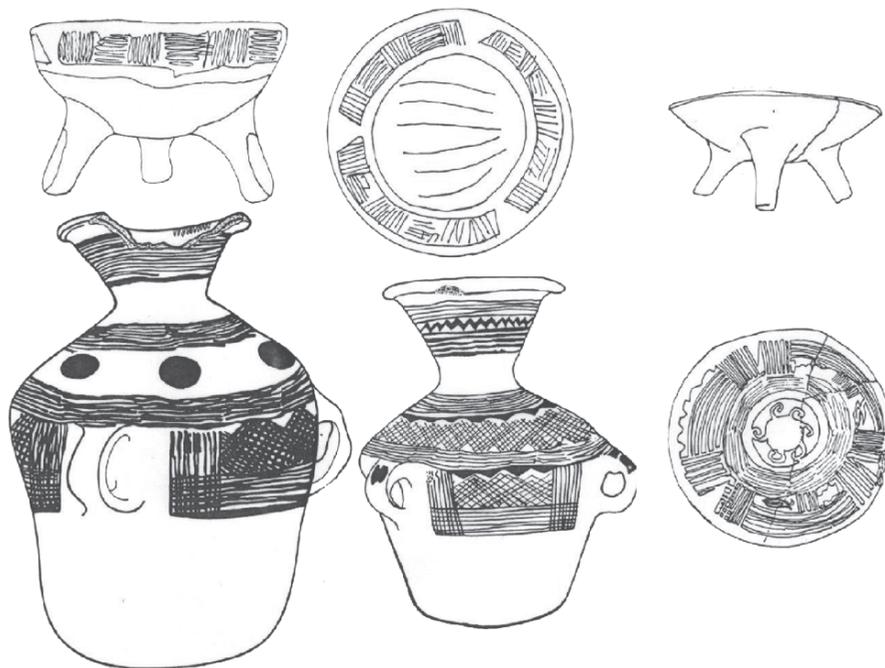
<sup>19</sup>Se utilizó la definición de entierro ceremonial propuesta por Lagunas y colaboradores (1976: 61) donde se considera a todos aquellos esqueletos incompletos que fueron producto del sacrificio humano, ya que el cadáver estuvo sujeto a la mutilación.

<sup>20</sup>Según fray Alonso de Molina (1992: 153 v), *tzontecomatl* es “cabeça cortada y apartada del cuerpo”.

acabado monocromo; las vasijas ceremoniales se distinguen por su decoración y acabado bicromo y policromo. La mayoría de las vajillas halladas en el Cerro de los Magueyes, son de las llamadas matlatzincas. Las más representativas son las bicromas de las cuales se caracterizan: la rojo sobre bayo, rojo sobre café —identificada como la de tipo A de Teotenango (Tommasi, 1978: 108)—, rojo sobre café claro, rojo sobre café rojizo y naranja fuerte sobre café claro. También encontramos la vajilla policroma negro y blanco sobre rojo identificada como la de tipo B de Teotenango (Tommasi, 1978: 110) (fig. 7).

Se identificaron dos vajillas mexica bicromas: la negro sobre rojo y la negro sobre anaranjado, así como también algunas bicromas: anaranjado y crema; y en policromías: blanco y rojo sobre anaranjado; rojo y blanco sobre café, y negro y blanco sobre rojo. De los materiales monocromos, se identificó una sola vajilla —la anaranjada— y dos vasijas, una roja y otra en bayo (fig. 8).

Ya hemos dicho que a los individuos los enterraban acompañados casi siempre con una ofrenda, sin embargo también se encuentran algunos en-



● Fig. 7 Cerámica matlatzinka, Vajilla Rojo/Café Claro (Dibujo: Aimét Calderón).



● Fig. 8 Cerámica azteca, Vajilla Negro/Rojo (Dibujo: Aimét Calderón).

		<i>NÚMERO DE ENTIERRO</i>																						
		18	21	21a	22	23	26	27	27a	28	29	31	33	34	35	36	37	40	43	43a	44	45		
<b>OFRENDA</b>	<i>Cerámica</i>	Ánfora			2															2				
		Botellón	1		1				2			2					1	1		1	1			
		Cajete			5						3	3	1	1	2		1				1	1	4	
		Cajete trípode									3							1				1	2	
		Copa			1			1					1				1					1		
		Cuenco																						
		Cuchara																						
		Jarra																						
		Molcajete			4	2				3		2	2					1				1		4
		Olla				1		1				1			1									2
		Plato trípode			3	2				5	3	5	3					1	2	2		1		3
	<i>Miniatura</i>	Ánfora																						
		Botellón																						
		Cajete			1							2		1			1						2	
		Jarra							1		1													
		Olla			4		1			1		1					1	1	2		1		1	
	<i>Miscelánea</i>	Malacate								1			4											
		Silbato de cabeza zoomorfa					1		1					1	2									
		Tocado de figura antropomorfa							1															
		Torso de figura antropomorfa							1															
	<i>Ornamentos</i>	Anillo de roca																						
		Aro de cobre			2				1															
		Bezote			1	1																1		
		Collar de cuenta de hueso																					1	
		Cuenta			1	1																		
		Cuenta de concha																				3		
		Cuenta de piedra verde					2																	
		Disco																					1	
		Pendiente				1																		1
		Pinza de cobre				1	1																	
	<i>Artefactos</i>	Despulpador																						
		Lasca							3	1														
		Navaja prismática de obsidiana								1			1											
		Perforador de basalto			1																			
		Pulidor			1																			
		Punta de proyectil de obsidiana																					1	
		Raedera de obsidiana					1			1														
		Raedera de ónix																						
		Raspador de basalto			1					1								1				1		
		Aguja de cobre																						
	<i>Otros</i>	Asta de venado			1																			
		Bola de tepojal			1																			
		Mandíbula de perro																						
		Omichichuaztli					1				8													
	<b>Total de objetos ofrendados por entierro</b>		1	30	9	7	2	19	7	23	14	6	4	4	4	3	7	7		12	5	21		

● Cuadro 5 Objetos ofrendados a los entierros matlatzincas.

		NÚMERO DE ENTIERRO																					
		45a	46	47	48	48a	49	50	51	51a	51b	51c	51d	52	52a	52b	52c	52d	52e	52f	52g	57	
OFRENDA	Cerámica	Ánfora		1		2																	
		Botellón																					1
		Cajete	4			2	4				1								1				4
		Cajete trípode	2																				
		Copa																					
		Cuenco																					
		Cuchara		1																			
		Jarra																					
		Molcajete	4	3		4	2	1			1												
		Olla	2			1					1												2
	Plato trípode	3	2		4	2				1												4	
	Miniatura	Ánfora																					
		Botellón																					
		Cajete	2						1														
		Jarra																	1				
		Olla	1			1	1			1									2			2	
	Miscelánea	Malacate																6				2	
		Silbato de cabeza zoomorfa																					
		Tocado de figura antropomorfa																					
		Torso de figura antropomorfa																	1				
	Ornamentos	Anillo de roca																					
		Aro de cobre																					
		Bezote		1				1	1														
		Collar de cuenta de hueso	1																				
		Cuenta																					
		Cuenta de concha																					
		Cuenta de piedra verde						1															
		Disco	1																				
		Pendiente	1																				
		Pinza de cobre																					
	Artefactos	Despulpador																					
		Lasca																					
Navaja prismática de obsidiana																							
Perforador de basalto																							
Pulidor																							
Punta de proyectil de obsidiana											1												
Raedera de obsidiana																							
Raedera de ónix																			2				
Raspador de basalto			1																2				
Aguja de cobre																							
Otros	Asta de venado		1																				
	Bola de tepojal																						
	Mandíbula de perro		1																				
	Omichichauztli				1						1												
<b>Total de objetos ofrendados por entierro</b>		21	11	1	14	11	3		7								15				15		

		<i>NÚMERO DE ENTIERRO</i>																						
		58	59	62	67	70	71	73	74	77	78	81	83	83a	90	91	92	93	94	95	95a	95b		
<b>OFRENDA</b>	<b>Cerámica</b>	Ánfora												1										
		Botellón	1		1															2				
		Cajete		1	1		2			2		2		1	2			2				1		
		Cajete trípode												1			1							
		Copa																						
		Cuenco																						
		Cuchara																						
		Jarra																						
		Molcajete	2	1						1		3			3	1							1	
		Olla				1				1					1				1					
	Plato trípode	2	2	2							2	1			2	1	1	1	1			1		
	<b>Miniatura</b>	Ánfora																						
		Botellón			1											1								
		Cajete	1											1										
		Jarra																						
		Olla			2						2	1			1			1				1		
	<b>Miscelánea</b>	Malacate	2	1	1		1	3	1	12	1								5					
		Silbato de cabeza zoomorfa																						
		Tocado de figura antropomorfa																						
		Torso de figura antropomorfa																						
	<b>Ornamentos</b>	Anillo de roca									1													
		Aro de cobre																2						
		Bezote			1									1	1									
		Collar de cuenta de hueso																						
		Cuenta									1			1										
		Cuenta de concha																						
		Cuenta de piedra verde																						
		Disco																						
		Pendiente																						
		Pinza de cobre			2											3	1							
	<b>Artefactos</b>	Despulpador																						
		Lasca																						
		Navaja prismática de obsidiana						1			1				1				1					
		Perforador de basalto																						
		Pulidor																						
		Punta de proyectil de obsidiana																						
		Raedera de obsidiana																						
		Raedera de ónix																						
		Raspador de basalto	2						1			1								1			1	
		Aguja de cobre										1												
	<b>Otros</b>	Asta de venado																						
		Bola de tepojal																						
Mandíbula de perro																								
Omichicahuaztli																	10							
<b>Total de objetos ofrendados por entierro</b>		10	5	11	1	3	4	2	4	16	10	3	10	8	6	15	11	2			5			

● Cuadro 5 Continuación.

		<b>NÚMERO DE ENTIERRO</b>																							
		99	100	102	104	108	112	114	115	119	123	129	129a	130	131	132	133	134	134a	134b	135	136			
<b>OFRENDA</b>	<b>Cerámica</b>	Ánfora			1			1			1				1							1			
		Botellón							2			1						1		3					
		Cajete	1		2	1	1	1						1	1		2						2		
		Cajete trípode															1								
		Copa																							
		Cuenco																						1	
		Cuchara																							
		Jarra	1																						
		Molcajete	2	3			1			1		1				1	1	1			2				
		Olla																							
		Plato trípode		2			2				2					1	1	1			1				
	<b>Miniatuara</b>	Ánfora																		1					
		Botellón								1							1								
		Cajete																							
		Jarra							2								1								
		Olla					1		1		1				1					1		1	2		
	<b>Miscelánea</b>	Malacate	1		2		1	2	10					1											
		Silbato de cabeza zoomorfa																							
		Tocado de figura antropomorfa																							
	<b>Ornamentos</b>	Torso de figura antropomorfa																							
		Anillo de roca																							
		Aro de cobre																							
		Bezote				1										1	1								
		Collar de cuenta de hueso																							
		Cuenta																							
		Cuenta de concha																							
		Cuenta de piedra verde																							
		Disco																							
		Pendiente																							
		Pinza de cobre										1											1		
	<b>Artefactos</b>	Despulpador																							
		Lasca																							
		Navaja prismática de obsidiana				1		1	1								1								
		Perforador de basalto																							
		Pulidor																							
		Punta de proyectil de obsidiana															1								
		Raedera de obsidiana																							
		Raedera de ónix																							
		Raspador de basalto		1	2		1			3															
	Aguja de cobre																								
	<b>Otros</b>	Asta de venado																							
		Bola de tepojal																							
Mandíbula de perro																									
Omichicahuaztli														3							8				
<b>Total de objetos ofrendados por entierro</b>		5	6	7	3	7	4	15	7	2	5	2	7	4	10	1		8		9	7				

● Cuadro 5 Continuación.

		NÚMERO DE ENTIERRO	137	138	139	140	142	145	162	163	Objetos de la ofrenda	Elementos de la ofrenda	
OFRENDA	Cerámica	Ánfora	2			1	1			1	18	287	
		Botellón								1	23		
		Cajete	4		1	4			1		70		
		Cajete trípode									10		
		Copa								1	6		
		Cuenco									1		
		Cuchara								1	2		
		Jarra									1		
		Molcajete				3			1	3	1		63
		Olla	1			1	1						17
		Plato trípode		2	3	2					1		76
	Miniatura	Ánfora										1	65
		Botellón										4	
		Cajete					1		1	1	13		
		Jarra									6		
		Olla	1		2	2					41		
	Miscelánea	Malacate		1			1					59	66
		Silbato de cabeza zoomorfa										5	
		Tocado de figura antropomorfa										1	
		Torso de figura antropomorfa										1	
	Ornamentos	Anillo de roca										1	46
		Aro de cobre										5	
		Bezote				1						13	
		Collar de cuenta de hueso										1	
		Cuenta										4	
		Cuenta de concha								3		6	
		Cuenta de piedra verde										3	
		Disco										1	
		Pendiente										2	
	Pinza de cobre										10		
	Artefactos	Despulpador		1								1	45
		Lasca										4	
		Navaja prismática de obsidiana										10	
		Perforador de basalto										1	
		Pulidor										1	
		Punta de proyectil de obsidiana										3	
Raedera de obsidiana											2		
Raedera de ónix											2		
Raspador de basalto											20		
Aguja de cobre											1		
Otros	Asta de venado										2	36	
	Bola de tepojal										1		
	Mandíbula de perro										1		
	Omichahuaztli										32		
<b>Total de objetos ofrendados por entierro</b>		8	4	9	5	10	1	5	10		545	545	

● Cuadro 5 Conclusión.

NÚMERO DE ENTIERRO	OFRENDA														Total de objetos ofrendados por entierro																	
	Cerámica							Cer. miniatura		Mis.*	Ornamentos			Artefactos																		
	Ánfora	Borellón	Cajete	Cajete con base anular	Cajete trípode	Copa	Jarra	Molcajete	Olla	Plato trípode	Borellón	Cajete	Cajete de silueta compuesto	Jarra		Olla	Figura antropomorfa de basalto	Malacate	Argolla de cobre	Bezote	Cuenta de hueso	Orejera	Pendiente de piedra verde	Pinza de cobre	Mano de metate	Navaja prismática de obsidiana	Perforador de basalto	Punta de proyectil de obsidiana	Racdera de obsidiana	Raspador de basalto	Aguja de cobre	
41	1		1		2						1					2		1													9	
54							1																		2	1					4	
56	1		1													3									2				1		8	
63		1	1					5	4		2			2	1	50												1			67	
75	1		3			1	2																								7	
76						1	1									3															5	
85			2				1																	1					2		6	
86	1		2	1										1	9										1						15	
103												1							9			3									13	
105	1		3	2			1									1					1									1	10	
106																																
106a			1		1	1										2									1						6	
106b																																
110																																
110a	1		1			1										1								1					1		6	
113			1						1																							2
118						1																										1
122			5			1	1																									7
124						1													1													2
125	1		2		1	1	2																									7
128																																
128a	2		1	1							1					9					1				1					1	17	
149			1			1		3																								5
151			5	1					1		1			1	5																	14
152			3	1			2									1							1					1	1		10	
153			7	1		2			1							2																13
155																																
155a			5	1		1	2				1				4														1		15	
158			1																										1			2
159																																
159a			5	1		1			1			1													1						10	
160		1	2				1									1	1	1														7
161																																
161a			2			1	1																									4
Objetos de la ofrenda	9	2	55	9	4	2	12	20	3	8	1	5	1	1	4	1	93	1	3	9	2	3	1	2	8	1	1	1	8	1	271	
Elementos de la ofrenda						124						12				94				19											271	

\* Miscelánea.

● Cuadro 6 Objetos ofrendados a los entierros mexicas.

tierros sin ella, quizá porque se colocaron objetos manufacturados con materiales perecederos (mantas, petates, madera, etcétera), o bien por tratarse de individuos de estrato social bajo. Este caso es sin duda el menos factible.

Entre los objetos que componían la ofrenda de los entierros matlatzincas (cuadro 5), la cerámica es la que tiene el mayor número de objetos. Sobresalen por su cantidad los platos trípodes, los cajetes y los molcajetes: suponemos que en estos recipientes se colocaba la comida de los muertos; los objetos que aparecen con menos frecuencia son cajetes trípodes, copas, cucharas, cuencos y jarras. Los objetos ofrendados tal vez indiquen el estatus social que el individuo tuvo en vida, lo mismo sucede con los ornamentos (objetos suntuarios u objetos foráneos), obtenidos a través del comercio o del tributo. Además de los objetos antes mencionados también se obtuvieron *omichicahuaxtlis*, restos óseos de perro, astas de venados, y un zorrillo.<sup>21</sup>

Las ofrendas de los entierros mexicas (cuadro 6), se caracterizan porque el mayor número de objetos corresponden a las vasijas de uso doméstico: cajetes, molcajetes y jarras; también se tienen vasijas miniatura, malacates chicos, medianos y grandes, figura antropomorfa de basalto, manos de metate, navajas prismáticas de obsidiana, perforadores, puntas de proyectil, raederas, raspadores, argollas de cobre, bezotes, cuentas de hueso, orejeras, pinzas y agujas. Objetos de uso personal que el individuo hubiese poseído en vida también están presentes. Debemos considerar que seguramente también habían textiles, pero no pueden incluirse en nuestra descripción, ya que por su fragilidad se desintegraron.

Se observó que las ofrendas de los matlatzincas se distinguen, de las de los mexicas, por la pre-

sencia de silbatos zoomorfos, *omichicahuaxtlis*<sup>22</sup> y restos óseos de animales colocados sólo a tres individuos. Sólo en las ofrendas mexicas se da la presencia de orejeras.

No existe distinción en los objetos ofrendados a hombres y mujeres: vasijas y malacates fueron colocados en ambos casos.

De acuerdo con Séjourné, las vasijas miniatura son una reproducción de las de uso doméstico; otra opinión dice que éstas se encontraban reservadas —aunque no de uso exclusivo— a ofrendas funerarias (1966: 56 y 229). Para García Payón, estas miniaturas “... profesaba ciertos conceptos anímicos en los que jugaba un papel importante la vida ulterior del hombre más allá de la muerte, pues... se entregaban al alma del difunto con el mismo objeto que los de su pertenencia” (1941: 77). Este mismo autor señala que los *omichicahuaxtlis* eran: “... estos huesos rayados fueran de los enemigos que conservarían como amuletos o fetiches, y fueron enterrados con su dueño, esto es, con la persona que los había conseguido, pues para su poseedor tenían un poder mágico que le adjudicaban el poder del vencido...” (*Ibidem*: 1941: 75).

## Comentario final

El estudio de los entierros humanos es parte de la tarea de investigación que realizan tanto los antropólogos físicos como los arqueólogos; este trabajo ha servido para determinar sistemas de enterramiento, costumbres funerarias, pertenencia al grupo étnico, estatus social, así como transformaciones políticas, sociales y religiosas.

Con los resultados hasta ahora obtenidos de la investigación arqueológica y antropofísica, en el Cerro de los Magueyes, Metepec se constata la conformación de su *altepetl* durante el Posclásico tardío. Este rasgo es el más relevante que

<sup>21</sup> La identificación del animal que acompaña al entierro núm. 111, la hizo el biólogo Óscar Polaco, de la Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico del INAH, el cual menciona que se trata de un *Mephitis macroura Lichtenstein*, 1832, zorrillo adulto hembra y presenta mucho desgaste de los molares.

<sup>22</sup> Están elaborados en material óseo humano, preferentemente en el húmero, fémur y tibia, y presentan sobre su cuerpo varias muescas transversales.

debió haber existido para esta región; al respecto García menciona que el *altepetl*: “...en realidad hace referencia a un grupo de gente que tenía gran control sobre un espacio territorial dado y que estaba unido, esencialmente, por lazos políticos” (1999: 92). Este mismo autor dice que “...Meteppec, Calimaya, Tenango, Tepemajalco, y Joquitzingo, fueron *altepeme* otomianos donde había dependencias de los mexicas” (*Ibidem*: 48).

El Cerro de los Magueyes fue un lugar donde los matlatzincas y mexicas del periodo Posclásico tardío, enterraron a sus muertos siguiendo la costumbre de su ritual funerario colocando el cuerpo del individuo en una posición y orientación determinada, para asociarlo con la deidad venerada en el momento en que aconteció su muerte, y de acuerdo con la actividad que hubiera realizado en vida. Con la presencia de los entierros ceremoniales —compuestos por cráneos con sus tres primeras vértebras cervicales—, se constata la práctica del sacrificio humano en honor a sus dioses, dando continuidad al proceso cosmogónico posiblemente para obtener la permanencia de los beneficios brindados por los dioses venerados.

En nuestro análisis tanto arqueológico como antropofísico de los restos óseos se pudo observar que los entierros de este sitio son primarios y secundarios, directos e indirectos, así como individuales y colectivos. Las posiciones y orientaciones que guardaban los entierros primarios matlatzincas y mexicas fueron diversas. Por las observaciones hechas en campo y el análisis del material cerámico —específicamente vasijas— llevado a cabo en el laboratorio determinamos que hubo dos grupos étnicos definidos; asimismo se identificaron en excavación tres sectores, en los que se colocaban los muertos de acuerdo con su filiación étnica.

Los mexica se ubicaron en el lado noroeste y oeste preferentemente; los matlatzinca estaban en la parte central y norte; aquellos individuos que no se les pudo determinar su filiación étnica se encontraban hacia el sur.

Es muy probable que la ubicación de los enterramientos en la cima del cerro se haya debido a la concepción de considerar a este sitio como un lugar sagrado para ubicar su centro funerario, depositando allí tal vez a los muertos de mayor relevancia.

A través de las fuentes sabemos que el Cerro de los Magueyes debió haberse constituido como un lugar sagrado conforme a la cosmovisión mexica; podemos decir que se trata de un cerro divino, un lugar de fuerza mágica y de poderes sobrenaturales (Broda, 1982: 45). El Cerro de los Magueyes pudiera significar, en la cosmovisión mexica, el *tlaloque* al haberlo considerado como cerro divino, ya que existía una estrecha relación entre los dioses de los cerros y la planta del maguey. Recordemos que el glifo de esta planta fue tomado para identificar al cerro de Meteppec (fig. 9). En la parte inferior del glifo del cerro aparece una cueva, cerro y agua: dos elementos necesarios para la vida de la comunidad. Como afirma Broda (1982: 49) existía una íntima asociación entre las fuentes, los lagos y los cerros; en estos últimos se engendran las nubes y se originan las tormentas y las lluvias. Durante el Posclásico tardío a los cerros se les relacionaba con el agua; en el mito náhuatl se creía que en el interior de los cerros reposaban



● Fig. 9 Glifo de Meteppec (Fuente: *Matrícula de Tributos*).

los alimentos esenciales (el maíz) y las aguas germinales, los cerros eran el símbolo de la fertilidad del maíz y de los mismos seres humanos; los cerros fueron los lugares privilegiados de la habitación humana y el lugar más sagrado de la matriz del reino (Florescano, 1998: 318-329).

La excavación de este centro funerario también nos permitió hacer una serie de observaciones que comparten entre sí la mayoría de los entierros matlatzincas: cerro de los Magueyes, Teotenango y Calixtlahuaca se caracterizan por la reutilización del espacio mortuario, lo que trae como consecuencia que dentro de un mismo contexto arqueológico se encuentren tanto entierros primarios y secundarios; también se aprecia, la presencia de un osario. Al respecto García Payón (1941: 78) menciona:

... y los lugares en donde reconcentraban las osamentas de sus difuntos recibía el nombre de *pychoritehaqui*, y es lógico suponer que como la mayoría de las tribus organizadas en clanes, cada uno de ellos tuviera su propio *pychoritehaqui*, que individualmente recibía el nombre de *pytehaqui*.

Los elementos culturales que conforman la ofrenda de los entierros matlatzincas son: *omichichuaxtlis*, silbatos antropomorfos y zoomorfos, así como flautas zoomorfas y antropomorfas, como es el caso de los esqueletos de Teotenango.

Por último es interesante hacer notar que en la zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca, se aprecia un tratamiento especial en cuanto a colocar el cráneo sobre o debajo de un recipiente cerámico, y que en el Cerro de los Magueyes algunos esqueletos tuvieron ofrenda capital.

- Acosta Nieva, Rosario  
2000. “La Tumba B del sitio Caseta, Jalisco una visión arqueo-antropológica”, *Arqueología* revista de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia núm. 23, México, INAH, pp. 61-77.
- Broda, Johanna  
1982. “El Culto Mexica de los Cerros y del Agua”, *Multidisciplina*, vol. 3, núm. 7, México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 45-56.
- Brothwell Don, R.  
1965. *Digging Up Bones*, The British Museum (Natural History), England.
- Carbajal Correa, María del Carmen  
1997. “Los Enterramientos en el Cerro de los Magueyes”, Tesis de Licenciatura en Arqueología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Carrasco Pizana, Pedro  
1987. *Los Otomies. Cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*, Toluca, Edo. de México, Ediciones del Gobierno del Estado de México, edición facsimilar de la de 1979.
- Corona Sánchez, Eduardo y Luis Alfonso González Miranda  
1995. “Algunas consideraciones etnoarqueocoscogónicas en el estudio de entierros humanos prehispánicos: el caso de Teotihuacan”, en Rosa María Ramos Rodríguez y Sergio López Alonso (eds.), *Estudios de Antropología Biológica*, vol. V, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 111-121.
- Cortés, Hernán  
1958. *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos*

*V Sobre la Invasión de Anáhuac*, t. I, contiene las relaciones I y II, (Aclaraciones y rectificaciones por la profesora Eulalia Guzmán), México, Anáhuac, Libros.

- Childe Gordon, Vere  
1958. *Reconstruyendo el Pasado*, Problemas Científicos y Filosóficos 12, México, UNAM.

- Eliade, Mircea  
1992. *Tratado de historia de las religiones*, México, Era.

- Ferembach, D., I. Schwidetzky, y M., Stloukal  
1979. "Recommandations pour déterminer l'âge et sur le sexe sur le squelette", *Bulletin et Memoirs de la Societe d'Anthropologie de Paris*, t. 6, serie III, París, pp. 7-45.

- Florescano, Enrique  
1998. *Estado y Nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México, Nuevo siglo*, México, Aguilar.

- Galvany LL., Julio (coord.)  
1991. *Matrícula de Tributos, nuevos estudios*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

- García Castro, René  
1999. *Indios, territorio y poder en la provincia Matlatzinca. La negación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVII*, México, El Colegio Mexiquense, A. C., Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social.

- García Payón, José  
1936. *La Zona Arqueológica de Tecaxic Calixtlahuaca y los Matlatzincas*, Primera parte, México, Secretaría de Educación Pública, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

1941. "Manera de disponer de los muertos entre los Matlatzincas del Valle de Toluca", *Revista Mexicana de Estudios*

*Antropológicos*, t. V, núm. 1, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 64-78.

- Genovés Terazaga, Santiago  
1962. *Introducción al diagnóstico de la edad y del sexo en restos óseos prehistóricos*, México, Publicaciones del Instituto de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Primera Serie, núm. 75.

- Gómez Serafín, Susana; Enrique Fernández Dávila y Francisco Javier Sansores González  
1994. *Enterramientos humanos de la época Prehispánica en Tula, Hidalgo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Científica, núm. 276).

- González Miranda, Luis Alfonso y María Elena Salas Cuesta  
1999. "Los Entierros del Centro Político-Religioso y de la Periferia de Teotihuacan de la Temporada 1980-1982", en Linda Manzanilla y Carlos Serrano (eds.), *Prácticas Funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas y Dirección General de Apoyo al Personal Académico, pp. 219-246.

- González de la Vara, Fernán  
1998. "Historia Prehispánica de Toluca", en Yoku Sugiura Y. (coord.), *Historia General del Estado de México*, vol. 1, cap. 5, México, Gobierno del Estado de México y Colegio Mexiquense, A. C., pp. 163-198.

- Hooton, E.  
1947. *Man from the ape*, USA, Mc. Millan Company.

- Jarquín Ortega, Ma. Teresa  
1990. *Formación y Desarrollo de un Pueblo Novohispano: Metepec en el Valle de Toluca*, Toluca, México, El Colegio Mexiquense [Centro de Estudios Históricos] y H. Ayuntamiento de Metepec.

- Johansson K., Patrick  
2002. *Ritos mortuorios nahuas precolombinos*, México, Secretaría de Cultura Puebla, Gobierno del Estado de Puebla.
- Krogman, Wilton Marion  
1962. *The Human Skeleton in Forensic Medicine*, Springfield, Illinois, USA, Charles C. Thomas Publisher.
- Krogman, Wilton Marion e Mehemt Yasar Iscan  
1986. *The human Skeleton in Forensic Medicine*, Springfield, Illinois, USA, Charles C. Thomas Publisher.
- Kingsborough, Lord (recop.)  
1964. *Antigüedades de México*, vol I, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, pp. 3-148.
- Lagunas Rodríguez, Zaíd; Carlos Serrano Sánchez y Sergio López Alonso  
1976. *Enterramientos Humanos en la Zona Arqueológica de Cholula, Puebla*, México, Departamento de Antropología Física, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Científica, núm. 44).
- Mann W., Robert  
1990. *Regional Atlas of Bone Decease a Guide to Pathologic and Normal Variation in the Human Skeleton*, USA, Charles C. Thomas, Publisher.
- Meindl, Richard y Owen, Lovejoy  
1985. "Ectocraneal suture closure a revised method for the determination of skeletal age at death, based of the lateral anterior sutures", *American Journal of Physical Antropology*, Alan R. Liss Inc, USA, vol. 68, núm. 1, pp. 57-66.
- Molina, fray Alonso de  
1992. *Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana y Mexicana y Castellana*, México, Porrúa, S. A.
- Olivier, Georges  
1960. *Pratique Antropologique*, París, Vigot Frères, Editeurs.
- Piña Chán, Román  
1975 "El Valle de Matlacingo y Teotenango", en *Teotenango: El Antiguo Lugar de la Muralla. Memoria de las Excavaciones Arqueológicas*, t. I, (director del proyecto Román Piña Chan), México, Dirección de Turismo, Gobierno del Estado de México, pp. 23-40.
- 1975. "Acerca de los Matlatzincas y su Cultura", en *Teotenango: El Antiguo Lugar de la Muralla. Memoria de las Excavaciones Arqueológicas*, t. II, (director del proyecto Román Piña Chán), México, Dirección de Turismo, Gobierno del Estado de México, pp. 543-568.
- Quezada, Noemí  
1996. *Los Matlatzincas. Época prehispánica y Época colonial hasta 1650*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Romano Pacheco, Arturo  
1974. "Sistemas de Enterramientos", en *Antropología Física, Época Prehispánica, México: panorama histórico cultural III*, México, Secretaría de Educación Pública e Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 85-112.
- Sahagún, fray Bernardino  
1989. *Historia de las Cosas de la Nueva España*, t. 1 y 2, México, (Introducción, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial Mexicana (Cien de México).
- Séjourné, Laurette  
1966. *Arqueología de Teotihuacán: La Cerámica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Schöndube, Otto  
1975. "Interpretación de la estructura ubicada al pie de la pirámide de la Luna, Teotihuacán", *Sociedad Mexicana de Antropología, XIII Mesa Redonda*,

*Arqueología II*, Xalapa, Veracruz,  
pp. 239-246.0

- Sugiura Y., Yoko  
1980. "El material cerámico formativo del sitio 193, Metepec, Estado de México", *Anales de Antropología*, vol. XVII, t. 1, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 129-148.
  
- 1991. "En torno a los problemas étnicos en la arqueología regional: la Cuenca del Alto Lerma en el Posclásico", *Anales de Antropología*, vol. XXVIII, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 241-270.
  
- Tommasi de Magrelli, Wanda  
1978. *La cerámica funeraria de Teotenango*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, núm. 61.
  
- Ubelaker Douglas, H.  
1989. *Human Skeletal Remains, Excavation, Analysis, Interpretation*, Manuals on Archeology, 2, Taraxacum, Washington, Smithsonian Institution.
  
- Zacarías Bustos, María Patricia  
1975. "Los enterramientos", en *Teotenango: El Antiguo Lugar de la Muralla. Memoria de las Excavaciones Arqueológicas*, t. II, Smithsonian Institution, Dirección de Turismo, Gobierno del Estado de México, pp. 365-409.
  
- White Tim, D.  
1991. *Human Osteology*, USA, Academic Press, Inc.
  
- Winter, Marcus; Cira Martínez López; William O. Autry Jr; Richard G. Wilkinson y Pedro Antonio Juárez  
1995. *Entierros Humanos de Monte Albán: Dos Estudios*, México, Centro INAH Oaxaca, Proyecto Especial Monte Albán 1992-1994 (Marcus Winter, coord.).



## **Entierro en decúbito ventral flexionado en Balcón de Montezuma, Victoria, Tamaulipas**

Durante los trabajos de excavación en el sitio arqueológico Balcón de Montezuma, Tamaulipas a finales de los años ochenta y principios de los noventa, se recuperaron cerca de 200 entierros humanos, localizados tanto al interior como al exterior de los basamentos. Los entierros fueron de tipo primario, secundario y múltiple, en prácticamente todas las posiciones y de todas las edades. Al exterior de los basamentos, se localizaron principalmente a los lados de las escaleras y en el “andador”, entre los basamentos 34 y 31 de la Plaza 2. Al interior se localizaron bajo el piso de los basamentos 46, 47, 29, 25 y al norte del altar central en la Plaza 2 principalmente (Nárez, 1989 y 1992).

### **El sistema de enterramiento en Balcón de Montezuma**

La mayoría de los entierros excavados fueron depositados en posición sedente, flexionada y en decúbito lateral derecho e izquierdo, algunos más estaban de manera desordenada debido a la reutilización del espacio para entierros posteriores; pocos fueron los que se localizaron en posición dorsal extendida. La mayoría de los entierros se caracterizaron por su sencillez: carecen de ofrendas y en ocasiones sólo presentaban objetos de ornato personal (Nárez, 1992).

Uno de los basamentos que mayor número de entierros presentó fue el número 47. De los 28 entierros explorados llaman la atención dos de ellos —el 18 y 25—, ya que tenían una loza recortada intencionalmente para que sirviera de apoyo al cráneo; se identificaron como perinatal y un infante de 8 años respectivamente (Rivera, 1996). Al sur del basamento 36 “...casi a flor de tierra se descubrieron numerosos huesos, posiblemente humanos, muy fragmentados, así como un entierro de dos individuos (...) colocados sobre una gran laja de roca caliza” (Nárez, 1989: 25).

\* Programa de protección Legal y Técnica del patrimonio Arqueológico, INAH Tamaulipas.  
vicval@starmedia.com

De igual forma, los entierros 11 y 1 del basamento 47 “...se caracteriza(ron) por haberseles colocado una hilada de piedras desde la cabeza hasta los pies, como delineando su cuerpo” (Rivera, 1996: 189).

De los 28 entierros explorados en el basamento 47, los dos infantes presentaron ofrendas, destacando la del entierro 25; éste tenía 100 cuentas alrededor del cuello y 29 pendientes elaborados en concha, arcilla y jadeita, una olla en color café y un disco de calcedonia rosa. Los demás entierros presentaron algunos objetos asociados como figurillas, pipas, cuarzos cristalinos y nódulos de hematita “...de tal forma que todos o casi todos debieron haber contado con algún sencillo tributo, principalmente los niños...” (*ibidem*: 195).

De este basamento se identificaron 17 restos pertenecientes a infantes que van desde un perinatal hasta uno de ocho años; cinco corresponden a adultos, uno de ellos es de aproximadamente 50 años y de sexo femenino, otro es un adulto joven de 21 a 25 años, también de sexo femenino. Los estudios antropofísicos permitieron conocer la edad de los individuos de Balcón de Montezuma, presentando en general una taza de mortandad normal, ya que hay desde perinatales hasta individuos mayores de 60 años (*Cf.* Rivera, 1996; Nárez, 1992).

En términos generales la orientación no parece haber tenido un patrón determinado ya que los entierros se depositaron en diferentes direcciones, dependiendo quizá de las circunstancias del terreno: el suelo es poco profundo, y por ello los entierros se localizaron a poca profundidad.

### Patología

La patología más frecuente es la caries oclusal y degollante en los incisivos centrales inferiores; la atricción dentaria sobre todo en los incisivos provocada posiblemente por una dieta compuesta por alimentos relativamente duros. En algunas mandíbulas se observó que el suje-

to perdió piezas dentales *ante mortem*, ya que la mayor parte de los alvéolos estaban reabsorbidos. De igual forma se presentó el raquitismo y la descalcificación (Rivera, *op. cit.* y Nárez, *op. cit.*).

El entierro 8 del basamento 50 —un infante de cinco años de edad— presentó limado en los incisivos centrales superiores e inferiores, sin embargo, la mutilación debió haberse practicado con dos años de anterioridad dada la apariencia de uso que se observa en los dientes. La importancia de este caso es que se trata del primer ejemplo de mutilación dentaria infantil, por lo que cambia la conceptualización que de dicha práctica se tenía<sup>1</sup> (Peña Gómez, 1997 y Nárez, 1992). (Sin embargo, la mutilación dental infantil no es objeto de este trabajo).<sup>2</sup>

### Entierros en otros sitios de la Sierra Madre Oriental y Sierra de Tamaulipas

Hacia la década de los años cincuenta, Richard S. MacNeish realizó investigaciones arqueológicas en varios puntos de la Sierra de Tamaulipas. En ella se excavaron algunos entierros caracterizados por haber sido colocados en posición flexionada o por estar sepultados en fardos o bultos mortuorios y con poca ofrenda. En uno de estos sitios se reporta la existencia de un cementerio de “fardos funerarios”, todos con abundante ofrenda. “Se trata de una plaza de unos cien metros de lado en donde a unos 60 cm bajo la superficie se encontraron los enterramientos, por lo regular en vasijas y entre vasijas” (Merino y García Cook, 1997: 358).

En 1975 el antropólogo físico Arturo Romano realizó el estudio de un cráneo fragmentado e

<sup>1</sup> El antropólogo físico José Antonio Pompa y Padilla, ha revisado recientemente este maxilar y ha sugerido que la supuesta mutilación es, probablemente, una deformación patológica ocasionada por sífilis. La existencia de esta enfermedad durante la época prehispánica sigue en el debate (Gustavo A. Ramírez, comunicación personal).

<sup>2</sup> Sobre la mutilación dental infantil puede consultarse Peña Gómez, 1997.

incompleto, una mandíbula igualmente rota e incompleta y 17 piezas dentarias, todas provenientes del Ejido de la Torrequilla, municipio de González, Tamaulipas. En los estudios realizados a los restos óseos se observó que éstos son muy similares, en cuanto a craneomorfología y craneomorfometría, a los de la Cueva de la Candelaria, Coahuila, que a su vez presentan un estrecho parecido morfométrico con las poblaciones norte, sur, oeste y centro de Texas. Con base en lo anterior es factible que “...esta población prehispánica de la Sierra de Tamaulipas, biológica y culturalmente haya pertenecido a Aridoamérica con fuertes contactos con Mesoamérica” (Romano, 1977: 641).

Este trabajo permitió definir que los restos corresponden a un individuo de sexo masculino, dolicocefalo, con rasgos probables de paleoamerindio (incisivos en forma de “pala”); del estudio de las piezas dentarias se observó que la dieta consistió en alimentos relativamente duros y además se utilizaron en funciones de otro orden distinto al masticatorio, esto por el grado y tipo de desgaste de las piezas. Cabe mencionar que algunas de las piezas dentarias se perdieron antes de morir el individuo, ya que se apreció la reabsorción alveolar en molares superiores e inferiores (Romano, *op. cit.*).

En 1998, como parte de las actividades del Rescate Arqueológico “Rumbo Nuevo”, se excavaron algunos pozos en el sitio serrano de San Antonio. De los once pozos practicados, el número 7 fue el que proporcionó los datos más interesantes con relación a las costumbres funerarias. Se recuperaron tres entierros, cada uno con su ofrenda respectiva.

Por diversas razones, el entierro 1 no se excavó totalmente; tenía asociado una olla globular antropomorfa invertida sobre el cráneo (vasija capital) (*Cf.* Ramírez, 1998a y Ramírez *et al.*, 1998).

El entierro 2 se encontró cubierto por una “escudilla funeraria”, similar a las encontradas en San Antonio Nogalar. Contenía restos del cráneo, maxilar inferior, así como huesos largos y

cortos. Fuera de la vasija aparecieron huesos largos de extremidades mostrando una posición en decúbito lateral derecho (Ramírez, *op. cit.*). Para el arqueólogo Gustavo Ramírez es posible “...que se tratara de otro entierro sobre el cual se sobrepuso posteriormente éste...” (Ramírez, 1998: 6), ya que apareció una pequeña vasija trípode colocada boca abajo entre el esqueleto y el entierro 2: posiblemente se trata de la ofrenda del entierro en cuestión (*Cf.* Ramírez, *op. cit.* y Ramírez, *et al.*, *op. cit.*).

El entierro 3 fue secundario e indirecto, se colocó dentro de una vasija invertida o “escudilla funeraria”. Se recuperó parte de un cráneo y huesos largos de las extremidades inferiores.

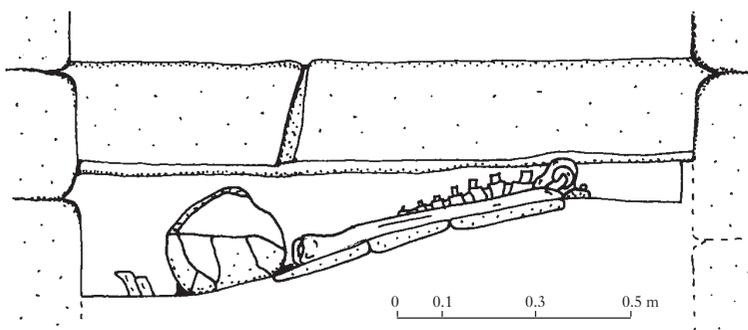
Un cuarto entierro no se excavó por falta de tiempo, por lo que desconocen sus características.

De igual forma se recuperaron algunos restos óseos humanos en el sitio Los Cuartones, Los Cuartones II y California, todos sin relación anatómica (Ramírez, *op. cit.*).

En el sitio serrano La Angostura, localizado en el municipio de Llera, Tamaulipas, se llevó a cabo un rescate en el año 2000. El sitio consta de algunos montículos de piedra y tierra en forma circular. La cerámica —aunque escasa— se identificó como perteneciente a los periodos Pánuco III y IV de La Huasteca (Ekholm, 1944). Entre los trabajos realizados se exploraron cuatro entierros, todos directos; tres son primarios y uno secundario. Tres de los cuatro entierros —número 1, 2 y 3— ya estaban muy deteriorados por los trabajos de acondicionamiento de caminos y trazo de calles.

En la unidad 4, se encontraron los entierros 1 y 2: el primero estaba en posición decúbito dorsal flexionado, el segundo es un entierro secundario y estaba apenas unos centímetros arriba del primero. El tercero, explorado en la unidad 5, se localizó al lado del camino perimetral, es el más deteriorado por lo que no se pudo obtener su orientación precisa ni la posición; se





● Fig. 2 Entierro en decúbito ventral flexionado, localizado entre las estructuras 49 y 54, Balcón de Montezuma, Tamaulipas; vista lateral (dibujo realizado por Víctor H. Valdovinos).

El entierro carecía de ofrenda y la poca cerámica asociada (en el relleno) es de manufactura burda, de pasta color café claro, café oscura y rojiza con desgrasante de cuarzo; no habían objetos líticos ni otro tipo de evidencia material.

Como ya se mencionó, la presencia de raíces gruesas y delgadas dañaron el entierro alterando el nivel y en menor grado su colocación; así, el cráneo se localizó a mayor profundidad que la zona pélvica; las lajas de calizas también se desplazaron por lo que una pequeña porción del entierro yacía sobre la tierra directamente.

De esta forma, la profundidad a la que se excavó fue de 0 a 0.25 m con respecto al nivel de la superficie (del escalón sobre el que se encontró), teniéndose tres capas que corresponden a la estratigrafía identificada para el sitio (Nárez, 1992).

## Discusión

La costumbre de enterrar a los muertos en el México antiguo estuvo presente en todo el actual territorio nacional; en algunas áreas culturales se han observado patrones en la posición de los entierros, orientación, ubicación —bajo los pisos de las unidades habitacionales, al pie y centro de montículos, escalinatas, altares, patios, tumbas, tumbas de tiro, urnas (principalmente para el sureste)—, y rango o clase social, entre otros.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Al respecto véase el artículo “Enterramientos del Formativo en el noreste de México”, de Leonor Merino y Ángel García Cook (1997). Si bien sólo abarcan el Preclásico o Formativo, el

Para el caso de la Huasteca, se ha propuesto que el patrón en el sistema de enterramiento de los restos óseos humanos, es inexistente (Cf. Du Solier, 1947 y Ochoa, 1979), ya que en los distintos trabajos en que se han recuperado entierros humanos, las posiciones son muy diversas. El hecho de tener ofrenda o carecer de ella, no necesariamente corresponde con un rango o clase social, ni con el espacio físico en

que se localiza —área habitacional o ceremonial—, incluso dentro de un mismo sitio (Cf. Ekholm, 1944, Du solier, *op. cit.*, Ochoa, *op. cit.* y Ramírez, 2000, s.f).

Esta situación no es exclusiva de la Huasteca también se presenta en el Altiplano Central, y Occidente, así como en los sitios serranos de Tamaulipas (Cf. Nárez, 1989, 1992; Rivera, 1996; Ramírez, 1998; Carrión y García Cook, 1998). Sin embargo, otros investigadores han observado ciertas preferencias en la posición, orientación, tipo de enterramiento y prácticas físicas —deformación craneal y dental, entre otras—, en algunos asentamientos distintos de la Huasteca. Sus observaciones son hechas en algunos casos a partir de una considerable muestra, aunque corresponden a unos cuantos sitios, periodo(s) determinado(s) y una misma área regional; por esto, la generalización para toda el área cultural no puede hacerse mecánicamente (García Cook y Merino, 1989; Merino y García Cook, 1998; Ibáñez, 1995; Peña y González, 1987; Peña y Ávila, 1987).

Volviendo a la Huasteca y noreste de México, Leonor Merino y Ángel García Cook, con base en los resultados de los “Proyecto Arqueológico Huasteca”, y “Definición del Formativo en la Cuenca Baja del Río Pánuco”, y después de un análisis comparativo minucioso de los entierros

análisis comparativo es muy completo y presentan el patrón de enterramientos humanos y prácticas funerarias para el Altiplano Central, Occidente, una parte de Oaxaca, sureste, norte y por supuesto noreste del territorio mexicano.

explorados en el territorio nacional para el Formativo o Preclásico, observaron que para el periodo referido se presentan un patrón constante, tanto en la posición —flexionados, predominando los sedentes, para aparecer al final del Formativo en “flor de loto”—, como en la orientación —oeste-este, principalmente—, y mencionan:

La tradición regional de colocar a sus entierros en posición flexionada es tan fuerte que aun cuando a partir del Clásico se inicia la costumbre de sepultar a sus muertos en posición extendida (...) se continúa hasta las últimas etapas prehispánicas con la costumbre de enterrar a sus muertos en forma flexionada (Merino y García Cook, 1998).

Esta situación se observa en los trabajos realizados en Las Flores (Ekholm, 1944 y Guevara, 1993), Tancol (Ekholm, 1944 y Ramírez s.f.), Tierra Alta (Ramírez, 2000) y La Angostura (Valdovinos, 2000). Por otro lado, Arturo Guevara (1993) apunta que la ausencia de ofrendas es costumbre para el Posclásico en la Huasteca.

En los entierros localizados en la Sierra Madre Oriental, y en la Sierra de Tamaulipas, no se ha establecido todavía patrón alguno. Por otro lado, ya Arturo Romano (1997) y Araceli Rivera (1996) han hecho la observación que los entierros serranos corresponden a un mismo tipo físico en general: dolíocráneos, y aclararon que son distintos a los del área Huasteca. El entierro recién excavado en Balcón de Montezuma parece no ser la excepción. Al igual que los otros restos óseos estudiados, presenta algunos alvéolos reabsorbidos, caries dental y un desgaste en los molares y premolares muy marcado, producto de masticar objetos muy duros. En un incisivo se aprecia un tipo de desgaste tal vez ocasionado al sujetar las fibras utilizadas en la elaboración de cordeles para indumentarias.

Por otro lado, en El Sabinito, aún no se han encontrado entierros humanos por lo que las características de la población que habitó el lugar se desconocen (Morelos, 1996, 1997 y Nárez, 1994).

Para el caso particular de los entierros excavados en Balcón de Montezuma, éste es el primero

que se localiza en posición decúbito ventral flexionado y con presencia de lajas de caliza delimitadas por pedernal. Aunque cuenta con elementos de otros entierros identificados como de mayor rango —por ejemplo las lajas en los entierros 18 y 25 del basamento 47—, no se trata de un infante, y la ubicación también es distinta.

Me parece que se trata de un individuo de estatus bajo, tanto por su ubicación, como por la ausencia de ofrenda; probablemente de sexo femenino si tomamos en cuenta que la actividad relacionada con la elaboración de indumentaria o cordelería estaba en manos de la mujer. Por el desgaste observado en las piezas dentarias es posible que sea una anciana (Gustavo Ramírez, comunicación personal, 2001); pero lejos de hablar de una diferenciación social, es más probable que se trate del inicio de un cambio o una variante poco frecuente en las costumbres funerarias de los habitantes de Balcón de Montezuma. Con base en los tuestos asociados al entierro, éste se puede ubicar para el año 600 d.C.<sup>4</sup> hacia adelante, es posible que sea contemporáneo a los demás que se han explorado.

Cabe señalar que la presencia de materiales huastecos en sitios localizados en la sierra es cada vez más evidente, desafortunadamente en lo que a tipo físico se refiere no se puede decir que en la sierra exista uno solo y que tenga correspondencia con las observaciones hechas sobre ellos: dolíocráneos. Debido a las condiciones en que se encontraban los entierros de La Angostura y a la inexistencia de estudios de antropología física, aún no se puede asegurar que en realidad el tipo físico de los habitantes de los sitios localizados en la sierra, sea distinto.

Por otro lado, se tiene el reporte de los ejidatarios de que al realizar obras públicas, han encontrado “huesos largos y cráneos”, muchos de

<sup>4</sup> En el entendido de que aún no hay fechamientos absolutos por radiocarbono u otro método que nos dé seguridad sobre la datación.

ellos acompañados de “ollas”; algunos más han sido encontrados con una “olla” sobre la cabeza, por lo que es posible que se trate de vasijas capitales. Se tiene noticias de esta práctica para finales del Clásico en la Huasteca y con más seguridad para el Posclásico en enterramientos de la costa (Ochoa, 1979). Desafortunadamente no contamos con más datos referentes a los entierros como la edad, sexo, deformación craneana o dentaria, ya que los restos fueron en todos los casos puestos en bolsas y redepósitos en otro sitio (Valdovinos, 2000). Tal parece que esta descripción tiene correspondencia con algunas prácticas funerarias realizadas por los huastecos, sin embargo no es posible asegurar la presencia de este grupo étnico en la sierra a partir de una descripción.

Se ha establecido la presencia de grupos huastecos en la sierra a partir principalmente de la identificación de la cerámica (Nárez, 1992); no obstante, ésta es sólo una de las múltiples manifestaciones culturales con que se ha identificado a este grupo; otra más ha sido la forma de los montículos circulares o con esquinas redondeadas.

Quizás la búsqueda de datos deba ampliarse a otros campos de la cultura, como sus manifestaciones culturales evidenciadas en posición y orientación de los entierros humanos. Aunque podría resultar más difícil lograr establecer la presencia de grupos huastecos en la sierra a partir de estos datos, la combinación de ellos junto con otros aún no explotados podría llevarnos a proponer una hipótesis alternativa.

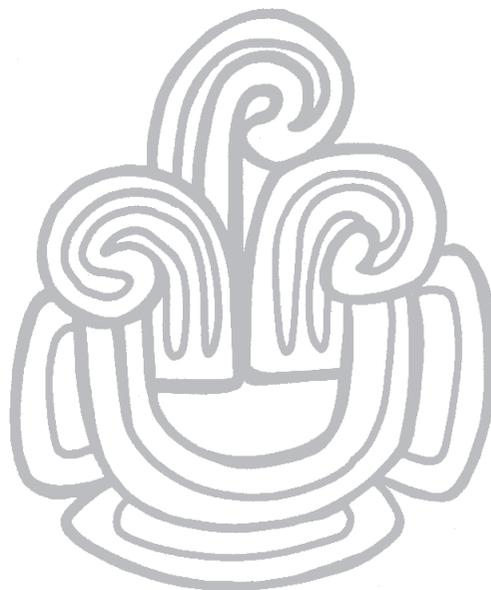


● Fig. 3 Maxilar inferior, se observan algunos alveolos reabsorbidos así como la pérdida de piezas dentales *post mortem*, Balcón de Montezuma, Tamaulipas (foto de Víctor H. Valdovinos).

# b i b l i o g r a f í a

- Du Solier, Wilfrido  
1947. "Sistema de entierros entre los Huastecos Prehispánicos", *Journal de la Société des Americanistes*, núm. XXXVI, París, pp. 195-214.
- Ekholm, Gordon  
1944. "Excavations at Tampico and Panuco in the Huasteca, México", *Anthropologist papers of the National Museum of Natural History*, vol. XXXVIII, part V, New York, pp. 321-509.
- García Cook, Ángel y Beatriz Merino Carrión  
1989. "Investigación arqueológica en la cuenca baja del Pánuco", en Lorena Mirambell S. (coord.), *Homenaje a José Luis Lorenzo*, México, INAH (Científica, núm. 188).
- Guevara Sánchez, Arturo  
1993. "Rescate y Consolidación de la zona arqueológica de Las Flores, en Tampico, Tamaulipas", *Arqueología*, núms. 9-10, México, INAH, pp. 35-43.
- Merino Carrión, Leonor B. y Ángel García Cook  
1997. "Enterramientos del Formativo en el noreste de México", en Ángel García Cook *et al.* (coords.), *Homenaje a Julio César A. Sáenz*, México, INAH (Científica, núm. 351), pp. 319-366.
- Morelos García, Noel  
1996. "Proyecto Arqueológico El Sabinito", México, Centro Regional INAH, Gobierno del Estado de Tamaulipas, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, INAH, mecanoescrito.  
1997. "Proyecto Arqueológico El Sabinito. Informe Preliminar de la Temporada de Campo 1997-I", México, Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico del INAH, Centro INAH Tamaulipas, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes.
- Nárez, Jesús  
1989. "Informe de los trabajos de la segunda temporada de campo del Proyecto Arqueológico 'Balcón de Montezuma', Tamaulipas", México, t. I, marzo-julio 1989, mecanoescrito.  
1992. *Materiales Arqueológicos de Balcón de Montezuma, Tamaulipas*. Catálogo de Colecciones Arqueológicas del Instituto Tamaulipeco de Cultura, México, INAH.  
1993. "Proyecto Arqueológico 'El Sabinito' Municipio de Soto la Marina, Tamaulipas. Informe de la Primera Temporada de Campo", México, Subdirección de Estudios Arqueológicos del INAH, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, INAH, mecanoescrito.
- Ochoa Salas, Lorenzo  
1979. *Historia Prehispánica de la Huasteca*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Peña Gómez, Rosa María  
1997. "La mutilación dentaria intencional entre los huastecos", en Agripina García *et al.* (coords.), *Homenaje a la doctora Beatriz Barba de Piña Chán*, México, INAH (Científica, núm. 343), pp. 463-472.
- Peña Gómez, Rosa María y Luis A. González M.  
1987. "Restos humanos en el rescate arqueológico del gasoducto", en *Investigaciones en Salvamento Arqueológico I*, México, Departamento de Salvamento Arqueológico, INAH, Cuaderno de Trabajo 5, pp. 55-75.
- Peña Gómez, Rosa María y Raúl Ávila López  
1987. "Reporte preliminar de los restos humanos de un grupo huasteco", en *Investigaciones en Salvamento Arqueológico I*, México, Departamento de Salvamento Arqueológico, Cuaderno de Trabajo 5, INAH, pp. 76-99.

- Ramírez Castilla, Gustavo A.  
1998. “Perspectivas de la Arqueología en Tamaulipas”, México, mecanoscrito.
- 1998a. “Informe técnico de los restos óseos procedentes del Rescate Arqueológico Rumbo Nuevo y Rescate Arqueológico Torre 79 de la L.T. Victoria-Güemes”, México, Centro INAH Tamaulipas, mecanoscrito.
- 2000. “El entierro doble de Tierra Alta”, *Arqueología Mexicana*, núm. 44, julio-agosto, México, Raíces (Serie Tiempo Mesoamericano II)
- s.f. “Informe Técnico Rescate Arqueológico Tancol 1999”, México, (en preparación).
- Ramírez Castilla, Gustavo A. *et al.*  
1988. “Informe Preliminar del Rescate Arqueológico ‘Rumbo Nuevo’, Tamaulipas”, México, Centro INAH, mecanoscrito.
- Rivera Estrada, Araceli Consuelo  
1996. *Balcón de Montezuma: Un sitio arqueológico en la Sierra Madre Oriental. El caso del basamento 47*, México, Gobierno de Nuevo León, AGNL (Monterrey 400..., núm. 6).
- Romano Pacheco, Arturo  
1977. “Restos óseos humanos prehispánicos procedentes del Ejido de la Torrecilla, municipio de González, estado de Tamaulipas”, en G. Stresser-Péan (ed.), *San Antonio Nogalar*, México, Mission Archeologique et Ethnologique Française au Mexique, Colléction Etudes Mesoamericaines, vol. 3, pp. 633-646.
- Sánchez Ibáñez, Juan Carlos  
1995. “Sistema Funerario en la Huasteca potosina”, en Sergio López y Carlos Serrano (eds.), *Búsquedas y Hallazgos. Estudios Antropológicos en Homenaje a Johanna Faulhaber*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, pp. 22-228.
- Valdovinos Pérez, Víctor Hugo  
2000. “La Angostura: un sitio serrano con influencia Huasteca”, ponencia presentada en la Primera Conferencia Binacional, Arqueología del Noreste de México y Sureste de los Estados Unidos, Ciudad Reynosa, Tamaulipas, México.





## Algunas consideraciones sobre la cerámica Huasteca Negro sobre Blanco

La región Huasteca se localiza en el noreste de la República mexicana, su límite hacia el norte comprende la parte sur del estado de Tamaulipas, mientras que su frontera hacia el sur podríamos ubicarla en el río Tuxpan, en el estado de Veracruz. Incluye además el oriente del estado de San Luis Potosí —la vertiente este de la Sierra Madre Oriental y su llanura costera—, así como pequeñas porciones de los estados de Hidalgo; algunos autores incluyen también algunas partes del estado de Querétaro (fig. 1).

Para situar el área Huasteca tenemos que referirnos al significado de su nombre, el cual proviene del náhuatl Cuextlan:

...donde los que están poblados se llaman *cuexteca*, si son muchos, y si uno *cuextecat*; y por otro nombre *toueyome* cuando son muchos, y cuando uno, *toueyo*, el cual nombre quiere decir nuestro prójimo. A los mismos llamaban *panteca*, o *panoteca* que quiere decir hombres de lugar pasadero, los cuales fueron así llamados porque viven en la provincia de Pánuco, que propiamente se llama *Pantlan* o *Panotlan*, quasi Panoayan, que quiere decir lugar por donde pasan...(Sahagún, 1969, III: 202-3).

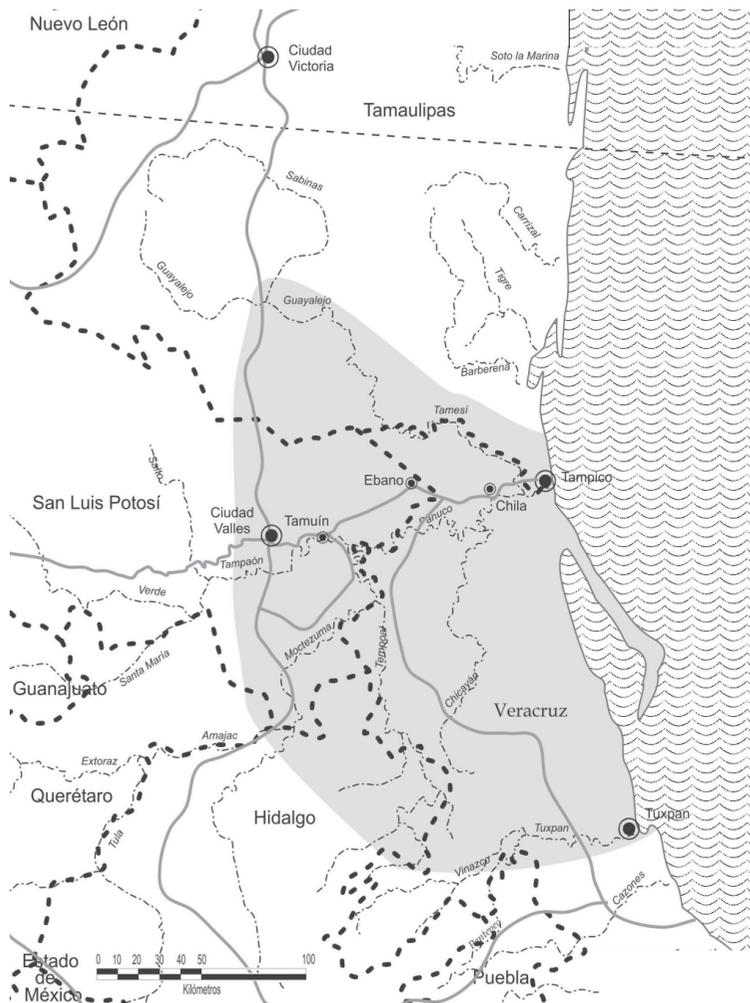
Esto significa que en los primeros años de la Conquista, Cuextlan y Panotlan —es decir Huasteca y Pánuco— eran palabras distintas para denominar el mismo lugar.

Torquemada no hace distinción entre Pánuco y Huasteca,<sup>1</sup> mientras que fray Nicolás de Witte menciona: “la Guasteca, que es tierra de Pánuco”.<sup>2</sup> Por ello considero que la concepción territorial que se tenía de esta parte de México era bastante vaga.

\* Dirección de Estudios Arqueológicos-INAH. dianazo@hotmail.com.

<sup>1</sup> “...hasta dar a la provincia de Pánuco, llamado por otro nombre Huasteca, donde ha avido muchedumbre de Chichimecas, Gente Caribe y brava que han dado guerra continua a los nuestros.” (Torquemada, 1975: 287).

<sup>2</sup> Carta de fray Nicolás de Witte a un ilustrísimo señor, Meztitlán, 21 de agosto de 1554 (citado en Cuevas 1975: 221).



● Fig. 1 Mapa del área cultural Huasteca, propuesta de límites. (Diana Zaragoza, 2002).

Además de las notas realizadas por Witte, tenemos el mapa llamado “Guastecan Reg”. publicado por Abraham Ortelius<sup>3</sup> en 1584 como parte del Atlas llamado *Theatrum Orbis Terrarum*. En él se aprecia que el territorio abarca por el norte hasta el río de las Palmas<sup>4</sup> (hoy Soto la Marina), y por el sur hasta los poblados de Jilicipozapan, Tacetuco, Nexpa (hoy conocida con el mismo nombre), Xalxihuatla (hoy San Martín Chalchicuauhtla), Topla y Taxitlan. Si bien en la actualidad la mayoría de estas poblaciones han

<sup>3</sup> Ortelius es mejor conocido como compilador y editor que como cartógrafo. El mapa de La Huasteca está basado en un autor anónimo como lo cita Goss, 1990: 38.

<sup>4</sup> En esta parte del mapa se aprecia que entre el topónimo de Tamaulipas y el río Las Palmas no hay poblados.

desaparecido, puedo anotar que por lo menos para 1584 hubo límites que nos van conformando lo que es el área cultural.

Los grupos plenamente identificados que habitaron esta región, fueron por una parte los de habla mayance (*teenek*)<sup>5</sup> y los de habla náhuatl (mexicanos) encontrándose todavía asentados en este territorio. Esto se refleja en la toponimia, indicándonos una larga convivencia en la que no parece haber existido la imposición de una tradición sobre la otra. Así, existen sitios que convivieron durante la misma época, pero con diferencias significativas en cuanto a su patrón de asentamiento, elementos arquitectónicos y expresiones artísticas.

Además de estos dos grupos bien identificados, existieron los hablantes de *pame*, tradicionalmente considerados, como chichimecas, aunque según Carrasco:

La cultura pame no era tan baja [*sic*] como la de la mayor parte del Norte de México, pues ya conocían el cultivo y tenían templos, ídolos y sacerdotes, pero debe clasificarse dentro del área cultural del Norte de México puesto que sin duda alguna no formaban parte de Mesoamérica, Kirchoff la considera una sub-área de transición entre los cazadores-recolectores y Mesoamérica (1979: 305).

También participaron en esta área los grupos llamados *Olive* (de lengua *chichimi*), que fundaron con fray Andrés de Olmos el poblado de Tamaholipa (Meade, 1950: 409).

La Huasteca es un área geográfica que durante los siglos XV y XVI presentó un panorama diverso;

<sup>5</sup> La forma de escribir la palabra *teenek* la tomo de Ángela Ochoa, 2000.

en ella confluyeron varios grupos étnicos con sus respectivas lenguas, y una serie de diferencias en las tradiciones prehispánicas.

Aun cuando aparentemente la cerámica Negro sobre Blanco es común y une a esta región durante los últimos siglos de la época prehispánica, no se ha hecho una diferenciación detallada. Toda la cerámica con estas características, es decir una pintura negra (o café) sobre el color del barro (que no siempre es blanco), se ha encajonado en el tipo Huasteca Negro sobre Blanco, sin tomar en cuenta las formas, decoraciones y otros atributos. Muy pocos ejemplares presentan el baño blanco sobre el que se aplicó la pintura negra, más bien esta pintura se usó sobre un engobe del mismo color del barro (por lo general de color café claro) (7.5 YR 6 /4) o crema (10YR 8/2) (Munsell, 1994).

Los primeros reportes que tenemos acerca de esta cerámica se deben a las excelentes publicaciones de finales del siglo XIX y principios del XX hechas por el matrimonio Seler, sobre todo Caecilie Seler (1915) quien presenta sus apreciaciones acerca de las cerámicas genéricamente conocidas como Huasteca Negro sobre Blanco y Tancol policromo, procedentes de diversos sitios del área como Tempoal y Pánuco en Veracruz, Tampico en Tamaulipas y Tancuán en San Luis Potosí.

En el ámbito regional se han realizado una gran cantidad de investigaciones arqueológicas, sin embargo, la Huasteca aún no se encuentra bien definida en su aspecto cultural; en el terreno cronológico la situación es todavía más complicada, esto se debe principalmente a que la mayoría de las investigaciones arqueológicas se han llevado a cabo en la porción norte. Entre ellas destacan: 1) los estudios de Gordon Ekholm (1944) en la región por él llamada Tampico-Pánuco durante los años cuarenta; 2) los estudios de Richard MacNeish (1947, 1950) en la Sierra de Tamaulipas y en las tierras bajas; 3) la investigación realizada por Sanders (1978) en los años cincuenta en la región que llamó Tierras bajas

o Tierra Caliente, específicamente en la cuenca Pánuco-Tamesí y la Laguna de Tamiahua y 4) los estudios de Merino y García Cook (1987) desarrollados durante finales de los años setenta y principios de los ochenta en un área denominada la “cuenca baja del Pánuco” que comprende alrededor de 9 500 km<sup>2</sup>. También están los trabajos realizados por mí en el sitio arqueológico de Tamohi (Zaragoza, Dávila y Perea, 2001).

Como producto de las investigaciones anteriores contamos con un panorama general de las culturas asentadas en esta parte de la Huasteca desde épocas muy tempranas, por lo menos desde 1600 años antes de nuestra era hasta la conquista española. Ekholm estableció la primera secuencia cerámica en la cual describe seis periodos todavía vigentes. Por su parte MacNeish (*op. cit.*) además de incrementar los periodos establecidos por Ekholm, indicó interesantes aspectos de las relaciones que sostuvieron los habitantes de esta región con los que se asentaron hacia el norte, tanto en la Sierra de Tamaulipas como en los estados que ahora conforman el sureste de Estados Unidos. Sanders (*op. cit.*) nos presenta el primer recorrido de un área más o menos extensa registrando los sitios arqueológicos encontrados y, por último, Merino y García Cook (*op. cit.*) —con base en el reconocimiento de 525 asentamientos prehispánicos— establecen una secuencia que nos indica el desenvolvimiento cultural de esa porción de la región Huasteca.

En 1976 la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH realizó, bajo la dirección de Rubén Cabrera, el rescate de los sitios arqueológicos que se destruirían con la inundación de dos presas; estos estudios estuvieron delimitados al área de embalse. Entre 1979 y 1980, la Dirección de Salvamento Arqueológico llevó a cabo los trabajos de rescate de sitios afectados por la construcción de un gasoducto de la compañía Petróleos Mexicanos: el tramo B que atañe a la región huasteca en su planicie costera y los tramos B1 y B2 que afectan los estados de Veracruz y Tamaulipas. En estos trabajos se localizaron respectivamente 9 y 14 sitios arqueológicos.

lógicos de los cuales se hizo su registro aportando información muy valiosa.

Aun cuando contamos con los estudios realizados por el proyecto de rescate arqueológico en el área del gasoducto (García Cook, Rodríguez, 1980), la parte sur de la región Huasteca no ha corrido con la misma suerte de su contraparte norteña. Para la porción sólo contamos, con las investigaciones realizadas por Medellín (1982) en la región de Chicontepec, la cual comprende varios municipios del estado de Veracruz, y los estudios hechos por Gordon Ekholm (1953) en el área de Tuxpan enfocados más bien al sitio de Tabuco, aunque reporta varios otros asentamientos prehispánicos también de época tardía. Debido a la disparidad de la información ha sido difícil establecer comparaciones adecuadas entre ambas porciones de la región Huasteca.

La cerámica Huasteca Negro sobre Blanco —definida por Ekholm en su publicación de 1944— se utilizó en la región sin antecedente alguno. Coincido con este autor (1944: 364) cuando menciona que esta cerámica es característica y exclusiva del último periodo cultural prehispánico: Pánuco VI. Tentativamente puedo ubicar esta cerámica entre los años 1350 y 1519, fecha en que llegaron los primeros españoles a la zona de Pánuco comandados por Francisco de Garay. No obstante, actualmente todavía se fabrica una cerámica de aspecto muy parecido en el poblado de Chililico,<sup>6</sup> cerca de Huejutla en el estado de Hidalgo.

En este trabajo tomo en cuenta únicamente la cerámica llamada Huasteca Negro sobre Blanco, la cual marca el inicio del periodo VI de la secuencia de Tampico-Pánuco. Para Tamohi hemos realizado una tipología específica: no nos basamos únicamente en la descripción de Ekholm (*op. cit.*) que incluye dentro de los tipos

Huasteca Negro sobre Blanco y Tancol policromo a todas las vasijas que presentan ese acabado sin tomar en cuenta sus formas, pastas y menos aún los motivos utilizados como decoración en los que a mí parecer representaron sus creencias.

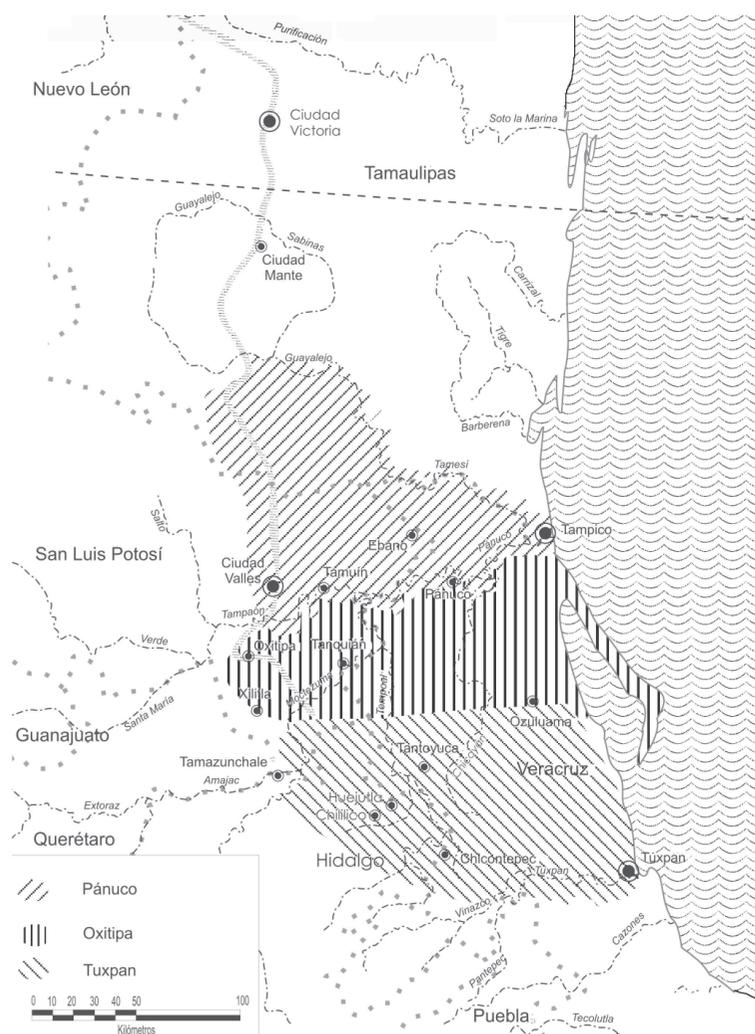
En la secuencia señalada por MacNeish (1950) para la Sierra de Tamaulipas, el periodo VI correspondería a su fase Los Ángeles (tabla entre pp. 88 y 89), sin embargo no hace un recuento de las cerámicas específicas de esta fase por lo que inferimos que son iguales a las descritas por Ekholm (*op. cit.*).

Dentro de la secuencia cultural establecida por Merino y García Cook (*op. cit.*) este periodo corresponde a la última fase de desarrollo prehispánico, interrumpida por la conquista. Esta fase se denomina Tamuín y tiene una temporalidad que va de 1200 a 1550 después de nuestra era: “La cerámica característica de la Fase Tamuín es el tipo Negro sobre Blanco y la Tancol policromo, básicamente...” (1987: 65).

Con base en estos estudios, así como en los resultados obtenidos en el sitio arqueológico de Tamohi (Dávila y Zaragoza, 2001) se puede decir de manera general, que la cerámica Huasteca Negro sobre Blanco une a la región Huasteca durante los últimos siglos de ocupación prehispánica. Sin embargo, si consideramos los diseños de la cerámica denominada Huasteca Negro sobre Blanco, tenemos diferencias sustanciales reflejadas en la complejidad o simplicidad de los motivos plasmados en dichas vasijas; éstas probablemente se deban al mosaico étnico que existió en el área que aun cuando utilizó formalmente la misma cerámica no plásmo las representaciones.

Propongo subdividir a la Huasteca en tres subáreas llamadas tentativamente subárea de Pánuco, subárea de Oxitipa y subárea de Tuxpan (fig. 2); me baso en los siguientes elementos: 1) las diferencias estilísticas de los diseños plasmados en la cerámica conocida en su conjunto como Huasteca Negro sobre Blanco y Tancol

<sup>6</sup> “La cerámica moderna de Xililico, Huejutla, Hgo., que cubre la demanda de casi toda la Huasteca, no es más que una variante de los últimos tipos cerámicos de los Huastecos prehispánicos” (Medellín, 1982: 204).



● Fig. 2 Mapa del área cultural Huasteca, propuesta de subáreas. (Diana Zaragoza, 2002).

policromo; 2) los diversos estilos escultóricos, y 3) las distintas soluciones arquitectónicas<sup>7</sup>. En seguida me abocaré específicamente en el punto número 1, es decir el referente a la cerámica.

Los elementos identificados en la cerámica, me han permitido distinguir que la simbología plasmada en ella evidentemente fue distinta en

cada una de las subáreas. En las cerámicas conocidas como Huasteca Negro sobre Blanco y Tancol policromo —presentes en las tres subáreas—, las diferencias estriban en lo siguiente: la subárea de Pánuco tiene principalmente representaciones de elementos vegetales con un marcado énfasis en la representación del maíz, también motivos acuáticos (plantas y animales) relacionados al inframundo y diseños concernientes al cosmos; existen otros más que puedo identificar como pertenecientes a dioses. La subárea de Oxitipa muestra en sus representaciones un alto desarrollo simbólico, destacan imágenes del cosmos, dioses y glifos probablemente relacionados con estos últimos. Finalmente, la subárea de Tuxpan presenta motivos relacionados principalmente con la fauna de la región, los símbolos del maíz, así como una cruz que recuerda a la Cruz de Malta (Larousse, 1967: 288).

Para ejemplificar esta situación, he tomado las vasijas reportadas por Seler (*op. cit.*) procedentes de

Tempoal y Pánuco en el estado de Veracruz, y Tancuán en San Luis Potosí; las ilustradas por Ekholm (*op. cit.*) provenientes de sitios localizados en la región Tampico-Pánuco de los estados de Veracruz y Tamaulipas; las mencionadas por Medellín (*op. cit.*) en la región de Chicontepec, Veracruz y por supuesto las del sitio de Tamohi de San Luis Potosí (Dávila y Zaragoza, *op. cit.*).

A excepción del estudio de Tamohi, en todos los demás se ha englobado —a partir de la descripción de Ekholm (*op. cit.*)— dentro del tipo Huasteca Negro sobre Blanco, a todas las vasijas que presentan ese acabado sin tomar en cuenta sus formas y menos aún los motivos

<sup>7</sup> Dado que no cuento con planos de sitios que caractericen los diferentes tipos de asentamientos, prefiero referirme a la bibliografía respectiva, aunque sea parcial. No hay suficientes exploraciones en la subárea de Tuxpan para ejemplificar, y las de Oxitipa prácticamente son nulas (Noguera, 1945: 17-29; Du Solier, 1945: 121-145; Marquina, 1964; Medellín, 1982 y Gendrop, 1971).

utilizados como decoración o, de acuerdo con mi hipótesis, destinados a plasmar sus creencias.

A continuación me referiré a las diferencias específicas de cada subárea. Para iniciar diré que en realidad son muy pocos los ejemplares que presentan el baño blanco sobre el que se aplicó la pintura negra: ésta más bien presenta una tonalidad color café muy oscuro (10 YR 3/2) y fue usada sobre un engobe del mismo color del barro, que por lo general es de color café claro (7.5 YR 6/4) o café muy pálido (10YR 8/2).

Utilizaré como punto de partida el estudio cerámico realizado en el sitio arqueológico de Tamohi, ubicado en la margen derecha del río Tampaón en el municipio de Tamuín —uno de los más ricos en manifestaciones arqueológicas— dentro del estado de San Luis Potosí. Tamohi se localiza en los 21° 57' de latitud norte y los 98° 45' de longitud oeste, en el sistema hidráulico del río Pánuco a 68 msnm en la vertiente exterior de la Sierra Madre Oriental, en la planicie costera del Golfo de México.

Dentro de la tipología —estimando únicamente las vasijas decoradas— establecida para el sitio (Dávila y Zaragoza, *op. cit.*), la proporción de la cerámica en cuestión es elevada: comprende el 48.5% del total. Aunque los artesanos de Tamohi tuvieron preferencia por los diseños geométricos, también existen aquellos que podríamos considerar naturalistas. Entre los primeros observamos que los más utilizados son series de círculos o puntos y bandas; éstas últimas en ocasiones forman espirales cuadrangulares (lo que se podría identificar como el caracol recortado) u ordenadas en triángulos. Otra forma de decoración encontrada en los recipientes es la representación de arcos: pienso que éstos constituyen marcadores en el paisaje como son las montañas y las cuevas (Aveni, 1991 en Broda 1996: 459).

Estos elementos fueron considerados en época prehispánica como espacios sagrados y aun hoy

en día las cuevas son sagradas para los *teenek* y los mexicanos; según Ochoa y Gutiérrez: “Las cuevas eran los conductos que conectaban el mundo exterior con el Tamtzeplab” —el inframundo— (2000: 107), aunque, según Tapia Zenteno esto significaba el infierno (1985: 121). Sin embargo, en el pensamiento indígena no existió el concepto de infierno como lo concebían los europeos.

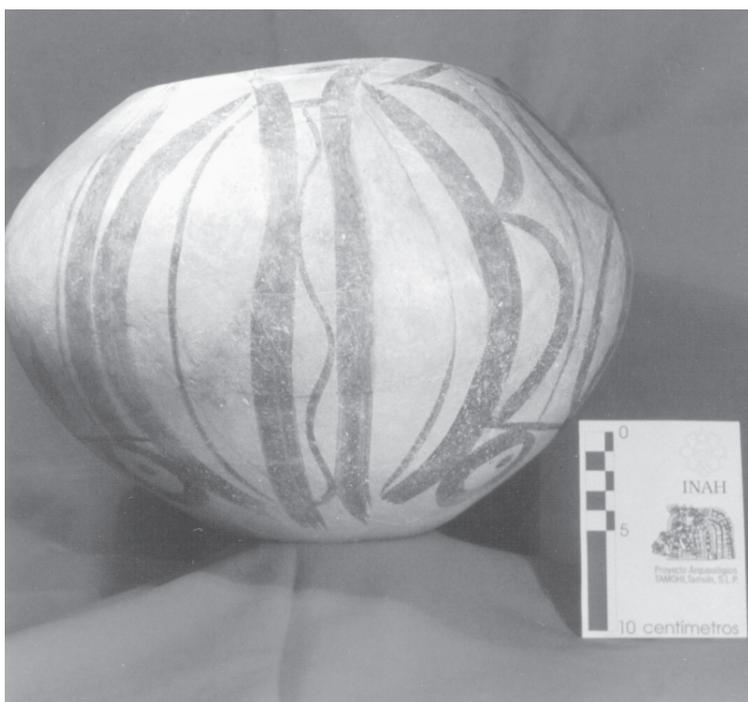
Entre los diseños naturalistas encontramos la representación del maíz, interpretado como tal por Rodríguez (1945), Meade (1982) y Castro Leal (1997), mientras que Ángela Ochoa (comunicación personal) lo ha interpretado como el alma del maíz y no el maíz mismo. También hay imágenes de estrellas y algunas plantas de apariencia acuática; en algunos casos hemos podido identificar batracios realizados de manera esquemática y que han sido relacionados con la tierra y con el inframundo.

Las vasijas más comunes son en forma de cajete trípode con decoración en la parte interior (fig. 3), tecomates de boca más o menos ancha con un pequeño engrosamiento en el borde, con decoración en el exterior (fig. 4), cántaros con dos o tres asas (fig. 5), molcajetes trípodes con la decoración en el exterior (fig. 6), miniaturas consistentes principalmente en tecomates (fig. 7) y cántaros semejantes a los de gran tamaño (fig. 8); aunque en una proporción muy baja, tan sólo el 2.33% del total de vasijas, que presentan pintura negra sobre el color del barro, son antropomorfas (fig. 9) o zoomorfas (fig. 10).

Tanquián, localizado debajo del pueblo actual del mismo nombre, a orillas del río Moctezuma, es uno de los mejores ejemplos de los asentamientos prehispánicos de esta parte de la región Huasteca. Aun cuando carece de estudios arqueológicos recientes, contamos con las referencias o investigaciones del matrimonio Seler. Ellos mencionan a esta población en su primer viaje a México (1888) y describen varias pirámides —hoy desaparecidas— que los impresionaron. También describen materiales cerámicos



● Fig. 3 Cajete trípode, la decoración representa una estrella o caracol recortado asociado a Quetzalcóatl. Tipo Hun variedad ot.



● Fig. 4 Tecomate con decoración que representa elementos vegetales y chachihuites. Tipo Hunacac variedad huitz.

de alta calidad que tuvieron oportunidad de conocer a través de colecciones particulares y de los que se realizaron excelentes dibujos. Algu-

nos de los materiales originales se encuentran en el Museo Etnográfico de Berlín; los cuales se publicaron en 1915 por Caecilie Seler.

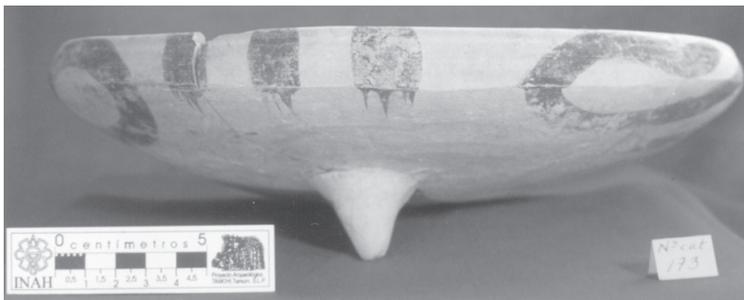
No se conoce mucho acerca del pasado prehispánico de Tanquián. En las obras de los cronistas no he encontrado referencias de este poblado, aun cuando para el Posclásico tardío tuvo una gran importancia. Gracias a los recorridos de superficie que hemos realizado podemos plantear (tentativamente) que la ocupación de este sitio se inició a partir del Preclásico, y que su apogeo fue durante el Posclásico tardío. Los vestigios tanto del Preclásico como del Clásico no dejan de ser importantes, pero los tardíos muestran el esplendor de esta zona.

Debido a la inexistencia de referencias por parte de alguno de los cronistas o eclesiásticos que estuvieron en la zona, es probable que Tanquián pueblo haya sido abandonado antes de la conquista española, aunque debemos recordar que la Huasteca ha sufrido incontables embates que han motivado su destrucción. Una de las primeras intervenciones fueron las conquistas mexicas y la llegada de Nuño de Guzmán (Torre Villar, 1998: 194), quien en aras de su avaricia, provocó matanzas y venta de indígenas intercambiándolos por ganado en las haciendas del Caribe (seguramente de aquí se desprende la tradición ganadera de la

región). Hubo casi total aniquilación de la población nativa en la planicie costera, lo cual evidentemente no se encuentra explícitamente



● Fig. 5 Cántaro con tres asas, la decoración representa elementos naturalistas. Tipo Acac variedad mul.



● Fig. 6 Molcajete en donde la decoración representa elementos naturalistas. Tipo Huninik variedad tzeel.

citado en la época en que se realizó, por lo que no sabemos de cuáles poblados se llevaron a la gente. Después, a fines del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, se ha marginado de manera sistemática a los pueblos indígenas tanto por parte de ganaderos y acaparadores de tierras, como por los individuos dedicados a la explotación del petróleo, primero a manos de compañías extranjeras y después por el gobierno de México.



● Fig. 7 Tecomate miniatura, la decoración es geométrica y representa elementos relacionados con el cosmos. Tipo Buc.

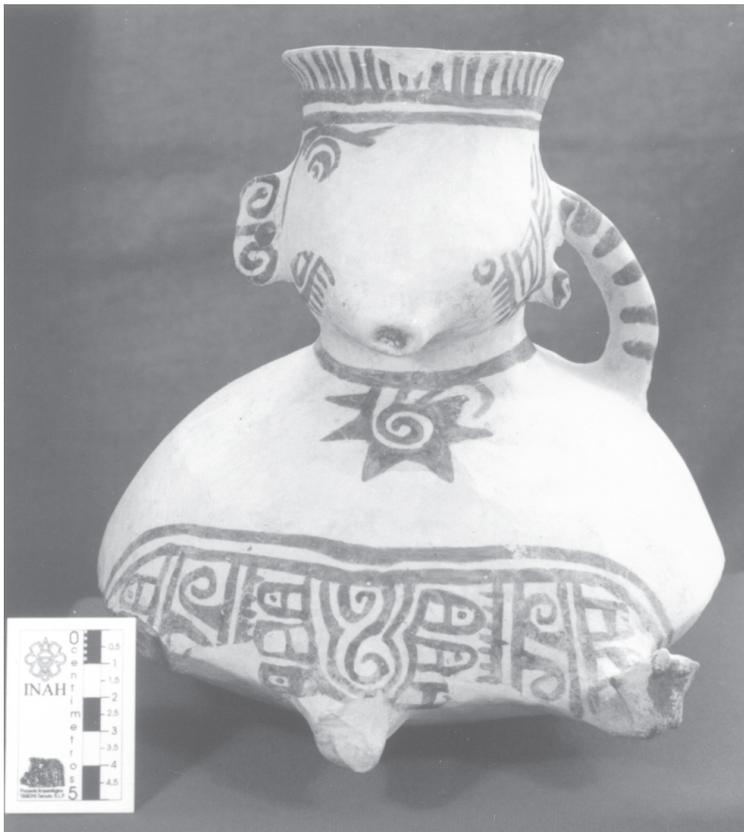
Hasta principios del siglo XX el poblado vuelve a tener importancia, debido principalmente al gran movimiento comercial realizado a través del río con el puerto de Tampico —río abajo se unen el Moctezuma y Tampaón, formando el Pánuco—. En el aspecto arqueológico, es a fines del siglo XIX cuando se reconoce la importancia de este lugar.

Contamos con una amplia información acerca de los enseres de los habitantes de esta región, aunque no conocemos prácticamente nada acerca de sus creencias, no obstante podemos mencionar que en Tanquián se concentran los mejores ejemplares conocidos de cerámica. Las formas —casi siempre muy elaboradas— albergan las decoraciones más complejas de toda la región, su cerámica de gran simbolismo representa un estilo que plasmó la manera de pensar de un pueblo con tradiciones muy bien establecidas. Como ya sabemos, esta cerámica llegó al área sin un antecedente local.

En la decoración de las vajillas observamos un gran cuidado en los trazos, obviamente incorporando la riqueza ideológica que caracterizó a este pueblo; las formas más utilizadas fueron las piezas zoomorfas: en su mayoría parecen representar tlacuaches —animales protagonistas de muchos mitos mesoamericanos



● Fig. 8 Cántaro miniatura con asas, la decoración representa elementos naturalistas y chalchihuites. Tipo Acac variedad juyul.

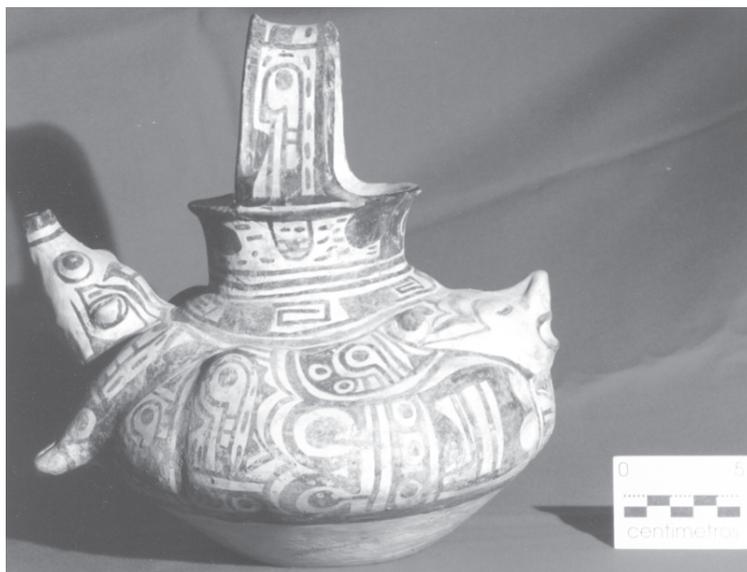


● Fig. 9 Vasija antropomorfa, tiene el joyel de viento conocido como ehelaicacózcatl, la posición de la boca indica que está soplando por lo que representa a Ehécatl. Tipo Bo variedad inik.

(López Austin, 1998)—, aunque en algunas de las vasijas la posición que guardan las extremidades del animal recuerda a los coatíes; estos objetos tienen el cuerpo globulado con la característica asa puente y vertedera presentando la forma del personaje zoomorfo en uno de los extremos del cuerpo (fig. 11). En algunas vasijas antropomorfas caracterizaron a sacerdotes investidos con los atributos de dioses, principalmente personificando a Ehécatl-Quetzalcóatl (fig. 12). También hay vasijas con representaciones de chaneques, dioses menores que en la región y en muchas otras del Golfo de México están íntimamente relacionados con las montañas. Ejemplos de ellos se localizan en Tamohi (fig. 13) y en Pánuco y Tanquián (fig. 14); entre los mexica se identificaban con los tlaloque o chaneques que se concebían como deidades atmosféricas: “...seres pequeños que producían la tormenta y la lluvia” (Broda, 1996: 457). Además de las anteriores, hay una cantidad considerable de vasijas antropomorfas que no hemos encontrado en Tamohi: en ellas solamente se elaboró la cabeza con ojos cerrados, los cuales claramente denotan que representan a personajes ya muertos (fig. 15). Podemos pues inferir un culto a la muerte; cabe anotar que entre los elementos reconocidos como comunes entre las culturas Huasteca y las del sureste de Estados Unidos, se encuentran precisamente este tipo de vasijas. Se han reportado como “Ollas-Cabeza” (O’Brien, 1994), la mayoría han sido localizadas en contextos funerarios como Tanquián



● Fig. 10 Vasija zoomorfa con decoración que representa monos, además de elementos geométricos y naturalistas. Tipo Bo variedad tzutzu.



● Fig. 11 Vasija antropozoomorfa con características que atribuyo a un personaje muerto y un tlacuache, animal mítico entre los pueblos prehispánicos, la decoración que las acompaña podría ser escritura.

y en sitios que se encuentran ya en la llanura costera.

Uno de estos sitios es el que recibe el nombre de Pánuco, ya conocido y mencionado por los conquistadores españoles. De él contamos con

ejemplares de “ollas-cabezas”, ilustrados por Seler (*op. cit.*). En algunas localidades de la planicie costera como Tempoal y Pánuco se encuentran los mismos tipos que en Tamohi, sólo que aquí las vasijas están asociadas a piezas muy elaboradas, tanto por su forma como por su decoración; se aprecia que tienen cierto parecido con aquellas producidas en el poblado de Tan-

quián. Esta mezcla nos podría sugerir que aun cuando formalmente son vasijas que utilizaron una pintura café o negra sobre el acabado de la pieza —blanco café o crema—, los motivos plasmados son distintos.

En la descripción del tipo Huasteca Negro sobre Blanco Gordon Ekholm (1944) menciona que los diseños por lo general están arreglados en amplias bandas horizontales. Dentro de éstas se encuentran pares de líneas verticales y son también comunes los ganchos y espirales; en cuanto a las formas existen prácticamente las mismas que en Tamohi.

En el sur de la región —considerando como límites los poblados de Tuxpan y Chicontepec— se presentan motivos relacionados

principalmente con la fauna de la región, también existen representaciones del símbolo del maíz. Recordemos que esta zona carece de investigaciones arqueológicas recientes: las únicas vasijas con las cuales podemos hacer comparaciones son las provenientes de los estudios de



● Fig. 12 Vasija antropomorfa, por su decoración sabemos que representa la simbiosis entre Ehécatl y Quetzalcóatl, aunque debe tratarse de un sacerdote y no del dios mismo.



● Fig. 13 Vasija antropomorfa localizada en Tamohi y que representa a un chaneque, está relacionado con las montañas. Tipo Bo variedad inik.

Medellín Zenil de los años cincuenta (1982) en los municipios correspondientes a la región de Chicontepec, y de Ekholm quien hizo

tuvieron las vasijas dependiendo de la región: la figura 1, por ejemplo, muestra una vasija con vertedera procedente de Pánuco, en la cual

recorridos en la región de Tuxpan (1953). Específicamente, en los años ochenta el sitio arqueológico de Tabuco fue trabajado por Ortiz y Aquino del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana (1987).

La carencia de antecedentes de la cerámica de esta región, podría explicarse con la llegada de tradiciones distintas a las fases precedentes. Merino y García Cook (*op. cit.*: 62) detectan la llegada de cerámica al área desde la fase Tamul: "...quizá procedente del Sur o Suroeste inmediato al área...".

Sin embargo, Ekholm sitúa este tipo al inicio de su periodo Pánuco VI:

El período VI está representado en los niveles 1 a 3 del sitio de Pavón. Estos niveles contienen un complejo cerámico que es bastante distinto al del período V. La cerámica característica y dominante es el tipo Huasteca Negro sobre Blanco (*op. cit.*: 364).

Caecilie Seler Sachs publicó en 1915 los resultados de los estudios realizados en su viaje a México en 1888, en ellos encontramos una riqueza enorme acerca de las manifestaciones arqueológicas de la región.

En las figuras que aparecen en este trabajo encontramos muy claras las diferencias que he mencionado de la cerámica Negro sobre Blanco. Se presentan las distintas maneras de decoración que

notamos la sencillez en la decoración, mientras que la figura 2 —una vasija con vertedera de Tanquián—, muestra la riqueza de símbolos expresados. La figura 3 nos remite a las cerámicas de San Luis Potosí, y aunque no menciona el sitio podemos notar que existen diferencias con las otras dos; por último la figura 4 muestra una pieza procedente de Tempoal en la que también podemos observar las diferencias en la decoración; si bien en este caso la forma es muy aproximada en todas las piezas, debo recalcar que la decoración nos está indicando diferencias sustanciales.

El elemento interpretado como maíz lo vemos en la mayoría de la cerámica tratada, y no sólo en ella ya que también lo encontramos en esculturas como *El Adolescente* (fig. 16) y *La Apoteosis* (fig. 17). Este símbolo se en-



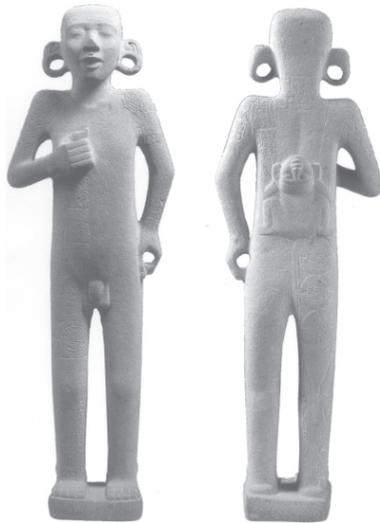
● Fig. 14 Vasija antropomorfa localizada en Tanquián y que representa a un chaneque relacionado con las montañas. Tipo Bo variedad inik.

cuentra sumamente difundido entre las culturas que se desarrollaron en esta región del México antiguo; es importante destacar que este elemento decorativo, aunado a otros más, unifican a la escultura con la cerámica.

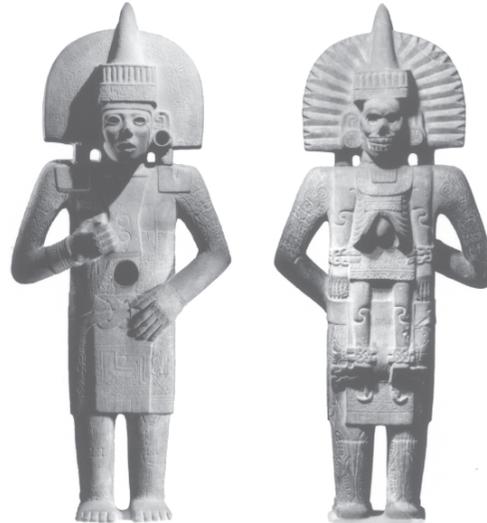
Por esto no estoy de acuerdo en que la escultura de *El Adolescente* se ubique en el periodo Posclásico temprano (Ochoa, 1979), ya que ésta no concuerda con el inicio del sitio —a partir de finales del siglo XIV o quizás a principios del XV—, descartando que *El Adolescente* tenga una fecha anterior. Además Stresser-Péan obtuvo en Tamtok una fecha por medio de C14 para los tipos cerámicos Huasteca Negro sobre Blanco, y el Huasteca policromo (que es el Tancol policromo de Ekholm) de  $1470 \pm 35$  d.C. (Hosler y Stresser-Péan, 1992: 1217). Debido a que estos elementos no se presentan en un periodo anterior, podemos concluir que la cerámica y la escultura son evidentemente contemporáneas.



● Fig. 15 Olla-cabeza, tiene decoración naturalista en la que destaca la representación del maíz, su particularidad es tener los ojos cerrados por lo que infiero se trata de un personaje muerto.



● Fig. 16 Escultura conocida como “El Adolescente”, procede del sitio arqueológico de Tamohi, SLP (Museo Nacional de Antropología, México, D.F.).



● Fig. 17 Escultura llamada “La Apotesis” procede de la región de Tancuayalab, SLP (Museo de Brooklyn, Nueva York).

En todos los estratos de Tamohi existen, además de los tipos locales, marcadores cerámicos que evidentemente fueron producto de comercio. Se trata de platos o cajetes trípodes de los tipos llamados Azteca III Tenochtitlan (Noguera, 1965: 113); Azteca IV Tlatelolco (*idem*); Tenochtitlan Negro sobre Naranja (Tolstoy, 1958: 8); Texcoco Negro y Blanco sobre Rojo (*ibidem*). También encontramos Negro sobre Naranja (Parsons, 1971: 307 fig. 84 d); Negro y Rojo (*ibidem*: 311, fig. 87 b) y Negro y Blanco sobre Rojo (*ibidem*: 321, fig. 88 b y c) provenientes todos ellos del valle de México. Por otro lado, reconozco cerámicas provenientes de Cerro Montoso y de Isla de Sacrificios (García Payón, 1947: 97), ambas del estado de Veracruz; tanto las del valle de México como estas últimas corresponden —al igual que las de Tamohi— al Posclásico tardío.

La cerámica Negro sobre Blanco evidentemente es un marcador cronológico cultural en esta región, pero a diferencia de otros marcadores por ejemplo el Anaranjado Delgado de Teotihuacan o el Azteca III de México Tenochtitlan que se presentan todos con la misma pasta y decoración porque corresponden a grandes imperios—, en el caso de la Huasteca difieren las pastas, las formas y las decoraciones, por lo que

aquí podemos hablar de señoríos hasta cierto punto independientes, como mencionan Merino y García Cook (*op. cit.*: 65):

...en Tamuín se presentan agrupaciones de sitios con la presencia de al menos un pueblo grande; esto nos lleva a pensar en la existencia de señoríos o cacicazgos que controlan a los grupos establecidos en una región específica.

Como sabemos, esta cerámica llegó al área en época muy tardía. Así, otro aspecto muy importante a resolver es su procedencia ya que aquí la encontramos totalmente elaborada sin aparente antecedente, como lo menciona Ekholm (1944) en su amplio estudio. Sin embargo, como lo indicaron en su trabajo Merino y García Cook (*op. cit.*), la cerámica quizá proceda de alguna parte hacia el sur o suroeste del área. Estudios futuros enfocados a este aspecto permitirán resolver esta trascendental incógnita.

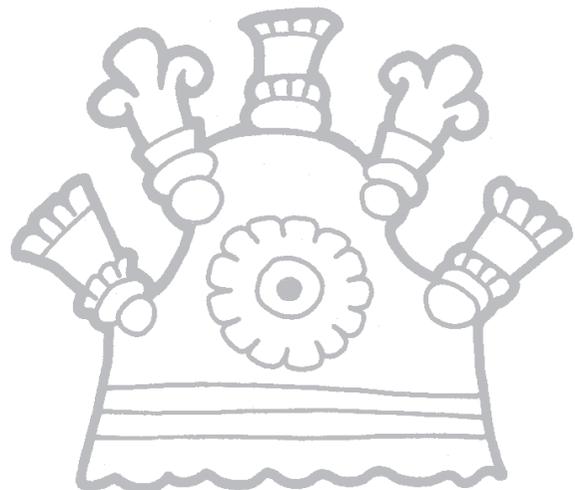
Por lo anterior, creo indispensable hacer una revisión más detallada de estas cerámicas con el fin de que sean aportados elementos significativos en la conceptualización de ellas. Esto seguramente incidirá en el mejor conocimiento de las culturas que se desarrollaron en esta parte distante de la Mesoamérica nuclear.

- a**
- Broda, Johanna  
1996. "Calendarios, cosmovisión y observación de la naturaleza", en S. Lombardo y E. Nalda (coords.), *Temas Mesoamericanos*, México, INAH (Obra diversa), pp. 421-469.
- í**
- Cabrera, Rubén  
1976. "Informe de los trabajos de rescate arqueológico llevados a cabo en la región de Chicayán, Veracruz", Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.
- f**
- Carrasco, Pizana Pedro  
1979. *Los Otomíes. Cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*, México (Serie Andrés Molina Enríquez, Colección Antropología Social), Enciclopedia del Estado de México, Gobierno del Estado de México.
- r**
- Castro Leal, Marcia  
1997. "Representación y sentido del cuerpo humano entre los huastecos prehispánicos", en *Antropología Simbólica*, México, ENAH, INAH, pp. 53-64.
- a**
- Cuevas, Mariano  
1975. *Documentos inéditos del siglo XVI para la Historia de México*, México, Porrúa.
- g**
- Dávila Cabrera, Patricio y Diana Zaragoza Ocaña  
2001. *El complejo cerámico de Tamohi*, México, INAH.
- o**
- Du Solier, Wilfrido  
1945. "Estudio arquitectónico de los edificios Huastecas", *Anales del INAH*, v. 1, México, INAH, pp. 121-146.
- i**
- Ekholm, Gordon  
1944. "Excavations at Tampico and Panuco in the Huasteca, Mexico", *Anthropological papers of the American Museum of Natural History*, vol. XXXVIII, parte V, USA, pp. 321-599.
- b**
- 1953. "Notas Arqueológicas sobre el valle de Tuxpan y áreas circunvecinas", *Huastecos, Totonacos y sus vecinos*, Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, t. XIII, 2 y 3, México, pp. 413-421.
  - Fuente, Beatriz de la y Nelly Gutiérrez Solana  
1980. *Escultura Huasteca en piedra. Catálogo*, México, UNAM.
  - García Cook, Ángel y Felipe Rodríguez Betancourt  
1980. "Programa de rescate arqueológico del gasoducto: Informe", México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.
  - García Payón, José  
1947. "Exploraciones arqueológicas en el Totonacapan meridional (Región de Misantla)", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, vol. II, México, pp. 73-111.
  - García-Pelayo y Gross, Ramón (ed.)  
1987. *Larousse ilustrado*, México, Larousse.
  - Gendrop, Paul  
1971. *Arte prehispánico en Mesoamérica*, México, Trillas.
  - Goss, John  
1990. *The mapping of North America. Three centuries of map-making 1500-1860*, USA, The Wellfleet Press Booksales, Inc. New Jersey.
  - Hosler, Dorothy y Guy Stresser-Péan  
1992. "The Huastec Region: A second Locus for the Production of Bronze Alloys in Ancient Mesoamerica", *Science*, vol. 257, USA, pp. 1215-1220.
  - López Austin, Alfredo  
1998. *Los mitos del Tlacuache*, México, Instituto de investigaciones Antropológicas, UNAM.
  - MacNeish, Richard S.  
1947. "A preliminary report on Coastal Tamaulipas, Mexico", *American Antiquity*, vol. XIII, núm. 1, USA, pp. 1-15.

1950. "A synopsis of the archaeological sequence in the Sierra de Tamaulipas", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XI, México, pp. 79-96.
- Marquina, Ignacio  
1964. *Arquitectura Prehispánica*, México, INAH, SEP.
  - Meade, Joaquín  
1942. *La Huasteca. Época antigua*, México, Cossio.
1950. "Fray Andrés de Olmos", *Memorias de la academia mexicana de la historia*, t. IX núm. 4, pp. 374-463.
1982. *El Adolescente. Escultura Huasteca-una Interpretación*, México, Universidad Autónoma de Tamaulipas, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Medellín Zenil, Alfonso  
1982. "Exploraciones en la Región de Chicontepec o Huasteca Meridional. Temporada I", Instituto de Antropología de Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, México.
  - Merino, Leonor y Ángel García Cook  
1987. "Proyecto Arqueológico Huasteca", *Arqueología*, núm. 1 (Primera época), México, INAH, pp. 31-72.
  - Munsell Color  
1994. *Soil Color Charts*, New Windsor, New York, Macbeth Division of Kollmorgen Instruments Corporation.
  - Noguera, Eduardo  
1945. "Ruinas de Cebadilla", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, t. I (1939-1940), México, INAH, pp. 17-30.
1965. *La cerámica arqueológica de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- O'Brien, Michael  
1994. *Cat monsters and head pots*, USA, University of Missouri Press.
  - Ochoa, Ángela  
2000. "Las aventuras de *Dhipaak* o dos facetas del sacrificio en la mitología de los teenek (huastecos)", *Dimensión Antropológica*, año 7, vol. 20, septiembre-diciembre, pp. 101-123.
  - Ochoa, Lorenzo  
1989. *Historia prehispánica de la Huasteca*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
  - Ochoa, Lorenzo y Gerardo Gutiérrez  
2000. "Notas en torno a la cosmovisión y religión de los Huastecos", *Anales de Antropología*, núm. 33 (1996-1999), México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, pp. 91-163.
  - Ortelius, Abraham  
1584. *Theatrum orbis terrarum*, Flandes, Antwert.
  - Ortiz Cevallos, Ponciano y Lourdes Aquino Rodríguez  
1987. *Rescate arqueológico en Tabuco, Tuxpan, Veracruz. México*, México, Instituto de Antropología de Universidad Veracruzana.
  - Parsons, R. Jeffrey  
1971. *Prehistoric settlement patterns in the Texcoco region, México, USA*, Memoirs of the Museum of Anthropology University of Michigan number 3.
  - Rodríguez, Blas  
1945. *Culturas Huasteca y Olmeca*, México, Editora Intercontinental.
  - Sahagún, fray Bernardino de  
1969. *Historia General de las cosas de Nueva España*, México, Porrúa.
  - Sanders, William  
1978. *The Lowland Huasteca. Archaeological Survey and Excavation. 1957 Field Season*, USA, University of Missouri Monographs in Anthropology, number 4.
  - Seler, Eduard  
1888. "Las antiguas colonias en la región de la Huasteca", *Memorias de la sociedad Antropológica de Berlín*, Período de

Etnología, XX, 20 de octubre de 1888, México, pp. 451-459 (Traducción de Eulalia Guzmán).

- Seler-Sachs, Caecilie  
1915. *Die Huasteca - Sammlung des KGL. Museums für Völkerkunde zu Berlin*, Leipzig und Berlin. Druk und Verlag von B. G. Teubner, Berlin.
- Tapia Zenteno, Carlos de  
1985. *Paradigma Apologético y Noticia de la Lengua Huasteca*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas UNAM (Filología, Gramáticas y diccionarios: 3).
- Tolstoy, Paul  
1958. *Surface survey of the northern valley of México: The Classic and Post-classic periods*, USA, Transactions of the American Philosophical Society, New Series-Volume 48, part 5.
- Toro y Gisbert, Miguel de (ed.)  
1967. *Pequeño Larousse Ilustrado*, París, Larousse.
- Torquemada, fray Juan de  
1975. *Monarquía Indiana*, México, Porrúa.
- Torre Villar, Ernesto de la  
1998. *Lecturas Históricas Mexicanas*, t. I, México, UNAM.
- Zaragoza Ocaña, Diana  
1996. "Redefinición Arqueológica de la Huasteca, siglos XI a XVI", ponencia presentada en la XXIV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Tepic, Nayarit, México.  
  
1998. "Sitio El Consuelo en la arqueología de La Huasteca", en Ma. Teresa Jaen Esquivel *et al.*, *Tiempo, población y sociedad. Homenaje al maestro Arturo Romano Pacheco*, México, INAH, pp. 493-515.
- Patricio Dávila y José Maurilio Perea Salas  
2001. "Informe final del proyecto Tamohi", México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.



## **Cartografía antigua y sitios arqueológicos en la región de Reyes Metzontla, sureste de Puebla**

Un mapa es siempre una descripción metafórica del terreno que emplea diferentes dispositivos de semejanza planeada; también es una representación metafórica del espacio, contiene listas de lugares y distancias para poder calcular el tiempo entre un punto *a* y un punto *b*; para su análisis, debe considerarse como una unidad que sólo puede interpretarse si nos familiarizamos con el significado mutuo de varios signos convencionales inmersos en él. Los mapas vistos como sistemas de representación planaria (en dos planos, bidimensional) son universales, incluso nuestro medio social es como un mapa.

Existe una diferencia entre la topografía artificial, geométrica y la topografía natural que a su vez es el signo metonímico general entre el binomio cultura/naturaleza. Los rasgos topográficos materiales (artificiales o naturales) del espacio constituyen conjuntos de indicadores de distinción metafísica tales como: mundo/el otro mundo, profano/sagrado; estatus inferior/estatus superior; normal/anormal; vivo/muerto.

Las representaciones cartográficas antiguas, lejos de considerarse rigurosamente como planos —en el sentido occidental del concepto—, también consignaron eventos importantes desde la época prehispánica, pues se tienen amplias referencias de las representaciones del mundo y sus rumbos cardinales, asociados con elementos cosmogónicos, cosmológicos, calendáricos, deidades, plantas sagradas y comestibles y partes del cuerpo humano, que se refieren a un orden especial en tiempo y espacio (*Códice Fejérváry-Mayer*, 1994; *Códice Madrid*, 1985).

\* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH. pacorivascastro@yahoo.com.

Una versión de este trabajo se presentó como ponencia en el IV Congreso Centroamericano de Antropología, el 26 de febrero de 2002, en Xalapa, Veracruz.

En los códices cartográficos también se asentaron otros eventos, tales como: antiguas peregrinaciones, establecimiento de sitios y lugares importantes, ubicación de lugares sagrados, aspectos geográficos de la realidad y recursos naturales de cada región, baste revisar los topónimos del *Códice Mendocino* (1980) y la *Matrícula de Tributos* (Castillo, 1978: 523-588) (Mohar Bétancourt, Luz M., 1990).

Cada región y cultura, tuvo su forma particular de consignar sus nombres de lugares (topónimos). Por ejemplo, en Monte Albán, Oaxaca el topónimo se registraba con un templo y una figura (Marcus, 1980: 37-38). En Teotihuacan, los glifos topónimos consistían en representaciones de árboles floridos con un pequeño templo y la raíz como nombre del lugar (Paszthory, E., 1988: 135-228) (Berlo, C., 1988; 1995, II: 191-269).

La elaboración de mapas como sistemas de representación, tenía entre sus funciones, fijar límites de tierras para el cultivo, y fronteras lingüísticas, militares, naturales, establecimiento de sitios para la recaudación de impuestos, puntos estratégicos para el apoyo militar, rutas de intercambio de productos locales y regionales y actividades comerciales.

Conocemos bien que los mexicas enviaban gente especializada en la elaboración de pinturas para que dieran una clara referencia de las regiones a conquistar. En esos lienzos, códices o pinturas registraron: ríos, montañas, lagos, islas, pasos naturales, diques, canales, puentes, acequias, pueblos y ciudades importantes. El personaje ideal para desempeñar esas funciones fue el pochteca-espía que tenía facultades para viajar y conocer varias regiones.

Para la época colonial, los dibujos y pinturas también fueron de gran importancia, pues en ellos se establecieron linderos de tierras para cultivo, mojoneras, extensión de cacicazgos y, aunque aparentemente no tuvieron escala, fueron muy útiles para ubicar los elementos antes

citados. Además se utilizaban como títulos primordiales de propiedad, es el caso de los llamados *Códices Techialoyan*. Las fuentes históricas nos informan someramente de la importancia de estas pinturas y registros:

Para escusar confesiones en el conocimiento de estas tierras de los calpules estaban pintados en grandes lienzos de colores amarillo claro, y las de los principales de un color encarnado y las tierras de las recamaras del rey con colores muy encendidos; y así con estos colores, en abriendo cualquier pintura se veía todo el pueblo y sus términos y sus límites y se entendían en así eran y en que parte estaban que era una curiosidad muy grande (Torquemada, 1975-1983, vol. 4: 334).

Los pueblos antiguos tenían mucha práctica en la elaboración de dibujos cartográficos. Los mapas comprendían grandes territorios que tenían gran fidelidad en lo referente a la geografía.

### Cartografía de la región popoloca del sureste de Puebla

El estudio de la región popoloca del sureste de Puebla, plantea un enfoque especial para la ubicación de elementos históricos y cartográficos. Este enfoque es muy diferente al empleado en el análisis de los topónimos más importantes en los trabajos de los códices mixtecos. Aunque todos los pueblos mesoamericanos compartían un sustrato cultural común, sí existieron diferencias que caracterizaron a las regiones chocho-popolocas del sur de Puebla, de Tecamachalco, Tehuacan, la Cañada y Coaixtlahuaca, ampliamente estudiados desde los tiempos del arqueólogo Alfonso Caso (1961; 1977-1979), Alejandra Gámez (1999) y Luis Reyes (1999).

La metodología utilizada para el análisis de la cartografía de la región popoloca, es la de la geografía histórico-cultural, la cual se confrontó con datos arqueológicos, lingüísticos y etnográficos antiguos y actuales para dilucidar los elementos de la toponimia de la región estudiada dentro de procesos de desarrollo social, político,

económico y religioso, con un enfoque antropológico.

En esta región se ubicaron pueblos popolocas<sup>1</sup> que una vez aculturizados por los nahuas, fueron marginados paulatinamente desde la época prehispánica —probablemente desde el periodo Clásico terminal y Epiclásico—, y estuvieron sujetos a sitios macrorregionales como Cutha —señorío popoloca antes del nahua de Zapotitlán Salinas hacia los siglos XII-XVI. Esta hipótesis parece demostrarse, con la naturaleza del sitio arqueológico de Metzontla, que es un complejo de terrazas habitacionales con tumbas y accesos a la parte alta del cerro donde se perciben grandes montículos, plazas y un juego de pelota ubicado en la cima. Todas estas evidencias y su similitud con Cutha, parecen indicar que el sitio arqueológico más importante aledaño al pueblo popoloca de los Santos Reyes Metzontla fue el cerro Metzontla, que corresponde a los sitios de segunda importancia dentro de las complejas redes de sitios arqueológicos, ubicados en la cima de los cerros ampliamente reportados por Purpus desde principios de siglo XX y visitados por Nicholas Johnson en los años noventa (1994; 117-144; 1996, vol. I: 233-268).

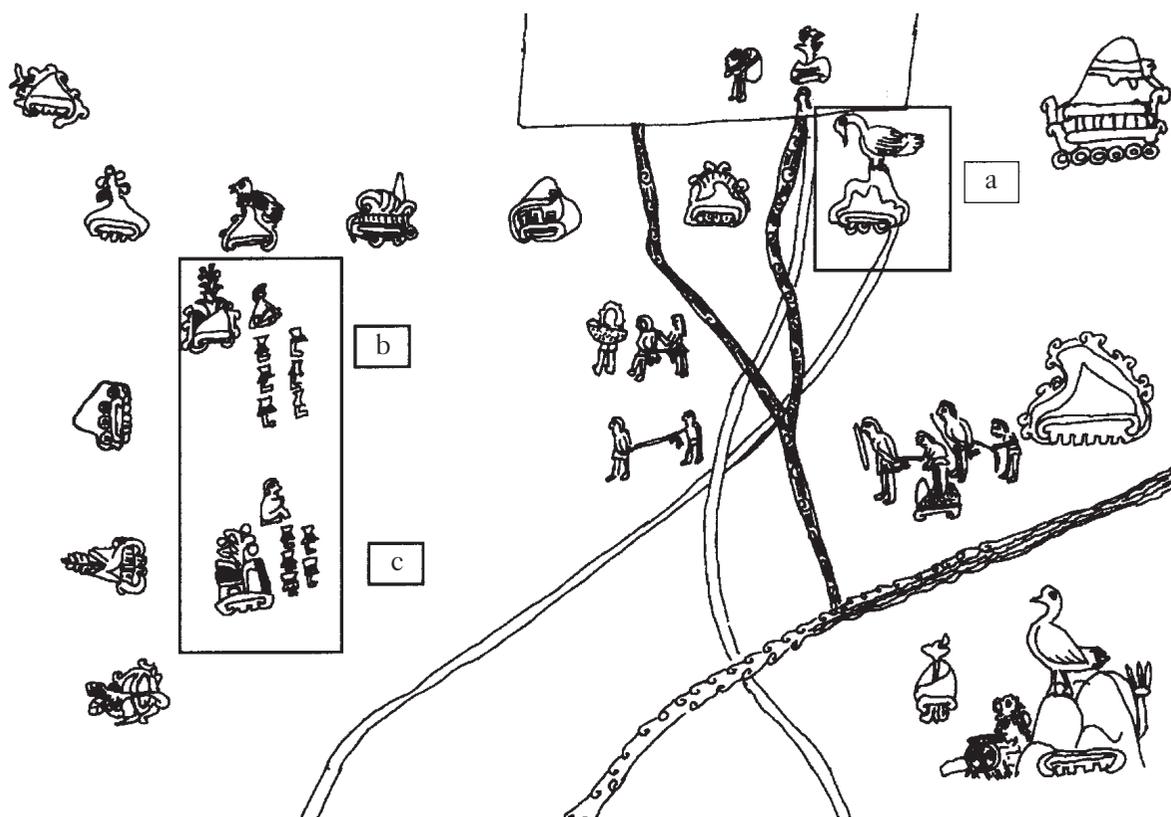
Cutha significa en lengua popoloca máscara, muy probablemente está representado en el *Códice Viena* y en el *Zouche Nuttall*. Este importante señorío también se incluyó dentro de la cartografía del *Lienzo de Tlapiltepec* o Antonio de León

(Rivas, 2000 en prensa) y muy probablemente en el poco estudiado *Lienzo de Aztatla*, que según la propuesta de interpretación de Lina Odena Güemes (1996: 305-318) pertenece a la región de Tehuantepec.<sup>2</sup> Sin embargo proponemos otra lectura: que en la porción superior izquierda se pudo representar los topónimos de Metzontla, Zapotitlán y Aztatla, pues el lienzo que comento muy probablemente registró estos importantes señoríos, que incluían nahuas y popolocas nahuatizados de Zapotitlán y popolocas de Metzontla (fig. 1), Acatepec, Atzingo, y Caltepec. Asimismo incluía a los señoríos chocho-popolocas de la región de Aztatla y mixtecos como Teccistepec, Tecuantepec (Tehuacan) y probablemente, otros cerros importantes de la planicie costera ocupada por mixtecos y pochutecos; las evidencias de este dominio se reflejan en los sistemas constructivos, con base en la habilitación de terrazas habitacionales y para el cultivo con diversos accesos, y en templos con techo de paja y con el copete recortado, elemento característico de las construcciones popolocas y que observamos asociado por lo menos a dos topónimos: Metepetl —cerro del maguey— y Zapotitlán —donde abundan los zapotes—, dos asentamientos contemporáneos del Posclásico.

El sitio arqueológico de Metzontla se localiza en la cima de un cerro, lugar muy importante desde la época prehispánica, pues su ubicación nos habla de la necesidad de fortificación para protegerse de ataques de sus vecinos. Uno de los rasgos culturales importantes en el cerro

<sup>1</sup> Este término ya ha sido ampliamente estudiado y comentado por Nicolás León (1905), Betancurt (1919), Wigberto Jiménez Moreno (1942 (1976)), Klaus Jäcklein (1978; 1979), John Paddock (1987), se trata de una designación despectiva, que utilizaban los nahuas para ubicar a pueblos que no hablaban su lengua y que no eran de su mismo grupo étnico. Sabemos que estos grupos antecieron a los nahuas en una amplia región donde aún se sigue hablando popoloca y chocho en Oaxaca. Se trata de pueblos marginados, que probablemente fueron desplazados por los caciques nahuas y coloniales a las zonas montañosas, con poco suelo y recursos para la práctica de agricultura de riego o de temporal. Entre los trabajos que actualmente se hacen, figuran el de la palma, el ixtle, izote y la cerámica, aún elaborada con técnicas prehispánicas en Acatlán de Osorio, Huejónapa, Metzontla y algunos lugares de Oaxaca.

<sup>2</sup> Lina Odena Güemes (1996:305-318) apoyada en datos de la Relación Geográfica donde se encuentra la Pintura de Tehuantepec, en las *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Antequera* (Acuña, R., 1984, tomo segundo, 3:107-128) ubica el *Lienzo de Aztatla* con pueblos de la costa de Oaxaca, con base en la interpretación de los topónimos de Tehuantepec del *Lienzo de Aztatla*, donde también se menciona un Xochitlán, en esta misma región. Yo pienso al igual que Nicholas Johnson (1994), que se trata más bien del topónimo de Aztatla representado en el *Lienzo de Tlapiltepec*; en el de Tecamachalco (Vischer I) y el Antonio de León, ubicado al norte de Oaxaca, y que los topónimos cercanos a Aztatla en *Lienzo de Aztatla*, podrían ser: Metzontla y Zapotitlán Salinas ubicados en la región que comentamos en este trabajo.



● Fig. 1 Topónimo de Aztatla (a). Topónimo de Metzontla (b). Topónimo de Zapotitlán Salinas (c). Redibujado de Glass, John B., 1964, *Catálogo de la colección de Códices*, México, INAH.

Metzontla,<sup>3</sup> sitio ubicado en lo alto del cerro, es que sirvió seguramente como punto de vigía a otros puntos aledaños, ya reportados desde principios del siglo XX por el botánico Karl Purpus (1926: 50-61), quién describió con detalle otros sitios arqueológicos importantes de la región como el de Rinconada —ubicado frente al pueblo de San Francisco Xochiltepec—, el del cerro Coatepec y los de Caltepec.

El asentamiento arqueológico del cerro Metzontla, tiene un acceso más fácil por el pueblo antiguo de San Francisco Xochiltepec. En una

primera aproximación subimos con el señor Nicolás Bautista, guía de Los Reyes Metzontla, quien tiene un conocimiento impresionante de la topografía del entorno del pueblo. Metzontla ha conservado las técnicas antiguas para la elaboración de cerámica, pues en la actualidad sus mujeres siguen fabricándola sin moldes ni torno y cociéndola en hornos al aire libre con llantas viejas de auto; seguramente en la antigüedad se utilizaba el *mezontete* —la hoja seca del maguey— para el cocimiento de la cerámica, ya que éste no la mancha y alcanza temperaturas similares al carbón mineral. Este dato etnográfico actual es de suma importancia, pues en toda la región esta cerámica es la más cotizada y apreciada por los pueblos cercanos, incluso de Tehuacan; también se ha comercializado en otros países del extranjero.

Un rasgo cultural muy importante de la región lo constituyen los nombres de lugar en lengua indígena. Al subir al cerro, un vecino de San

<sup>3</sup> El nombre es náhuatl y significa: *mezontete* —penca de maguey seca—, y *tlā*, abundancial: donde abundan los *mezontetes*; es interesante anotar que en el cocimiento de la cerámica que se hace en Metzontla actualmente utilizan llantas de hule y leña seca, mientras que en épocas más antiguas, muy probablemente se usó el *mezontete* en este trabajo, pues está comprobado que al quemarse alcanza temperaturas muy parecidas a las del lignito y su humo es blanco, no mancha la cerámica ni los enseres para preparar alimentos.

Francisco Xochiltepec que nos acompañó, me proporcionó el nombre del cerro en popoloca: *Nandayo*, que traducido con ayuda del breve diccionario de topónimos popolocas de Teresa Fernández de Miranda (1961: 431-447) significa lo siguiente: *na o nan*= madre; *hma* = cerro; *da- yo*= maguey; *ndaye*= quiote, en ixcateco otra lengua emparentada con el popoloca y hoy ya desaparecida: *Co nda ye*= quiote, entonces *Nandayo* significaría: cerro o madre del maguey y el quiote. Es interesante que el significado etimológico en náhuatl también se una con la existencia de una planta: el maguey, ya que Metzontla significa: “donde abundan los *metzontetes*”, que son las pencas de maguey secas, un recurso muy importante utilizado para cubrir los techos de las casas y como combustible por los popolocas de Metzontla.

### La presencia de Metzontla en el tiempo

Los Reyes Metzontla se encuentra en la cuenca del río Salado, en la región de Zapotitlán Salinas. Siguiendo con la clasificación arqueológica propuesta por Richard S. MacNeish (1970), su cronología y profundidad histórica, correspondería a la fase de Venta Salada hacia 700 d.C., donde existieron asentamientos que eran cabeza de cacicazgos, con varias poblaciones sujetas. Éste es el caso de Metzontla que dependía de Cutha, y posteriormente de Zapotitlán Salinas: el primero popoloca, y el segundo nahua-popoloca.

Los habitantes de Metzontla dicen que sus antepasados eran de Cutha —cacicazgo popoloca—, este dato nos permite reconocer un problema muy importante: ellos se identifican con los antiguos pobladores de Cutha. Los popoloca de la época del Epiclásico (600-900 d.C.), de acuerdo con los datos arqueológicos proporcionados por Castellón Huerta (2000: 282-286), coinciden con la fase Venta Salada de MacNeish (*op. cit.*, 1970). Este autor dice que en esta época fue el auge de Cutha y que corresponden al periodo de máxima extensión y densidad habitacional en el sitio arqueológico. Por otro lado, la

identificación de los habitantes de Metzontla no correspondería a la de los popolocas nahuatizados de Zapotitlán Salinas, que caracterizan la última ocupación de la periferia de Cutha (1 250-1 550 d.C.) cacicazgo más reciente, representado por la presencia de cerámicas de filiación nahua (Azteca III) y de la Región de Texcoco reportadas para el sitio por el arqueólogo Blas Castellón Huerta, quien dice:

Esta época es contemporánea a la expansión de los grupos nahuas en la región y también los mexicas. La posible cabecera regional del valle de Zapotitlán estuvo posiblemente en las cercanías de este cerro, pero no en el cerro mismo (*op. cit.*: 286).

Esta situación explica por qué desde la época del Posclásico temprano y tardío, se despojó al pueblo del nombre *Nandayo*, e incluso se lo cambiaron a *Metzontla*, vocablo en náhuatl. La situación de despojo fue muy común en los primeros años de la época Colonial, esta actividad se practicaba primero a nivel regional donde había cabeceras de cacicazgo y donde los pleitos de tierras fueron muy comunes desde la temprana época del siglo XVI. Metzontla no fue la excepción, pues al emprender mi búsqueda de su presencia en planos o documentos antiguos, no encontré muchas referencias dada su condición de pueblo de indios sujetos, que tenían que tributar con servicios personales y especie a los caciques de Zapotitlán Salinas, pertenecientes a la familia Pacheco.

La primera mención que se hace de Metzontla, es como sujeto de Zapotitlán Salinas hacia 1520, después de que los españoles les permitieron a los principales seguir teniendo sujetos y tributarios por el apoyo y méritos de la Conquista. Hacia 1580-82, figuraban los pueblos que se muestran en la tabla siguiente.

Sobre la extensión del cacicazgo de Zapotitlán Salinas, existe la investigación de Ramírez Sorensen (1996) quien realizó trabajo de campo y analizó varios archivos históricos para hacer la reconstrucción histórica de la región de Zapotitlán Salinas, desde la época prehispánica y hasta la colonial tardía.

<b>PUEBLO</b>	<b>TRIBUTARIOS</b>	<b>IDIOMA</b>	<b>DISTANCIA AL PUEBLO MÁS CERCANO</b>
1) San Martín Tzapotitlán	300	popoloca	3 leguas a Acatepeque
2) Santiago Acatepeque	700	popoloca y mixteco	2 leguas a Chiazumba
3) Chiazumba			
4) (Sujeto a Tequixtepec)	60	mixteco	½ legua Huapanapa
5) San Fco. Huapanapa (Tequixtepec)	230	mixteco	1 <sup>1/2</sup> leguas a San Pedro Chiazumba
6) San Juan Acatitemoapa (San Juan Acatitlán)	70	mixteco/popoloca	3 leguas a San Juan Acatitemoapa
7) San Fco. Xochiltepec	80	mixteco/popoloca	
8) San Andrés Caltepec (Caltepec)	22	popoloca	2 <sup>1/2</sup> leguas a Metzontla
9) San Sebastián Metzontla	140	popoloca	½ legua de Caltepec
10) Caltepeque	30	popoloca	½ legua de Caltepec
11) San Felipe Coatepeque (Coatepec)	30		1 <sup>1/2</sup> legua a San Fco. Huitziltitlán
12) San Fco. Huitziltitlán	60	popoloca	4 leguas a Santa Catalina
13) Santa Catalina	110	popoloca	5 leguas de Juquila
14) Juquila	80	mixteco/popoloca	de vuelta a Zapotitlán

**Fuente:** “*Doctrina de Clérigos, Diócesis de Tlaxcala*”, en Francisco del Paso y Troncoso, *Papeles de la Nueva España*, 1905, (vol. 5, España, pp. 223-224).

Existen datos que nos dan información acerca de la advocación de Metzontla hacia el último cuarto del siglo XVI: no era los Santos Reyes, sino San Sebastián. Al respecto hacia 1583 los habitantes de este pueblo sujeto al cacicazgo de Zapotitlán, se quejaban ante el alcalde mayor de Tehuacan, para que no permitiera que el gobernador, alcaldes e indios principales de Zapotitlán, los obligaran a mandar veinte indios cada semana para dar servicios personales al clérigo y “también pedían que les devolvieran los ornamentos que se habían llevado de su templo” (AGN, Indios, vol. 2, f. 685), este dato puede explicar el por qué Metzontla tuvo primero advocación a San Sebastián y posteriormente a los Santos Reyes.

En la visita que realicé en el año de 2001 en la que conocí el interior del templo, me percaté que los santos de bulto de los Reyes —ubicados en el altar mayor y los del pasillo principal—, son hermosas esculturas estofadas del siglo XVII; los del pasillo, son los que sacan en procesión los

días de la fiesta principal, y los del altar mayor se quedan siempre en el templo. Aparte de estas esculturas también existen imágenes de vírgenes de manufactura indígena e imágenes de Jesús de Nazaret, Señor San José y dos esculturas del siglo XVII del *Arcángel San Miguel quién está sobre una tortuga* con rasgos inframundanos y un San Gabriel, también sobre un elemento terrestre; ambas están hechas en ónix.

En cuanto al tributo en servicios personales, sabemos que el antiguo cacicazgo de Zapotitlán Salinas, compuesto por mixtecos-popolocas y nahuas, tenía como sujetos a todos los pueblos que se mencionan en el partido de Zapotitlán de 1580-82 (fig. 2), que a su vez era sujeto de Tehuacan en el siglo XVI. En este contexto, el pueblo de indios de Metzontla seguía dando tributo a Zapotitlán en servicios personales y en especie, tributando cerámica, principal producción de Metzontla desde el siglo XVI. Seguramente también entregaban trabajos textiles, de algodón, ixtle e izote y palma.

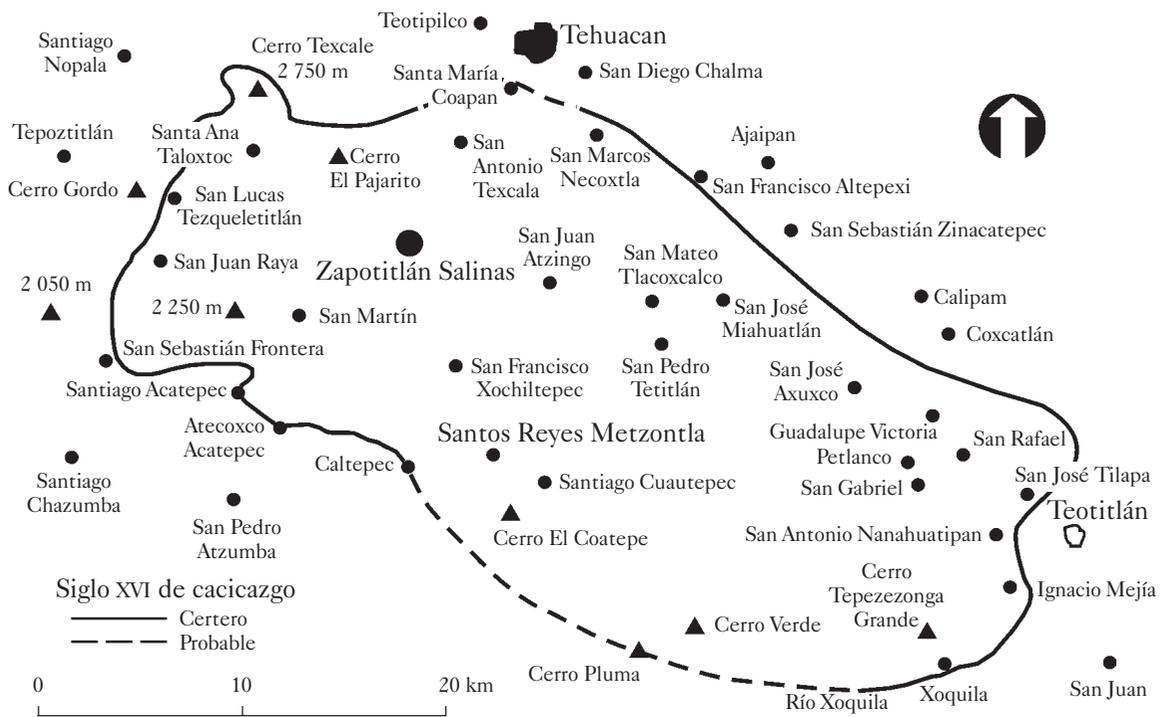


Fig. 2 Extensión del señorío de Zapotitlán Salinas, sur de Puebla, siglo XVI, copiado de Ramírez Sorensen, (1996).

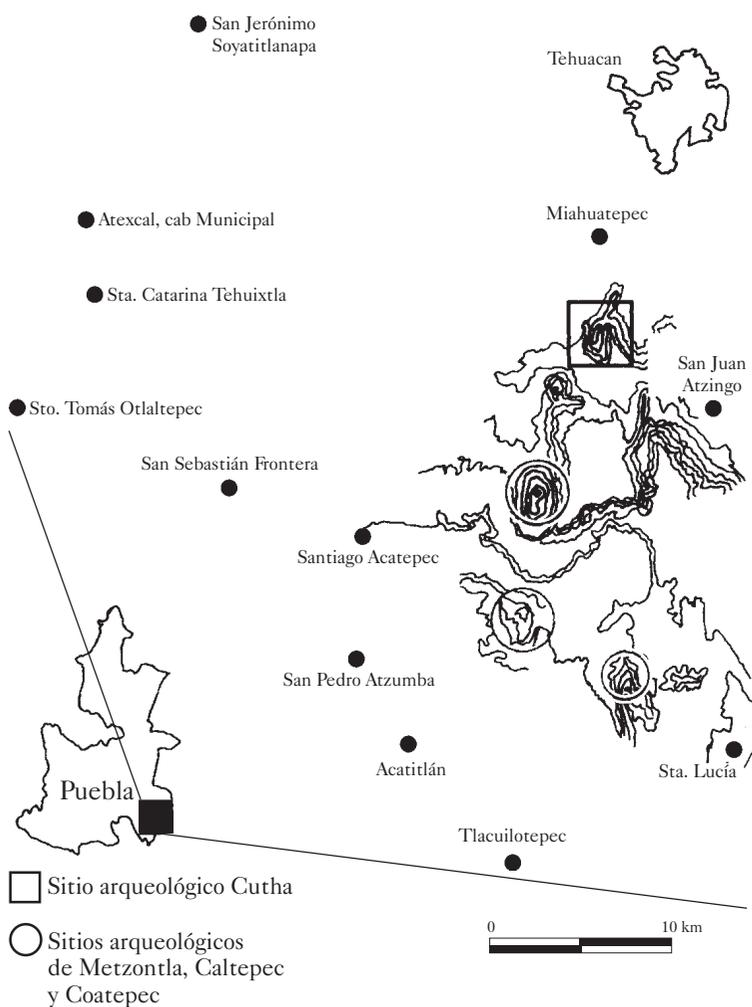
Respecto a la extensión del cacicazgo al momento de la Conquista, éste fue muy grande y con constante reajuste, limitaba al norte con el de Tepexic de la Seda y el de Tehuacan hacia el noreste y noroeste, hacia el sur limitaba con Tequixtepec, Xoquila y el cacicazgo chocho-popoloca-mixteca de Coixtlahuaca. Entre los sujetos de Zapotitlán a finales del siglo XVI destacaban: Acatepec, que congregaba a 11 lugares más pequeños hacia 1603; Xoquila, ubicada en Oaxaca donde también se explotaban salinas y que fue disputada por Zapotitlán a Coixtlahuaca; y finalmente Acatepec, Acatitlán, Azumba, Caltepec, Coatepec, Metzontla, Xochiltepec, Santa Catalina (Gerhard, 1986: 270-71).

Las principales razones por las cuales surgieron pleitos entre los pueblos de la región fueron la posesión de las salinas y tierras de cultivo, uno de los principales puntos del paisaje en los documentos fue “el cerro Chimaltepec —cerro del escudo— y que a la fecha se conoce como cerro Gordo, ubicado al noroeste del valle y considerado por la población de Tepexic y Zapotitlán

como principal punto de mojonera”; también se pueden mencionar tres pueblos que fueron frontera con el cacicazgo popoloca de San Sebastián Frontera, San Juan Raya y San Juan Tepanco o Tepanco de López (Castellón Huerta, 2000: 62).

El segundo de ellos también se llamó Tepango, el nuevo Tepanco en náhuatl significa “frontera” y su nombre popoloca era *indianingaa*: Agua honda. El actual pueblo de Tepanco de López, ubicado al norte de Zapotitlán y noroeste de Tehuacan, es uno de los límites de los hablantes de popoloca en la actualidad. El límite al este fue Miahuatepec, donde se divide el valle de Zapotitlán y el de Tehuacan, en el cual se encontraba Coxcatlán; al sureste se localizan las elevaciones de Atzingo y Xochiltepec que separan el Valle de Zapotitlán de Oaxaca (fig. 3).

En el Archivo General de la Nación, existe un expediente del año 1738 sobre el pleito de tierras del presbítero del obispado de Puebla, Javier de Vega y Corral, que reclamaba algunos



● Fig. 3 Frontera popoloca según las fuentes históricas del siglo XVI y datos históricos.

terrenos que pertenecían a Zapotitlán. En el proceso se mencionan los antecedentes de la posesión, así como las comparecencias de testigos que describen los parajes y mojoneras que coinciden con las del siglo XVI, en este documento se mencionan las genealogías de los caciques de Zapotitlán, como instrumento para legitimar la posesión de las tierras en litigio. Este expediente tiene una sección de suma importancia para conocer los procedimientos de agrimensura y los criterios para establecer las mojoneras y linderos de las tierras, el trabajo de elaboración del plano fue encargado al agrimensor Maximiliano Gómez Daza, quien hizo un recorrido en la porción sur y suroeste del valle

de Zapotitlán. A continuación transcribo el documento.<sup>4</sup>

Maximiliano Gómez Daza agrimensor general de esta Nueva España, medidor de agua y pesador de ellas por el superior Gobierno de dicha Nueva España, nombrado de oficio de la real justicia de esta provincia de Teguacan para la formación del mapa, concertado contenido en el auto de requisitorio general que expidieron los señores presidentes y oidores de la Real Audiencia de México de esta nueva España a pedimento de Don Joseph Pacheco, cacique del pueblo de Zapotitlan, en el pleito que sigue contra el licenciado Don Francisco Javier Vega Corral. Habiendo para este efecto, salido de este pueblo de Zapotitlan, en compañía de Don Juan Francisco de Soldevilla y Barrueno, alcalde mayor de esta dicha provincia, por su magestad, como de su secretario, Don Ignacio de Selva, escribano y público de la ciudad y Provincia de Teguacan, como de los terstigos de la identidad, fuimos elevándonos a la parte del sur y llegamos a un paraje donde esta una marca o mojonera destruida que dichos testigos dijeron llamarse *la punta de Loma Larga*, que esta a la orilla del camino real que sale de Zapotitlan para el pueblo de *Acatepeque*, en cuyo punto puse los instrumentos en un

bastón, la abuja de marcavientos y una regla dióptica, y describió correr la línea de lindero que los testigos manifestaron al sud sudoeste y cuando los testigos la identificaron, fuimos por el lindero que lo es el dicho camino real de Acatepeque y fuimos dejando a la derecha las tierras que el cacique Don Joseph Pacheco, litiga contra el común de los naturales de Zapotitlan y como a quinientas varas poco más o menos ofreció otro ángulo que es el primero que en el mapa está figurado

<sup>4</sup> En la transcripción del documento se respetó el texto de manera íntegra, ya que se encuentra en buen estado de conservación; la paleografía es sencilla, se trata de letra itálica del siglo XVII muy legible, se respetó la redacción del autor y no se transcribió con correcciones al español actual.

con la letra A, que es donde principiamos la segunda diligencia y este segundo ángulo se figura con la letra B quedando en el punto A ángulo recto inferior de noventa grados.

Estando en el punto B que es a la orilla de dicho camino de Acatepeque puse los referidos instrumentos, y porque los testigos dijeron que dicho camino real es el termino del lindero de estas tierras, demarqué con el instrumento vientos correr el lindero al sur cerrado y guiado de los testigos, fuimos subiendo y bajando lomas por dicho camino real, el que da las vueltas que el mapa se figura, pero la línea visual fue siempre observando el rumbo del sur y a distancia de una legua poco más o menos, dejamos a mano derecha una iglesia destruida, que los testigos de esta diligencia dijeron fue un pueblo antiguo nombrado San Miguel, fundado en las tierras que cacique Joseph Pacheco litiga contra el común de Zapotitlán y en esta línea pasamos tres o cuatro barrancas, la una de ellas con un chorrillo de agua nombrada el agua escondida y por otro nombre de *Tempesquite*, y fuimos subiendo la ladera de un cerro y llegamos al punto C donde está otra marca de piedra y lodo ya destruida que los testigos dijeron ser el pie del cerro *Portezuelo de Acatepeque*, quedando en el punto B ángulo obtuso interior de ciento cuarenta y seis grados y quince minutos.<sup>5</sup>

En el punto C que es donde está dicha marca de piedra, y habiendo los testigos declarado el lugar que el lindero tiene, puse a la abuja de marcar vientos y descubrí que la línea se endilga al sureste cuarta al oeste y fuimos en seguimiento de ella dejando a mano derecha unos cerros pelados, con dos pequeñuelos nombrados *Chichigualtepeque* y los testigos dijeron que las tierras que lindan en este cacicazgo los litigan los naturales del pueblo de Acatepeque contra los herederos, y fuimos subiendo a un cerro que los testigos dijeron nombrarse *Pala* y llegamos al punto D, con distancias de una legua con distancias que dejamos andado, quedando en el punto C, ángulo obtuso interior de 123 grados y cuarenta y cinco minutos.

Estando en el punto D que es encima del cerro de la Pala, puse la abuja de marcar vientos y pregunté a los testigos señalar el lindero y dijeron ser los cerros pelados ya mencionados corre la línea la cual se inclina al

sur que hasta el norte y por ella guiado de los testigos atravesamos el camino real que sale del pueblo de *Acatepeque para el de los Reyes*, y fuimos dejando a mano derecha los dichos cerros y tierras que el común de naturales de *Acatepeque* litiga con los Méndez, y llegamos a un paraje que los testigos dijeron llamar *Tetetla* quedando a la distancia andando como media legua hasta el punto D ángulo exterior obtuso de ciento treinta y cinco grados.

Estando en el punto E demostraron los testigos la línea que corre al sur cerrado, y fuimos a la cumbre de un cerro alto que bajamos y llegamos a la loma de otro donde está un camino real que los testigos dijeron nombrarse *Thiltepeque* y el dicho camino que va a Oaxaca, quedando en esta línea y a mano derecha las tierras del común de naturales de *Caltepeque* que en el mapa se figura con el punto F quedando en el punto E ángulo obtuso exterior de ciento sesenta y ocho grados y cinco minutos.

Estando en el punto F que es en el dicho paraje de *Tliltepeque*, mirando al este fuimos guiados por los testigos a otro cerro al cual llegamos a su cumbre quedando a mano derecha las tierras del dicho común de *Caltepeque* llegando al punto F, ángulo recto interior de noventa grados.

Estando en el punto G fuimos siguiendo los testigos y dejando a mano derecha las tierras de dicho común de *Caltepeque* y llegamos al punto H quedando en ángulo obtuso interior de ciento sesenta y ocho grado cuarenta y cinco minutos.

Puestos en el punto H mirando al norte cerrado bajamos la sierra a unos planetes y llegamos a un cerro alto y puntiagudo que los testigos dijeron nombrarse *Metzontla*, y seguidamente otros cerros pelados por cuyas cumbres fue corriendo esta línea quedando a menos de ocho leguas, otras tierras que Don Joseph Pacheco tiene y llegamos a un cerro grueso de esta serranía nombrado *Corral de Piedras, por tener unas piedras en la coronilla a forma de corral redondos*<sup>6</sup> y llegamos con distancia de tres leguas, poco más o menos que tiene esta línea el punto i quedando en H en ángulo obtuso interior a ciento treinta grados.

Estando en el punto i mirando al oeste que es a poniente dijeron los testigos que las tierras que queda-

<sup>5</sup> Con estos datos nos damos cuenta que ya se estaban usando brújulas, reglas ópticas y marca vientos para hacer los trabajos de agrimensura y elaboración de planos, muy útiles en la investigación arqueológica e histórica regional.

<sup>6</sup> Tal vez se refiera a un sitio arqueológico, por las características que describe el autor.

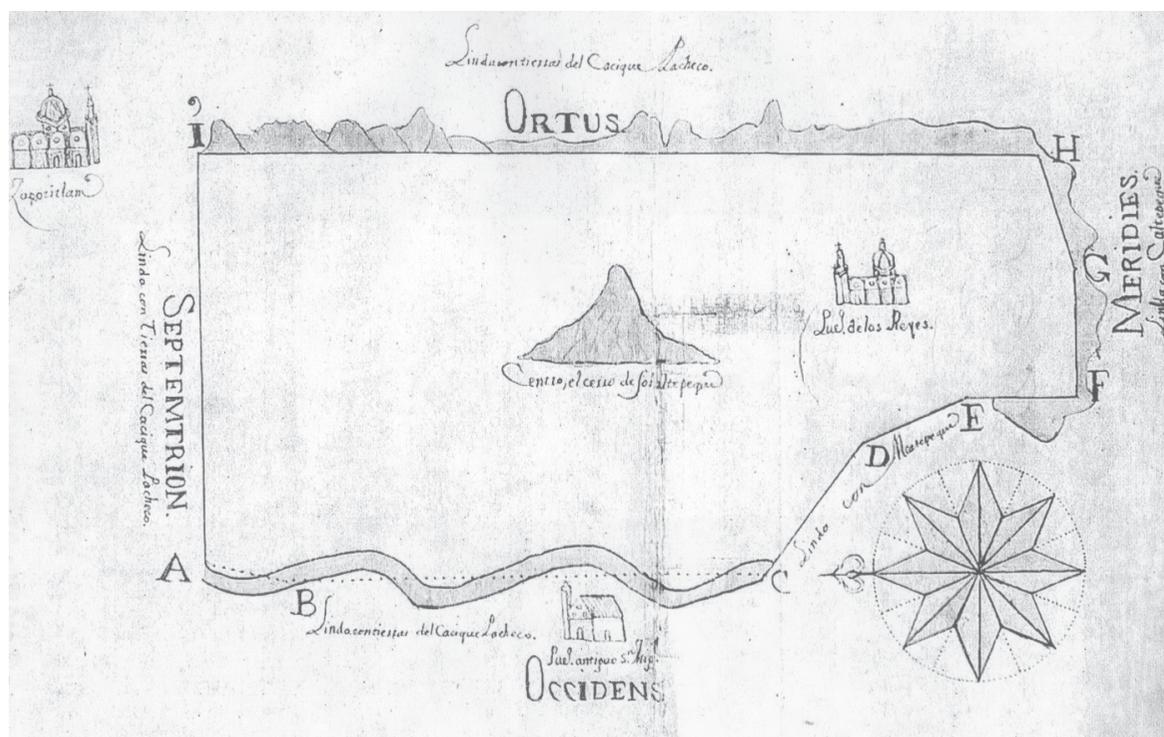
ron abajo a la derecha son las que el cacique litiga contra el común de Zapotitlán, llegamos al llano y pasamos un árbol de mezquite, que los testigos dijeron nombrarse La Silla y *atravesamos el camino real que sale del Pueblo de los Reyes que sale para Zapotitlán* y llegamos al punto A que es en donde dimos principio a esta diligencia quedando concluida la delineación ignográfica topográfica el que queda concordante ajustado con todas las líneas y ángulos de que se compone su periferia con la graduación de ángulos sin haberse salido de la vista de ojos, llevando por norma los rumbos de los linderos, guardando siempre esta diligencia de preceptos matemáticos a la que me he arreglado bajo el mismo juramento que tengo fecho en autos de este asunto, el que declaro y revalido que el total *centro de las tierras de este cacicazgo es el cerro de Soyaltepeque por ser el que mira centralmente a todo el perímetro de estas tierras quedando incluidas en ellas los parajes de las minas de La Condesa y San Antonio, el pueblo de los Reyes que es anexo al cacicazgo, Los cerros de Pizarro, Cerro Grande, Loma Larga, que es fecha de la declaración de este mapa en once días de julio de mil setecientos treinta y ocho años y lo firme Maximiliano Gómez Daza*

*Rúbrica.*

Al final de este documento se anexó el plano, (fig. 4).

En este mismo documento se conceden dos sitios más a Zapotitlan, llamados Chimaltepec (Cerro Gordo) y Ecoctl y tres caballerías de tierras. Los datos de este documento se pueden confrontar con los actuales límites de Zapotitlán y sitios mencionados, los cuales han variado poco (Rubio Mañé, 1993).

Como vemos, el documento contiene información de los principales elementos topográficos de la región de Zapotitlán Salinas, incluyendo a Los Reyes Metzontla, Caltepec, y otras eminencias que se consideraban como puntos de vértice para establecer los linderos de las tierras en litigio. El documento, aunque corto en extensión (pues existen expedientes de más de 1 000 fohas), ilustra las técnicas de agrimensura y los criterios para establecer y dibujar los planos que se requerían en la Real Audiencia de México para llevar a cabo su ejercicio de impartir justicia, sobre todo, en regiones donde la tierra para el cultivo era escasa, y donde se encontraban los principales recursos tales como: salinas, minas de ónix y de piedra para la



● Fig. 4 Plano de la región del señorío de Zapotitlán Salinas, siglo xvi.  
Fuente: Archivo General de la Nación, vol. 1, Tierras, 1461, expediente 1, fs. 71-78.

construcción, palma, ixtle y productos del maguey, ampliamente utilizados desde la época prehispánica y en la colonial posteriormente.

El documento nos describe de manera puntual los nombres y la naturaleza topográfica regional, algunos de ellos conservaban sus nombres en náhuatl en el siglo XVIII. Es seguro que si emprendemos una investigación sistemática, podremos reconstruir los nombres en lengua popoloca, pues aún en la actualidad se conocen.

Por otro lado, al analizar el pequeño plano insertado en el expediente estudiado, se concreta en la imagen el entorno que describe el oficial de la Real Audiencia de México, pues aparte de los cerros mencionados y los puntos de vértice de los linderos del cacique Pacheco, nos muestra tres representaciones de los templos cristianos de Zapotitlán, ubicados en el extremo superior izquierdo; el de Los Santos Reyes Metzontla, en la parte superior derecha del plano, y el templo del antiguo pueblo de San Miguel, descrito también en el documento.

Otro aspecto interesante de la información contenida en este expediente lo constituye la presentación de pruebas que demuestren la posesión de la tierra en pleito; al hacerlo, el cacique Pacheco de Zapotitlán Salinas menciona toda la genealogía de su linaje, proveniente desde la época prehispánica. Con estos datos y las declaraciones de los testigos informantes, interrogados por los oficiales de la Real Audiencia de México, se pueden reconstruir los linajes de Zapotitlán Salinas y confrontar estos datos con los de algunos lienzos coloniales tempranos que hablan del establecimiento de linajes de los señoríos popolocas de Tepexi de Rodríguez, Tecamachalco, Tepanco, Tehuacan y Zapotitlán Salinas.

En este breve trabajo he recurrido a la identificación de los sitios en lengua popoloca, que aún se habla en la región. Utilicé los datos inmersos en algunos documentos de archivo, como el que

transcribí en párrafos anteriores. Este documento es un expediente del ramo de Tierras, que se hizo precisamente para delimitar los linderos del señorío de Zapotitlán Salinas, actual cabecera municipal. En él se describe de manera puntual los métodos y técnicas de agrimensura de la época, entre los cuales destacaba la visita a los lugares hecha por funcionarios de la Real Audiencia de México y por mandato de las autoridades encargadas de la verificación de este tipo de datos, obteniendo información de guías y testigos que permitían corroborar las extensiones de los antiguos señoríos de la región, además, uno de los recursos de prueba lo constituía la presentación de las líneas de descendencia y linaje, que representaba una prueba importante para el reclamo de las tierras en pleito.

Con la confrontación de datos inmersos en estas fuentes históricas, la visita a la región y a sitios arqueológicos prehispánicos y templos cristianos coloniales, nos han permitido tener esta primera aproximación a una región poco conocida desde el punto de vista arqueológico, de la temprana época del siglo XVI, y de los siglos XVII, XVIII, hasta la época actual. Hoy, el pueblo de Reyes Metzontla, es más conocido por su excelente cerámica que aún se sigue fabricando a la manera prehispánica, pero poco sabemos de los problemas por tierras del pueblo de indios de Metzontla, sujeto a la cabecera municipal de Zapotitlán Salinas. Por el análisis de la información contenida en la documentación histórica y los restos arqueológicos observados, el dominio debió ser ancestral, y puede tener sus orígenes desde la época prehispánica, ya que el sitio arqueológico del cerro Metzontla tiene un carácter defensivo, lo cual denota los conflictos que debieron existir con sitios macroregionales como Cutha desde épocas antiguas y que se prolongaron hacia la época Colonial con el pueblo de Zapotitlán Salinas y continuaron hasta la actualidad.

Es importante mencionar que debemos plantear proyectos de carácter interdisciplinario para estudiar a detalle la historia antigua de la región, en los que se incluyan trabajos arqueológicos

de registro sistemático, trabajos de fuentes históricas, sobre todo en archivos parroquiales y municipales; así como en el General de la Nación. También se deben hacer trabajos etnográficos para entender mejor la organización del trabajo, el culto, las fiestas y sistemas económicos de la región, ya que esta parte de la Mixteca colinda, como frontera, con sitios de las primeras estribaciones de la Mixteca Alta, además, porque no se ha trabajado la arqueología de la región de manera sistemática.

Quiero concluir este trabajo preliminar sobre la cartografía antigua diciendo que la región popoloca del sureste de Puebla ha sido marginada y despojada desde tiempos prehispánicos, y que ha sobrevivido al paso del tiempo con la elaboración de su excelente cerámica y su comercialización. Aunque la región tiene importantes minas para extracción de piedra para la construcción y metalíferas, actualmente el principal recurso sigue siendo la elaboración de cerámica y su comercialización en la región aleña de Oaxaca y Puebla. La economía también se sustenta en los ingresos que envían desde el extranjero los siempre grupos indígenas migrantes de la región.

# b i b l i o g r a f í a

- Acuña, René (ed.)  
1984. *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Antequera*, t. 2, vol. 3, México, UNAM, IIA, Etnohistoria, Serie Antropológica, núm. 58, pp. 103-128.
- Archivo General de la Nación, México, Indios, vol. 2, foha 685.
- Archivo General de la Nación, México, Tierras, vol. 1, exp. 1, fohas 71-78, año 1461.
- Berlo, Catherine (ed.)  
1988. *Featherer serpents and Flowering trees*, Fine Museum of Arts, California Museum of San Francisco.
- 1995. "La escritura temprana en el México Central: In Tlilli in Tlapalli, antes del año 1000 d.C.", en Ángel García Cook y Leonor Merino Carrión (comps.), Lorena Mirambell (coord.), *Antología de Cacaxtla*, vol. II, México, INAH-Gobierno de Tlaxcala, (Antologías), Serie Arqueología, pp. 191-269.
- Betancurt, Carlos I.  
1919. "Informe rendido sobre la excursión etnográfica entre los Popolocas de los reyes Metzontla, Estado de Puebla, por el ayudante técnico de la Dirección de Antropología", Secretaría de Agricultura y Fomento, México, San Jacinto, Tacubaya.
- Caso, Alfonso  
1949. "El Mapa de Teozacualco", México, *Cuadernos Americanos*, vol. 7, núm. 5, pp. 145-181.
- 1961. "Nombres calendáricos de los dioses", en *El México Antiguo*, t. X, tomo especial de homenaje consagrado a honor y memoria del ilustre antropólogo Dr. Hermann Beyer, en el 40a. Aniversario de la fundación del "México Antiguo", México, pp. 77-100.
- 1964. "Los Lienzos de Ihuítlan y Antonio de León", en Homenaje a Pablo

Martínez del Río en el XXV aniversario de la publicación de *Orígenes Americanos*, México, INAH-SEP.

1977-1979. *Reyes y Reinos de la Mixteca*, *Diccionario biográfico de los Señores Mixtecos*, t. 2, México.

- Caso, Alfonso y Mary Elizabeth Smith 1966. *Interpretación del Códice Colombino por Alfonso Caso. Interpretación de las glosas del códice, por Mary Elizabeth Smith*, Facsímil y estudios, México, Sociedad Mexicana de Antropología.

- Castellón, Huerta, Blas Román 2000. *Cutha, Zapotitlán Salinas, Puebla, Arqueología y etnicidad en el área popoloca*, tesis de doctorado en Antropología, México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado.

- Castillo Farreras, Víctor M. 1978. "Matrícula de Tributos" Comentarios, paleografía y versión, en *Historia de México*, México, vol. 3, Salvat, lámina 22, pp. 523-588.

- *Códice Borgia* 1980. Comentarios de Eduard Seler, vol. 2, y facsímil del códice, México, Fondo de Cultura Económica, sección de obras de antropología.

- *Códice Fejérváry Mayer* 1994. *El libro de Tezcatlipoca, dios del tiempo. Libro explicativo del llamado Códice Fejérváry Mayer M/12014*, Inglaterra, Free Public Museum Liverpool, introducción y explicación: Ferdinand Anders, Maarten Jansen, Gabina Aurora Pérez Jiménez, Sociedad Estatal Quinto Centenario, España, Academische Druck Und verlagsantalt, Austria, Fondo de Cultura Económica, México.

- *Códice Madrid*, en *Códices Mayas* 1985. Introducción y bibliografía por

Thomas A Lee, Jr., Fundación Arqueológica Nuevo Mundo, A.C., San Cristóbal de las Casas, Chiapas y Brinham Young University Provo, Utha, Edición conmemorativa del X aniversario de la Universidad de Chiapas: 78-85, México, (representación del cosmograma, pp. 122, fohas 75-76).

- *Códice Mendocino* 1980. Documento mexicano del siglo XVI que se conserva en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, Inglaterra, Facsímil fototípico dispuesto por Don Francisco del Paso y Troncoso, con introducción, anotaciones y comentarios por Jesús Galindo y Villa, edición facsimilar de Editorial Innovación, México.

- *Códice Viena o Vindobonensis* 1992. Introducción y explicación del llamado códice Vindobonensis por F. Anders, M. Jansen, Aurora Pérez J. Sociedad Estatal Quinto Centenario, España, Akademische Druck und Verlagsantalt, Austria, Fondo de Cultura Económica, México, con facsímil del códice, México.

- Fernández de Miranda, María Teresa 1961. "Toponimia popoloca", en *Homenaje a William Cameron Townsend*, México, Instituto Lingüístico de Verano.

- Gámez Espinosa, Alejandra 1999. "Los Popolocas de Tecamachalco-Quecholac. Historia, sociedad y cultura de un Señorío prehispánico", México, tesis de maestría en Historia-Etnohistoria, ENAH, División de Posgrado.

- Gerhard, Peter 1986. *Geografía Histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Geografía, traducción de Stella Mastrangelo, mapas de Reginal Piggot.

- Glass, John B.  
1964. *Catálogo de la colección de Códices*, México, INAH, 237 pp. 139 ilustraciones.
- Jäcklein, Klaus  
1978. Los Popoloca de Tepexi (Puebla). Un estudio Etnohistórico, Proyecto México de la Fundación Alemana para la investigación científica, XV, Franz Steiner, Alemania, Verlag GMBH, Wesbaiden.  
  
1979. "Apuntes sobre la historia prehispánica de los Popoloca de Puebla", en B. Dalhgren (coord.), *Mesoamérica. Homenaje al Dr. Paul Kirchhoff*, México, SEP-INAH, pp. 194-211.
- Jiménez Moreno, Wigberto  
1942. "El enigma de los Olmeca", *Cuadernos Americanos*, vol. 5, núm. 5, pp. 113-140.
- Jhonson, Nicholas  
1994. "Las líneas rojas desvanecidas en el Lienzo de Tlapiltepec. Una red de pruebas", en Constanza Vega Sosa (coord.), *Códices y documentos sobre México*, México, INAH (Científica, núm. 286), Serie Historia, pp. 117-144.  
  
1996. "The route from the Mixteca alta in to Southern Puebla on the Lienzo Tlapiltepec", en Salvador Rueda S., Constanza Vega S., Rodrigo Martínez B. (eds.), *Códices y Documentos sobre México*, Segundo Simposio, vol. I, México, INAH (Científica, núm. 356), Serie Historia, pp. 233-268.
- León, Nicolás  
1905. "Los Popolocas", Conferencia del Museo Nacional, sección Etnografía, en *Anales del Museo nacional, segunda época*, t. II, México, pp. 103-120, edición de 1991, Museo Amparo, Puebla.
- MacNeish, Richard S.  
1970. *The Prehistory of Tehuacan Valley*, vol. 4, Austin, Texas, University of Texas Press.
- Marcus, Joyce  
1980. "Zapotec Writing", *Scientific American*, part 2, vol. 242, pp. 50-64.
- Mohar Betancourt, Luz María  
1990. *La escritura en el México Antiguo*, México, Plaza y Valdés, UAM Xochimilco, 2 vols.
- Odena Güemes, Lina  
1996. "El Lienzo de Aztata: una nueva posibilidad de interpretación", en Salvador Rueda S., Constanza Vega S., Rodrigo Martínez B. (eds.), *Códices y Documentos sobre México, Segundo Simposio*, vol. I, México, INAH (Científica, núm. 356), Serie Historia, pp. 305-318.
- Paddock, John  
1987. "Cholula en Mesoamerica", *Notas Mesoamericanas*, núm. 10, México, Universidad de las Américas, Puebla, pp. 21-70.
- Parmenter, Ross  
1982. "Four Lienzos of the Coixtlahuaca Valley", *Studies in Precolumbian Art and Archaeology*, núm. 26, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Trustees for Harvard University.
- Paso y Troncoso, Francisco del  
1905. *Papeles de la Nueva España*, 5 vols. Estudios Tipográficos y Estadísticos, Madrid, España, (Doctrina de Clérigos, Diócesis de Tlaxcala, vol. 5).
- Paszthory, Esther  
1988. "The Aztec Tlaloc: God of water and antiquity", Paper presented and the 43<sup>rd</sup> Annual meeting of International Congress of The Americanist, Vancouver, 1979.
- Purpus, Carl Albert  
1926. "Ruinene, Hölen und Gräberfund in der Östlichen Sierra de la Mixteca", en *Baessler Archive Beiträge zur Völkerkunde*, Berlin, Band X:50-61.
- Ramírez Sorensen, Francisca  
1996. "The Social, Political and

Economic Structure of Zapotitlán Salinas, Puebla, México during the Late Prehispanic and Early Colonial Periods”, Master Thesis, Austin, USA, Department of Antropology, University of Texas.

• Reyes García, Luis

1999. “Documentos pictográficos del señorío popoloca de Tecamachalco”, en *Mexican Codices and Archaeology*, USA, University of Indiana, Bloomington, *Journal of Hispanic Literature*, vol. 13, Gordon Brotherston, editor.

• Rivas Castro, Francisco

2002. “Cutha en los códices prehispánicos y Lienzos Coloniales”, en Noemí Castillo Tejero (coord.), *Antología de textos históricos y arqueológicos de la región de Tehuacan, Puebla, México*, (en prensa).

• Rubio Mañé, Ignacio

1993. “Certificación del Archivo General de la Nación de unos documentos relativos a los poblados de Zapotitlán y Los Reyes Metzontla, localizados en el grupo documental Archivo de Buscas, 1967: vol. 96, expediente 12, 84 fojas, dado en la Ciudad de México el 6 de Diciembre de 1993”, Archivo General de la Nación, México.

• Torquemada, fray Juan de

1975-1983. *Monarquía Indiana*, vol. 4, Miguel León-Portilla *et al.* (eds.), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.





## **Avance del estudio contextual de los sistemas de canales prehispánicos “fossilizados” del Valle de Tehuacán, Puebla\***

*James A. Neely\*\*; Blas Román Castellón Huerta\*\*\**

Hace casi tres décadas, Woodbury y Neely (1972) publicaron el primer análisis del extenso y complejo sistema de canales prehispánicos encontrado en la porción norte del Valle de Tehuacán en Puebla (fig. 1). Estos canales fueron alimentados por manantiales y su función consistió en proveer agua para irrigación, usos domésticos, y procesamiento de sal (Neely, 1995; Neely, Caran y Ramirez Sorensen, 1997), se preservaron de manera única y casi en su totalidad mediante procesos naturales. Los canales, que evidentemente se utilizaron en la antigüedad, (Neely, 1995; Neely *et al.*, 1995a; Woodbury y Neely, 1972), se han “fossilizado” a través de un proceso de deposición mineral. Éstos son claramente visibles en el paisaje a lo largo de muchos kilómetros; a través del tiempo y el uso continuo aumentó su nivel alcanzando, en algunos lugares, hasta 2 o 3 m de altura (fig. 2).

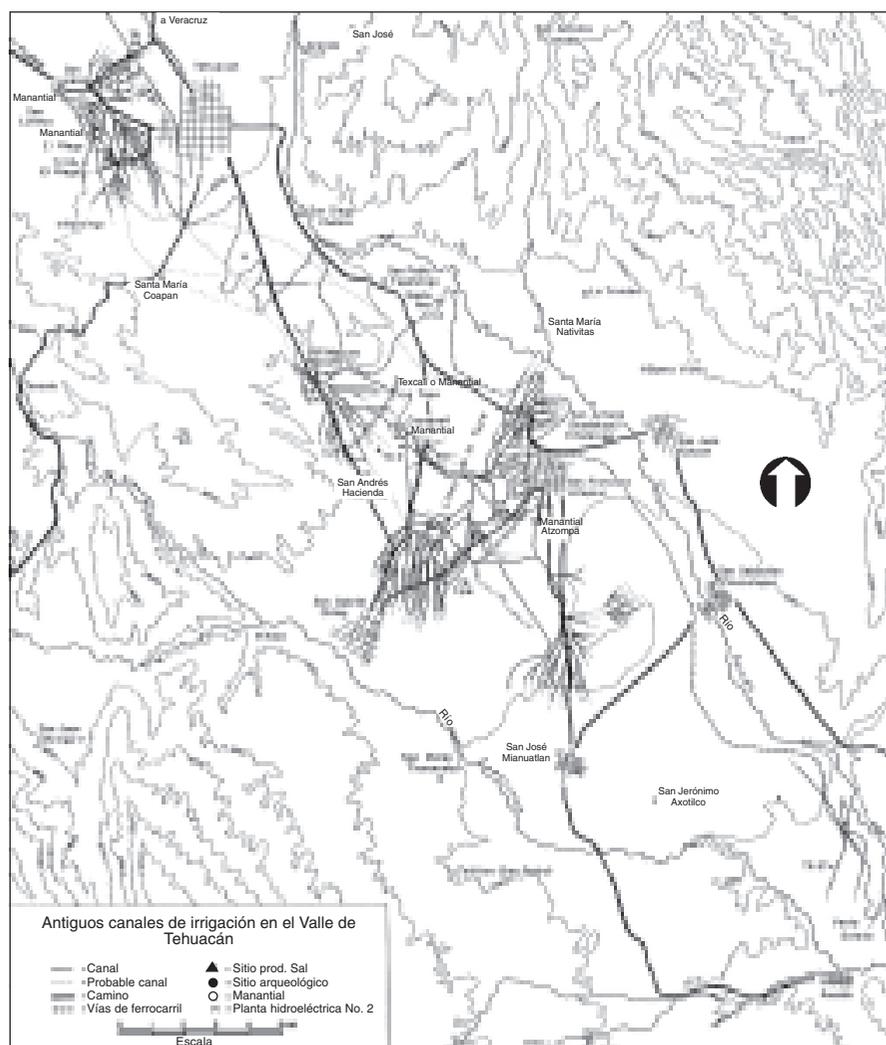
El tiempo, el financiamiento y la metodología arqueológica de mediados de los años sesenta limitaron el trabajo de campo de Woodbury y Neely y por tanto su estudio no comprendió el sistema completo. Aunque se realizó una descripción básica y una discusión de la tecnología y funcionamiento del mismo, aún quedó por hacerse un análisis detallado de estos aspectos. Se completó un mapa esquemático del sistema (fig. 1), pero se carecía de un mapeo exacto de los canales y los sitios administrativos y de habitación. Se intentó la ubicación cronológica de estos canales por medio del cruzamiento de fases de cerámicas provenientes de los sitios arqueológicos que limitan con los canales, pero no se alcanzó una secuencia cronológica exacta del desarrollo del sistema. Se generó una reconstrucción climática general del valle, pero debido a que el énfasis del Proyecto Arqueológico y Botánico de Tehuacán se enfocó a los periodos de habitación más tempranos y al desarrollo de la domesticación del maíz, los contextos climáticos dentro de los cuales más tarde fueron construidos los canales, no fueron bien conocidos.

En años recientes se implementó un proyecto piloto para la obtención de evidencias conducido por uno de los autores (Neely, 1995), que tuvo como resultado el descubrimiento de restos orgánicos atrapados en los niveles estratificados de

\* El trabajo de campo fue realizado bajo permiso del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. Nuestro agradecimiento al ingeniero Joaquín García-Bárcena y otros representantes del INAH por su interés y ayuda con este proyecto, también a la American Philosophical Society, H.J. Heinz Foundation, Mellon Foundation a través del Lozano Long Institute for Latin American Studies en la University of Texas, National Geographic Society, National Science Foundation, y la Wenner-Gren Foundation, por los fondos para realizar el trabajo de campo y análisis de laboratorio.

\*\* Department of Anthropology, University of Texas, Austin, Texas 78712, USA.

\*\*\* Dirección de Estudios Arqueológicos. INAH, blasca@servidor.unam.mx



● Fig. 1 Mapa del norte del Valle de Tehuacán mostrando esquemáticamente la ubicación de los sistemas de canales prehispánicos. Según Woodbury y Neely, 1972: fig. 51.

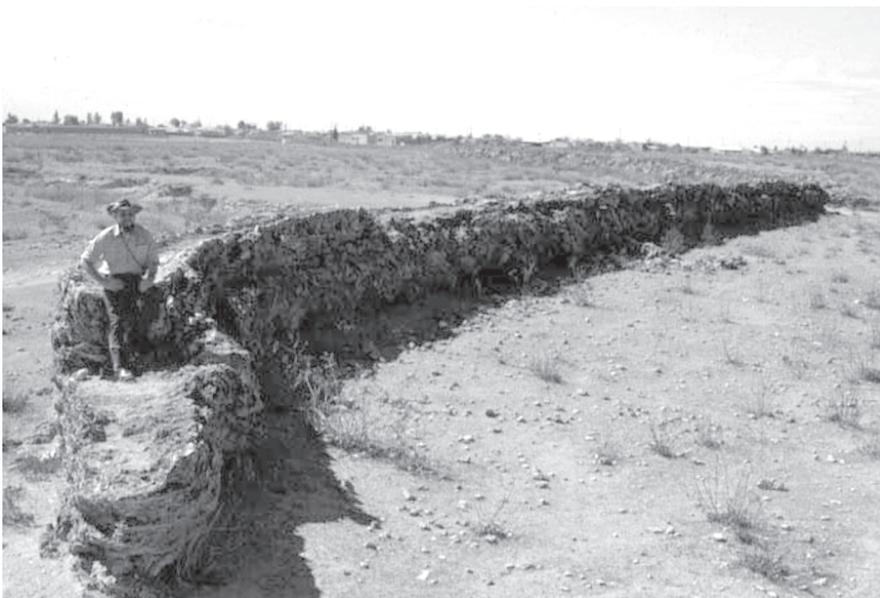
los canales (figs. 3, 4). La presencia de estos restos orgánicos reveló un amplio potencial para fechar los canales con precisión y exactitud a través de pruebas de radiocarbono. Entonces se creó un proceso de limpieza para la remoción del travertino, carbonato de calcio, y otros minerales relacionados que pudieran afectar las muestras de radiocarbono haciendo las fechas mucho más tempranas que la época de uso del canal (Caran *et al.*, 1995; Neely, 1995; Neely *et al.*, 1995b; Winsborough *et al.*, 1996). Las muestras de prueba TX-7917, TX-8088, TX-8133, TX-8255, y TX-8297 produjeron fechas corregidas y calibradas, de 441 d.C., 408 a.C., 300 a.C., 33 a.C., y 777 a.C., respectivamente. También

se encontró que los restos orgánicos fechados contenían grandes cantidades de polen, fitolitos y diatomeas bien preservados. Estos hallazgos presentaron la posibilidad de reconstruir con exactitud un panorama fechado adecuadamente, de los contextos micro-ambientales en los cuales fueron construidos los canales. Estos descubrimientos derivaron en la planeación y realización del trabajo de campo como un primer paso en la investigación para ubicar estos canales en sus contextos cronológicos, medioambientales y sociales.

La temporada de campo, concluida en agosto del año 2000, tuvo como resultado un mapa detallado de los cuatro sistemas de

canales superpuestos reconocidos hasta ahora, relacionados a sitios de administración y habitación, así como a antiguos campos cultivados. Los canales construidos en un área aproximada de 10 km de este a oeste por 33.6 km de norte a sur abastecían de agua a un área aproximada de 330 km<sup>2</sup> (33 000 hectáreas). La existencia de petroglifos (fig. 5) en asociación con algunos de los canales posiblemente indicaban la presencia de grupos corporativos de identificación y propiedad del canal. Las muestras de material orgánico, atrapado en las capas de travertino, que fueron depositadas en los cauces del sistema durante el tiempo que los manantiales de agua fluyeron, están siendo fechadas por radiocarbono y se

analizan los restos de polen, fitolitos y diatomeas. Estos análisis darán como resultado una historia cronológica de los sistemas (su origen, desarrollo y abandono), así como las variaciones en las condiciones microambientales que se presentaron durante sus periodos de operación. Cuando esos datos sean correlacionados con los datos de los sitios arqueológicos nos darán información acerca de cuándo, cómo, y bajo qué condiciones medioambientales se desarrollaron estos sistemas. Los datos también nos



● Fig. 2 Un canal "fossilizado" al suroeste de la ciudad de Tehuacán. Este canal se levanta aproximadamente 3.5 metros sobre el nivel de la superficie actual.



● Fig. 3 Corte de un canal partido por la subdivisión de una calle en la parte oeste de la ciudad de Tehuacán. Los números indican las capas visibles de estratificación.

darán información sobre la naturaleza de la intensificación agrícola paralela al crecimiento de población y el desarrollo cultural en el Valle de Tehuacán por un periodo de al menos 2 778 años; desde *ca.* de 777 a.C. hasta el presente, ya que algunos de los canales continúan en funcionamiento. Las cerca de 450 muestras de



● Fig. 4 Nótese la secuencia de numerosas capas finas de travertino, así como los materiales orgánicos atrapados en ellas. Los objetos rectangulares oscuros son fragmentos de cerámica.



● Fig. 5 Petroglifos encontrados en asociación con canales localizados al sur de la ciudad de Tehuacán que posiblemente podrían representar grupos corporados de identificación y propiedad.

travertino han sido divididas y enviadas a los laboratorios apropiados para los análisis. Una vez que los resultados hayan sido obtenidos, se presentará un reporte final.

## Bibliografía

- Caran, S. C., B. M. Winsborough, J. A. Neely y S. Valastro, Jr. 1995. "Radiocarbon age of carbonate sediments (travertine, pedoconcretions, and biogenic carbonates): a new method based on organic residues, employing stable-isotope control of carbon sources", *Current Research in the Pleistocene*, núm. 12, Corvallis, Oregon, pp. 75-77.
- Neely, James A. 1995. "Paleoecología, desarrollo cultural, y los usos de aguas en el Valle de Tehuacán, Puebla, Mexico", en Informe al Consejo de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, México, D.F., p. 38, mecanoscrito.
- Neely, J. A., S. C. Caran y F. Ramirez Sorensen 1997. "The prehispanic and colonial saltworks of the Tehuacan Valley and vicinity, southern Puebla, Mexico", en Paper presented in the Salt II Session at the 62<sup>nd</sup> Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Nashville, Tennessee.
- Neely, J. A., S. C. Caran, B. M. Winsborough, F. Ramirez Sorensen y S. Valastro, Jr. 1995a. "An early holocene hand-dug water well in the Tehuacan Valley of Puebla, Mexico", *Current Research in the Pleistocene*, núm. 12, Corvallis, Oregon, pp. 38-40.
- 1995b. "A new approach in dating the prehistoric 'fossilized' canals of the Tehuacan Valley of southern Puebla, Mexico", Paper presented to the 60<sup>th</sup>, Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Minneapolis, Minnesota.
- Winsborough, B. M., S. C. Caran, J. A. Neely y S. Valastro, Jr. 1996. "Calcified microbial mats date prehistoric canals: radiocarbon assay of organic extracts from travertine", *Geoarchaeology*, núm. 11(1), New York, John Wiley and Sons Publishers, pp. 37-50
- Woodbury R. B. y J. A. Neely 1972. "Water control systems of the Tehuacan Valley", en R.S. MacNeish (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, núm. 4, Austin, University of Texas Press, for the R.S. Peabody Foundation, pp. 81-153.

## Cuatro vasos policromos de Lagartero, Chiapas

*Sonia Rivero Torres\**

El sitio arqueológico de Lagartero se localiza en pequeñas islas conectadas entre sí en los Lagos de Colón, municipio La Trinitaria, Chiapas, junto a la frontera con Guatemala (fig. 1). Esta zona arqueológica, hasta el momento, no está formalmente abierta al público por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y es el sitio más importante para el Clásico en la cuenca superior del río Grijalva tanto por sus construcciones —de las cuales solamente se han liberado un 10 por ciento del total de estructuras en el área ceremonial—, como por los materiales arqueológicos ahí encontrados, de los cuales los siguientes vasos son algunos ejemplos. Dentro de los objetivos a largo plazo está crear un parque arqueológico para conservar no solamente los vestigios dejados por el hombre, sino también su entorno geográfico, el cual explica en gran medida su presencia.

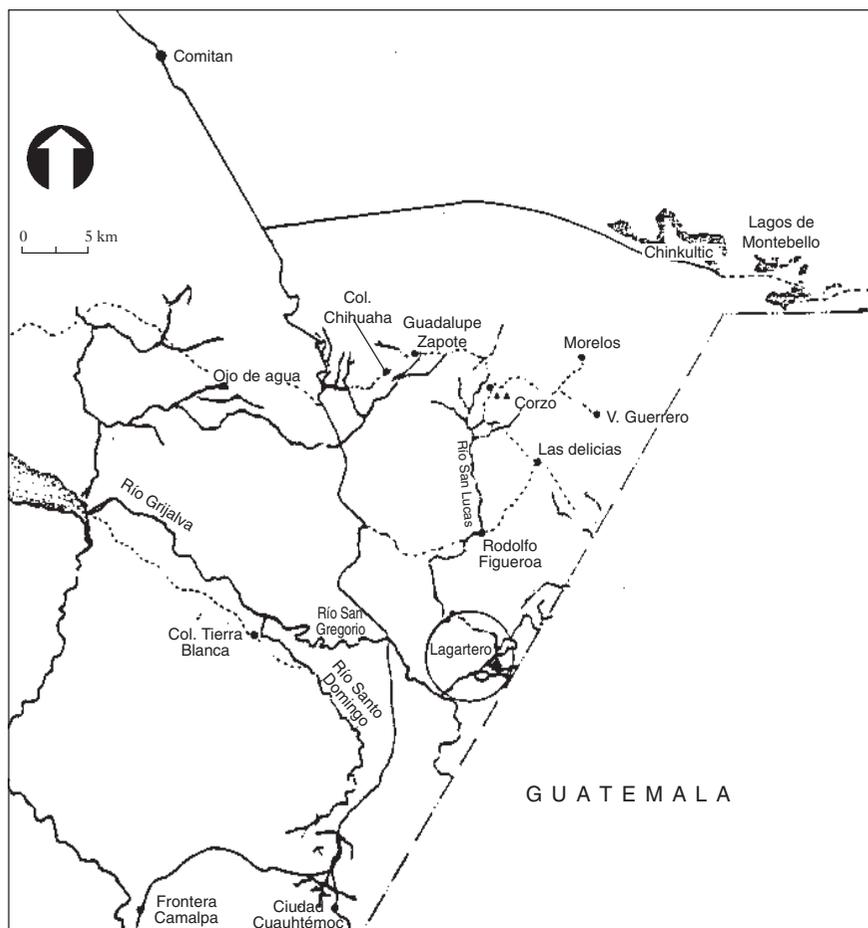
Estas excavaciones forman parte del Proyecto Arqueológico de Lagartero, municipio La Trinitaria, Chiapas, dirigido por quien suscribe, el cual ha sido subsidiado económicamente por el INAH y donativos de otras instituciones como ACNUR y PEMEX.

Los vasos que aquí se presentan se obtuvieron en las excavaciones realizadas en el Montículo

núm. 5 durante la VIII temporada de campo del Proyecto Lagartero (Rivero, 2001). Este montículo se encuentra en la isla más grande, localmente conocida como El Limonar, entre la Pirámide núm. 1 ya excavada y consolidada (Rivero, 1999: 58-61) y el Montículo núm. 4, todavía sin trabajar (fig. 2). El Montículo núm. 5 resultó ser una prominencia formada por ocho basamentos de estructuras habitacionales derrumbadas y que con el paso del tiempo fueron cubiertas por sedimento hasta formar un extenso montículo de escaso 1 m de altura. Para el estudio de estos basamentos se enumeraron de la letra A a la H (fig. 3). Los basamentos B, G y H comparten un mismo patio, presentando solamente escalones de acceso la estructura B y H, no así los basamentos D y G. El basamento C tiene escalones de acceso por el lado sur. El basamento de la estructura F es un pequeño cuarto adosado al basamento E, mismo que estuvo unido en un tiempo al basamento A, cuyos escalones dan al lado este.

El vaso policromo núm. 1 (fig. 4), se localizó en el cuadro E11, entre el nivel 3 y 4, que corresponde a la pared este de un pequeño basamento de una estructura en forma cuadrangular (F), el cual se encontró adosado por una línea de piedras a otro cimiento de estructura (E). El vaso posiblemente se reutilizó como ofrenda en la construcción de esta estructura ya que no se

\* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.  
sonia\_rivero\_torres@hotmail.com.



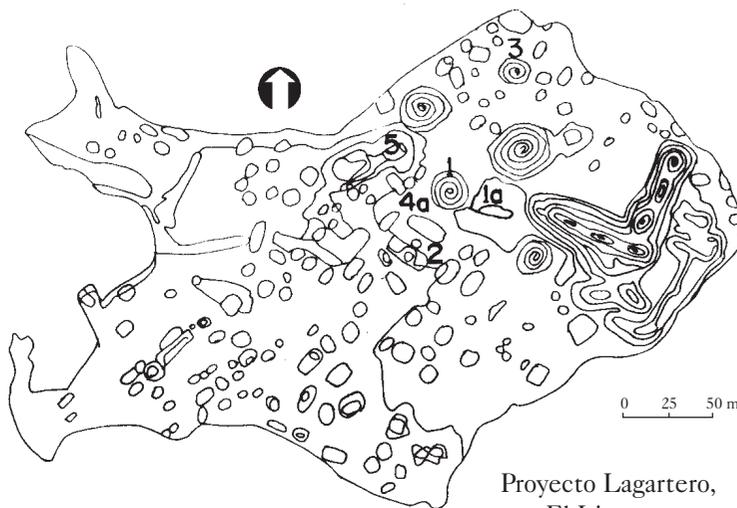
● Fig. 1 Localización del sitio arqueológico de Lagartero en el estado de Chiapas.

sexo masculino en posición sedente ataviado con un braguero (*maxtlatl*), orejeras y un rico tocado de plumas. Debido a su actitud y por un pequeño signo enfrente de su boca —al parecer la vírgula de la palabra—, consideramos que está hablando. Abajo del personaje están dibujadas líneas paralelas de color negro y rojo oscuro de diferente grosor. En la parte superior presenta primero una línea negra discontinua, después rectángulos con un punto en medio y al final (cerca del borde) una serie de tres pseudoglifos, mismos que también se repiten paralelamente a la figura de cada lado, limitados por dos bandas

encontró asociado a ningún tipo de ofrenda en especial, sino junto con material lítico y cerámico, en su mayoría sin engobe o pertenecientes al Posclásico temprano.

La vasija es de cuerpo globular, con una base recta y bordes planos. Mide 18 cm de alto por 16.5 cm de ancho. Tiene un engobe color Rojo Oscuro y Negro sobre Naranja pulido antes de la cocción en el exterior del cuerpo y color Naranja pulido en el interior del cuerpo.

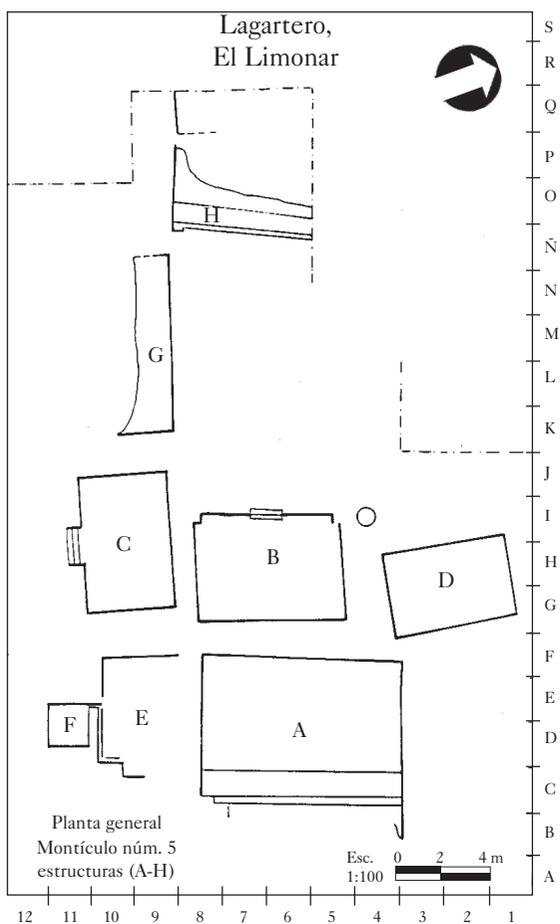
En la parte exterior del vaso, en ambos lados hay una representación de un personaje de perfil, de



Proyecto Lagartero, El Limonar

- 1 Montículo núm. 1
- 1a Montículo 1a
- 2 Juego de pelota
- 3 Montículo núm. 3
- 3a Montículo núm. 3a
- 4a Montículo núm. 4a
- 5 Montículo núm. 5

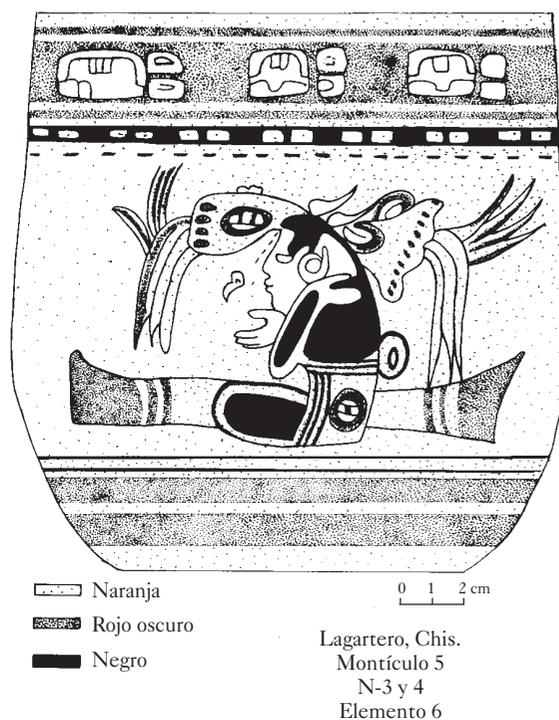
● Fig. 2 Mapa topográfico de la isla El Limonar.



● Fig. 3 Dibujo de los ocho basamentos de estructuras en planta que conformaban el Montículo núm. 5.

delgadas. Sean o no glifos, también se observan en toda la serie superior y están formados por un cartucho y dos afijos y no hay numerales. Comparando con la escritura maya prehispánica, podemos decir que el glifo principal representado en la vasija tiene parecido al glifo Kan que corresponde al día 4 de la veintena maya del calendario de 260 días (Tzolkin) (Thompson, 1979: 43). También se parece al signo Chuen, que es el día 11 de la veintena maya y que en la lengua maya yucateco significa mono. Éste a su vez está representado en el arte maya como dios patrón del arte, la escritura y el cálculo (Miller y Taube, 1993: 118).

El vaso policromo núm. 2 (fig. 5), se encontró en el cuadro I2, nivel 2, el cual corresponde a la esquina noreste del basamento de la estructura

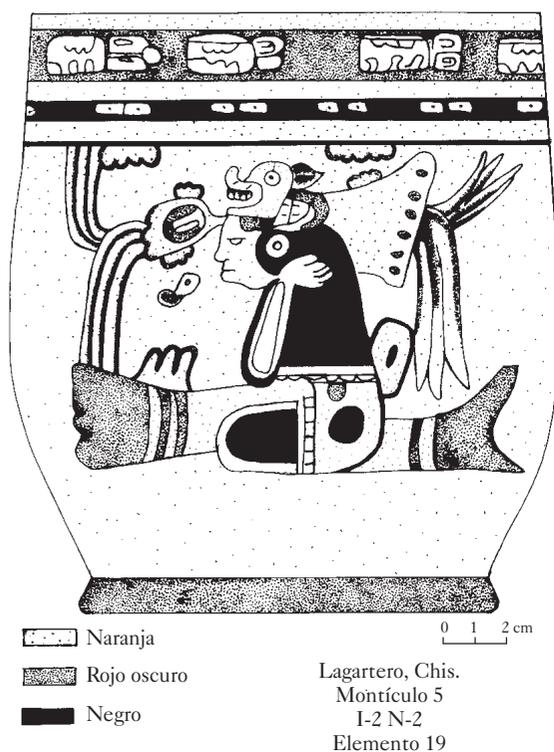


● Fig. 4 Dibujo del Vaso policromo núm. 1 (dibujo realizado por Ma. Gpe. García Cárdenas).

D (fig. 3). También es posible que se colocara como ofrenda en la construcción de esta estructura y se halló con diferentes tipos de material arqueológico.

Esta vasija también es de cuerpo globular, pero con base anular y borde plano. Mide 17 cm de alto por 15 cm de ancho. Tiene un engobe color Rojo oscuro y Negro sobre Naranja pulido antes de la cocción en el exterior del cuerpo y Naranja en el interior del cuerpo.

El vaso presenta una decoración de un personaje masculino de perfil en posición sedente, ataviado con un braguero (*maxtlatl*), orejeras y un elaborado tocado con la cabeza de un venado. También tiene dibujada lo que puede ser la vírgula de la palabra. Esta figura se repite del otro lado de la vasija. Por arriba del personaje hay una banda negra con rectángulos que tienen un punto en el centro. Y más arriba una banda paralela con dibujos de pseudoglifos, formados por un glifo principal y dos afijos, mismos que se repiten con ciertas variaciones en el trazo de



● Fig. 5 Dibujo del Vaso policromado número 2 (dibujo realizado por Ma. Gpe. García Cárdenas).

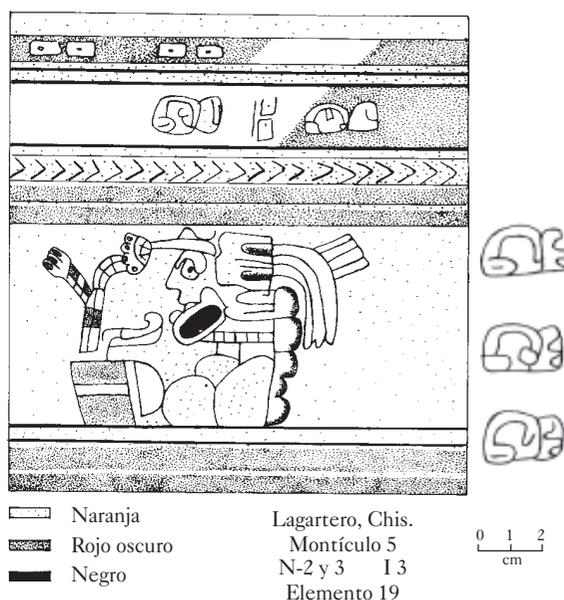
las líneas y tampoco tienen numerales. Este vaso no tiene glifos laterales.

El venado es identificado como el dios de los cazadores y hay una escena maya donde este animal aparece en un episodio mítico importante junto con la joven diosa de la luna, la cual huye de sus persecutores sobre la espalda de un ciervo. En ciertas escenas este episodio parece tener sentido erótico, por lo que puede ser probable que entre los mayas este animal haya tenido connotación con la sexualidad (Miller y Taube, 1993: 75). En el calendario mesoamericano, incluyendo al del área maya, el glifo relacionado con el venado representó el día 7 (Gates, 1978: 27), cuyo significado es dudoso (Thompson, 1980: 57). Los pseudoglifos de la banda superior tienen un ligero parecido al signo del día Kan, que corresponde al día 4 de la veintena maya, que significa maíz o abundancia (Miller y Taube, 1993: 49).

El vaso policromado número 3 (fig. 6), se halló en el cuadro I3, nivel 2 y 3 del Montículo número 5,

que corresponde a la parte media del muro este del basamento de la estructura D. Es interesante la presencia de dos vasos policromos asociados a esta estructura (vaso 2 y vaso 3); no se hallaron a la misma profundidad, por lo que el vaso número 3 posiblemente fue reutilizado por estar asociado a material cerámico del Posclásico temprano.

La vasija tiene un engobe color Rojo oscuro y Negro sobre Naranja pulido antes de la cocción en el exterior del cuerpo, y Naranja en el interior del cuerpo. Mide 16.5 cm de alto por 15.5 cm de ancho. Tiene un cuerpo de paredes rectas, base y bordes planos y está decorado en la parte externa con un personaje de perfil, seguramente femenino, en posición sedente. A diferencia de los otros vasos, no porta braguero, además de llevar un rico tocado de plumas, hay una representación de una flor enfrente de ella. Por debajo de la mujer hay bandas paralelas de diferente grosor color negro y rojo oscuro, y por arriba de ella otras bandas paralelas y líneas encontradas. Por encima de estas últimas está una cenefa con algunos pseudoglifos visibles que más o menos se repiten, y otros que ya están borrosos. Hay además otros tres glifos en cada lado de la figura. Estos pseudoglifos solamente pre-



● Fig. 6 Dibujo del Vaso policromado número 3 (dibujo realizado por Ma. Gpe. García Cárdenas).

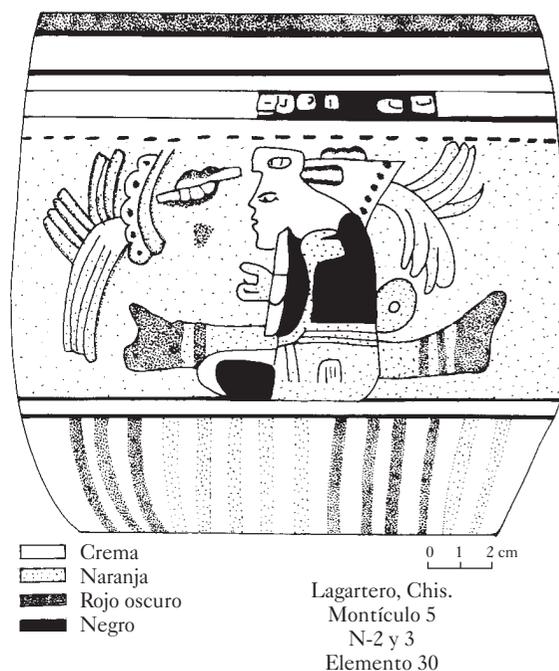
sentan un afijo y no tienen numerales. Por arriba de ellos hay otra pequeña banda con rectángulos con un punto central.

El personaje femenino no tiene el signo de la palabra enfrente de su boca como en los otros personajes y solamente podemos decir que los pseudoglifos dibujados se parecen al glifo 520 de Thompson (1976: 122) que significa Chuen, aunque en otras versiones correspondería al título de “Señora”. La decoración de líneas encontradas está también presente en los vasos estilo Chaná (Budet *et al.*, 1994: 190, 5.31).

El vaso policromo núm. 4 (fig. 7) se localizó en el cuadro F11, nivel 2 y 3, en lo que corresponde a la esquina suroeste del basamento de la estructura E (fig. 3), la cual estuvo junto con la estructura A. Este vaso también fue reutilizado y se colocó como ofrenda en la construcción de esta habitación, ya que el material cerámico asociado perteneció principalmente al tipo Chinantla Policromo, el cual es un marcador del Posclásico temprano en Guatemala.

Esta vasija es de cuerpo globular, con base recta y bordes planos. Mide 15.5 cm de alto por 16 cm de ancho. Tiene un engobe color Naranja, Rojo Oscuro y Negro sobre Crema pulido en el exterior del cuerpo, y Naranja en el interior.

En la parte exterior y central del vaso está dibujado un personaje de perfil, de sexo masculino en posición sedente, ataviado con un braguero y un rico tocado de plumas. Enfrente de la boca tiene un signo a manera de estar hablando. Por debajo tiene dos líneas delgadas paralelas en color negro; perpendiculares a éstas, corren varias líneas paralelas de color rojo oscuro y naranja. Por arriba del personaje se repiten los motivos decorativos que se han venido observando en los otros vasos: rectángulos con un punto en la parte central, pero esparcidos en diferente manera. Desgraciadamente la banda correspondiente a los glifos está totalmente borrosa. Por la parte lateral presenta una serie de tres pseudoglifos limitados por dos bandas delgadas paralelas, parecidos a los del vaso núm.



● Fig. 7 Dibujo del Vaso policromo núm. 4 (dibujo realizado por Ma. Gpe. García Cárdenas).

1. Por lo que se ha encontrado en los otros vasos, seguramente los pseudoglifos superiores eran iguales a los que están dibujados lateralmente en las paredes de la vasija, y en este caso también se parecerían al signo Chuen (día 11 de la veintena).

## Conclusiones

Todos los vasos aquí presentados se encuentran dentro del Estilo Tipo Códice de las Tierras Bajas Mayas para el periodo Clásico tardío (900 d.C.), con la representación de personajes ricamente ataviados en diferente policromía. En los vasos núms. 2, 3 y 4 pueden ser dibujos de “señores” (Ahau) del lugar, que muestran algún evento religioso, político o histórico; no es así en todos los casos con el tipo de escritura, misma que pudo haberse debido en parte a las diferentes lenguas que se hablaron para el Clásico en el área al sureste de Chiapas, donde no se habló chol, ni maya yucateco, sino mame, jacalteco, kachikel, chuj, etcétera. Este estilo está basado en una línea como rasgo expresivo primario que define toda la imagen pictórica,

que es generalmente una línea negra que delimita a la imagen sobre un fondo claro (Budet, 1994: 36). El material es de producción local y está fechado para el Clásico tardío, pues se han encontrado en otras estructuras ya liberadas fechadas para esta época en Lagartero (como es el Juego de Pelota) (Rivero, 1995: 39-52). La cerámica pertenece a dos tipos ya definidos para este sitio, pero en este caso específico se hallaron en un área de índole habitacional con ocupación del Clásico terminal y del Posclásico temprano, por lo que estos objetos fueron reutilizados como ofrendas en entierros y en este caso las vasijas aquí presentadas asociadas a los cimientos de las estructuras donde se encontraron.

Los cuatro vasos descritos se caracterizan por tener una composición pictórica simple y con versiones cortas de lo que se conoce como una secuencia estándar primaria de glifos, que no incluye el nombre personal del propietario, patrón u otros, sino una serie de glifos que se repiten en cada vaso. En estos casos particulares, los textos jeroglíficos son pseudoglifos (Coe, 1973: 13), o sea glifos irreconocibles o indescifrables, que quizá tampoco pudieron ser leídos por los mayas.

Por lo que respecta a los afijos de los vasos núm. 1 y 2, éstos están presentes en otros vasos hechos en Buena Vista, dentro del estilo Holmul (Budet *et al.*, 1994: 187, 5.25). Por lo demás, hasta el momento solamente podemos decir que Lagartero tiene un estilo cerámico propio con más parecido a la cerámica del Petén, que a la del área de los Cuchumatanes para el Clásico tardío.

## Bibliografía

- Budet Reents, Dorie  
1994. *Painting the Maya Universe: Royal Ceramic of the Classic Period*, Durham & London in association with Duke University Museum.
- Budet R. R. Bishop R. L. y MacLeod B.  
1994. "Painting Styles, Workshop Locations and Pottory Production", en *Painting the Maya Universe: Royal Ceramic of the Classic Period*, Durham & London in association with Duke University Museum.
- Coe, Michael  
1973. *The Maya Scribe and His World*, New York, Grolier Club.
- Gates, William  
1978. *An Outline Dictionary of Maya Glyphs*, New York, Dover Publications Inc.
- Miller, M. y Taube K.  
1993. *The Gods and Symbols of Ancient Mexico and the Maya, An Illustrated Dictionary of Mesoamerican Religion*, London, Thames and Hudson, Ltd.
- Morley, G. S.  
1974. *An Introduction to the Study of the Maya Hieroglyphs*, Dover Publication, Inc. New York.
- Rivero Torres, Sonia  
1995. "El Juego de Pelota del sitio Lagartero, Chiapas", en *Quinto foro de arqueología de Chiapas*, Gobierno del Edo. de Chiapas, Centro de Estudios Superiores de México y Guatemala, Serie Memorias.  
1999. "Montículo 1 del Sitio Arqueológico de Lagartero, Mpio. La Trinitaria, Chiapas," Mexico, vol. XXI, núm. 3, pp. 58-61.  
2000. "VIII Temporada de campo del Proyecto Arqueológico de Lagartero, La Trinitaria, Chiapas", manuscrito inédito en el Consejo de Arqueología del INAH, México, mecanoscrito
- Ruz Méndez R.  
1969. W. Cordan. Introducción a los glifos Mayas, México, El Manual Moderno.
- Thompson, Eric. J.  
1976. *A Catalog of Maya Hieroglyphs*, Norman, USA, University of Oklahoma Press.  
1979. *Maya Hieroglyphs without tears*, The Trustees of British Museum, Oxford, Great Britain, University Press.
- Zimmermann G.  
1956. *Die Hieroglyphen der Maya-Handschriften*, Hambourg Cram, De Grutter & Co.

## **La cueva de Las Serpientes. Una representación prehispánica de la bóveda celeste**

*Sara Ladrón de Guevara\**

El arte rupestre en el Centro de Veracruz ha sido poco estudiado. Seguramente la enorme cantidad de vestigios arqueológicos arquitectónicos, cerámicos y escultóricos correspondientes a etapas prehispánicas han desviado la atención de los estudiosos a esas otras manifestaciones resultando así que, a pesar de la gran cantidad y calidad de nuestros vestigios rupestres —pinturas o petroglifos—, éstos han sido menospreciados.

Como antecedentes de su conocimiento, tenemos algunos trabajos breves de autores como Omar Ruiz Gordillo (1991), Mario Navarrete Hernández (1988) o Alberto Guaraldo (1991).

Cuando fui invitada a participar en el proyecto arqueológico de Puente de Rey, bajo la dirección del maestro Héctor Cuevas, del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, tuve la oportunidad de visitar varios sitios ubicados en el municipio de Puente Nacional, así como dos abrigos rocosos en la misma cuenca del río Pescados en el municipio de Paso de Ovejas. Los primeros son objeto de estudio de la tesis de licenciatura de Sahira Rincón y los últimos fueron descritos por Eva Romero en su trabajo recepcional (2002), ambas egresadas de

la Facultad de Antropología de la citada universidad. Participan también en el proyecto los arqueólogos Maura Ordóñez y Sergio Vásquez. De hecho, este proyecto se ocupa no sólo de las manifestaciones rupestres en la región, sino del estudio de sitios prehispánicos allí ubicados, así como de sitios históricos conocidos a través de documentos y ahora explorados arqueológicamente.

Mi labor en dicho proyecto consistió en el reconocimiento de sitios con pintura rupestre. En términos generales, nos encontramos frente a un complejo que muestra un patrón constante: las pinturas fueron realizadas en abrigos rocosos a lo largo de cañadas de ríos ahora intermitentes.

En todos los casos existen en la cercanía sitios arqueológicos prehispánicos evidentes por los montículos, así como por los restos cerámicos dispersos.

Hoy en día, los abrigos rocosos son conocidos y utilizados por cazadores como refugios temporales en sus jornadas de cacería. Es posible que en tiempos prehispánicos tal fuese el caso, es decir, estos abrigos habrían sido utilizados y decorados por los cazadores de antaño. De hecho, la recurrente representación de animales cuadrúpedos, a veces con líneas que pueden

\* Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz. saraldeguevara@aol.com.

representar el flechamiento, y los hombres armados de lanzas, así lo sugieren. Por el momento no tenemos dataciones de las pinturas que nos permitan verificar la contemporaneidad de las mismas con los sitios arqueológicos vecinos. Los restos de materiales arqueológicos en la superficie de los abrigos rocosos son escasos. Actualmente se realizan excavaciones en un abrigo rocoso donde se ha localizado un alineamiento correspondiente a los cimientos de una habitación y se han encontrado allí materiales cerámicos y líticos aparentemente correspondientes al Clásico tardío, a reserva de llevar a cabo su análisis.

Los colores utilizados, que permanecen indelebiles hasta nuestros días, son el blanco y el rojo. Es claro que se trata de pigmentos minerales; éstos debieron haber sido aplicados con algún vehículo, seguramente líquido en el caso del color rojo (dada su evidente aplicación ocasional por aspersión) y acaso oleoso o también líquido en el caso de la pintura blanca, con la que se trazaron a menudo líneas. Hemos registrado sitios donde las pinturas son monocromas y otros donde son bicromas.

Generalmente, aunque no en todos los casos, el rojo se utilizó para realizar círculos o manchas redondas, así como para imprimir huellas de las palmas de las manos en negativo por aspersión y en positivo por impresión. Hemos localizado manos de adultos y de niños, manos extendidas y manos en posturas gestuales acaso codificadas. También hay manos representadas con pintura blanca; este color se utilizó frecuentemente para delinear los círculos, y para llevar a cabo diseños finos aparentemente realizados con los dedos.

Llama la atención la serie de círculos rojos que parecen describir alguna cuenta y se representan en ocasiones en series; los mismos círculos son en otros casos evidente representación de astros, como veremos más adelante.

En cuanto a los diseños, hemos reconocido geométricos, abstractos, esquemáticos y naturalis-

tas. Entre estos últimos destacan los dibujos de animales, a menudo cuadrúpedos; de personajes ataviados con penacho, lanza, escudo, estandarte, alas y pico de ave; y de estructuras arquitectónicas pirámides y chozas o casas-habitación.

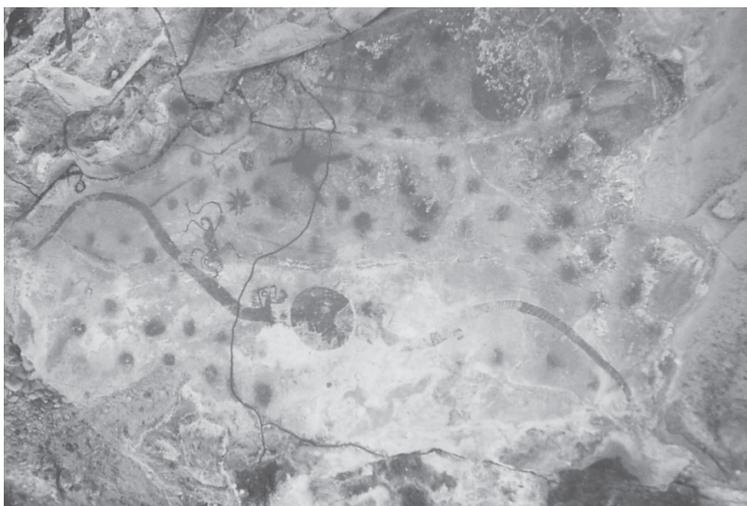
En las cuevas en que hallamos los dos colores se percibe la utilización inicial del color rojo y posteriormente el delineado de las formas rojas con el color blanco. El estilo diferencial de los dos colores hace pensar que en algunos casos se trata de temporalidades distintas, aunque no tenemos por el momento manera de corroborar esta hipótesis.

Se puede observar que procuraban utilizar las paredes lisas de los abrigos rocosos, aunque ocasionalmente algunos abrigos sin estas características y compuestas de conglomerados también fueron pintados aprovechando las rocas que sobresalen.

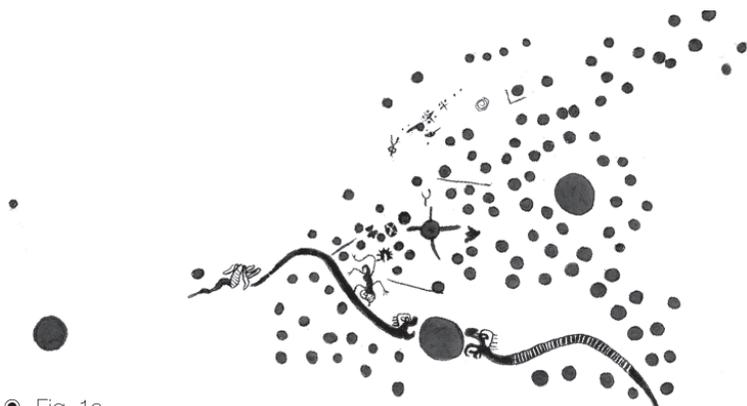
Generalmente, pero con algunas excepciones, las pinturas se hallan a una altura que resulta cómoda para ser pintada por un adulto de pie sin ningún esfuerzo. Entre las excepciones a esta regla se encuentra la cueva —en cuya descripción me detendré en esta ocasión— Las Serpientes (fig. 1).

Esta cueva fue someramente descrita por Mario Navarrete en 1988, aunque la imagen en la que basó su descripción careció de varios elementos importantes como la cabeza de una de las serpientes, varios cuerpos celestes y otros signos. Es probable que haya trabajado sobre una imagen fotográfica, pues *in situ* los detalles se aprecian mejor y son mucho más finos y evidentes.

Esta cueva, localizada a 19° 12" N y 96° 28" W, a una altura de 272 msnm muestra pintura sólo en la bóveda del abrigo y en paredes altas muy cerca del techo. Por su altura (la distancia aproximada del piso al techo es de 7 m), se hace necesario pensar que para su realización se usaron andamios, garrochas o algún aditamento o ayuda especial. En ella se representó la bóveda



● Fig. 1 Cueva de Las Serpientes en Paso de Ovejas, Veracruz (fotografía de Sara Ladrón de Guevara).



● Fig. 1a.

celeste. El borde del techo del abrigo tiene una desviación de  $43^\circ$  NE.

Hemos reconocido:

Al centro de la bóveda, el Sol. Es el círculo rojo de mayor diámetro y su representación se halla en el cenit. Dos serpientes lo rodean: sus cuerpos serpentinos marcan un rumbo de cola a cola de  $28^\circ$  al NE. Efectivamente, como sabemos, en la tradición mesoamericana un par de *xiucoatl* o serpientes de fuego acompañan al Sol en su camino por el cielo. Así, por ejemplo, se encuentra un par de serpientes al pie de la llamada Piedra del Sol.

La forma de serpiente emplumada es fácilmente identificable como tal con Quetzalcóatl, pero

además, en esta imagen tiene en la cola una clara representación de una mazorca de maíz, con lo cual identificamos a la deidad, que de acuerdo con el mito trajo del inframundo el sustento de los hombres. En este caso se trata de dos serpientes gemelas y así, podríamos identificar a la otra serpiente con su gemelo Xólotl. Además, a menudo este personaje fue representado en códices con rayas blancas sobre su cuerpo y esta serpiente del poniente presenta sobre su cuerpo una sucesión de líneas blancas a diferencia del cuerpo de la serpiente del oriente, cuyo cuerpo es completamente rojo.

Quetzalcóatl y Xólotl han sido identificados tradicionalmente con el planeta Venus: a uno le corresponde su aparición matutina y al otro la vespertina. Así, hay una clara asociación de este cuerpo celeste con la salida y la puesta del Sol, pues siendo este planeta de órbita interior a la de la Tierra aparece al alba y al ocaso,

además de elevarse poco sobre el horizonte. Quetzalcóatl y Xólotl son personajes míticamente capaces de entrar y salir del inframundo como lo hacen visiblemente dichos cuerpos celestes.

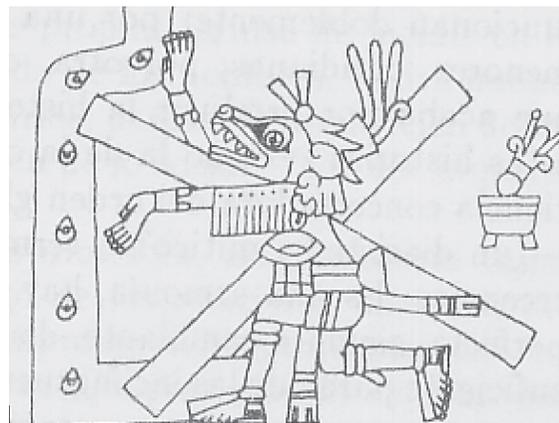
Así, las serpientes —en el caso de nuestra cueva— señalan con claridad el camino del Sol que serpentea entre los solsticios en la eclíptica desde el alba hasta el ocaso en su diario recorrer que culmina cada noche con su viaje al inframundo. Acaso el círculo que se halla aproximadamente en la misma alineación del lado este, sobre una saliente del cornisado del abrigo rocoso, represente al Sol en ese inframundo. Este círculo se halla fuera del espacio que fue utilizado para representar la gran bóveda celeste sin ningún otro signo rodeándolo; es muy similar

en forma y dimensiones al Sol rodeado por las serpientes.

Por otro lado, la serpiente ha sido reconocida en algunos documentos como portadora del ciclo de los días en los códices *Vaticano* y *Borgia* (Torres, 2002: 138), lo que haría alusión al paso del tiempo a través de los cuerpos serpentinos. Así, las sierpes serían el eje del movimiento solar que propicia el transcurrir del tiempo.

Cerca de uno de los cuerpos de las serpientes se encuentra un animal que puede identificarse como un tlacuache. Si bien su cola no se representa larga, sí podemos en cambio reconocer algunas otras características de este animal, tales como el hocico afilado, los dientes puntiagudos y el ojo con la mancha característica sobre el párpado. De esta forma es representado en numerosos ejemplos prehispánicos (fig. 2). Además, este ser se encuentra cercano al cuerpo de la serpiente del este, la misma que como mencionamos trae el maíz en su cola. Según los mitos relativos al tlacuache, este animal es portador de la aurora, roba del otro mundo el maíz, e incluso, de acuerdo con López Austin es clara su asociación con Quetzalcóatl, que aquí estaría representado en el cuerpo de la serpiente a la que toca con su nariz (López Austin, 1990).

En cuanto a los grupos de estrellas representados en la cueva, tenemos que en los *Primeros*

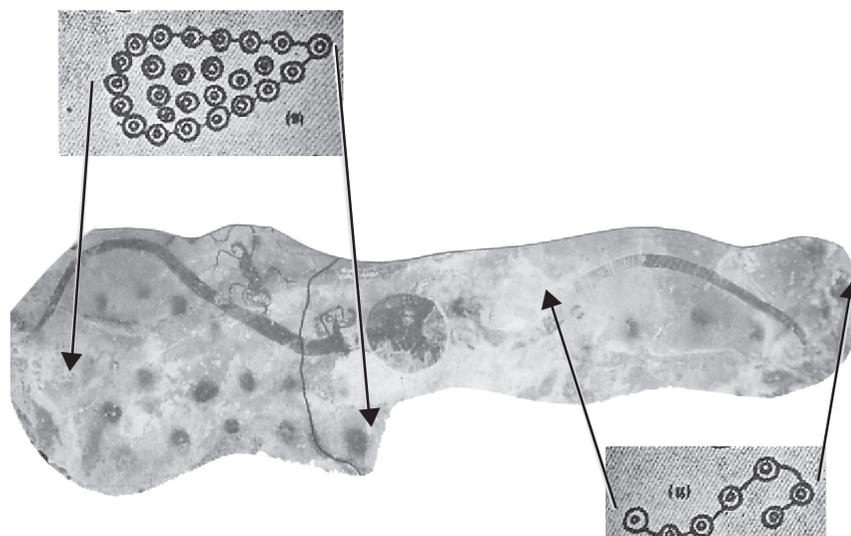


● Fig. 2 Tlacuache en la Lámina LXIII del Códice Fejérváry-Mayer.

*memoriales* de fray Bernardino de Sahagún, (1993: folios 282 r y v) es posible observar las constelaciones descritas y dibujadas por los informantes aztecas. Allí es probable reconocer la constelación *miec*, hasta ahora consensualmente reconocida por los arqueoastrónomos como las Pléyades. Es notable la similitud de la forma de dicha constelación con el grupo de estrellas representadas al sur del cuerpo de la serpiente del lado este, si bien en el citado códice las constelaciones son representadas no sólo con círculos sino mediante una línea que las une (fig. 3).

Hay que aclarar en esta identificación que aunque la forma es coincidente, no lo es el número de estrellas, pero esto ha sido observado en re-

● Fig. 3 Constelaciones *miec* y *xonecuilli* registradas por Sahagún y similares a las representadas en la cueva de Las Serpientes.



presentaciones de constelaciones hechas por otros grupos indígenas. Así, Köhler (1991) en su revisión y registro de esta constelación de las Pléyades en la concepción de indígenas actuales, concluye que las diversas formas y número de estrellas que usan para representarla obedecen a que “[...] la descripción de la forma general es la meta principal y no el número exacto de estrellas perceptibles” (*ibidem*: 257).

Es posible también que por la forma del agrupamiento de estrellas, que rodean el cuerpo de la serpiente del oeste, éste se identifique con la constelación de Escorpión, llamada *xonecuilli* en el ya mencionado registro que hiciera Sahagún de las constelaciones reconocidas por los aztecas (1993: 282r y v) (fig. 3).

Varios estudiosos han reconocido que “[...] en las latitudes del área mesoamericana [...] las constelaciones de Escorpión y las Pléyades se presentaron, respectivamente, hacia los rumbos poniente y oriente marcando el inicio y fin de la época de lluvias” (Torres, 2002: 136).

Tal sería el caso de la bóveda. Así, las colas de las serpientes señalarían el camino solar en cuyos extremos aparecen al alba y al ocaso las constelaciones de las Pléyades y Escorpión respectivamente, en estas latitudes hacia principios de los meses de mayo y de noviembre. Estos momentos son fundamentales para los agricultores pues marcan de manera precisa el principio y el final de la temporada de lluvias. Esto es coincidente con observaciones de rituales indígenas actuales en cuevas que son de tradición prehispánica y que habitualmente tienen lugar en fechas asociadas a rituales agrícolas (Villela, 1999: 269).

Con el apoyo de Stanislaw Iwaniszewski y utilizando el programa *Lode Star*, se revisó en computadora el cielo correspondiente a las coordenadas del sitio hacia el año 800 de nuestra era. Pudimos reconocer que a principios de junio las Pléyades aparecieron en el este al amanecer, mientras desaparece Escorpión en el oeste y es-

to anuncia la llegada de las lluvias. Pero no se logra ver en este cielo a las dos constelaciones simultáneamente, lo que nos permite apreciar esta representación de la bóveda celeste no como una foto fija, sino como un concepto representado donde hay rumbos y también hay movimiento, de manera que vemos un mapa celeste dinámico, no estático, lo que correspondería a una forma de representación no coincidente con las occidentales, pues introduce la movilidad de los cuerpos celestes a través del eje formado por los cuerpos de las serpientes.

Llaman la atención, también, varios diseños de cuerpos celestes que bien pueden relacionarse con signos de planetas. Tal es el caso de Venus que vemos representado con la forma característica de una media estrella con puntas, abierta en uno de sus lados, y el de un cuadrángulo atravesado por una cruz que bien podría identificarse con Marte, si aceptamos la identificación de los murales de Bonampak que hicieron Freidle, Schele y Parker (1999) quienes a su vez retomaron los trabajos de Mary Miller y Floyd Lounsbury (*ibidem*: 76). Allí observamos que el cartucho asociado con Marte muestra un par de cuadretes cruzados similares al de nuestra cueva. Sin embargo, estas identificaciones no son por el momento concluyentes. Solamente sirven para reconocer la evidente codificación de las representaciones de los cuerpos celestes.

Además del Sol hay otros tres círculos grandes. Hemos mencionado ya a uno de ellos que se encuentra aislado, en una pequeña saliente al mismo nivel que nuestra bóveda y hacia el este. Seguiría de alguna manera el camino señalado por los cuerpos de las serpientes. Otro es un poco menor en diámetro y está cruzado por líneas que forman un cuadrante de cuatro rayos. El último está al noroeste del Sol y es casi del mismo diámetro. Al igual que el círculo que hemos identificado como el Sol, está delineado con color blanco.

De hecho, el color blanco sólo aparece en el mural rodeando a los círculos y al cuerpo de la

serpiente oeste, rayando el cuerpo de esta misma y en la cruz dentro del cuadro que hemos identificado como Marte. El resto de los diseños es de color rojo.

Es posible que las líneas rojas que se observan en varias partes de la bóveda representen estrellas fugaces o aerolitos, y que han sido identificados (Köhler, 1991: 262-263) como la llamada *citlalin tlamina*, “estrella que tira flecha”, dibujada también en los *Primeros Memoriales* (Sahagún, 1993: 282 r). Pero hay que subrayar que dos de estos diseños siguen aproximadamente paralelas al alineamiento de los cuerpos de las serpientes.

Hay otros signos representados en la bóveda: una espiral, un quince, un signo similar al del día calli y un personaje esquematizado.

Como señalamos en un principio, este abrigo rocoso no es un ejemplar aislado, corresponde a un complejo asociado a condiciones geográficas geológicas particulares: se halla en los abrigos rocosos formados en las cañadas de ríos hoy intermitentes. Se asocia también a sitios arqueológicos cercanos. Es posible que mientras dichos sitios eran habitados por grupos agricultores sedentarios, los cazadores —miembros de estos grupos—, ocupasen los abrigos como refugios durante sus excursiones y ocasionalmente establecieran allí, incluso, habitaciones. Sin embargo, aunque coherente con este complejo de abrigos rocosos decorados, la cueva de Las Serpientes aquí descrita es particular: el conjunto pictórico hallado en su techo parece haber sido resultado de una concepción previa. Es claro que el resultado hoy apreciable fue previamente planeado. Así, las imágenes están distribuidas de manera equilibrada en todo el espacio de la bóveda. Además, con lo dicho anteriormente, reconocemos una concepción cosmológica plasmada de manera pictórica. Mientras que en el resto de los abrigos rocosos con pinturas rupestres registrados hasta el momento, los diseños están a menudo desarticulados, separados y disociados entre sí, esta cueva presenta un

enorme mural concebido como un todo articulado y congruente en sí mismo.

Por lo anterior, reconocemos el posible uso de éste —y quizás otros abrigos— para la realización de rituales, dado el muy conocido y complejo simbolismo de las cuevas en la tradición mesoamericana. Éste es entonces un espacio que pudo servir a actividades tanto profanas como sagradas dependiendo de los tiempos marcados por los calendarios agrícola y ritual conocidos en el área.

El proyecto que se desarrolla actualmente en la región por arqueólogos de la Universidad Veracruzana habrá de ampliar paulatinamente la información sobre éstas y otras manifestaciones gráfico-rupestres hasta hoy poco conocidas.

## Bibliografía

- Barba de Piña Chán, Beatriz  
2002. *Iconografía Mexicana III. Las representaciones de los astros*, México, INAH-Plaza y Valdés (Serie Arqueología, núm. 442).
- Broda, Johanna, S. Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé (eds.)  
1991. *Arqueoastronomía y Etnoastronomía, en Mesoamérica*, México, UNAM.
- Freidel, David, Linda Schele y Joy Parker  
1999. [1993] *El cosmos maya. Tres mil años por la senda de los chamanes*, México, Fondo de Cultura Económica.
- González Torres, Yólotl  
2002. “Xólotl y Quetzalcóatl”, en Barba de Piña, Beatriz, *Iconografía Mexicana III. Las representaciones de los astros*, México, INAH-Plaza y Valdés, (Serie Arqueología, núm. 442).
- Guaraldo, Alberto  
1991. “Los grabados rupestres de la cuenca del arroyo grande (Vega de Alatorre, Veracruz): descripción e hipótesis interpretativas”, *La Palabra y el Hombre*, núm. 80, Xalapa, Universidad Veracruzana, octubre-diciembre 1991, pp.167-184.

- Köhler, Ulrich  
1991. “Conocimientos astronómicos de indígenas contemporáneos y su contribución para identificar constelaciones aztecas”, en Broda, Johanna *et al.* (eds.), *Arqueoastronomía y Etnoastronomías, en Mesoamérica*, México, UNAM, pp. 249-265.
- López Austin, Alfredo  
1990. *Los mitos del tlacuache*, México, Alianza Editorial Mexicana.
- Navarrete Hernández, Mario  
1988. “Mural en la comunidad de Bandera de Juárez”, *La Palabra y el Hombre*, núm. 65, Xalapa, Universidad Veracruzana, enero-marzo, pp.126-129.
- Rodríguez-Shadow, Ma. de Jesús y Beatriz Barba de Piña Chán (coords.)  
1999. *Chalchihuite, Homenaje a Doris Heyden*, México, INAH (Científica, núm. 387).
- Romero Ortíz, Eva  
2002. “Catálogo de pinturas rupestres en el municipio de Paso de Ovejas, Veracruz”, trabajo práctico científico para obtener el título de licenciado en Antropología, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana.
- Ruiz Gordillo, Omar  
1991. *Miscelánea veracruzana*, México, INAH, (Cuaderno de trabajo: 8).
- Sahagún, fray Bernardino de  
1993. *Primeros memoriales*, Facsimile Edition, Norman Oklahoma y Madrid, University of Oklahoma, Patrimonio Nacional y Real Academia de la Historia.
- Torres Rodríguez, Alfonso  
2002. “El escorpión celeste: un marcador del inicio y fin de la época de lluvias en Mesoamérica”, en Barba de Piña Chán, Beatriz (coord.), *Iconografía Mexicana III. Las representaciones de los astros*, México, INAH-Plaza y Valdés (Serie Arqueología, núm. 442), pp. 115-158.
- Villela F., Samuel  
1999. “Ritos en cuevas en Chilapa, Guerrero”, en Ma. de Jesús Rodríguez-Shadow y Beatriz Barba de Piña Chán (coords.), *Chalchihuite, Homenaje a Doris Heyden*, México, INAH (Científica, núm. 387).



## **Análisis del isótopo de oxígeno del Entierro 2.A, Pirámide de la Luna, Teotihuacan**

*Christine D. White, \* Michael W. Spence, \* Fred J. Longstaffe\*\* y Kim R. Law\*\**

Un equipo de arqueólogos bajo la dirección del doctor Saburo Sugiyama (Aichi Prefectural University) y el arqueólogo Rubén Cabrera Castro (INAH) recientemente practicaron excavaciones alrededor y dentro de la Pirámide de la Luna en Teotihuacan. Encontraron una cámara rústica en el interior de la cuarta etapa constructiva (fase Tzacualli) de la pirámide. Dentro de la cámara estaban depositados varios objetos y restos de animales que formaron parte de una rica ofrenda.

Uno de los elementos de esta ofrenda fue un esqueleto humano, que se encontró sentado junto al muro este de la cámara con las manos atadas detrás de su espalda, Entierro 2.A. El análisis detallado del esqueleto se presentó en el informe de la primera temporada (Spence y To, 2000), conociéndose que este individuo fue un varón de 40 a 50 años de edad.

Con la autorización del INAH se usaron dos dientes del esquelero como muestras para probar su ratio del isótopo de oxígeno. Este análisis se realizó en los laboratorios del Department of Earth Sciences, University of Western Ontario, y se presentan enseguida los resultados.

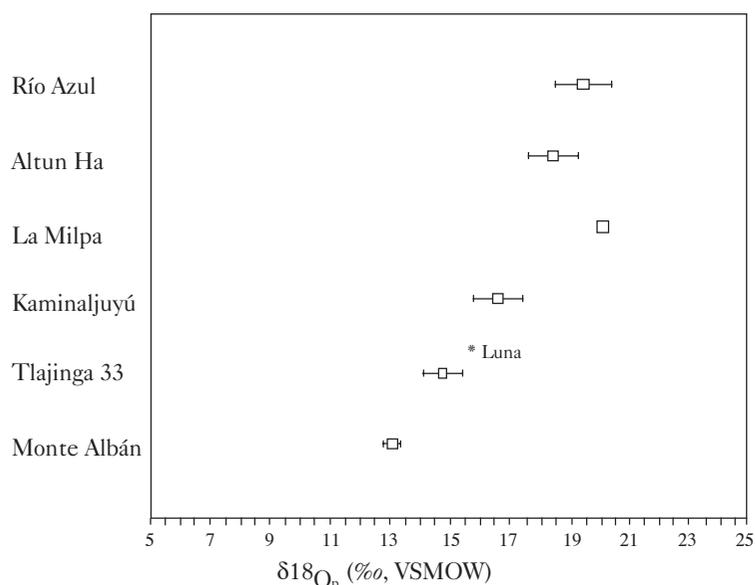
Los dientes analizados son el incisivo lateral derecho y el tercer molar derecho del maxilar superior.

El *ratio* del isótopo de oxígeno en el fosfato de los huesos y dientes de una persona, se determina por el *ratio* del isótopo de oxígeno en el agua de la región en que vive esa persona. Éste se fija en el curso del desarrollo físico del individuo, principalmente en el caso de los dientes durante la formación de la corona. El *ratio* del isótopo de oxígeno en el agua se determina por la altitud de la región, la distancia del mar, la temperatura y otros factores. Así, cada región tiene un patrón isotópico distinto. Por eso es posible identificar la región de origen de un individuo, además de poder determinar en qué momento de su vida se trasladó de una región a otra.

Para mayores detalles técnicos se puede consultar White *et al.*, 1998. Se tiene identificado el *ratio* típico en los huesos procedentes de Teotihuacan por los análisis realizados de los esqueletos de Tlajinga 33, el Templo de Quetzalcoatl, y Tlailotlacan (*op. cit.*). Actualmente se están analizando 26 muestras del Barrio de los Comerciantes (White *et al.*, en preparación). Los *ratio* característicos de Teotihuacan se localizan entre 14.0 y 16.0‰, como se observa por la extensión de valores de Tlajinga 33 (fig. 1).

\* Department of Anthropology, University of Western Ontario.

\*\* Department of Earth Sciences, University of Western Ontario.



● Fig. 1 Gráfica de *ratio* típicos en algunos sitios de Mesoamérica.

Los resultados del análisis de los dientes del Entierro 2.A se presentan en el cuadro 1. En la columna de enmedio se muestran los *ratio* realizados por dos análisis de cada diente; en la columna derecha está el *ratio* que resultó del ensayo en que se extrajo la mayor cantidad de fosfato.

Como se puede ver, todos los valores indican que el Entierro 2.A era de un extranjero, con *ratio* que sobrepasan las 17‰. También, las diferencias entre los valores del incisivo y los del molar son pequeñas, lo que indica que el individuo del Entierro 2.A no se trasladó de una región a otra durante el periodo de formación de las coronas de estos dientes, es decir, entre la edad 1-4 años (el incisivo lateral) y 9-12 años (el tercer molar) (Ubelaker, 1978: fig. 62). Así, pensamos que llegó a Teotihuacan como un adolescente o un adulto.

La evidencia se presenta de acuerdo con los datos morfológicos, algunos de los cuales también indican un origen foráneo. El individuo del Entierro 2.A destaca entre la mayoría de los teotihuacanos por la presencia de un tono mandibular, la ubicación del agujero supraorbitario izquierdo, la ausencia de un tubérculo del hueso cigomático, una rama mandibular casi vertical,

y otras características (Spence y To, 2000). Comúnmente no se espera este conjunto de rasgos en la población teotihuacana.

Desgraciadamente no es posible decir aquí de donde procede el individuo del Entierro 2.A. Esto requeriría el análisis de muestras de varias regiones de Mesoamérica, y actualmente sólo hay muestras de Teotihuacan, Monte Albán, y las regiones mayas (alta y baja). Esperamos conseguir más ejemplos de otras partes de Mesoamérica, incluyendo Hidalgo, Puebla, Michoacán y la Costa del Golfo.

<i>Diente</i>	<i>Media (n=2)</i>	<i>Ensayo con más fosfato</i>
Incisivo lateral	17.41	17.22
Tercer molar	17.13	16.88
Diferencia	0.28	0.34

● Cuadro 1 Entierro 2.A. Isótopo Oxígeno (‰).

## Bibliografía

- Spence, M.W. y Denise To  
2000. "Los restos humanos de la primera temporada de excavaciones en la Pirámide de la Luna", México, Informe al INAH, mecanoscrito.
- White, C.D., M.W. Spence, H. Stuart-Williams y H. Schwarz  
1998. "Oxygen isotopes and the identification of geographical origins: the Valley of Oaxaca versus the Valley of México", *Journal of Archaeological Science*, núm. 25, pp. 643-655.
- White, C.D., M.W. Spence, Fred J. Longstaffe, E. Rattray y K.R. Law  
"Un análisis del isótopo oxígeno en los entierros del Barrio de los Comerciantes", ponencia para La Segunda Mesa Redonda de Teotihuacan, septiembre 2002.
- Ubelaker, D.  
1978. *Human skeletal remains: excavation, analysis and interpretation*, Chicago, Aldine Publishing.



## informes del Archivo Técnico

### **Con el arqueólogo Héctor Gálvez. Un rescate en Chimalhuacán\***

*Ana María Crespo\*\**

En la década de los años sesenta, la Dirección de Monumentos Prehispánicos, me recordaba las oficinas de aduanas de mi niñez en Matamoros, no sólo por la austeridad del mobiliario y su aspecto desaliñado, sino por los personajes que por ahí deambulaban, generalmente vestidos de beige (caquí decíamos en el norte), calzando botas y paliacate al cuello. Entre ellos se destacaba la figura maciza y alta de Héctor Gálvez —el *Gordo Gálvez*—, quien andaría en la treintena, era más bien trigueño, de grandes ojos cafés, bigote, malhablado y pendenciero; terror de la modosería femenina que también por ahí hacía presencia. Llegué a ese sucedáneo de aduanas por una beca de la ENAH y con la anuencia del maestro Piña Chán.

Monumentos Prehispánicos en ese entonces era también el reducto de los “piramidiotas”, fracción de la arqueología mexicana ostensiblemente despreciada por el ala científica de la misma, que tenía a su vez sus cuarteles en el no menos lóbrego edificio de Moneda. Un representante epónimo de dichos “piramidiotas” era Gálvez, quien por supuesto tenía a mucho orgullo el serlo. Las invectivas que dirigía a la otra fracción

ocupaban buena parte de su tiempo libre. Piña Chán lo tenía en gran consideración y a su vez, él correspondía con un gran afecto hacia el maestro. Se erigía a sí mismo como una especie de su lugarteniente. Mi primera comisión de trabajo en Prehispánicos fue la de ser ayudante de Héctor Gálvez en un rescate en Chimalhuacán.

Chimalhuacán en ese entonces daba inicio a su incontrolada expansión urbana, por lo que aún se percibía la laguna en las inmediaciones del basamento donde íbamos a trabajar; tules, gallaretas, ajolotes y demás fauna y flora acuática convertían en un cuadro cotidiano lo relatado en las crónicas. Los representantes del ayuntamiento, verdaderos descendientes de la antigua república de indios del lugar, recibieron solemnemente al director Piña Chán, al arqueólogo encargado del rescate y a su nerviosa ayudante. Su interés era el de salvaguardar el basamento y su tesoro, la serpiente esculpida en la roca madre, aún policromada, que desde la subestructura aparecía al centro de una especie de cueva, cavada en el edificio por los saqueadores.

Una vez que estuvieron reunidos los peones y las herramientas de trabajo listas, le hice ver a Gálvez mi firme determinación de no excavar, le ayudaría en todo, pero recomponer la pirámide, no. Se me quedó mirando y me dijo de inmediato que por supuesto que estaba de acuerdo,

\* El arqueólogo Héctor Gálvez C., falleció en septiembre de 1975, mientras realizaba investigaciones en el estado de Sinaloa (José Ramírez, comunicación personal).

\*\* Centro INAH Querétaro. anacres@prodigy.net

no iba a ser tan irresponsable de pedirme que hiciera algo de lo que yo no tenía ni idea. Que aplicara mis conocimientos escolares en lo que mejor pudiera en beneficio de la obra, ya me indicaría si era necesaria mi ayuda específica. Hice el croquis del antiguo edificio, vagué por los alrededores (prospección, según yo), platicué con los vecinos (etnografía aplicada o algo así); mientras, Gálvez y los trabajadores remendaban los estropicios que saqueadores y tiempo habían hecho sobre el edificio. Cuando hubo necesidad de sacar dos entierros que estaban casi a flor de tierra en la parte superior del edificio, me apliqué a hacerlo. Cierto que para limpiar los entierros me puse unos guantes *fuccia*, de mi elegante tía, que ante el azoro de Piña, al verme así equipada, no tuvo más que explicarle que eran para hacer rabiar a Gálvez.

El dispar equipo de arqueólogos que formábamos Héctor Gálvez y yo, no sólo por talla y género, sino por las diferencias en nuestro mutuo eclecticismo teórico, o algo así, no tuvo tropiezos en cuanto al interés y el gusto de ambos por el trabajo. Chimalhuacán fue mi primer desempeño “profesional” en arqueología y uno de los más placenteros que he realizado. Durante las semanas que ahí pasamos y en el camino diario por la Calzada Zaragoza, previa la compra de sus apreciadas “carnitas” —la revista *VEA*— donde sí se veían buenas mujeres, no las que le imponía el desempeño laboral, me relataba las historias más estrambóticas del medio, los trabajos espectaculares en que él y Piña, claro, habían intervenido y por supuesto, los argumentos que tenía para rechazar la forma de apreciar la arqueología de los “científicos”.

Mi aprendizaje entonces, en calidad de media cuchara, no fue por cierto excavar un edificio, sino reconocer a través de él hechos y persona-

jes del gremio, la opinión sobre los trabajos en Teotihuacan, Tula y Xochicalco, de Bernal, Acosta y César Sáenz, respectivamente. Asimismo conocer qué significaban los gringos en la arqueología maya y la distorsión que esta presencia acarrea a una escuela mexicana de arqueología. Las ínfulas de los que se iban a estudiar al extranjero y querían llegar a ejercer la segunda conquista. Las estrecheces económicas de siempre para llevar a cabo rescates en cualquier parte del país. Los representantes de las elites en el gremio. Un discurso que ahora entiendo que partía de un representante de una generación educada en el nacionalismo y sensible a las diferencias de estatus social.

Terminado el trabajo de campo, nos aplicamos de inmediato a hacer el informe; aún conservo mis notas en las que lamentablemente sólo encuentro medidas del largo, ancho y alto del basamento y poco de las conversaciones y aun de las observaciones del entorno de Chimalhuacán y su gente. Una lástima, pues lo que tengo presente en la memoria son sólo impresiones de aquel lugar, que asocio a uno de los grabados más conocidos de O’Higgins: un anciano inclinado ante un chichicuilote, ambos de perfil, en los términos de la laguna.

Después de rendido el informe ante Piña Chán, pasó el expediente al archivo de la oficina de Monumentos Prehispánicos, en donde el muy joven *Pepe* Ramírez empezaba a trabajar. Poco después Gálvez se fue a Sinaloa, los saqueos en la región estaban a la orden del día, había que proteger lo que se pudiera, y además con muy poco apoyo. No lo volví a ver, supimos después de su muerte. Yo sentí que se fue a desempeñar una tarea muy ingrata, estaba muy solo ¿con quién de su gremio podía compartir experiencias?

**Informe de la primera temporada de trabajo realizada en Chimalhuacán, Estado de México, del 29 de junio al 12 de septiembre de 1964\***

*Arqueólogo Héctor V. Gálvez, 1964*

**Localización de la zona**

La zona donde se realizaron los trabajos de exploración, está localizada en el poblado de Chimalhuacán, municipio de Chimalhuacán, Estado de México, latitud 14° 25' N, longitud 98° 57', este sitio es también conocido como "Los Pochotes" y se llega a él por la carretera México-Texcoco.

Los terrenos donde se efectuó la exploración pertenecían a particulares, siendo luego adquiridos por el municipio, quien los posee actualmente; están situados estos terrenos casi en el centro de la población, a unos 100 m de la iglesia y a N 63 W de la cúpula, muy cerca de la ribera SE del ex Lago de Texcoco y al NE del cerro de Chimalhuacán; tienen una forma aproximadamente rectangular de 70 x 100 m, estando rodeados de otros terrenos particulares los cuales probablemente también forman parte de toda la Zona Arqueológica en conjunto.

Al iniciar los trabajos se encontró que la zona a explorarse estaba constituida una parte por campos de cultivo, veredas y matorrales, en otra, se dejaban ver secciones de un muro. (El suelo del sitio es principalmente arenoso y tierra vegetal, en áreas cercanas existe basalto, tezontle y tepetate.)

Los trabajos en esta zona comprendieron en términos generales la exploración, consolidación

y reconstrucción de un basamento piramidal, perteneciente al horizonte Posclásico (mexica).

El basamento mide de frente 65.55 m por 5.10 m de alto y 51.45 m de largo; en el extremo oeste del basamento, se levantan los restos de lo que fue el Templo Principal con una altura de 3.61 m.

*Cuarto núm. 1.* Al iniciarse la exploración se encontró este cuarto que fue descubierto, en parte posiblemente por gente del pueblo, se procedió a limpiarlo y a tomar sus datos; se localizó en el lado norte del basamento a 32 m de la esquina noreste perteneciendo a la penúltima época de construcción.

Sus medidas son de 5.25 m de largo por 2.0 m de ancho; en la parte norte. Se encontraba una cerca de piedra que servía de lindero, la cual fue retirada para poder limpiar el cuarto el cual se encuentra a 0.80 m de profundidad del nivel general del basamento.

El piso del cuarto y parte de lo que fue el vestíbulo está formado por un aplanado de cal y arena rojiza (posiblemente se deba este tono al uso de polvo de tezontle). Los muros que forman la pared sur, conservan en parte restos de aplanado similar al piso. Las alturas de los muros al explorarse eran 0.85 m en la más alta y 0.15 m en la parte más destruida, con un espesor de 0.45 m estando formados de piedra chica cerada y pegada con lodo, sobre ésta iba un aplanado de lodo y finalmente el acabado de cal y arena mencionado de .02 espesor. El acceso al cuarto se localiza en el lado sur con un claro de 1.72 m de ancho y las piedras que forman las esquinas de las jambas están talladas en a de sus lados formando ángulo.

Sobre el muro oeste se encontró un adosamiento formado por un muro de piedra pegada con lodo, de 0.90 m de espesor con una altura de 0.50 m y que se diferenciaba de los muros del cuarto por estar construido burdamente; en el muro sureste se localizó otro adosamiento que sólo se superponía en 0.30 m, en tanto que el resto en 0.90 m se encontraba sobre el relleno del vestíbulo y con una altura de 0.72 m.

\* El archivo original está registrado como B/311-41 (252-13)/1 y contiene 78 fotografías de los trabajos arqueológicos. Debido a problemas de espacio y a dificultades en la digitalización del material fotográfico, sólo les ofrecemos una pequeña muestra de 13 imágenes, previamente modificadas para mejorar su presentación (N.e.).

La ruptura del piso del vestíbulo es regular por lo que da la impresión de haber sido hecha intencionalmente y se localiza a 0.50 m del muro sur; a 1.5 l m de este muro se localizaron restos de otro de 0.50 m de ancho x 1.00 m de largo formado por tres piedras, pero que por la cara sur presentaban restos de estuco, sobre estos restos se encontraba un árbol y las raíces de éste destruyeron posiblemente las demás evidencias del muro.

En el extremo este del muro sur se encontró un adosamiento en forma de talud con aplanado de color blanco con una altura de 0.40 m estando roto en la parte superior; sobre éste se encontró en el extremo oeste un muro adosado formado de piedra y lodo, con aplanado de lodo, de 0.45 m de ancho por 0.50 m de largo. Todos los muros del cuarto fueron consolidados.

*Cuarto núm. 2.* Hacia el lado oeste del cuarto núm. 1, a 2.80 m de distancia se localizaron los restos del piso que forman el cuarto núm. 2 y que se encuentra a 0.15 m de altura del nivel general del basamento; debido a la destrucción de la zona no se encontraron restos de muros. Sus medidas son de 5.85 m de largo por 2.80 m de ancho, hacia la parte media del cuarto y con una separación de 0.28 m del muro norte se localizaron restos de una columna cuadrangular de 0.60 x 0.60 m con una altura media de 0.50 a 1.05 m del lado sur y 1.40 m del lado oeste se localizó un hogar formado por tezontle bien tallado de 45 x 95 m de lado; al igual que el cuarto núm. 1, el piso está formado por aplanado de cal y arena, teniendo color rojizo, para reconstruir el cuarto se buscaron y localizaron los cimientos de los muros que tenían un espesor de 0.40 m en los lados oeste, norte y este; el acceso estaba por el lado sur, dichos muros se levantaron a una altura de 0.70 m y la columna a 0.60 m.

### Frente del Basamento lado este

Al iniciarse los trabajos se encontró que el frente del basamento estaba destruido en lo que respecta a la última época, de la cual sólo quedaba un núcleo de piedra pegado con lodo y

mostrando en parte la penúltima época. Hacia la parte media del edificio se localizaron datos de una posible plataforma que debió abarcar todo el frente ya que en la esquina noreste se localizó un contramuro que presentaba los mismos datos. El núcleo de piedra que cubría la penúltima época se quitó, dejando en la parte media un testigo de 4.20 m de largo, ya que esta parte es la que conserva en mejor estado los datos de la plataforma.

Hacia la parte media se localizaron piedras que al parecer son los arranques de las alfardas de la escalinata, así como los restos de una escalinata, y los restos de una escalinata de la penúltima época, consistentes en las huellas de 5 escalones, marcadas sobre los restos de estuco de la parte interior de la alfarda norte.

Tienen estos restos las siguientes medidas:

<i>Escalón</i>	<i>Huella</i>	<i>Peralte</i>
1	0.25 m	0.17 m
2	0.25 m	0.17 m
3	0.21 m	0.24 m
4		0.15 m
5	0.30 m	0.25 m

La penúltima época presenta el estilo característico de los basamentos mexicas consistentes en un gran talud que remata en una pequeña cornisa en la que se sobrepone un cuerpo vertical; los datos de esta época se consolidaron y para marcar el dato original de la reconstrucción se entallaron las piedras a 0.001 m de profundidad. Debido a desplazamientos del material el talud presenta diferencias en la inclinación, se puede dar como promedio 65°.

El material de construcción es piedra de tamaño regular careada y pegada con lodo, y sólo las piedras de la esquina noreste que se reconstruyó estaban talladas en 2 de sus lados para formar ángulo.

La reconstrucción del frente abarcó 36.45 m dejando un espacio de 10 m al centro que es el que abarcó la escalinata.

Para levantar la esquina noreste se corrieron los niveles de ambos lados (fig. 1).

### Basamento lado norte

Al igual que el lado E [este], la última época se encontró destruida, por lo que se retiró para dejar al descubierto la penúltima, quedando un testigo de 2 m de largo; posiblemente en la última época de construcción se le adosó una plataforma ya que presentaba un nivel superior al piso del lado F [este] en 2.55 m. Este lado conserva su forma de talud en una distancia de 17.12 m de la esquina noreste hacia el oeste en donde se corta por tener adosada una plataforma que en la parte superior conserva restos de pisos y muros que están limitados por un muro superior, teniendo 2.10 m de altura el total sobre el nivel inferior. Se reconstruyó el talud del basamento y en la plataforma 0 [oeste]. Para conservar los lados, se construyó un muro de piedra y lodo recubierto de tabique ligero (figs. 2, 3, 4).



● Fig. 1 Esquina NE del basamento (fase de la reconstrucción).



● Fig. 2 Basamento lado norte (restos del muro última época).



● Fig. 3 Basamento lado norte (consolidación muro de penúltima época).

### Plataforma lado norte

Esta plataforma mide, a partir de donde se corta el talud hacia el oeste, 17.60 m. En el extremo oeste se localizaron los restos de una escalinata posiblemente de la penúltima época, consistentes en 3 escalones y el arranque de otros, con las siguientes medidas:



● Fig. 4 Basamento y plataforma, lado norte (muro superior).

<i>Escalón</i>	<i>Huella</i>	<i>Peralte</i>
1	0.25 m	0.14 m
2	0.24 m	0.18 m
3	0.23 m	0.19 m
4		0.07 m

La plataforma en su parte superior está limitada hacia el lado sur por un muro de la última época, y tiene el mismo nivel general del basamento, pero presenta la particularidad de tener restos de pisos de aplanado de 0.50 m de ancho que presentan una rotura uniforme hacia el exterior y a 0.40 m del muro que sirve de límite da el aplanado vuelta hacia abajo, lo que indica la presencia posible de una subestructura. Sobre el aplanado existen restos de muro de piedra y lodo que marcan división de cuartos, con espacios de oeste-este 1.30 m, 0.90 m, 2.45 m, 2.50 m, 2.25 m, 2.00 m. El espesor promedio de estos muros es de 0.35 m.

Tanto en el lado este como en el lado norte en la parte superior del basamento existen restos de pisos en muy malas condiciones de conservación (fig. 5).



● Fig. 5 Plataforma, lado norte (muro superior que la limita por el sur y restos de muros adosados).

### Templo principal

Al comenzar los trabajos, esta sección se encontraba cubierta de vegetación, por lo que se procedió a retirarla. Se iniciaron a lo largo del frente trincheras de aproximación, localizándose restos de muros exteriores y de una escalinata: los primeros con una altura máxima de 0.70 m y que una vez limpios fueron consolidados. El muro noreste de 13.70 m de longitud se encontró a plomo, en tanto que el sureste de 12.70 m en talud con una inclinación de 80°.

La escalinata de 12.50 m de largo apareció con datos de 5 escalones, estando el primero en buen estado de conservación con huella 0.20 m peralte 0.19 m en tanto que los restantes estaban constituidos únicamente por el núcleo. Los datos de las alfardas sólo se conservaban en el lado sur de la escalinata consistiendo en tres piedras de la cara interior que limitaban los escalones; y por el lado exterior la rotura del piso de aplanado.

Al reconstruirse esta sección se levantaron los muros a 1.90 m y en el lado norte de la escalina-

nata se levantó parte de la alfarda transportando los datos del lado sur con las siguientes medidas: largo 2.30 m  $17^\circ$  de inclinación y 2.90 m sobresaliendo del paño del muro noreste y con una altura de 1.90 m. Al mismo tiempo se levantaron 7 escalones de 0.19 m de peralte por 0.20 m de huella y cortándose a 1.50 m de altura. Por restos de pisos que se conservan en la parte superior del edificio se calculó una altura total de 3.61 m (fig. 6).

Tanto en el lado norte como en el sur se adosaron muros para prolongar al frente y que constituirían parte de cuartos anexos. En el lado norte se encontró el muro del edificio con bastantes restos de aplanado y se exploró en 17 m hacia el oeste en que se cortó la exploración. Al limpiar de escombros esta sección se delimitó un cuarto con las siguientes medidas: lado este que constituye el frente de 7.00 m, en la cara interior del muro se nota el claro de la puerta que mide 1.20 m. Los muros sur y norte de 17 m de largo, dejando este último cubierto de escombros por lo que se desconoce su espesor. El piso del cuarto se encuentra al nivel del basamento, en el interior se encontraron restos de muros posteriores que posiblemente sirvieron para subdividir al cuarto (fig. 7).

En el lado sur se localizaron restos de muros, pero por falta de tiempo no se excavó para localizar el piso, por lo que su función no fue aclarada,



● Fig. 6 Frente del templo lado este (durante la reconstrucción de la escalinata).



● Fig. 7 Templo, cuarto norte (esquina SE).

da, infiriéndose por los datos obtenidos que constituyen parte de cuartos adosados.

Asimismo se encontró una escultura tallada en la roca consistente en el rostro de un “mono” y que da la impresión de no haber sido terminada.

En el lado norte y en el interior del edificio fue localizada con anterioridad a los trabajos una serpiente tallada en la roca y que conserva restos de aplanado y pintura roja, azul y turquesa. Para protegerla de posibles derrumbes se amplió en forma de rectángulo el pozo que existía, quedando éste con las siguientes medidas: 4.80 m en los lados norte y sur, 5.60 m en los lados este y oeste. Levantándose muros de calicanto de 0.40 m de espesor. Al ampliarse el pozo en la esquina suroeste apareció una escultura femenina con una base de 0.80 m de diámetro y de altura 1.06 m. Representa una mujer arrodillada con la cara en alto la cual está fragmentada en los 2 tercios inferiores; conserva esta escultura restos de pintura (figs. 8, 9, 10, 11, 12).



● Fig. 8 Fosa de La Serpiente (vista desde el lado norte).



● Fig. 9 Fosa de La Serpiente (aspecto de la escultura).

## Entierros

Se encontraron en número de 8, 5 secundarios y 3 primarios.

Los secundarios estaban localizados, 2 en el lado oeste del cuarto núm. 2, y los otros, uno en la Plataforma norte, y otro en el cuarto situado al norte del Templo Principal y el otro en el lado sur de la parte superior de dicho templo.

De los primarios, uno era sencillo, e infantil, localizado en el vestíbulo del cuarto núm. 1 y los otros dos múltiples, dos adultos, femenino y masculino, situados junto al lado este del cuarto núm. 2, y un adulto y un infantil junto al muro norte del cuarto núm. 2.

Todos estos entierros primarios se encontraron colocados con los pies dirigidos al este y en



● Fig. 10 Fosa de La Serpiente (escultura femenina en la posición en que fue encontrada).



● Fig. 11 Fosa de La Serpiente (la escultura, parte superior).

posición decúbito dorsal con los miembros superiores flexionados sobre el pecho. El estado de conservación de todos es en general malo.

Por los datos encontrados se infiere que los entierros tanto primarios como secundarios eran posteriores a las construcciones halladas (fig. 13).



● Fig. 12 Lado superior y parte superior (2/3 de la cara mutilados).



● Fig. 13 Entierro primario II múltiple (esquina NE, cuarto núm. 2).

## **Informe preliminar de los trabajos realizados en el área arqueológica de Culiacán, Sinaloa, sitio del ejido de Los Mezcales\***

*Arqueólogo Héctor V. Gálvez, 1968*

Los trabajos fueron realizados bajo el patrocinio del Departamento de Turismo, Gobierno del Estado de Sinaloa, que aportaron respectivamente \$15 000.00, \$25 000.00 y \$7 000.00 y realizados por la delegación Arqueológica del Noroeste de México, dependencia de la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH (fig. 1).

El sitio arqueológico de Los Mezcales se localiza a 10 m al noroeste de Culiacán y es mejor conocido como la Loma de la Rodriguera, actualmente son escasas las parcelas de cultivo, ya que por el auge constructivo de la ciudad de Culiacán dichas parcelas se han convertido en ladrilleras como el caso de Ticomán en las proximidades del D.F. (fig. 2).

Los primeros informes del sitio fueron proporcionados por el señor Pedro Nicolás López, al C. Director del Museo del Estado, señor Roberto Pérez Rubio, quien comunicó a esta delegación a mi cargo la existencia del sitio (fig. 3 y 4).

Se visitó el sitio en compañía de los dos señores antes mencionados y por datos del señor López y trabajadores de la ladrillera, se llegó a la conclusión de que el sitio era un área de Enterramientos dada la abundancia de restos que aparecieron en los trabajos de los ladrilleros, asimismo se partió de las premisas de la existencia de 2 tipos de enterramientos:



● Fig. 1 El arqueólogo Héctor Gálvez (cuarto de izquierda a derecha) explica la excavación.



● Fig. 2 Sitio arqueológico de Los Mezcales o Loma de la Rodriguera en las ladrilleras al noroeste de Culiacán.

1. Enterramientos en urnas relativamente superficiales (fig. 5).
2. Enterramientos directos a mayor profundidad (fig. 6).

Los trabajos se iniciaron el 29 de abril y se procedió, como primer paso, a limpiar el escombros y vegetación en la zona de trabajo trazándose una trinchera de 10 x 5 m dejándose un pasillo central de 1 m, y a ambos lados cuadros de 2 x 2, la dirección de la trinchera fue de este a oeste, se denominó sección 1.

En los cuadros A2, a una profundidad de 35 cm apareció una Urna funeraria, en tanto que en el

\* El archivo original está registrado como 24-11 y contiene 64 fotografías sin pies de ilustración. Debido a problemas de espacio y a dificultades en la digitalización del material fotográfico, sólo les ofrecemos una pequeña muestra de 12 imágenes. En algunos casos hemos incluido notas explicativas. (N.e.)



● Fig. 3 Inicio de la excavación aprovechando los perfiles expuestos por la atracción de arcilla.



● Fig. 4 Avance de las excavaciones. Apparently se alcanzaron 1.20 m de profundidad máxima, determinada por la disposición de los entierros extendidos.



● Fig. 5 Entierros en urna y uno de los directos flexionados.

cuadro B1 apareció un enterramiento múltiple y a 15 cm una urna funeraria. En el cuadro B1 aparecieron dos esqueletos acompañados de 2 vasijas como ofrendas, el material óseo no se pudo rescatar por mal estado de conservación. Todos los entierros, ofrendas y urnas funerarias se situaron en un plano.

### Enterramientos

Durante las excavaciones se localizaron 35 enterramientos directos, en su mayoría en posición decúbito dorsal y extendidos y sólo dos flexionados; la dirección general fue de norte a sur, medidos *grosso modo*, hubo un promedio de 1.49 m; en tres casos se encontró mutilación dentaria



● Fig. 6 Entierro extendido.

del tipo F4 y B3. El enterramiento núm. 21 presentó además de mutilación dentaria deformación craneal tabular erecta, el entierro 24 deformación craneal fronto occipital (fig. 7); en general el material óseo se encontró en muy malas condiciones y sólo se pudieron rescatar 3 cráneos que se recubrieron de laca para su preservación y que se enviaron al Departamento de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia, para su estudio (fig. 8).

La profundidad de los enterramientos fue variable ya que se localizaron entre los 0.25 a 1.20 m el más profundo, casi en su mayoría dentro de la capa de material urnítico o en contacto con la arcilla. Todos estos enterramientos son primarios algunos con ofrendas consistentes en ollas o cajetes (figs. 9, 10, 11).

### Urnas

Se localizaron 35 urnas de diversos tamaños, por los restos encontrados en ellas parece ser que



● Fig. 7 Detalles de la mutilación dentaria y de la deformación craneal.



● Fig. 8 Entierro primario muy deteriorado con su ofrenda.



● Fig. 9 El entierro 15 tenía una ofrenda de vasijas y conchas marinas.

se trata de enterramientos secundarios ya que los restos óseos no guardan relación anatómica sino que se encontraron en paquete (fig. 12).

Culiacán, Sinaloa, junio 21/68.



● Fig. 10 El collar de caracoles en el entierro 17.



● Fig. 12 Ejemplo de la disposición del "paquete" de huesos al interior de las urnas.



● Fig. 11 Cerámica Aztatlán del tipo Tuxpan esgrafiado.



# noticias de reuniones

## **Conferencias sobre la vida, muerte y resurrección maya en Londres**

*Emiliano Melgar Tísoc\**

Entre el 5 y el 10 de noviembre de 2002 se llevó a cabo en el Museo Británico de Londres, Inglaterra (*The British Museum*), la Séptima Conferencia Europea de Mayistas (7<sup>th</sup> European Maya Conference) titulada “En las mandíbulas del inframundo: vida, muerte y resurrección entre los mayas antiguos” (“Jaws of the underworld: Life, death and rebirth among the ancient maya”); evento. El evento congregó a 24 mayistas que discutieron acerca de las creencias y prácticas rituales de los mayas en su periplo de la vida terrenal a la “otra vida”.

Dicho encuentro estuvo organizado por Clara Bezanilla del Departamento de Etnografía del Museo Británico, Elizabeth Graham y Simon Martin del Instituto de Arqueología de la Universidad de la Ciudad de Londres, así como por la Asociación Europea de Mayistas Wayeb.

El evento estuvo dividido de la siguiente manera:

1. Un taller de epigrafía maya con duración de tres días (5 al 7 de noviembre).
2. Un simposio de investigación con duración de un día (8 de noviembre).
3. Una conferencia magistral de Ian Graham sobre Alfred Maudslay al finalizar el simposio.

4. Un simposio público con duración de dos días (9 y 10 de noviembre).

El taller de epigrafía maya tuvo una introducción general a la escritura maya, así como a los componentes del calendario y la numeración. Los grupos fueron divididos por su experiencia en principiantes, intermedios y avanzados.

Del simposio de investigación, cabe señalar que se trató de un espacio para dar a conocer los estudios de nuevos mayistas en relación con la temática del evento. John Cuchiak habló sobre las epidemias, plagas y catástrofes, en especial la “peste negra”, que azotaron a la península de Yucatán entre 1580 y 1660. Encontró que es en el siglo XVII que los mayas alteran sus conceptos y nociones sobre la muerte, los muertos y el entierro. Markus Eberl presentó un análisis de las capas líticas que sirvieron de base o sellos sepulcrales de sílex, obsidiana y excéntricos durante el Clásico tardío. Su comparación con las evidencias epigráficas mostró una correlación como parte integrante del sistema de creencias mortuorias mayas. James Fitzsimmons abordó las prácticas *post mortem* que se le daban al cuerpo del muerto: reubicación, pintura, cremación y sacrificios en su honor, buscando estrechar los lazos con los ancestros como si fuera un reingreso de ellos a sus tumbas. Stanley Guenter habló sobre la ausencia de los cráneos de las

\* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.  
melgare@hotmail.com

tumbas 48 y 85 de Tikal como una práctica mortuoria intencional donde eran venerados como deidades, como en el caso del segundo, identificado con el dios del Fuego y su estructura funeraria como la Montaña de Fuego. Kerry Hull señaló que los techos de las tumbas, a través de cuerdas o caminos identificados con la eclíptica, servían de punto de partida del “alma” de los difuntos al más allá. Elisabeth Wagner abordó el estudio de los sellos de *sascab* como indicadores de una práctica mortuoria de purificación, en donde se busca cubrir los cuerpos y, a diferente escala, subestructuras, especialmente aquéllas donde hay tumbas de “ancestros”. Estella Weiss-Krejci habló sobre las maneras en que los mayas debieron tratar los cuerpos o partes de ellos durante las prácticas mortuorias, como deshidratación, descarnar (Preclásico al Clásico) o cremación; esta última la ubica en la transición del Clásico al Posclásico y la desecha para etapas posteriores. Cabe señalar que este día, México estuvo representado por dos ponentes: Lilia Fernández realizó un recuento de las investigaciones funerarias en Chichén Itzá en contextos terrestres y subacuáticos, llegando a comparar las nuevas evidencias de la Plaza del Osario y el Sacbé núm. 15 con representaciones iconográficas que señalan las diferentes maneras de ser recordados, conmemorados o exhibidos *post mortem*, de acuerdo con su rol social. Emiliano Melgar continuó con los hallazgos sumergidos en el Cenote Sagrado de Chichén Itzá, comparando las distintas paleopatologías con restos óseos de otros cenotes en Mayapán, Las Calaveras y Grand Cenote, así como fuentes etnohistóricas, donde podrían ser algunas de estas enfermedades las “señales de energías y divinidades” para indicar a quiénes y de qué manera serían destinados a estos cuerpos de agua.

Uno de los momentos más emotivos de la semana fue la conferencia magistral de Ian Graham sobre Alfred Maudslay. El público pudo apreciar fotografías de su vida familiar, de las circunstancias que lo llevaron a conocer la zona maya, así como su entusiasmo en el estudio de esta cultura. Causaron mucha expectación sus

imágenes tomadas en Copán y Palenque: algunas ya conocidas, y otras inéditas.

El simposio público estuvo integrado por destacados mayistas del ámbito internacional, como Norman Hammond, Simon Martin, Stephen Houston, Robert Sharer, Mary Ellen Miller, Dorie Reents-Budet, Jaime Awe, Nikolai Grube, Frank y Julie Saul, Héctor Escobedo, David Stuart, Karl Taube y Elizabeth Graham. Cabe destacar que por México participó Enrique Nalda con una conferencia acerca de las tumbas reales de Dzibanché, acompañadas de ricas ofrendas como una máscara de jadeíta. Comparó dichos hallazgos con los entierros excavados en Kohunlich.

Durante estos dos últimos días del evento, nos percatamos que en su mayoría los investigadores eran epigrafistas o iconografistas: situación lógica si tomamos en cuenta que se iba a dar prioridad a la temática mortuoria y funeraria que se apoyara en textos e imágenes mayas. Así, los estudios iban desde la concepción de la dualidad vida-muerte hasta el ciclo vital del dios del Maíz, pasando por las distintas maneras de representar la muerte, nombrarla o vincularla a los antepasados y fundadores de linajes. Otra gran temática se dio el día de cierre del evento, pues en su mayoría los mayistas abordaron estudios relacionados con las cuevas, montañas y entornos acuáticos (lagos, lagunas, cenotes y el mar), así como a sus habitantes fantásticos para clasificarlos en deidades, espíritus acompañantes, psicopompos y “monstruos infernales”, de acuerdo con sus vínculos con el Xibalba, algunas veces confundido o sustituido con el infierno cristiano.

La reunión de tantos investigadores en torno al tema de la muerte se dio en un año en que el Aniversario 50 del descubrimiento de la tumba de Pakal influyó no sólo en este evento, sino también en el tema central de la IV Mesa Redonda de Palenque. De las fructíferas discusiones esperamos ver sus resultados en los próximos años donde la interdisciplina y la transdisciplina son punta de lanza en el nuevo milenio para los mayistas.

## **Proyecto de investigación sobre El urbanismo en Mesoamérica**

*Alba Guadalupe Mastache\**

Como parte de las actividades del proyecto El urbanismo en Mesoamérica, se llevó a cabo entre el 7 y el 11 de octubre del 2002, la primera reunión y una jornada de conferencias sobre urbanismo abierta al público, que tuvo lugar el 10 de octubre en la Ciudad de México, en el Museo Nacional de Antropología. En esa jornada participaron como conferencistas los investigadores: doctor Aidan Southall de la Universidad de Wisconsin, doctor René Millon y doctor Edward Calnek de la Universidad de Rochester, doctor William T. Sanders y doctor Kenneth Hirth de la Pennsylvania State University; profesor Eduardo Matos y profesor Ángel García Cook del INAH, doctor Jerome Monnet del Centro Francés de Estudios Mesoamericanos y Centroamericanos y doctor Eric Taladoire de la Universidad de París 1. Las conferencias trataron acerca de conceptos generales de urbanismo y urbanización y sobre cuatro centros urbanos mesoamericanos como Tenochtitlan-Tlatelolco, Xochicalco y Cantona. Hubo también una presentación sobre el urbanismo en la Edad Media en Francia.

La segunda reunión del proyecto se realizó del 12 al 16 de mayo del 2003 en las instalaciones de la Pennsylvania State University, en la que participaron además de los directores del proyecto los investigadores: doctor Edward Calnek y

doctor René Millon de la Universidad de Rochester; arqueólogo Rafael Cobos de la Universidad Autónoma de Yucatán; doctor George Cowgill y doctor Barbara Stark de Arizona State University; doctor Robert Cobean y arqueólogo Ángel García Cook del INAH y los doctores Gerardo Gutiérrez, Kenneth Hirth, Barret Lee, George Milner y David Webster de la Pennsylvania State University; doctor Jean Polet de la Université de Paris 1 y doctor Hellen Pollard de Michigan State University. Las conferencias trataron de enfoques generales y de otras disciplinas sobre urbanismo antiguo y acerca de los siguientes sitios mesoamericanos: Chichén Itzá, Tenochtitlan, Tzintzuntzan, Cerro de las Mesas, Cantona, Piedras Negras y Tula, así como sitios de otras regiones: Cahokia (Illinois), urbanismo en China y en África Occidental. Actualmente se prepara para publicación la memoria de estas dos primeras reuniones, la cual será una edición bilingüe (español e inglés), editada por las dos instituciones patrocinadoras del proyecto. La tercera reunión está programada para realizarse en México en octubre del 2003.

El proyecto El urbanismo en Mesoamérica es un proyecto biinstitucional, coordinado por los doctores William T. Sanders y Alba Guadalupe Mastache, patrocinado por el INAH a través de la Coordinación Nacional de Arqueología y por la Universidad Estatal de Pennsylvania. El pro-

\* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

yecto se creó con el fin de realizar un balance y análisis del estado actual de la investigación en este campo y una revisión crítica de los principales enfoques y orientaciones teóricas y metodológicas sobre el urbanismo en Mesoamérica.

Un aspecto sobresaliente y crucial de las culturas mesoamericanas es la existencia de ciudades. Centros urbanos de distinto tipo y de diferente magnitud surgieron en el territorio mesoamericano a lo largo de dos milenios. El rango de estos sitios es muy amplio y abarca desde pequeños centros urbanos o lugares centrales, hasta ciudades de las dimensiones de Teotihuacan o Tenochtitlan-Tlatelolco, es decir comunidades urbanas de gran extensión y complejidad con una población de más de 100 000 personas y gran heterogeneidad social.

Es obvio, que la investigación del urbanismo y de los procesos de urbanización en Mesoamérica es clave para la comprensión de esta área cultural y para obtener un panorama más detallado y un conocimiento a fondo del papel histórico que desempeñaron este tipo de comunidades y sociedades innovadoras, de su variedad y especificidad. Tampoco debemos olvidar, que a diferencia de otras áreas culturales de Europa o del Medio y Lejano Oriente, Mesoamérica, debido a su relativo aislamiento geográfico, es un área de especial interés a nivel teórico y metodológico general para el estudio de los procesos específicos que dieron lugar a ciudades y a sociedades altamente estratificadas.

No obstante lo anterior, todavía nos encontramos en las etapas iniciales de comprensión y entendimiento acerca de la naturaleza de estos sitios en el área mesoamericana y sobre los procesos vinculados al desarrollo y crecimiento urbano. Aún estamos definiendo y discutiendo conceptos básicos relacionados con el urbanismo y la naturaleza urbana o no urbana, de diversos sitios en Mesoamérica, además de aspectos teóricos y metodológicos, estrategias y técnicas para el muestreo y estudio adecuado de estos sitios, así como sobre la interpretación y el alcance de los datos obtenidos.

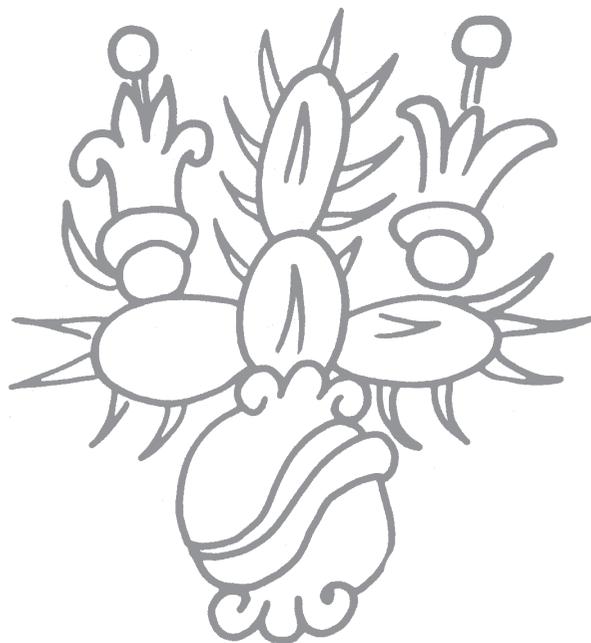
El proyecto intenta promover un discurso académico internacional y multidisciplinario sobre el tema, para la discusión, análisis e intercambio de ideas en este campo, que estimule la investigación, tanto a nivel teórico y metodológico como en el del análisis de ciudades prehispánicas específicas.

Durante la etapa inicial del proyecto serán analizados poco más de 30 centros urbanos mesoamericanos, a través de reuniones periódicas y con la participación de los investigadores especialistas en esos sitios. Los sitios seleccionados para su análisis ejemplifican asentamientos urbanos de diversos rangos y de distintos periodos y regiones, habiéndose considerado en esta selección también el nivel de conocimiento que a la fecha tenemos sobre esos centros. Con el fin de enriquecer la perspectiva conceptual del proyecto y con fines comparativos, se analizarán también ciudades tempranas de otras áreas culturales fuera de Mesoamérica y participarán en las reuniones especialistas en urbanismo de otras disciplinas: geógrafos, sociólogos, historiadores, arquitectos urbanistas, quienes ofrecerán una perspectiva interdisciplinaria sobre este campo.

Se considera que el análisis realizado permitirá, entre otras cosas, impulsar el desarrollo de nuevas investigaciones y de proyectos específicos de campo y de gabinete, sobre temas clave y sobre sitios y aspectos relevantes que profundicen y permitan una mejor comprensión del urbanismo en Mesoamérica. Como sabemos, una parte importante de la arqueología institucional se ha centrado en la excavación, restauración y conservación de zonas monumentales, que son, tal vez, los restos más conspicuos de las antiguas ciudades mesoamericanas y que constituyen la mayor parte de las zonas arqueológicas abiertas al público. Sin embargo, en algunos casos es importante plantear investigaciones más integrales de esos sitios, que generalmente son asentamientos muy extensos y heterogéneos.

Las reuniones del proyecto se realizarán por lo menos dos veces al año, teniendo como sede en

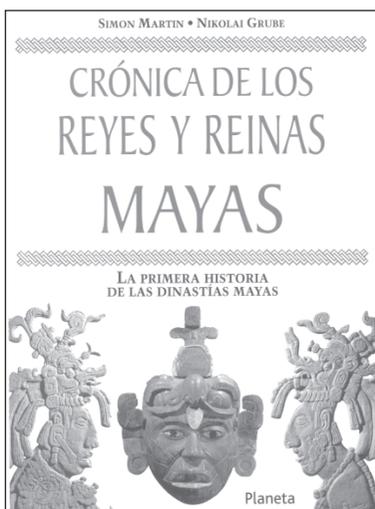
forma alterna la Universidad Estatal de Pennsylvania y el INAH. Además de la elaboración y publicación de una *Memoria* anual de las reuniones, se plantea al final de la primera etapa del proyecto la preparación de un volumen general sobre El urbanismo en Mesoamérica. Los ensayos serán escritos por los especialistas participantes en las diversas reuniones de trabajo. Las publicaciones, auspiciadas por ambas instituciones, serán bilingües (español e inglés) con la intención de alcanzar un público académico más amplio.





## Crónica de los reyes y reinas mayas

Emiliano Melgar Tísoc\*



Martin, Simon, Nikolai Grube, *Crónica de los reyes y reinas mayas. La primera historia de las dinastías mayas*, México, Planeta, 2002, 240 pp.

En los últimos años, las inscripciones de los gobernantes mayas han quedado al alcance del público hispanoparlante gracias a la traducción de varios libros clásicos sobre este tema, como por ejemplo *El Cosmos Maya y Una Selva de Reyes* de Linda Schele y David Freidel. A diferencia de estos textos, el libro que nos ocupa fue traducido al español antes de cumplirse dos años desde su publicación en inglés en el año 2000. La editorial Planeta lo publicó en el 2002 y su presentación oficial se realizó en la Casa de las Humanidades de la UNAM en febrero del año

en curso. A pesar del poco tiempo transcurrido desde que salió a la luz, podemos afirmar que se trata de un clásico en el estudio de la epigrafía maya enfocado en la historia de las dinastías gobernantes del Clásico.

En *Crónica de los reyes y reinas mayas. La primera historia de las dinastías mayas*, escrito en coautoría por Simon Martin y Nikolai Grube, se examinan 11 de los reinos más poderosos y conocidos de la época Clásica, a partir de lo que dicen de sí mismas sus dinastías: Tikal, Dos Pilas, Naranjo, Caracol, Calakmul, Yaxchilán, Piedras Negras, Palenque, Toniná, Copán y Quiriguá. Según los autores, estos reinos buscaban someter a otros por razones económicas y nunca con el propósito de apropiarse de nuevos territorios. El objetivo de sus guerras era crear nuevos vasallos para obtener tributos. Así, el libro discurre desde la competencia desmedida entre dos grandes potencias como Calakmul y Tikal a nivel macro, y entre Yaxchilán y Piedras Negras a nivel micro, pasando por alianzas “desleales” de Dos Pilas. También se trata la ruptura del linaje real y la exagerada búsqueda de lazos con los antepasados en Palenque o la emergencia de nuevas dinastías en Naranjo. Asimismo se estudian las épocas de auge y crecimiento a expensas de otros como Caracol sobre sus vecinos, hasta los memorables conflictos entre Copán y Quiriguá, donde los reinos

\* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH. melgare@hotmail.com.

“chicos” demostraban que también podían ganarle a los grandes. Sin embargo, según los autores en el siglo X las dinastías huyeron, la población disminuyó rápidamente y se abandonaron las ciudades. Podemos apreciar de entrada que entre las dinastías había diferentes discursos, una amplia gama de temáticas y que cada ciudad tuvo su trayectoria particular, aunque las unieran varios aspectos en común como una lengua panmaya especialmente desarrollada por hablantes ch’olanos, de prestigio y usada por la elite a semejanza del latín en Occidente.

Los autores, abren el texto con un epígrafe de John Lloyd Stephens escrito en 1839, donde señala su admiración por los monumentos mayas, “con sus inscripciones explicando todo pero perfectamente ininteligibles”.<sup>1</sup> Si bien los mayas despertaban más incógnitas que respuestas, fue a partir de la década de los sesenta cuando se han logrado avances significativos en el estudio de dicha cultura. A partir de los monumentos de Piedras Negras, Tatiana Proskouriakoff demostró que las figuras labradas representaban reyes y reinas, y que las inscripciones incluían biografías de sus vidas y nombres de cautivos capturados en batalla. Así, comienza “la historia de la historia de los mayas” o una historiografía mayista para los especialistas.

Tiempo después, Yuri Knorozov descubrió sus bases fonéticas, donde propuso un sistema mixto que utilizaba signos llamados “logogramas” para palabras completas mientras que en otros representaban sílabas o vocales. Parte de su complejidad radica en la variedad de sus convenciones de escritura, que permitían que un término particular se escribiera de maneras diferentes. Asimismo, el sistema nunca pasó de los 500 signos, de los cuales han sido descifrados alrededor de 300. Además, los registros dinásticos aparecen en estelas, también en tableros de muros de piedra, altares, tronos y dinteles de puer-

tas. Los textos también fueron grabados en jade, concha y hueso, normalmente como marcas de propiedad en objetos de joyería. Precisamente este aspecto —colocar el nombre del dueño o a quién estaba dedicado el objeto, así como el nombre del artista—, representa un salto cualitativo con respecto a otras culturas mesoamericanas, ya que reflejan la preeminencia del individuo sobre el grupo, pasar del anonimato a un antropocentrismo individualizador.

En las décadas recientes, el desciframiento de los códigos mayas, aunque todavía incompleto, ha ofrecido una ventana única al pasado, a su pensamiento y sociedad. Con ello se ha podido conocer que los mayas nunca formaron un enorme Estado, ya que estaban divididos en más de 60 reinos durante el periodo Clásico (250-909 d.C.). Gracias a las inscripciones, sabemos que cada reino estaba gobernado por un señor divino, envuelto en luchas constantes entre la autonomía y el expansionismo. Así, de acuerdo con la trayectoria política de cada uno, el orden del discurso variaba en la búsqueda de legitimidad, tratando de atraer la “gracia” de los dioses y reafirmando la autoridad que poseían.

Uno de los aportes más importantes del libro es la propuesta de los “suprarreinos” gobernados por “supragobernantes”,<sup>2</sup> sugiriendo que no hay evidencias de los Estados regionales pero sí de extensas redes de influencia, donde los reyes llegaban al poder “supervisados” por otro rey, pero en cuya relación eran los subordinados quienes elegían y no al revés. Sin duda alguna la propuesta es discutible, pero a la vez una forma novedosa de apreciar esta relación donde no siempre tiene que ser el rey poderoso quien impone a otro de un reino débil. Esta línea de investigación seguramente ofrecerá datos valiosos sobre la dinámica de las entidades políticas mayas.

Cabe señalar que algunos términos empleados en el texto, ya sea en la versión original en inglés o por los traductores Lorenzo Ochoa y

<sup>1</sup> Martin, Simon y Nikolai Grube, *Crónica de los reyes y reinas mayas. La primera historia de las dinastías mayas*, México, Planeta, 2002, pp. 6.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 20.

Fernando Borderas, los consideramos poco adecuados o que confunden la riqueza explicativa que podrían ofrecer otros términos. Por ejemplo, al señalar como “sombrio y enigmático” al Posclásico,<sup>3</sup> parecen no tomar en cuenta la gran cantidad de estudios de índole arqueológico, etnohistórico y lingüístico que hay sobre dicha época. De igual manera catalogan como “edades oscuras”<sup>4</sup> a las etapas de decadencia, aunque en apartados posteriores señalan que éstas no son homogéneas y que se componen de incidentes y cambios. Esto subestima la riqueza de información que pueden darnos dichos momentos en donde se vuelven más notorios los conflictos y las debilidades del sistema político gobernante. Además, la manera sesgada como tratan a los pobladores del Clásico terminal y Posclásico —algunos de ellos reocupantes o inmigrantes—, al designarlos como “indigentes” —*squatters*, en la versión inglesa—, demerita el valor de estos agentes sociales en los procesos políticos y religiosos acaecidos en una época de turbulencia en la zona maya. Pero sin duda el término más problemático es *polis*,<sup>5</sup> ya que en la sociedad maya las ciudades no estaban organizadas exactamente igual al mundo grecorromano con ciudades-Estado. Al contrario, la cabecera o núcleo de un reino estaba conformado por unidades político-territoriales menores basadas en el parentesco, la identidad étnica, el barrio o los dioses patronos, como era el *cuchteel*, en el caso maya, y su equivalente nahua en el *altépetl*.

A grandes rasgos, los textos de las 11 ciudades abordadas en este libro muestran que estaban dedicados enteramente a la élite y escritos en retrospectiva, es decir, se trataba de recordar periodos de tiempo vinculando a los ancestros y/o cómo se resolvió algún problema político relacionado con la dinastía. Los gobernantes se adjudicaban un estatus semidivino según el cual se convertían en mediadores indispensables

entre los mortales y las esferas sobrenaturales. Elaboraban paralelismos con las divinidades como la del joven dios del Maíz, las deidades pluviales y hasta con los fundadores del linaje.

La sucesión real era patrilineal, a menos que la continuidad dinástica peligrara. A su vez, la primogenitura era la norma, sin embargo, había sus excepciones cuando los dos hijos de un mismo gobernante ocupaban el poder en distintos momentos a causa de la muerte de uno de ellos —el que ostentaba el poder— como aconteció en Palenque. Una constante, en varias inscripciones, es la mención de un rito previo a la toma de poder que era la captura de prisioneros en combate, los cuales se incorporaban al nombre del rey.

Aunque el libro incorpora en el título a los dos géneros, reyes y reinas, realmente es poca la información disponible sobre el lado femenino del poder. Mencionan que el tema del matrimonio no fue relevante en las inscripciones, pero las alianzas, muchas veces eran selladas con ello, que a su vez permitía el ingreso a linajes locales de las ciudades circundantes. Desafortunadamente no profundizan en las relaciones intergenéricas ni en el papel que tuvieron las “señoras gobernantes” en algunos reinos mayas, destacando en el libro, la Señora Seis Cielo de Naranjo, una reina guerrera avasalladora de sus enemigos y muy recordada en Dos Pilas por ser la enviada desde este lugar para fundar una nueva dinastía en Naranjo. Pero un aspecto a favor en este sentido es que señalan que iconográfica y epigráficamente se les respetó el género, nunca se les masculinizó.

Así, *Crónica de los reyes y reinas mayas* llena varias de las expectativas de una obra en donde se sitúa al lector ante el conocimiento epigráfico alcanzado hasta el momento, aportando propuestas discutibles pero abiertas a la crítica como el caso de los suprarreinados y la relación reinos poderosos y subordinados. Las 11 ciudades descritas por sus mismos gobernantes ofrecen un maravilloso viaje en las biografías de sus linajes. Pero también tiene sus fallas, no tiene

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 7.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 20, 21, 56 y 140.

el mismo peso ni se analiza profundamente el papel de las relaciones intergenéricas de la elite, en especial de las reinas gobernantes y su feminidad a nivel epigráfico e iconográfico. Obviamente que toda traducción agrega o reduce la riqueza explicativa con determinados conceptos y palabras como sucede con las ciudades mayas mencionadas como *polis* o ciudades-Estado cuando su dinámica interna era distinta a las urbes grecorromanas.

